



El  
**CHICO**  
del calendario

DOCE MESES, UNA CHICA Y MIL MOTIVOS  
POR LOS QUE NO CREER EN EL AMOR

*Candela Ries*

EL  
**CHICO**  
*del calendario*

EL  
**CHICO**  
*del calendario*  
*Candela Rios*

**TITANIA**

Argentina • Chile • Colombia • España  
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

1.<sup>a</sup> edición: Marzo 2019

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2019 by Candela Ríos

All Rights Reserved

© 2019 *by* Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

[www.titania.org](http://www.titania.org)

[atencion@titania.org](mailto:atencion@titania.org)

ISBN: 978-84-17545-23-9

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

«Si esto tiene que acabar con fuego, abrasémonos juntos».

*El hobbit: La desolación de Smaug*

(Esta frase la ha elegido Víctor, así que preparaos, que vienen curvas.)

Candela

INVERNO

# 1

## Diciembre

Una de las mayores mentiras del universo es que el tiempo todo lo cura. Otra es que un clavo saca otro clavo y otra que lo que no te mata te hace más fuerte. Todo mentiras. Lo que no te mata puede dejarte muy malherido, los clavos solo sirven para montar muebles o para colgar cuadros en la pared —y a mí el bricolaje se me da fatal— y el tiempo... El tiempo solo consigue, como mucho, que te resignes a algo. Llevaba meses escuchando o leyendo esas frases; primero en España, cuando alguien me reconocía por la calle o cuando algún *bienintencionado* periodista escribía algún artículo sobre *Los chicos del calendario*, el último fenómeno mediático del país, y después en Estados Unidos, cuando llamaba a mi hermana. La única persona de la que me había resultado imposible distanciarme (tampoco se me había pasado por la cabeza hacerlo). No me había mudado a otro país para huir de mi familia o del pasado; había tomado una decisión muy meditada y objetiva. Había aceptado una oferta de trabajo, una de esas que *no se pueden rechazar*, y llevaba meses felizmente instalado en San Francisco, aunque no negaré que meter un océano de distancia entre mi vida y todas las estupideces derivadas de *Los chicos* había inclinado la balanza a favor del traslado.

Pero en América, y a pesar de lo que digan ciertas canciones, no todo eran ventajas, como demostraba el hecho de que estuviese en un casino hortera de Las Vegas la víspera antes de Navidad y no en un avión rumbo a Haro.

Los villancicos nacieron en la Edad Media, es un dato aleatorio que se me había metido en la cabeza en cuanto había entrado en el salón donde se celebraba la cena de la empresa, esa de la oferta irrechazable. Notad mi ironía. De los pormenores de mi trabajo os hablaré más adelante si se da el

caso, pero de momento solo os diré que, esa noche, estaba dispuesto a presentar mi dimisión si alguien más levantaba la copa para soltar un discurso. En la Edad Media eran especialistas en torturar a la gente, pero no, los villancicos no nacieron para eso, su finalidad era la de relatar a los habitantes del pueblo los grandes acontecimientos del año: fulano de tal se ha casado, la granja de no sé quién tiene una vaca nueva, etc. ¿Os he contado que soy incapaz de olvidar cualquier dato inútil que se cruza en mi camino? Tori, mi hermana melliza, dice que soy un bicho raro y su arma secreta para los campeonatos de Trivial que se celebran en el casino de Haro. Haro es nuestro pueblo, seguro que a estas alturas ya lo sabéis, y en aquel momento me arrepentía muchísimo de no haber ido a pasar allí las Navidades; hubiese preferido sufrir cualquier partida de Trivial o incluso de la Oca a cambio de no escuchar ningún otro chiste malo sobre científicos. ¿Sabéis aquel en que dos elementos de la tabla periódica se encuentran y uno le pregunta a otro: «¿Tú sabes cómo les fue la cita a Oxígeno y Potasio?», a lo que contesta: «Les fue O.K.». Malísimo. Seguro que ahora me entendéis mejor.

—Creo que es la primera vez que veo a alguien con cara de funeral en Las Vegas. —Owen, uno de mis compañeros de trabajo se sentó en el taburete de al lado. Le hubiese echado, pero durante los últimos meses nos habíamos hecho amigos y la verdad era que estaba harto de mi propia compañía—. Me alegra ver que no soy el único que ha escapado con vida de ese salón, aunque has sido muy valiente al dar el primer paso. Eso lo reconozco. Si no hubieras salido tú, habría tenido que quedarme un rato más hasta que lo hiciera Simon de Análisis. Todo el mundo recuerda quién se va primero —me explicó. Aunque llevaba meses allí era mi primera fiesta de Navidad—. Pero, un discurso más y disparo la alarma de incendios.

—Es delito.

Se rio y le hizo señales a un camarero. Cuando este le prestó atención, señaló mi copa y levantó dos dedos. Acepté la segunda ronda encantado.

—Espero que eso que estás bebiendo sea *whisky* y no té.

—Es *whisky*. —Vacié el vaso—. ¿Qué habrías hecho si hubiese sido té?

Volvió a reírse, era obvio que el humor de Owen era diametralmente



opuesto al mío y lo miré con cierta envidia.

—Escupirlo y preocuparme por ti. —Llegaron nuestras bebidas y Owen levantó el vaso para brindar—. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad. —Chocamos las copas y bebimos—. Tal vez tendría que haberme quedado a escuchar el último discurso.

—Bueno, no es muy frecuente que alguien se largue cuando está hablando el principal accionista de la empresa, pero a ti te lo perdonarán.

Me encogí de hombros. No iba a hacerme el tonto, sabía que contaba con el apoyo de la directiva. Aunque, si me despedían, tampoco me importaba, la verdad. No era una cuestión de orgullo, de que me creyese insustituible o de que pensara que iba a encontrar un nuevo puesto en pocos días. Simplemente, y aunque no era nada propio de mí, en los últimos meses nada parecía importarme. En el último año, para ser exactos. La apatía se había instalado en mí, había plantado raíces y crecía sana y fuerte. Todo me daba igual y lo peor era que no era una sensación agradable.

Era asfixiante.

Y empezaba a acostumbrarme a no respirar.

Le pregunté a Owen qué haría esos días y por suerte para mí se lanzó a explicarme su árbol genealógico y a contarme con pelos y señales dónde estaría él y con quién a lo largo de las inminentes vacaciones de Navidad. En esas fechas, ser hijo de un judío y una protestante no era tarea fácil en ese país. Y para poner las cosas más fáciles, así lo dijo él, había decidido enamorarse de una budista. No me aburrió escucharlo. Una parte de mí intentaba convencerse de que todas esas cenas y comidas, todos esos regalos que había tenido que comprar y todos los eventos a los que su pareja se había comprometido eran un absoluto castigo de los dioses y que tenía suerte de no tener que someterme a ninguno de ellos; otra se moría de envidia, aunque gracias a la apatía que os explicaba antes me había convertido en un experto en ignorarla.

—¿Tú vas a España estos días?

Añadió que no le importaría visitar mi país el siguiente verano. Había estado al terminanr la Universidad, pero por culpa de la sangría tenía los

recuerdos algo borrosos: había estado en los bares que Hemingway había frecuentado en Pamplona (algo que nosotros no solemos hacer, creo, porque no estamos tan obsesionados con la vida del escritor), había comido paella y había bailado en un tablado flamenco. Las dos cosas en la ciudad equivocada. Tal vez alguien debería de revisar las guías turísticas que circulaban por el mundo.

—No, esta vez, no —le contesté sin corregirle. Si Owen algún día regresaba a España ya me aseguraría de que no volviese a meterse en una trampa para guiris—. Mi hermana está de viaje con la familia de su marido y no hay nadie en casa.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a quedarte aquí solo, trabajando?

Circula el mito o mejor dicho el estereotipo de que los españoles somos simpáticos —y supongo que muchos lo son—; sin embargo, si alguien me hubiese preguntado a mí, la encuesta les habría salido completamente al revés. También circula el mito de que los norteamericanos son lanzados y siempre hacen preguntas personales y esto, por lo menos en el caso de Owen, era verdad. Allí estábamos, dos tipos cualquiera, él un buen ejemplo de lo que se esperaba de un chico del norte de California y yo que estaba destinado a ser siempre el raro. ¿Destinado? Echarle la culpa al destino es de cobardes y eso sí que no lo soy, así que más me vale confesar de entrada que me sentía bien no encajando, aunque me estuviese matando la soledad.

—Voy a viajar por aquí —improvisé—, y te aseguro que haré todo lo que pueda para no estar solo, créeme.

Tal como anticipaba, la insinuación logró que Owen brindase por mí y que me diera una palmada en la espalda. Si le hubiese dicho que la compañía que iba a tener era la de mi mal humor y la de las pelis de Netflix no habría reaccionado igual.

—Pues no se me ocurre un lugar mejor donde empezar a buscar acompañante que aquí. Ya sabes lo que dicen: «Lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas».

—Eso he oído. —Me resultó fácil sonreírle, aunque no hice ningún esfuerzo por observar a mi alrededor en busca de una mujer. Seguro que las había de

increíbles y quizá alguna hubiese conseguido captar mi atención... No, era una pérdida de tiempo contemplar esa opción.

Por suerte cambiamos de tema y seguimos charlando. Owen me habló de Libby, su chica, que acababa de montar su propio negocio como fotógrafa de bodas. Estaba cansada de ir solo a las bodas que rechazaba su jefe y después tener que arreglar las fotos que él hacía. Las parejas solían pedir que fuese ella a los enlaces, a él le veían pasado de moda y en los blogs de novias —sí, esas cosas existen— había empezado a circular una advertencia sobre el tipo: se había quedado dormido en un banquete y en otro había intentado ligar con una de las damas de honor. Lamentable, estamos de acuerdo. Yo había coincidido con Libby en un par de ocasiones, y en las dos ella me había invitado a cenar en su casa y en las dos yo había estado demasiado ocupado para ir. Lo cierto era que, después del año anterior, se me habían acabado para siempre las ganas de cenar con parejas de enamorados; antes prefería arrancarme los ojos. Sin embargo, Libby y Owen me caían bien, algún día iba a tener que aceptar e ir a cenar con ellos, quizá cuando la bilis me hubiese acabado de carcomer el hígado. Y es que esos dos eran tan perfectos que, si no fuera porque ambos destilaban ironía y sarcasmo, producirían caries solo con verlos.

Eran tan perfectos como la pareja de moda en España, esa que iba a casarse dentro de unos meses y cuya invitación de boda me había llegado días atrás.

«No puedes faltar, Víctor».

Firmado: Cande... y Salvador.

—El señor Teller viene hacia aquí, voy a aprovechar para llamar a casa.

—Eres un cobarde, Owen.

—Me lo debes por haberte salvado el culo allí dentro —señaló el salón donde se celebraba la cena—, le he dicho que tenías que ocuparte de algo. ¿De verdad creías que te había echado a los lobos en tu primera Navidad con nosotros? No soy el Grinch, eso te lo dejo a ti. Feliz Navidad. —Me guiñó el ojo antes de que pudiera darle las gracias y saludó a Teller de camino a los ascensores del hotel.

—¿Qué tal está, Pastor? ¿Ya ha solucionado sus asuntos pendientes? Espero

que no fuera nada grave.

Los hombres como Teller son como imanes, captan la atención de los demás sin proponérselo, y el camarero apareció frente a nosotros casi de inmediato. Teller le pidió que me sirviese otra copa y lo mismo para él, y después se sentó en el taburete que Owen había dejado libre.

—Todo vuelve a estar bajo control. —No elaboré ninguna excusa, Él no la esperaba y a mí no me sentaba bien mentirle a ese hombre. Ni a nadie—. Necesitaba tomar aire.

Teller sonrió arrugando una ceja.

—Le entiendo. Demasiados discursos y demasiado largos. Pero todos los jefes de departamento se merecen explicar al resto lo que han conseguido, me temo. Usted se ha salvado porque su predecesor insistió en que quería despedirse, asuma que el próximo diciembre no tendrá tanta suerte. No me mire así, a los humanos nos hace bien vernos las caras, aunque solo sea una vez al año; lo de resolverlo todo por correo electrónico y mensajes telefónicos nos ha convertido en unos antisociales y algo pusilánimes. Créame.

—Tal vez tenga razón —accedí y levanté la copa. Mi tercera.

—Feliz Navidad, Pastor.

—Feliz Navidad.

Bebimos y, cuando vi que Teller no se levantaba al terminar la copa, no disimulé lo intrigado que estaba. Había visto a ese hombre varias veces durante mi proceso de contratación, pero después de aceptar el trabajo nuestra comunicación profesional se había basado principalmente en correos —esos que él ahora parecía despreciar— y alguna que otra llamada de teléfono. ¿Qué se traía entre manos? No sabía demasiado de él a nivel personal, excepto las cuatro líneas de biografía que había en la web y algún que otro rumor que no había podido evitar escuchar, aunque esos siempre los olvidaba. Fuera del trabajo solo había coincidido con él en una barbacoa organizada por la empresa y, aunque me parecía un tipo interesante y sin duda muy inteligente, no tenía ni idea de por qué se había acercado a hablar conmigo.

—Me he acercado a usted para hacerle una propuesta —adivinó mi pregunta—: ¿Qué le parecería trasladarse a la división de Medical Central en Nueva

York? Ha hecho usted un trabajo excelente en San Francisco y, en apenas unos meses, ha logrado unos resultados increíbles. Creo que allí lo necesitan más que aquí. Sé que no es lo que le prometí cuando le contraté, sin embargo, sería un reto y si no recuerdo mal eso fue lo que me pidió cuando aceptó el trabajo, un reto constante. Nueva York está en una situación difícil, el equipo está, obviamente, más que cualificado, pero su director no. Ahora ya no ocupa el puesto y si no fuese porque ese laboratorio está a punto de recibir un encargo importante, quizá me plantearía perder el tiempo y llamar a una de esas empresas de *head-hunters*. Pero ningún candidato que pudiesen presentarme sería usted. Piénselo. Hablaremos en enero.

Se levantó y se fue. No pude decirle nada, el *whisky* me ardía en la garganta porque por culpa de la impresión me había pasado por el conducto equivocado y solo atiné a estrecharle la mano. Después me giré tan rápido en el taburete para observarlo y asegurarme de que no había imaginado la conversación entera que casi me caí al suelo.

¿Nueva York?

Podía ser una solución a mi apatía, sin duda mudarme a otra ciudad y empezar de nuevo en otro laboratorio lograría mantenerme interesado durante unas semanas, aunque al mismo tiempo me daba pereza hacerlo y me molestaba que Teller renegase tan rápido de nuestro acuerdo. Él había sido muy listo al reconocer de entrada que esa propuesta infringía los términos de mi contrato y al mencionar la primera conversación que mantuvimos, cuando le dije que lo que estaba buscando era un reto, algo que me motivase a sacar lo mejor de mí profesionalmente. Sí, había sido muy listo, se había sacado esa propuesta de la manga, me la había hecho en menos de un minuto y se había largado antes de que yo pudiese reaccionar, pero eso no significaba que fuese a aceptar sin más o que no fuese a pedirle más información. De repente dejó de apetecerme seguir en ese bar y algo dentro de mí me impulsó a irme de allí.

No esperé a que el resto de directivos y empleados de la empresa desfilasen por mi lado, pedí otro *whisky* que tardé un par de minutos en terminar— lo necesitaba después de hablar con Teller— y me dirigí a los ascensores. Tendría que haber entrado en el primero que abrió las puertas o en el segundo,

o incluso en el tercero, pero, después de que cinco o seis ascensores pasasen por delante de mis narices, me di media vuelta y caminé decidido hacia la sala de juegos del hotel. Estaba en Las Vegas, era Navidad e iba a pasarla solo porque en una especie de pataleta impropia de mí había decidido que era mejor quedarme en ese país que volver a casa y correr el riesgo de pensar demasiado. Pensar en decisiones que había tomado y en personas que habían desaparecido de mi vida sin avisar. Me negué a seguir por esos derroteros y ya puestos opté por hacer caso a un refrán, ese que dice que si eres desafortunado en el amor tienes suerte en el juego. Iba a convertirme en millonario.

Suerte que no llevaba demasiado dinero encima, porque, al cabo de tres horas y del mismo número de copas, casi había perdido todo lo que tenía en la cartera. Mis compañeros de mesa fueron cambiando: había jugado al *blackjack* con un señor de unos setenta años de barriga cervecera y con sombrero de *cowboy*, con una rusa que había bebido un Martini tras otro, y con un par de jóvenes recién salidos de la Universidad. La crupier también había cambiado una vez, aunque podrían haber sido gemelas. Dejé el último billete como propina y me dirigí hacia el ascensor, lo mejor sería que me desmayase en la cama y no soñase en nada, pero eso que parecía tan fácil —recorrer veinte metros más o menos en línea recta, pulsar el botón del ascensor, entrar, pulsar otro botón, salir, abrir la puerta de la habitación con una tarjeta de plástico y dormir— también me las ingenié para hacerlo complicado. Prácticamente irresoluble. Llegué a uno de los ascensores que conducían a las plantas superiores (eso lo conseguí) y, justo cuando estaba delante de las puertas de acero, observando cómo los números de los pisos se iban apagando e iluminando a medida que bajaba, oí una risa familiar. Sacudí la cabeza, aturdido. El *whisky*, el ruido del casino y la confusión que me había generado Teller con su propuesta me habían descolocado y había empezado a imaginarme cosas y personas que era imposible que estuvieran allí, en Las Vegas. Completamente imposible.

Las puertas del ascensor se abrieron y vi plumas, muchas plumas; un grupo de chicos disfrazados de gallinas —había bebido, pero no tanto como para imaginarme eso— salió cantando y vitoreando. Un matrimonio que esperaba a mi lado les hizo una broma y un chaval le regaló un par de plumas y un huevo a la señora. A mí me esquivaron, me imagino que vieron mi cara de pocos amigos. Nunca he comprendido por qué una persona adulta está dispuesta a ponerse en ridículo de esa manera solo para hacer saber a los cuatro vientos que va a casarse.

Volví a oír la risa y esa vez las vértebras del cuello desobedecieron mi orden de no moverse y se giraron en busca del punto de origen hasta encontrarlo. Entrecerré los ojos en un intento de agudizar al máximo la mirada algo borrosa por el *whisky* y la centré en un cuadrante del casino del que había decidido escapar minutos antes, en una mesa donde jugaban a la ruleta. Desoyendo el sentido común que me quedaba decidí acercarme, así descubriría lo equivocado que estaba y me iría a dormir de una vez; de hecho, en cuanto llegase a la habitación me reiría de mí mismo por haber cometido la estupidez de creer que esa risa era la de *ella* y me bebería un botellín de esos tan absurdos que había en el minibar para celebrarlo. Tal vez me los bebería todos.

Ella, la chica con la risa equivocada, me daba la espalda y, aunque tenía la altura adecuada y a mí se me cerraba el estómago y me sudaba la espalda con cada paso que daba, me negué a creer que era quien yo creía. Imposible, repetía una y otra vez en mi cabeza. Llegué incluso a cerrar los ojos como si así pudiese hacerla desaparecer.

Se rio otra vez y, al echar la cabeza hacia atrás, se le movió el pelo de un modo distinto al que yo recordaba porque lo tenía más largo.

Pero aun así... había corrido muchas mañanas tras esa coleta.

Imposible. Busqué otra explicación y los *whiskys* de antes me ayudaron a encontrarla.

Decían que todo el mundo tiene un doble en alguna parte y esa chica que estaba a pocos pasos de mí tenía que ser la doble de Jimena.

Me detuve en seco, tenía que darme media vuelta y salir de allí antes de que

ese disparate fuese más lejos o de que me diese un infarto, que era lo que estaba a punto de sucederme a juzgar por el sudor que me empapaba la espalda y por las palpitaciones que galopaban por mi pecho. El grupo entero de chicas estalló en carcajadas y aplausos, una de ellas —Mina, la llamaron— había hecho un pleno.

—Veintiséis negro, pleno para la señorita —anunció el empleado del casino recogiendo las fichas y preparando el premio de la afortunada.

—¡Eres una bruja, Meina! —Esta vez el nombre sonó distinto y la propietaria del mismo ladeó la cabeza hacia la derecha y tuve que parpadear. Tres veces.

Imposible.

—¿Jimena?

Suena estúpido en voz alta, y más aún escrito en una hoja de papel como la que sujetáis ahora en las manos, pero juro que noté que el mundo se detenía a mi alrededor mientras ella se giraba hacia mí. Fue como si bajarán el volumen de todo lo que sucedía en el casino y como si el resto de clientes, empleados y turistas allí presentes pasasen a ser figurantes de una historia más grande, más importante, o quizá lo sentí así porque era la mía. Mierda. Tendría que haberme metido en ese ascensor o haber pedido a aquel grupo de chicos disfrazados de pollitos que me llevaran con ellos. Hubiese sufrido menos, seguro.

—¿Víctor?

No dije nada. Estoy seguro de que ni siquiera respiré durante unos segundos y que me planteé la posibilidad de estar imaginándome el encuentro. Tal vez estuviera tumbado en la cama, borracho y soñando cosas sin sentido, pues no podía decirse que nada de eso lo tuviera. Tenía que ser eso.

—¿Víctor? —insistió ella y después se giró hacia las chicas que nos observaban desde la mesa de la ruleta. Una formó un cuenco con las manos para recolectar las fichas que había ganado Jimena y todas subían y bajaban las cejas por lo que fuera que ella les estuviera contando. Las vi alejarse y detenerse al final de la fila de personas que esperaban para convertir las monedas de plástico del casino en dinero de verdad.



—Esto es una jodida pesadilla —farfullé y, al frotarme el rostro con ambas manos, descubrí que me temblaban ligeramente y que estaba sudado. Una combinación maravillosa, sin duda.

—Vaya, una pesadilla. Yo también me alegro de verte, Víctor.

Ella seguía allí y yo no podía estar soñando. En aquel instante, ya de por sí extraño, me vino a la cabeza la escena de una película de acción, *Desafío total*, en la que el bueno, Colin Farrell, es arrestado por los malos, que pretenden hacerle creer que está soñando y él deduce que no lo está cuando nota gotas de sudor en la frente, al parecer en los sueños no se suda, y entonces se lía a tiros hasta con el apuntador. Yo estaba sudado y despierto igual que Colin, y también muy descolocado, y por suerte para todos me faltaba el arma.

—Hola, Jimena. —Si no estaba dormido bien podía disfrutar de ese momento. Ya analizaría más tarde las consecuencias de ese encuentro o cómo diablos había llegado a producirse. Llevaba demasiado sin verla y me permití mirarla y buscar todo lo que había cambiado desde la última vez.

Sus amigas gritaron su nombre y ella dio media vuelta para responderles que siguieran con la fiesta sin ella, que las atraparía más adelante. Volvió a mirarme.

—No saben pronunciar la «j». Lo intentaron durante unos días y era un desastre, y ya me he acostumbrado a «Mina». También se lían con las vocales y he dejado de corregirlas, es mi identidad de superheroína.

—¿Superheroína?

Nuestras conversaciones siempre habían sido peculiares y anárquicas, y respiré un poco más tranquilo al comprobar que al menos esto no había cambiado.

—Sí, ya sabes, Jimena es mi Peter Parker y Mina es Spiderman.

—Arañas, de todos los superhéroes que existen has tenido que elegir el adolescente al que le pica una araña.

Ella tenía que acordarse de que a mí los arácnidos me producían escalofríos. Su sonrisa me lo confirmó.

—Me cae simpático, es el menos pretencioso y el más sincero de todos los

Vengadores. Los demás son unos pedantes que se dan aires de grandeza.

—Lo que tú digas. Desde el punto de vista científico es imposible que una araña radioactiva transfiera poderes a un humano con una picadura o de ninguna manera. La mera idea es tan absurda que no puedo creerme que la gente le encuentre sentido.

—No me extraña que tú lo veas así, Víctor. Es una lástima —añadió casi en voz baja, quizá porque no quería que yo lo oyera, pero me extrañó porque Jimena nunca se mordía la lengua conmigo ni se cortaba a la hora de decirme a la cara lo que pensaba de mí. ¿Y por qué estábamos hablando de Spiderman en vez de por qué no me había avisado de que se largaba del pueblo o de lo que había sucedido la última vez que nos habíamos visto? Aunque tal vez deberíamos empezar por algo más sencillo, como por ejemplo por qué nos habíamos encontrado allí.

Iba a preguntarle eso cuando una mujer ganó un premio importante en una máquina tragaperras y la sala de juegos se llenó de un ruido ensordecedor.

—¿Qué estás haciendo aquí, en Las Vegas? —grité antes de que ella hablase del Capitán América o algo por el estilo.

—¿Qué?

—¿Que qué estás haciendo...? —Ella se acercó un poco, pero la música subió de volumen y apareció un tipo con una americana cosida a lentejuelas seguido por un cámara—. Joder, esto es ridículo.

Tomé a Jimena de la mano y ella me miró sorprendida. En realidad, algo más que sorprendida, como si le resultase inconcebible que yo la tocase.

—¿Adónde vamos? —gritó.

—No te oigo. —Exageré un poco y tiré de Jimena hasta la recepción del hotel. Allí había el ajeteo normal de esa ciudad que parecía no cesar nunca, pero al menos oíamos nuestros pensamientos—. Aquí podremos hablar. ¿Qué estás haciendo en Las Vegas?

La había soltado y había empezado a hablar casi al instante, sin silencio no iba a tener tiempo ni la tentación de pensar (ya hemos establecido que eso era lo último que quería hacer esa noche). Jimena me observó, no parecía gustarle demasiado lo que veía, y noté que el mal humor, sin duda avivado por los

*whiskys* de antes, tomaba fuerza en mi interior.

—¿Y tú? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Trabajo —le respondí—. Una convención de la empresa en la que trabajo.

—Vaya... ¿No vas a España estas Navidades?

—¿Y tú?

—No. —Se cruzó de brazos—. ¿Por qué iba a ir?

Había visto imágenes de presas cediendo a un río, de diques rompiéndose o de edificios desmoronándose y ninguna haría justicia a lo que me sucedió tras escuchar esa frase.

—Es verdad, tienes razón, te largaste de Haro sin dar ninguna explicación. Allí no hay nada que te interese.

Esperé. Esperé con ansia a que ella me gritase, sí; discutir con Jimena cuando salíamos a correr por los campos de Haro había sido el mejor momento del día tiempo atrás y en aquel instante me pareció de vital importancia revivirlo. En realidad, no me da vergüenza reconocer que incluso lo necesitaba. Ella diría algo ingenioso e insultante, aunque al mismo tiempo cierto y para nada cruel, y yo me devanaría los sesos en busca de una respuesta que estuviese a la altura. La discusión seguiría, nos reiríamos el uno del otro y al final acabaríamos hablando de otra cosa y ella lograría que no me sintiera como un jodido bicho raro durante al menos unos minutos. Pero Jimena no dijo nada. Respiró, se llenó los pulmones y después soltó el aire despacio y cada una de esas palabras que yo esperaba que me dijera se desvaneció. Las que aparecieron no me gustaron:

—Pues yo he venido aquí para una despedida de soltera —me respondió ajena a mi estado.

—Genial. —El orgullo, el mío para ser precisos, me llevó a hablarle con brusquedad y aunque lo mejor habría sido disimular mi mal humor conseguí justo lo contrario y Jimena arrugó las cejas.

—Sí, genial. —Hubo un silencio de un segundo. Fue incómodo. Algo que jamás había sucedido entre nosotros—. ¿Quieres venir con nosotras a tomar una copa? Así podemos ponernos al día.

Como si fuéramos amigos del colegio o unos jodidos conocidos. Quería gritarle o subir a mi habitación y vaciar el minibar, nada de conformarme con una sola botellita de esas.

—Claro, por qué no, tomemos una copa y pongámonos al día. —Volvió a ignorar mi provocación y mi sarcasmo.

—Pues vamos, mis amigas estarán en el Caesar's Palace, querían ver camareros con túnicas. La recepcionista de nuestro hotel nos ha chivado que esta noche celebran un acto especial y ese es el atuendo oficial.

Estupendo, ojalá todo eso fuese una pesadilla, pero no. Y lo peor de todo era que, caminando detrás de Jimena (tuvimos que ir en fila india por la calle de la gente que había), tuve que morderme la lengua para no gritarle que dejase de ser tan educada y correcta conmigo y que discutiera y me provocase como siempre. El alcohol de antes, en lugar de dejarme maleable y con la risa fácil, me había convertido en un lunático irascible que desde hacía unos minutos —desde que la había visto— no podía arrancarse de la cabeza el beso que la chica que tenía delante le había dado poco más de un año atrás. Un beso cuyo sabor, a pesar de todos mis esfuerzos en lo contrario, reapareció en mis labios en ese instante. Intenté convencerme sin éxito de que no se me había pasado por la cabeza ni siquiera una vez cómo, aquel día, Jimena me había lanzado verdades a la cara bajo la lluvia, ni tampoco el modo en que me había dicho adiós, como si ella hubiese sabido perfectamente que esa iba a ser nuestra despedida —algo que se había olvidado de comunicarme—, ni cómo me había besado por primera y única vez durante nuestra relación. Jimena me había obligado a escuchar algo que entonces no estaba dispuesto a admitir, había sacudido mi cordura con ese beso y había desaparecido. Yo casi había estado a punto de resignarme a no volver a verla ni a entender nunca por qué no podía quitármela de la cabeza. Casi. Hasta que había oído su risa esa noche. Habían pasado casi catorce meses, tenía que ser preciso, y el enfado seguía allí, aferrándose a mis costillas. Y ella caminaba tan ancha por la calle. Cerré los puños porque tuve el repentino impulso de buscar su mano. Una despedida de soltera, eso era lo que había conseguido que volviera a verla, no los recados que le había dejado en Haro por si ella volvía a pasar por allí ni

tampoco la labor de investigación de mi hermana Tori. ¡Le había dejado no sé cuántos mensajes pidiéndole que me dijera que estaba bien y ella no se había dignado a contestarlos! Habría bastado con un par de líneas. Trece meses sin encontrarla, sin tener noticias tuyas, y ahora nos tropezábamos el uno con el otro en Las Vegas por casualidad, por una estúpida despedida de soltera... Me detuve en seco en medio de la calle, una chica chocó con mi espalda y noté que la bebida que llevaba en la mano —uno de esos cafés horribles de nombres larguísimos y sin sabor— me salpicaba la camisa.

—¿De quién es la boda? ¿Quién se casa?

De noche hacía frío en Las Vegas y más en noviembre, es algo que no me imaginaba antes de estar allí, pero tenía la garganta seca y la nuca mojada. Tenía escalofríos, obviamente solo provocados por el cambio de temperatura, y estaba agotado y ella seguía caminando sin contestarme y con la cabeza agachada hacia el móvil.

—¡Jimena! —Se detuvo y se giró y vi que cambiaba de expresión. La descifré: primero iba a reñirme, y con razón, por haberle gritado. Después... No tengo ni idea de lo que pensó después. Me imagino que ella tampoco porque me preguntó:

—¿Qué pasa?

—¿De quién es la boda? ¿Quién se casa?

—Debbie, ¿por qué? —Esos ojos siempre veían demasiado; recordé que el día que la conocí, cuando tropecé con ella cerca de casa una mañana cuando salí a correr, pensé que tenía mirada de búho.

—Por nada, mera curiosidad.

Entrecerró los párpados, comprendí cómo se siente una rata o un conejo en medio de la noche tras escuchar el ulular de una lechuza. No iba a explicarle que de repente la idea de que ella fuese a casarse me había resultado inconcebible e insoportable (más lo segundo que lo primero) o que estaba furioso y dolido (también más lo segundo que lo primero) porque no se hubiese puesto en contacto conmigo durante todos esos meses. No era que estuviese celoso, Jimena podía casarse con quien le diera la gana, por supuesto, lo único que pasaba era que se suponía que éramos amigos y ella

había desaparecido de la faz de la tierra sin decir nada y, si iba a cometer la estupidez de casarse, me gustaría saberlo. Era lo mínimo. Pensé en explicárselo, en decirle que mi curiosidad se basaba únicamente en eso, en que como amigo suyo, si a ella se le había licuado el cerebro e iba a contraer matrimonio, me vería en la obligación moral de ayudarla y sacárselo de la cabeza, pero no lo hice. Jimena seguía mirándome de esa manera y tuve el presentimiento de que no se creería nada de eso o de que, de hacerlo, discutiríamos. Mejor, mucho mejor, noté un cosquilleo y anticipé lo que le respondería, casi sonreí. Ella sacudió la cabeza igual que haría una profesora ante el niño travieso de la clase, aquel alumno o alumna que había dado por caso perdido, y no dijo nada. Nada en absoluto, se dio media vuelta y reanudó la marcha dando por hecho que iba a seguirla o, peor aún, sin importarle si lo hacía.

Y me hirvió la sangre sin avisar y sin que tuviese ningún sentido. En el laboratorio, ese lugar donde me paso la vida entera, puedo prever y contener la reacción de cualquier líquido, sólido o vapor; puedo anticipar, controlar e incluso crear metamorfosis en partículas microscópicas..., pero nada de eso, nada en absoluto, sirve para explicar lo que hice a continuación. Mi existencia sería mucho más fácil si las reglas tan lógicas de la física fuesen también aplicables al comportamiento de las personas, al menos de los demás.

Tendría que haberme largado de allí sin decirle nada. Si tan poco le importaba mi compañía, qué más daba que la siguiera o no. Por mí Jimena podía seguir de fiesta con sus amigas hasta las tantas, emborracharse hasta perder el sentido, acostarse con un *stripper*, tatuarse «amor de madre» en el brazo o hacer cualquier otra idiotez propia de una despedida de soltera en Las Vegas. Yo estaba cansado, harto, me dolía la cabeza, llevaba horas haciendo el paripé en la convención y encontrarme con Jimena me había descolocado. Tenía motivos de sobra para ir a mi habitación y perder el sentido en la cama hasta el día siguiente.

Pero seguí a Jimena. Y la noche fue, cómo no, a peor.

Mientras yo le daba vueltas al tema, ella había llegado a un semáforo y un grupo de tres chicos le estaba mirando el culo. Llegué a su lado en un tiempo

récord, teniendo en cuenta lo repleta que estaba la calle, y la rodeé por la cintura con una mano. El gesto no le gustó, su ceja levantándose me lo dejó claro, y la solté, pero al menos esos tres tipos ya habían cruzado. No quise disculparme, aunque debería de haberlo hecho porque precisamente yo sabía que Jimena era más que capaz de quitarse de encima a un grupo de moscardones. Ella seguía andando sin decirme nada y, si pudiera haberme visto mi hermana, se habría reído de mí porque la táctica de Jimena de mantener el silencio funcionó y empecé a hablar y a decir lo que no quería como no quería.

—Había unos chicos mirándote le culo.

—¿Y?

—Joder, Jimena, está bien. Lo siento.

—Estoy convencida de que ni siquiera sabes por qué te estás disculpando.

—Estás muy rara. —La elocuencia me eludió por completo. Ella me miró de reojo—. Y pareces enfadada cuando soy yo el que tiene derecho a estarlo.

Se rio.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Pues vale, digas lo que digas no pienso discutir contigo.

—¿Por qué no?

—Déjalo, Víctor. Ven a tomar esa copa conmigo o vuelve a tu hotel, tú mismo, pero no voy a discutir contigo. Hoy no.

Esperé unos segundos a que llegase el «ni hoy ni nunca» que no llegó y, por primera vez desde que la había encontrado en el vestíbulo del hotel, intenté observarla sin el rencor que había acumulado durante el año que no la había visto. No conocía a la chica que tenía delante, esa desconocida había devorado a Jimena y me pregunté si ella seguiría allí dentro. Solo tenía una manera de averiguarlo.

—Está bien, lo siento y ahora sí que sé por qué me estoy disculpando: siento haber estado tan irascible y haber buscado pelea. No volveré a hacerlo. Me encantará tomarme esa copa contigo y con tus amigas —añadí ante su mirada confusa—, gracias por invitarme.

—De nada. —Le sonó el móvil y lo buscó en el bolso que llevaba colgando—. Se nos han escapado otra vez. Ya no están aquí. —Señaló el Caesar's Palace—. Han seguido con la ruta que habíamos planeado y ahora van hacia el Excalibur.

Me estremecí al recordar el atuendo o la falta del mismo de los empleados de ese hotel. Estaba inspirado en una versión muy libre y muy musculosa de la corte del rey Arturo y los camareros eran caballeros —permítidme que los describa así— descamisados. Cualquiera otro día no me habría importado ir allí, pero temía que esa noche fuese demasiado para mí. Estábamos ante el Caesar's Palace y el hotel París, no sabía cuál elegir. Ver a camareros con túnicas romanas no distaba mucho de verlos vestidos de caballeros medievales, pero el París tampoco era muy buena opción teniendo en cuenta el pasado de Jimena y el mal recuerdo que ella siempre decía tener de esa ciudad. No elegí ninguno, podíamos andar un poco más y seguro que encontraríamos un café.

—¿Qué te parece si nos tomamos una copa los dos solos por aquí? Me gustaría hablar contigo, Jimena, y la verdad es que hoy ha sido un día de mierda y no puedo más.

—Y no te apetece estar rodeado de tíos buenos medio desnudos —añadió. Esquivó la torre Eiffel y me sonrió cuando nuestros ojos se encontraron. Me habría gustado cogerla de la mano y decirle que no pasaba nada, todos teníamos malos recuerdos de vez en cuando, pero no lo hice y le seguí la broma.

—Está bien, lo reconozco, eso también.

—La verdad es que yo también preferiría saltármelo. Ya hemos estado antes y me han sacado a bailar en el espectáculo. No preguntes, digamos que no me ha gustado ser una damisela en apuros.

—Oh, vamos, no puedes decirme eso y no contarme el final.

—Está bien —suspiró—, para salvarme he tenido que untar de aceite a mi noble caballero y...

—Para, retiro lo dicho, no quiero saber nada más.

—Ha sido vergonzoso y muy pringoso, y las manos aún me huelen a aceite



de bebés. Mira.

—Te creo. —Di un paso hacia atrás para evitar que me las acercase a la nariz.

—Eres un miedica, Víctor. —Guardó el móvil tras teclear un mensaje—. Les he dicho que me reuniré con ellas dentro de un rato, ¿vamos?

Y volvió a dejarme atrás sin que le importase si la seguía o no. Evidentemente nos alejamos de los recuerdos que ella tenía de París, y que nunca me había contado del todo, y de los camareros cachas medio desnudos. Estuvimos andando un rato, pasamos por delante de unos cuantos cafés sin entrar en ninguno en busca del bar o del local perfecto para hablar. Al parecer, y a pesar de nuestra torpeza inicial, esa noche aún no estábamos listos para despedirnos.

## 2

Hacía un año exactamente que había ganado *Los chicos del calendario*, una especie de concurso —a falta de una palabra mejor— cuyo objetivo era encontrar al mejor hombre de España o al menos uno que le demostrase a Candela Ríos, la voz cantante del mismo, que no todos somos unos imbéciles. Suena increíble y lo fue, pero lo más surrealista es que cuando pienso en esos meses, *Los chicos* no son lo más interesante que me sucedió, aunque sí fueron en cierto modo los culpables de que mi vida cambiase, como la cerilla que prende fuego a una mecha.

*Los chicos del calendario* no era un concurso cualquiera. Seguro que sabéis de qué os hablo y, si no, entrad en Youtube y encontraréis un montón de vídeos y de artículos que os lo explicarán mucho mejor que yo. Aun así, voy a haceros un resumen porque es necesario para proseguir con mi historia y ahora no tenemos tiempo de que os quedéis atrapados viendo vídeos de gatitos.

Candela Ríos, Cande para todo el mundo, era —es— un chica estupenda, común y corriente en el mejor de los sentidos, nada excepcional según ella, y mucho para los que la conocemos. Cande trabajaba en una revista escribiendo artículos anodinos en los que ni siquiera aparecía su nombre; artículos con títulos como «Cómo conseguir que tu pareja te escuche» o «Los diez perfumes que no puedes perderte este verano». Tenía un novio, Rubén, que la dejó por Instagram el día de Nochevieja y entonces Cande y su mejor amiga, Abril, fueron a tomarse una copa. Resumiendo, Cande, gracias a un par de *gin-tonics*, soltó un discurso sobre los hombres de este país y nos achacó la culpa de todo. No diré si tenía o no razón, prefiero que lo juzguéis vosotros mismos. El vídeo podéis encontrarlo muy fácilmente; Abril lo colgó en Youtube con la *inocente* intención de que lo viesen sus amigos comunes y Rubén se avergonzase de lo que le había hecho a Cande. No tendría que haberse fiado

de Internet ni del potencial que tiene un vídeo cargado de insultos y sarcasmo para hacerse viral. Cande, ajena a todo esto, se fue a dormir la mona y pasó el primer día del año con resaca y con el teléfono desconectado. La mañana siguiente volvió al trabajo y aunque se fijó en que la gente de la calle la miraba de un modo peculiar, pensó que se debía a su aspecto lamentable y no le dio mayor importancia hasta que el director de *Gea*, la revista donde trabajaba, la llamó a su despacho para hacerle una propuesta. La publicación estaba a punto de cerrar, las ventas eran ridículas, pero en el último par de días la web había recibido un aluvión de visitas buscando a Candela Ríos y se habían agotado todos los ejemplares distribuidos. *Los chicos del calendario* —todavía me cuesta creer que fuese Barver y no Cande el que diera con el nombre de esa locura— podían ser la salvación de *Gea* y marcarían el antes y el después en la carrera de Cande. Es obvio que aceptó, si no hoy no os estaría contando esto, y *Los chicos* se hicieron realidad: Cande recorrería España buscando un chico que le demostrase que nos había juzgado mal y que alguno valíamos la pena; todo el mundo podía enviar sus propuestas, sugerir candidatos, y un comité de la revista los elegiría para que Cande fuese a pasar un mes con él en su ciudad. Mi hermana Tori me presentó como candidato (con nocturnidad y alevosía, obviamente) y fui el chico de marzo.

Y gané el concurso.

Y perdí a la chica, pues cometí la estupidez de enamorarme de Cande al mismo tiempo que ella se enamoraba de otro. De campeonato, vamos. Aunque a decir verdad ahora sé que la mayor estupidez no fue esa. Pero aún no hemos llegado a esa parte.

Como decía, gané el concurso; una importante cantidad económica que tenía que ir destinada a la ONG de mi elección. Sin embargo, dado que no me sentía el ganador legítimo, sino un perdedor al que le dan el premio de consolación, decidí repartir el dinero entre las doce entidades elegidas por mí y por los otros chicos del calendario. Fue una buena decisión, la única con la que me sentí cómodo; aunque lamentablemente también sirvió para que mi popularidad aumentase y la prensa, blogs y un mundo entero que nunca he entendido se interesase por mí y les pareciera buena idea perseguirme por

todas partes. No fue agradable, así que al final acepté un trabajo en Estados Unidos y me largué del país. La oferta de Medical llevaba tiempo encima de la mesa, había incluso pagado la reserva de la casa de San Francisco, pero habría podido echarme atrás si algo me hubiese retenido en España. Ese algo no existió y los motivos para largarme no dejaban de aumentar, así que cerré esa etapa de mi vida y opté por empezar otra.

Seguro que alguno de vosotros pensará que huí y quizá tengáis razón. La cuestión es que eso tampoco es lo que quiero contaros aquí. Si esto fuese una clase práctica en un laboratorio o si estuviésemos en una cocina preparando una receta esto de ahora sería solo la lista de ingredientes.

Había terminado otro año, habían pasado doce meses desde el final de *Los chicos del calendario* y la reaparición de Jimena en Las Vegas había logrado que volviese a pensar en esos días y en lo enfadado y estúpido que me había sentido entonces. Era una lección que no iba a olvidar, eso seguro; no me hacía falta revivirla. Además, aún estaba enfadado por el papel que había desempeñado ella en todo eso largándose de esa manera cuando se suponía que éramos amigos. Porque lo éramos, ¿no?

Tal vez eso sí que pudiera dejárselo claro esa noche.

El bar hasta el que había seguido a Jimena estaba bastante lleno, aun así encontramos una mesa vacía en un rincón, encima había una carta con las bebidas y comidas que servían y otra con las apuestas que podías realizar desde allí. Ese lugar me gustaba cada vez menos.

—Dos whiskys. —Jimena pidió por mí y me abstuve de preguntarle cómo sabía lo que bebía, creo recordar que incluso conseguí disimular que me sorprendió.

—Nunca pensé que fueras la clase de persona que asiste a una despedida de soltera en Las Vegas. —La decepción y confusión marcaron cada sílaba del topónimo.

—Pues ya ves, será que no me conoces tanto como crees.

—En eso tienes razón, lo reconozco. Cuéntame cómo has pasado de tener una pastelería en La Rioja a estar de despedida de soltera en Las Vegas.

—Ha sido un año intenso, han cambiado muchas cosas y lo cierto es que me

gusta. Estoy contenta de estar aquí y de llevar la vida que llevo ahora, ¿y tú?

No me pasó por alto que me había contestado sin decirme nada y que su don innato para la ironía y para dar en el clavo seguían intactos.

—Yo también he tenido un año muy intenso. —Eso no era mentira.

—Ganaste el concurso. Lo leí en alguna parte. —Bebió sin esconderse detrás de la copa, enfrentando sus ojos a los míos—. ¿Qué tal está Cande?

—Bien, supongo, con Barver. Y sí, gané el concurso. —Levanté la copa brindando en el aire, pero Jimena apartó la suya de los labios y chocó con la mía.

—Por el chico del calendario.

—Sí, vaya estupidez.

Bebimos, temí preguntarle en qué estaba pensando porque intuía que no iba a gustarme la respuesta y después, con las copas vacías, me puse a hablar de tonterías. Al menos no mencioné el calor que hacía allí dentro ni le pregunté dónde vivía o si salía a correr con alguien; fue mi único consuelo, por lo demás mi comportamiento fue lamentable y mediocre, como si fuésemos unos meros conocidos. En mi defensa diré que a ella no parecía importarle. Exceptuando su mirada de lástima, Jimena tampoco sacó otro tema más íntimo ni hizo referencia alguna a nuestro beso. Su beso, mejor dicho.

Le hablé de Tori, de mi sobrina Valeria y de anécdotas del trabajo; le dije que la cena de Navidad que me había llevado a Las Vegas era aburrida, pero que no había tenido más remedio que asistir porque era mi primer año en la empresa y habría quedado muy mal no ir. No le dije que no tenía ningunas ganas de volver a España y encontrarme con esos artículos absurdos sobre la misteriosa nueva vida de *El chico del calendario* ni tampoco que temía que si ponía un pie en Haro y seguía sin tener noticias tuyas perdiese la cabeza y fuese a interrogar otra vez a las cotillas del pueblo para ver si averiguaba por fin su paradero. Jimena no habló demasiado y no cambió su manera de observarme, lo que contribuyó significativamente a que mi humor empeorase y a que aumentase mi dolor de cabeza.

—Bueno, creo que debería irme. —Me puse en pie y dejé unos billetes en la mesa—. Tus amigas te están esperando y yo estoy agotado.

No le dije que para seguir allí hablando solo mejor me tumbaba en la cama ni que no entendía por qué no me había devuelto ninguna de las llamadas que le había hecho meses atrás cuando había desaparecido del mapa. Estaba convencido de que no serviría de nada o de que empeoraría las cosas entre ella y yo. Era extraño, pensé confuso al mirarla antes de darme media vuelta, si minutos antes de encontrarla alguien me hubiese preguntado si la echaba de menos habría dicho que no y, sin embargo, se me hacía un nudo en la garganta solo con pensar en que esa podía ser efectivamente la última vez que la viese. Era como si hasta entonces no me hubiese permitido reconocer que había pensado en ella, como si la añoranza me sobreviniera de golpe y se burlase de mí. No lograba entenderlo y mi currículum demostraba lo mal que se me daba comprender mis sentimientos. ¿Cómo era posible que *ahora* me diese cuenta de lo mucho que había echado de menos a Jimena? ¿Por qué no me había sucedido antes? Quizá no me había atrevido o quizá, me corregí molesto, estaba cansado y encontrarme con ella había servido para despertar mi añoranza por casa y por el entorno de Haro con el que seguro mi cerebro la vinculaba.

Tenía que ser eso.

Caminé hasta la calle y esa vez ella anduvo detrás de mí; al menos tenía ese consuelo. Lo mejor sería que diese esa noche por concluida y que todo volviera a su lugar. Jimena podía seguir con su fiesta y yo me acostaría y me olvidaría de que la había visto.

—Mis amigas están hacia allí. —Señaló hacia su espalda.

—Y mi hotel en dirección contraria. —Guardé las manos en los bolsillos—. ¿Quieres que te acompañe?

Sacudió la cabeza, su mente obviamente estaba en otra parte.

—No, no hace falta. —Me miró y, durante unos segundos, pensé que tal vez iba a hablarme como antes y ese encuentro tan surrealista se desvanecería para convertirse en una de nuestras charlas, pero no fue así y seguro que mi rostro reflejó lo cabreado que estaba—. Me ha gustado mucho verte, Víctor. Tenía miedo de que después de todo no pudiéramos ser amigos. —Se puso de puntillas y me plantó un beso en la mejilla—. Feliz Navidad.

Si no me hubiese metido las manos en los pantalones podría haber reaccionado a tiempo. O tal vez no, porque un instante más tarde Jimena estaba dándome la espalda y caminando en busca de sus amigas.

—Ya, *amigos*. Feliz Navidad para ti también, Jimena.

No me oyó. Entonces levanté la voz.

—¡Jimena! —Se detuvo y sin acercarse se giró a mirarme—. Ya que ahora vivimos en el mismo continente, ¿por qué no me das tu número de teléfono? Deduzco que has tenido que cambiártelo, yo lo he hecho.

Lo gritó sonriendo y lo anoté en el mío. Al terminar le mandé un mensaje para que también tuviera mis datos, pero no llegué a distinguir si se lo guardaba o si lo borraba para siempre. Me dije que no importaba.

Dudo que lograra convencerme.

Volví andando al hotel, no tenía sentido que siguiera allí plantado analizándolo todo, y aunque llegué agotado no fui directamente a mi habitación. Tendría que haberlo hecho, pero no. Os he avisado de que fue una noche catastrófica. Caminé hasta una de las mesas del casino en la que un crupier repartía cartas, aparté una silla y me senté. Jugar a las cartas no se me daba ni bien ni mal y decidí concentrarme en la partida para que así mi cabeza no tuviese más remedio que vaciarse de todo lo demás. No me fue mal, gané unas cuantas veces y perdí otras tantas. Bebí otra copa e intercambié frases más o menos absurdas con mis compañeros de mesa: un matrimonio octogenario de Texas, un estudiante de Derecho de Boston y una mujer de Washington que se llamaba Spencer, llevaba dos años divorciada y era propietaria de dos prósperos supermercados ecológicos en la capital. Y esa noche se acostó conmigo. Llevábamos un par de partidas cuando me puso una mano en la rodilla y me dijo claramente que quería verme desnudo. Tal muestra de sinceridad me sorprendió, aunque conseguí ocultarlo, y admiré su actitud; al mismo tiempo que me había dejado claro que estaba interesada en follar conmigo también había afirmado que no pasaba nada si yo no lo estaba, íbamos a seguir jugando a cartas. Subimos juntos, el polvo fue breve y lamentable, a pesar de que estoy seguro de que los dos obtuvimos lo que buscábamos: soltar adrenalina y no sentirnos completamente solos durante

unos segundos. Spencer no quiso quedarse a dormir; yo tampoco quería, pero se lo ofrecí porque eran las siete de la mañana del día de Navidad y era lo correcto. El sexo había sido un desastre, pero los minutos de conversación que habíamos compartido en la mesa de juego, no tanto. Ella parecía ser una mujer lista y honesta y tal vez yo no fuera un caballero ni el mejor de los hombres — dijera lo que dijese el concurso de *Los chicos*—, pero no quería echarla de allí como si no hubiese pasado nada. Le ofrecí ducharse y ella sonrió y me respondió que tenía toda la intención de hacerlo. Caminó hasta el baño serena, sin prisa, y, cuando salió vestida y con el pelo mojado, se sentó en una butaca que había junto a la ventana, sacó el móvil del bolso y empezó a teclear.

—Voy a pedir un Uber. Este mediodía he quedado para comer con unas amigas. No diré que ha estado bien, los dos sabemos que no, pero me ha gustado conocerte, Víctor. Me recuerdas a mi hijo mayor.

Se me erizó la piel de la espalda.

—No tengo edad de ser tu hijo.

—Por supuesto que no, eres mucho mayor. Y, para que conste, si la tuvieras, no me habría acostado contigo. Me parece genial que haya mujeres y hombres que lo hagan, pero no es lo mío. —Tras dejar el teléfono, procedió a abrocharse las sandalias y suspiró—. Sé que se supone que no debemos hablar de nada trascendental, pero es Navidad y bueno, qué más da. Mi hijo también está enfadado con el mundo, eso es todo. Ya estoy lista, será mejor que me vaya, el coche llegará dentro de cinco minutos.

—Te acompaño abajo. —Me miró confusa, como si mi ofrecimiento fuese innecesario y estuviese a la vez fuera de lugar—. Insisto.

Me metí en la ducha y en menos de dos minutos estaba vestido. Yo no estaba enfadado con el mundo, solo un poco mosqueado, y descubrir que esa mujer de armas tomar me había echado un polvo casi por pena, pues no acabó de sentarme demasiado bien. Estaba convencido de que me encontraría la habitación vacía y Spencer sonrió al ver mi cara de sorpresa.

—Aún estoy aquí. Vamos, voy a dejar que me acompañes abajo, seguro que así te sentirás mejor.

No le dije nada, abrí la puerta y después caminé por el pasillo hasta apretar



el botón del ascensor.

—No me gusta que me juzguen sin conocerme —le dije demasiado a la defensiva—. Solo nos hemos acostado y, tal y como has dicho antes, no ha sido memorable.

—Cierto y supongo que debería pedirte disculpas —contestó y solo tenías que mirarla para saber que no sentía ninguna clase de remordimiento—. No somos nada el uno del otro y estoy convencida de que no volveremos a vernos. No quiero saber qué te pasa y estoy convencida de que tú no tienes ningunas ganas de contármelo. Achácalo a que es Navidad, considérame tu fantasma de la Navidad pasada.

Tuve que sonreír, realmente esa conversación parecía sacada de un cuento.

—¿Y qué se supone que debo aprender de ti?

Se encogió de hombros, creía que no iba a contestarme hasta que un minuto más tarde, justo cuando le abría la puerta del Uber, me dijo:

—Que estar solo suele ser una decisión que toman los cobardes o que no debes jugar a las cartas con una chica de Tennessee, tú decides.

—Creía que eras de Washington. —Arrugué las cejas y sonreí.

—No. —Ella también sonrió—. Hasta nunca, Víctor. Llama a esa chica.

Tiró de la puerta y la cerró.

—¿A cuál?

La oí reírse mientras el vehículo se alejaba con las ventanillas bajadas.

Me quedé allí en la calle unos segundos, se me hizo extraño pensar que era Navidad y que allí, en Las Vegas, todo seguía igual exceptuando los «merry christmas» con los que saludaban los taxistas o los porteros del hotel. De una de las puertas giratorias salió una chica trastabillando, llevaba un minúsculo vestido brillante algo torcido y se balanceaba peligrosamente sobre un par de tacones altísimos. Di un paso hacia ella, estaba seguro de que iba a caerse de bruces, pero el hombre que apareció detrás me detuvo en seco. Era Roger Harver, la cruz de mi existencia, una de ellas al menos. Aunque oficialmente yo no tenía un jefe y mi equipo y yo gozábamos de mucha libertad de movimiento, Harver era uno de los miembros del comité directivo de Medical que se encargaba lógicamente de supervisar los distintos laboratorios y

controlar su productividad y me había odiado desde el primer día. Al principio me había sorprendido, al fin y al cabo, habían sido ellos los que se habían interesado en mí y no al revés; era de lo más extraño que, si me querían para ese puesto y me hacían una oferta tan generosa, no contase con su aprobación entusiasta. Pero no la tenía, ni entusiasta ni de ninguna otra manera. Había intentado ser amable, ofrecerle mi colaboración en todo e incluso le había pedido consejo —cuando no me hacía falta— para ver si así, apelando a su ego, conseguía cambiar las tornas. Nada había servido de nada. Finalmente, cuando llevaba tres semanas en la empresa, una técnica del laboratorio me explicó que Harver había propuesto a otro candidato para mi puesto, un excolega amigo suyo, y que se había tomado muy mal que Teller lo hubiese descartado y hubiese traído a un extranjero, a mí.

A partir de entonces había dejado de devanarme los sesos. Seguía siendo amable con Harver, pero veía la situación desde una nueva perspectiva y a lo largo de las semanas siguientes descubrí que no caerle bien era un halago. El tipo era un cretino y un imbécil y llegué a la conclusión de que entre él y Teller tenía que haber algo, alguna historia pasada, porque de lo contrario no podía entender por qué diablos no le habían despedido. Al final resultó que no era una historia pasada lo que les unía, sino lazos familiares: Harver estaba casado con la hermana de la mujer de Teller. Las dos hermanas eran encantadoras; yo las había conocido en verano, en un acto de reconocimiento institucional a la labor de la empresa, y en aquella ocasión había hablado tanto con la esposa de Teller como con la de Harver. Esta última, Loretta, había sido especialmente amable. Me preguntó si estaba bien instalado, si me gustaba California y si podía hacer algo por mí. No en plan truculento ni nada por el estilo, sino como haría una persona generosa y bien educada, y así lo interpreté yo y le di las gracias. No entendí cómo una mujer así, una «señora con todas las letras», podía estar con Harver; aunque quién era yo para opinar sobre parejas visto el jodido desastre que era —y es— mi vida sentimental.

El caso es que aquella mañana, en Las Vegas, Harver estaba metiendo la lengua por la garganta a la chica del vestido. Ella se dejaba y se pegaba a él como una lapa, a lo que él aprovechaba para sobarle el culo. Igual que horas

antes, tendría que haberme ido sin hacer nada. Ninguno de los dos se había dado cuenta de mi presencia y podía entrar en el hotel y volver a mi habitación sin que sucediera nada.

No lo hice.

No sé explicarlo, solo había visto a Loretta Harver una vez y no me unía ninguna clase de vínculo a ella. A Harver le despreciaba, no voy a negarlo, pero hasta entonces los dos nos habíamos ignorado con bastante éxito y nos limitábamos a interactuar solo cuando era estrictamente necesario. Pero verlo allí, el día de Navidad, metiéndole mano a una chica que bien podía ser su hija cuando en el trabajo se las daba de estricto, estirado y juez moral de todo y sobre todos me obligó a detenerme y a esperar.

Me crucé de brazos —seguro que parecía un profesor o un guardia civil, pensé— y, cuando dejaron de manosearse, los ojos de Harver me detectaron en seguida. No le gustó verme, obviamente, y no me cabe ninguna duda de que odió que precisamente yo hubiese presenciado esa escena. Sin embargo, su reacción no fue la que yo esperaba.

Se despidió de la chica del vestido con otro de esos besos y aprovechó para tocarle de nuevo las nalgas con la excusa de ayudarla a entrar en un taxi. Dio unos billetes al conductor y después caminó tranquilo hacia donde yo estaba.

—Vaya, Pastor, no esperaba encontrarle por aquí, despidiendo también a una amiga. —Sacó una pitillera de plata y encendió un cigarro.

—Usted está casado —solté y él sonrió.

—¿Y? Mi vida no es asunto suyo.

Tenía razón, por supuesto, y eso me enfureció aún más.

—Es despreciable.

Dio una calada sin inmutarse, aburrido incluso.

—Creo que usted y yo deberíamos trabajar más juntos, ya sabe, colaborar más a menudo, mano a mano.

—¿Colaborar mano a mano? —Si hubiese dormido algo o no hubiese bebido la noche anterior o si, joder..., si mi cerebro no hubiese estado tan vapuleado por Jimena o la extraña conversación del ascensor con Spencer, le habría visto venir—. Usted se ha opuesto a mí desde que llegué. Sé que

presentó a otro para que dirigiese el laboratorio de San Francisco y que ha criticado e intentado sabotear mis proyectos desde el principio.

—Tiene razón y ahora mismo acabo de darme cuenta de que mi comportamiento ha sido del todo equivocado. —¿Iba a disculparse? Su sonrisa me revolvió el estómago—. Procedí mal, cometí un error absurdo. Ahora que lo veo es tan obvio que... —se rio—. Es usted un sabelotodo, un santurrón que cree tener la altura moral necesaria para juzgar y condenar a los demás. Es un metomentodo y un prepotente y, a partir de ahora, me encargaré de trabajar personalmente con usted en todos y cada uno de sus proyectos.

—Está loco.

—¿Yo? No, qué va. Acabo de echar un polvo con una chica con músculos en lugares que desconocía, ahora iré a darme una ducha y en unas horas me subiré a un avión rumbo a mi casa donde me esperan mi esposa y mis hijos. ¿Usted qué hará? He oído que pasará las vacaciones solo por aquí, trabajando, que no viajará a España.

—No voy a permitir que trabaje *personalmente* con mi equipo, hablaré con el señor Teller y...

—¿Y le dirá que me ha pillado poniéndole los cuernos a su cuñada, a la hermana de su esposa, a la que adora? No, no lo hará. No querrá hacerle daño a Loretta de esa manera, usted no es así, es un jodido santo y un cobarde, ¿cómo convencería a mi cuñado de que le está diciendo la verdad? —Chasqueó la lengua y dio otra calada—. Tiene otra opción.

—No pienso trabajar con usted y no voy a dimitir. —Me hervía la sangre.

—Puede aceptar la promoción que anoche le ofreció Teller y mudarse a Nueva York.

Me había llevado un año instalarme en California, hacer amigos, tener una casa en la que mi hermana y su familia pudiesen estar en condiciones cuando me visitaban y no pensaba darle el gusto a ese cretino. Tuve que contenerme para no darle un puñetazo; lo que me sorprendió porque, en los últimos dos años, había tenido ese impulso más veces que en toda mi vida. No me gustaba y le había prometido a Tori que, si volvía a meterme en una pelea, pediría hora a un psicólogo para aprender a gestionar mejor mi mal humor. Ese desgraciado

no se merecía que yo tuviese que hacer terapia, solté el aliento despacio y conté hasta diez.

—Feliz Navidad, señor Harver.

Tuve la satisfacción de verle confuso, a pesar de que solo me duró unos segundos pues, justo cuando iba a meterme en el vestíbulo, el muy engreído empezó a reírse a carcajada limpia, unas carcajadas que resonaron en toda la zona de taxis del hotel.

La policía no llegó a intervenir, al menos eso me lo ahorré y, aunque me dolieron los nudillos durante dos días, a él la mandíbula le dolió más de un mes. Se la rompí, no soy consciente de mi fuerza, fue una de las recriminaciones de mi hermana melliza cuando le confesé lo sucedido por teléfono. El único motivo por el que no apareció la policía fue porque Harver lo impidió, yo estaba tan furioso —y me había gustado tanto propinarle aquel puñetazo— que estaba más que dispuesto a que me encerrasen en un calabozo un rato si con ello conseguía desquitarme un poco más (sí, mi terapeuta tendrá tela conmigo, lo sé).

Harver evitó que nos arrestasen, lo hizo porque, a pesar de la fanfarronería de antes, no quería que su esposa ni nadie de su familia se enterasen de con quién había pasado la noche. No me cabe ninguna duda de que, si su retorcida cabecita hubiese encontrado el modo de que me arrestasen a mí sin él verse implicado, lo habría hecho.

No me malinterpretéis por lo que voy a decir, no tenía el deseo suicida de cargarme mi carrera profesional, pero romperle la mandíbula a ese cerdo fue mi regalo de Navidad.

Dos semanas más tarde, me estaba preguntando si tal vez la cárcel no hubiera sido mejor opción. Harver no me complicó la vida en el trabajo, eso habría sido demasiado fácil y evidente y yo habría encontrado la manera de protegernos, a mí y a mi equipo, y de plantarle cara delante de Teller. Teller no se llevaba bien con su cuñado, pero en esos quince días había averiguado que sentía mucho afecto por su cuñada y que haría cualquier cosa por complacer a

su esposa. No fue difícil descubrirlo, en realidad me horrorizó un poco que fuese tan fácil. Encontré demasiados empleados dispuestos a contarme todo lo que sabían —o lo que habían deducido— de la vida de esa familia. No me atreví a preguntar qué rumores o teorías circulaban sobre mí, no quería saberlo.

Harver no me atacó ni menoscabó mis investigaciones, todo lo contrario. No perdía la ocasión de señalar mis hazañas y cualquiera de mis avances, por pequeño que fuera, desataba una ristra de correos llenos de elogios y múltiples reconocimientos en voz alta en cuanto surgía la ocasión. Llegó incluso a disculparse conmigo una tarde, cuando nos encontró a mí y a Teller hablando en un pasillo. Me tendió la mano sabiendo que no podía rechazársela delante del otro hombre y me pidió perdón por no haber respaldado mi candidatura desde el principio. Días más tarde empezó lo peor: la sede de Nueva York estaba estancada, era un desastre, requería de medidas drásticas o tendrían que abandonar el proyecto que llevaban entre manos. Oía esas frases en cada reunión, normalmente después de que alguien nos felicitase a mí y a mi equipo por el último éxito.

La solución era obvia, tanto que, cuando el comité directivo en pleno me pidió formalmente que aceptase el traslado a Nueva York, casi estuve a punto de felicitar a Harver por su estratagema. Si rechazaba la oferta, quedaría como un idiota y un desagradecido, pues no solo me ofrecían un mejor puesto, sino que además iba a recibir un más que considerable aumento de sueldo, iban a encargarse del traslado y se harían cargo de los billetes que mi hermana y su familia necesitasen para venir a visitarme.

Tenía dos opciones: o aceptaba el proyecto de Nueva York, o dejaba ese trabajo y... ¿y qué? ¿Volvía a España? Ni hablar. Había pasado un año desde que había recibido el dichoso premio de chico del calendario y sabía que era prácticamente imposible que nadie se acordase de mí, pero no me daba la gana volver de esa manera, sin nada, como si hubiese fracasado.

Podía buscar trabajo en otra empresa médica o incluso en el sector público, tenía los papeles en regla, hablaba el idioma y podía permitirme no trabajar durante unos meses, pero en mi contrato había una durísima cláusula de no

competencia y no quería poner a prueba a Harver; algo me decía que mi currículum no circularía demasiado. También podía quedarme allí, rechazar la promoción, inventarme alguna excusa que justificase mi negativa —lograría dar con alguna mentira plausible— y luego..., luego me sentiría como una mierda por haber mentido y tarde o temprano acabaría dimitiendo y poniendo mi futuro profesional en bandeja a Harver.

Analiqué los pros y los contras durante un largo fin de semana, les había pedido que me dejaran ese par de días para pensar. Fui pragmático y frío, tal como era antes, como había vuelto a ser desde que me había instalado en Estados Unidos. No quería volver a comportarme como el año anterior ni tampoco como cuando terminó el concurso de *Los chicos del calendario*. Podía aceptar el traslado a Nueva York, a pesar de que era consciente de que los motivos que empujaban a Harver eran muy distintos a los que tenía Teller el día que me lo propuso. Lo cierto era que Nueva York sería un reto, un verdadero reto. San Francisco lo había sido al principio, había sido difícil encontrar y formar al grupo de médicos y biólogos que formaban mi equipo, pero lo había logrado y ahora podían valérselas sin mí. Así que acepté, aunque pedí más dinero —lo hice solo para ver cómo le chirriaban los dientes a Harver—, y que incluyeran en el pliego de condiciones de mi nuevo contrato que, si al cabo de doce meses yo quería regresar a San Francisco con mi equipo, podía hacerlo y mantendría el mismo sueldo y las mismas condiciones. O mejores, si conseguía los objetivos que me habían asignado. Lo aceptaron todo.

Aceptaron y tuve que subirme a un avión al día siguiente.

# Primera entrevista

(Grabadas en el teléfono móvil de Cande Ríos cuando volvimos a vernos más tarde. Ella ha insistido en que tienen que aparecer así, intercaladas con mi historia, y la verdad es que al final me ha convencido o agotado. Elegid vosotros. La cuestión es que, cuando lleguéis a los últimos capítulos, veréis que tiene sentido..., aunque me niego a reconocer que Cande —casi— siempre tiene razón.)

—¿De verdad vas a grabar esta conversación?

—Pues claro.

—Joder, no tendría que haber aceptado quedar contigo, Cande. Deja el móvil tranquilo: Mira, ya sé, mejor apágalo.

—Ni hablar. Tengo que grabarlo. Es imposible que luego me acuerde de todo o que pueda anotarlo todo.

—Todavía no he aceptado que escribas el libro. Joder. No tendría que haber venido.

—Pues claro que tenías que venir, hacía demasiado que no nos veíamos.

—El término *demasiado* es relativo, Cande. En fin, ¿estás grabando?

—Creo que sí.

—¿Y no puedes dejarlo para más tarde?

—Si te molesta, lo paro, Víctor. Para mí, recuperarte como amigo es lo más importante. No me he pasado los últimos meses persiguiéndote por el libro. Creía que eso lo sabías y que por eso por fin habías aceptado quedar conmigo.

(La grabación se detiene y reinicia unos minutos más tarde.)

—Vuelve a explicarme esto del libro, Cande, antes de que vuelva a cambiar de opinión. Y, para que conste, no tienes que pedirme perdón. Supongo que ahora entiendo lo que te pasó con Barver.

—¿Cómo que...? ¿Ahora lo entiendes? Oh, no, Pastor, tú por fin te has dado cuenta de que estás enamorado ¡¡¡¡Felicidades!!!!



(Se oye el ruido de una silla cayéndose al suelo.)

—Suéltame, Cande, no puedo respirar.

—Vale, lo siento, es que... ¡es que estoy tan contenta!

—¿Porque así dejas de sentirte culpable? Espera, lo siento, eso ha sido un golpe bajo.

—Bueno, supongo que puedo fingir que no lo has dicho. Y me basta mirarte para saber que te arrepientes y que esta tarde no vas a contarme nada sobre tu descubrimiento emocional. Ya era hora, por cierto.

—Te montas unas películas...

—Sí, tú riéte, pero te has sonrojado. Vale, no te pregunto por ella. Háblame de qué has estado haciendo todos estos meses.

—Y tú, ¿qué has estado haciendo? Tengo tus libros, por cierto, aunque no me los he leído. Mi hermana, sí.

—Lo sé, Tori es la mejor, me llamó para decirme que los había leído. Casi me muero de vergüenza al teléfono.

—No quiero saber de qué hablasteis. Lo digo en serio, Cande, no quiero.

—Está bien, tú te lo pierdes.

—Seguro, pero prefiero seguir hablándome con mi hermana. Dime, ¿te gusta ser escritora? ¿No echas de menos pasar cada mes en una ciudad distinta?

—No sé si soy escritora, lo intento; y, aunque me paso horas hablando sola y montando teorías disparatadas en mi cabeza, eso ya lo hacía antes. Ahora simplemente intento ponerlas por escrito y convencer a gente para que las lea. Es aterrador y me encanta. Y no, no echo de menos pasar cada mes en una ciudad distinta. Soy muy feliz aquí.

—Se te nota. Me alegro mucho por ti, Cande.

—Gracias. ¡Oh, vamos, para. No me mires así o me pondré a llorar y luego volveré a abrazarte y me dirás que te ahogo.

—Vale. Pero de verdad que me alegro mucho por ti, y también por Barver. Díselo.

—Lo haré. Tal vez podrías...

—Oh, no, creo que es pronto para organizar una quedada. Vuelve a hablarme de eso del libro del «chico del calendario» y, si no decido mudarme a Alaska,

tal vez podamos intentarlo más adelante.

—Tú mandas, de momento.

—Gracias.

—La verdad es que si lo piensas bien tienes que reconocer que es culpa tuya que haya decidido escribir un libro sobre el chico del calendario.

—¿Mía? ¿Cómo que es culpa mía? Si yo incluso te pedí, te exigí, que no me dieras el premio. ¿Cómo va a ser esta locura del libro culpa mía?

—Por haber estado todos estos meses sin devolver mis llamadas ni contestar a mis correos. Algo tenía que hacer para que volvieras a hablarme.

—Joder, Cande, típico de ti intentar que me sienta culpable para que te ayude, pero esta vez no te va a funcionar. Además, diría que tu nueva vida te tiene muy ocupada. Invéntate lo que quieras, la gente de todos modos cree que todo esto es mentida, y di que es la historia del chico del calendario. No te hace falta que yo lo apruebe, el título de «El chico del calendario.» es honorífico, por llamarlo de alguna manera, y ya sabes que nunca lo he querido.

—El problema, Víctor, es que no me sale inventarme nada. No puedo. Nada de lo que se me ocurre encaja contigo. Si no te conociera, si no fueras uno de los mejores amigos que he tenido jamás, podría escribir algo, estoy segura. Bueno, eso creo. Pero contigo tiene que ser de verdad. Te lo debo.

—No empieces con eso otra vez, Cande. No me debes nada.

—Vale, está bien, sé que no te gusta que lo diga, pero es verdad. Te portaste muy bien conmigo y yo... yo no.

—Joder. Mierda. No vas a manipularme otra vez, Cande. Me voy.

—¿Te vas?

—Me estoy levantando y dirigiendo hacia la puerta así que sí, me voy. Dale recuerdos a Barver de mi parte.

—¡No voy a inventarme una historia falsa sobre ti, Víctor! Si no me cuentas qué te ha pasado todo este tiempo, escribiré otra cosa, no sé, tal vez convenga a Pablo de que me deje escribir sobre él.

—Suerte con eso, no creo que puedas.

—Oh, vamos, no seas así. Sé que aún estás enfadado conmigo.

—Por enésima vez, no estoy enfadado contigo. Estoy...

—Espera un momento, un momento. ¡Dios! ¡Te ha dado más fuerte de lo que pensaba! ¡Ahora lo veo!

—¿Qué demonios estás diciendo? ¿Qué ves? ¿Que estoy a punto de largarme y de dejarte con la palabra en la boca?

—A ti te ha sucedido algo trascendental. Algo muy importante, como lo mío con Rubén e Instagram pero mejor. Estás... estás distinto, Víctor. Muy distinto.

—Deja de psicoanalizarme, Cande, tú lo que estás es muy equivocada. Te llamaré dentro de unos días, ¿de acuerdo? Apártate de la puerta.

—¿Me llamarás para decirme que aceptas contarme qué te ha pasado? ¿Me contarás cómo se llama tu chica misteriosa? Aunque, ahora que lo pienso, quizá no lo sea tanto.

—Cande, déjalo, no sigas por ahí. En serio. Déjalo de una vez. Te llamaré. De momento es lo único que puedo asegurarte.

—Está bien, me vale con eso.

# 3

## Enero

Ni «año nuevo, vida nueva», ni hostias.

Me mudé a Nueva York en el peor mes posible, ignoro si existe un buen mes para hacerlo, pero de haberlo seguro que no es enero. Tenía algunos amigos allí con los que había mantenido cierto contacto y Kyle, el propietario del apartamento en el que me había alojado en un par de ocasiones más de un año atrás, me ofreció instalarme en el cuarto del bebé que él y su pareja estaban esperando hasta que encontrara algo, pero no quería molestar ni que nada me recordase los días que había pasado con Cande en aquel piso y decidí no torturarme y me fui a un hotel. La empresa se hacía cargo de mis gastos de alojamiento, aun así no me sentía cómodo aprovechándome de eso y lo cierto es que quería un lugar donde pudiese instalarme e intentar hacer la mía sin que nadie me viese entrar o salir o sin que me preguntasen cada vez que me veían en el pasillo cómo estaba.

La habitación era impersonal y bastante confortable, obviamente, y a esas alturas ya estaba acostumbrado a estar en lugares ajenos; aunque, evidentemente, había momentos en los que echaba de menos la casa de Haro, incluso después de que Tori la invadiese (podría decirse que prácticamente me había echado de allí, pues llenó las paredes de unicornios y mi cuñado tenía la insoportable manía de comentar los partidos de fútbol en voz alta. Suerte que mi sobrina Valeria compensaba por todo). Me dije que, en cuanto pudiera, me cogería unos días e iría a verlos, quizá había cometido un error de cálculo al no ir a pasar la Navidad con ellos. Pero antes tenía que encontrar un piso de alquiler y, si alguna vez os habéis planteado mudaros a Nueva York, permitidme que os diga tres cosas sobre el mercado inmobiliario de la ciudad:

cucarachas, ratas y precios de infarto. Sabía que en Medical Central no pondrían reparos al apartamento que eligiese; Haver no iba a arriesgarse a que volviera a California y Teller aún no acababa de creerse que hubiese aceptado el traslado a Nueva York, pero era cuestión de principios. Aunque prácticamente me hubiesen firmado un cheque en blanco, no iba a convertirme en un imbécil de esos que viven en un apartamento con paredes de cristal y más habitaciones de las que necesitan.

Empezó a nevar y me subí el cuello del abrigo y apreté el nudo de la bufanda. Habría podido subirme a un taxi o meterme en el metro; pero, después de visitar aquel último apartamento, tenía que caminar. Aún tenía aquella sensación de grima en el estómago, aunque confieso que lo que también tenía eran muchas ganas de llamar a Tori e insultarla por haberme obligado a ver *Cincuenta sombras* con ella. El condenado apartamento que la señora de la inmobiliaria acababa de enseñarme era clavadito al del sosainas ese. No podía llamarla, con la diferencia horaria no quería correr el riesgo de despertar a mi sobrina; claro que Tori y Pedro se lo tendrían merecido después de aquel fin de semana en el que Tori me había convencido para que lo pasase con ella haciéndole compañía porque estaba muy embarazada, con las hormonas descontroladas y sin Pedro porque él estaba de viaje por trabajo. Había aceptado convencido de que se quedaría dormida pronto y yo podría seguir con lo mío y, como siempre, Tori me había demostrado lo equivocado que estaba. Todavía no sabía cómo me había convencido para que bebiera todo lo que ella no podía beber por el embarazo y para que viese esa jodida película, aunque me reí mucho, tanto que, hacía apenas un rato, mientras la señora de la inmobiliaria me enseñaba ese apartamento con ese piano de cola y esa escalera de mármol, casi me da un ataque de risa.

El piso lo descarté rápidamente, no podría vivir allí aunque me pagasen. Lo que más preocupaba era que la de la inmobiliaria había repetido varias veces que era el lugar perfecto para mí. Al despedirme le expliqué que ese estilo no era el mío y, como no sabía cómo decirle que no buscaba un lugar donde esconder una habitación sadomasoquista ni un antro para ligar, opté por decirle que yo llevaba una vida muy tranquila y que no necesitaba tanto

espacio. Me malinterpretó, obviamente, pues se le abrieron los ojos como platos y empezó a decirme que ese barrio era perfecto para conocer a mujeres solteras o a madres separadas, y que no tardaría mucho en rehacer mi vida. Me di por vencido, le di las gracias y le pedí que me llamase en cuanto tuviese algún otro piso para visitar. Así lo haría, dijo al despedirse, y me habló de una sobrina suya que tal vez visitaría pronto la ciudad. Genial, iba a tener que llamar a otra agencia.

Imaginé que se lo diría a todos los posibles compradores, aun así, después de aquello, me quedó tan mal cuerpo que pensé que me iría bien pasear de regreso al hotel a pesar de la temperatura bajo cero. Crucé la calle y me estaba planteando seriamente la posibilidad de correr el riesgo de despertar a Valeria cuando una figura en la otra acera captó mi atención. Era difícil reconocer a nadie en esa ciudad en invierno —todos íbamos ocultos tras nuestros abrigo, gorros, bufandas, orejeras y guantes—, y sin embargo esa coleta balanceándose como si tuviera vida propia y la postura de esos hombros impacientes, casi esforzándose por mantenerse quietos, eran inconfundibles. Entonces movió el pie derecho, apoyó la punta y giró la rodilla de un lado hacia el otro igual que haría una bailarina. Ya estaba seguro de su identidad, pero aquel gesto habría eliminado cualquier duda si la hubiese tenido. Era Jimena y estaba mirando el escaparate de lo que, desde donde yo estaba, parecía un colmado o una vieja tienda de comestibles. Me quedé observándola, recordé que estaba molesto, quizá enfadado, con ella. La había llamado para felicitarle el Año Nuevo y ella no me había contestado, primero pensé que no había visto la llamada y la repetí —tres veces— hasta que me di por vencido y le mandé un mensaje. Podría no haberle mandado nada, pero que no me contestase me había puesto furioso, más cuando había sido ella la que, en Las Vegas, me había soltado esa frase tan absurda de que éramos amigos. Vale, una parte de mi cerebro era capaz de discernir que no era erróneo describir nuestra relación en esos términos, pero a otra le sulfuraba escucharlo y, obviamente, la segunda iba ganando. Escribí furioso «Veó que eso que dicen de que lo que sucede en Las Vegas se queda en Las Vegas es verdad. Feliz Año Nuevo, Jimena». Quería provocar como mínimo su

curiosidad y que me preguntase a qué me refería. Lo tenía todo pensado, en cuanto llegase el mensaje con la pregunta en cuestión le respondería que me refería a *nuestra amistad*, a que solo había revivido para ese paseo por el *strip* y ahora yacía sin vida como un cadáver de C.S.I. frente al Bellagio.

Pero Jimena me contestó: «Igualmente, Víctor».

Punto final. Ni siquiera disimuló y obviamente no volví a llamarla. En aquel instante decidí cuál iba a ser mi primer propósito de ese año: no volver a pensar en Jimena nunca más. Fin de la historia.

Los propósitos de Año Nuevo nunca se cumplen.

Tras su obvia falta de interés, no le conté que me trasladaba a Nueva York; tampoco me importaba si ella seguía allí o no y desde luego que, desde mi llegada, no la había buscado por las calles ni por el metro ni por ningún otro lado. Estuve a punto de seguir andando sin advertirla de mi presencia —ella no me había visto y mi instinto de supervivencia insistía en que sería lo mejor —, pero entonces ella se giró hacia un lado y empezó a caminar hacia la esquina sujetando el móvil por el que estaba hablando entre el hombro derecho y la mejilla y cargando cuatro cajas delante de ella, la última casi le llegaba al mentón, y yo parpadeé y me puse a correr.

Mierda.

Joder.

Grité su nombre mientras esquivaba a una señora que, a pesar de las bajas temperaturas, había salido a pasear al perro y obviamente el animal casi me mordió y Jimena siguió andando ajena a lo que estaba a punto de sucederle. Un ciclista me insultó —¿nadie le había dicho que era peligroso ir en bici cuando helaba?—, la espalda me quedó empapada de sudor y lo que seguro que solo habían sido unos segundos se me estaban haciendo eternos a pesar de que el corazón me iba a mil por hora porque estaba convencido de que no iba a llegar a tiempo... ¡Ese taxi iba a atropellar a Jimena delante de mí! Tener una buena visión espacial no está considerado un superpoder, pero aquel día desde esa acera y con la escena desarrollándose ante mis ojos no hacía falta ser un genio de la casuística ni ver el futuro para prever que el taxista, que iba conduciendo con el rostro levemente inclinado hacia delante apretando teclas de un móvil,

no se había fijado en Jimena, que estaba a punto de cruzar y que ella, también ocupada con un jodido aparato y con las cajas tapándole parcialmente la visión, no había visto el coche amarillo.

—¡Jimena!

Se detuvo un segundo y miró hacia un lado, el equivocado, pero aquella pausa me proporcionó el margen que necesitaba para llegar hasta ella. Calculé mal, o quizá resbalé con una placa de hielo, había varias repartidas como trampas por el asfalto de Nueva York. Las ruedas del taxi chirriaron, oí un grito, dos bocinas y, aunque el vehículo había aminorado la marcha, no consiguió frenar a tiempo.

Lo primero que pensé era que no entendía por qué Jimena me miraba de esa manera, los paquetes estaban en el suelo, pero ella estaba sana y salva. Lo segundo fue que no entendía por qué me dolía tanto el brazo, el hombro y la pierna derecha. Después me pregunté por qué tenía tanto frío y por qué me dolía la cabeza y por qué las ideas se me escapaban de la mente antes de que consiguiera encontrarles sentido.

Cerré los ojos un segundo, solo necesitaba descansar un poco, y no los abrí hasta que una sirena de lo más escandalosa empezó a taladrarme los oídos. Una ambulancia.

Parpadeé, estaba tendido en el suelo y dos enfermeros intentaban levantarme para tumbarme en una camilla. Jimena estaba a mi lado y me decía que no me moviera y que no les complicase la vida a esos pobres chicos. Iba a decirle que no me riñese, que si llego a saberlo dejo que el taxi la atropelle, pero uno de esos «pobres chicos» me puso una mascarilla para ayudarme a respirar y me quedé *KO*.

Lo último que pensé antes de perder el conocimiento fue que era un jodido idiota.

Me desperté en la ambulancia, el golpe en la cabeza no era lo que más me dolía y con el ruido de esa sirena y los gritos de Jimena insultándome por haberme puesto delante de un taxi tendría que haber estado muerto para no



enterarme. En aquel instante la muerte no me pareció mala opción.

—Deja de gritarme —le pedí entre dientes.

—¿Puede saberse en qué diablos estabas pensando para cruzar de esa manera?

Iba a reiterar mi petición con menos delicadeza, de hecho estuve a punto de gritarle yo también y de echarle en cara que era culpa suya que estuviese en esa camilla con no sabía qué droga entrándome en el cuerpo y con el brazo probablemente, muy probablemente, roto, pero cometí el error de mirarla y vi que había llorado y entonces noté que mi otra mano, la que aún podía sentirme, estaba atrapada bajo la de ella y que no dejaba de apretármela.

—Estoy bien, Jimena, no te preocupes.

Pensé que, si conseguía tranquilizarla, bajaría el tono de voz y que sus hombros perderían algo de tensión. Volví a equivocarme. A esas alturas ya tendría que haber asumido que nunca acertaba con ella.

—Eres un idiota, Víctor —balbuceó antes de ponerse a llorar (y de fingir que no lo hacía)—, un idiota.

—Vale, lo que tú digas.

La medicina que con toda seguridad había en la bolsa de suero que me colgaba del brazo debía de ser muy fuerte, porque opté por callarme y no decir nada más y esa táctica resultó ser la mejor. Al menos hasta que llegamos al hospital y me llevaron a urgencias diciéndole a Jimena que tenía que esperarme allí. Menos mal que tenía cerca tantos médicos porque Jimena me aniquiló con la mirada.

Salí del *box* un par de horas más tarde, me había roto la clavícula y el radio y llevaba el brazo derecho enyesado y colgando de un cabestrillo. Tenía una fuerte contusión en el costado, aunque por suerte no me había roto ninguna costilla, y la pierna derecha me dolería durante unos días. Todo eso sin contar el dolor de cabeza. Estaba sentado en una silla de ruedas —«normas del hospital», me había repetido un enfermero con cara de pocos amigos después de que yo hubiese intentado levantarme dos o tres veces— y en mi regazo tenía

el informe médico y las recetas, pero soy de esos diestros que son completamente inútiles con la mano izquierda y era incapaz de abrir esa estúpida carpeta de cartón.

—Voy a buscar a su pareja para explicarle cómo debe tomar la medicación.

En otras circunstancias habría reaccionado antes y le habría preguntado a ese enfermero de quién estaba hablando, pero mi mente flotaba en una marea de dolor y de analgésicos y lo único que quería era salir de ese hospital y tumbarme a oscuras en una habitación, la mía de Haro a poder ser. El enfermero volvió acompañado de Jimena y en mi defensa diré que no corregí la asunción que había hecho el empleado del hospital porque intuí que, si lo hacía, tardaría mucho más en recibir el alta. Jimena debió de pensar lo mismo porque con la mirada y las cejas me dijo claramente que cerrase la boca.

Los dos escuchamos las instrucciones del enfermero con atención. Reiteró que iba a dolerme la cabeza unos días porque me había dado un buen golpe y que volviésemos al hospital si llegaba a perder el conocimiento. En cuanto al brazo, también me dolería, igual que el resto del cuerpo, un tiempo, pero las roturas habían sido limpias y, si me portaba bien, los huesos se soldarían sin problemas. Ese chico apenas tenía unos años más que yo y, sin embargo, me sentí como cuando era pequeño y me reñía el pediatra de Haro. Tenía que volver al hospital en tres semanas y, si todo estaba bien, me quitarían el yeso.

Tres semanas.

Estaba tan enfadado y me sentía tan idiota que apenas me di cuenta de que Jimena le daba las gracias al enfermero y se colocaba detrás de mí para empujar la silla.

—Puedo caminar. —Quedé como un mocoso malcriado y desagradecido, pero tenía motivos de sobra para no estar de humor.

—Estate quieto y no te levantes de esa silla si quieres salir de aquí, Víctor.

—Está bien.

—Oh, gracias por ser tan magnánimo.

—Eh, tengo derecho a quejarme, acaba de atropellarme un taxi.

La oí morderse la lengua y que apretaba las manos en las asas de la silla de ruedas. Quizá tuvo que contenerse para no dejarme allí tirado o para no

estrangularme. Ninguno de los dos dijo nada más hasta que llegamos a la salida y tuve que ponerme en pie.

Me costó, me temblaron las piernas y, cuando intenté mover el brazo derecho para apoyarme, vi las estrellas. Joder, tenía que hacerme a la idea de utilizar el izquierdo. Estuve a punto de volver a sentarme, solo para coger aire, pero Jimena me sujetó por el codo, el bueno, y me ayudó a mantenerme en pie.

—Gracias —farfullé. Tenía la frente sudada y me faltaba el aliento.

—De nada. Vamos, he pedido un taxi, nos está esperando. —No me soltó hasta que notó que había recuperado el equilibrio y, cuando lo hizo, me colocó por los hombros mi abrigo y la bufanda alrededor del cuello. No me miró a los ojos en ningún momento a pesar de lo cerca que estuvo de ellos mientras me hacía un nudo con los dos extremos de la lana.

Esperé donde estaba mientras ella devolvía la silla y recogía unos papeles; iba a tener que pedírselos, y darle las gracias por todo. Aunque era obvio que se había quedado conmigo a desgana, lo cierto era que se estaba ocupando de todo.

Vi el taxi, el conductor salió de detrás del volante y fue a abrirme la puerta. No esperé a Jimena, me pareció de vital importancia llegar allí solo y sin su ayuda. Por suerte ya no llovía y me sujeté con todas mis fuerzas a la barandilla. Seguro que parecía un anciano, cada paso me costaba horrores, me temblaban las piernas y tenía la espalda agarrotada y empapada. Apreté los dientes, la visión se me nubló un poco y estoy convencido de que no volví a perder el conocimiento porque mi orgullo me lo impidió. El taxista, que había estado observando mi lamentable espectáculo desde la acera, por fin decidió acercarse a mí y me preguntó sin rodeos si estaba bien.

—Perfectamente —le aseguré entre dientes, con el labio inferior prisionero y rezando para que Jimena siguiese dentro—, pero, si no le importa echarme una mano, se lo agradecería. A la velocidad a la que me muevo se me congelarán las pelotas y no quiero... —Joder con la medicación.

—Te entiendo bien, hijo. No quieres quedar en ridículo. —Se colocó a mi lado y adoptó la postura perfecta; no debía de ser la primera vez que hacía

aquello—. Uno de mis hijos se rompió hace poco una pierna. Vamos, tienes que estar dentro del coche antes de que salga tu chica.

—Gracias.

No le corregí, necesitaba sentarme cuanto antes. El hombre siguió hablando.

—Tiene carácter.

—¿Quién?

Estábamos en el último escalón, llegamos al vehículo y suspiré aliviado cuando abrió la puerta y me recibió el aire caliente.

—Tu chica. Cuando hemos hablado por teléfono me ha preguntado varias veces si mi coche era cómodo. Si no fuera porque hoy en día una mala crítica en esas *apps* puede hundirnos, le habría colgado. Ha sido muy... insistente, te lo aseguro. Ya estamos, métete dentro.

—Gracias.

—En realidad me ha caído bien. —El hombre era jamaicano y parecía fuera de lugar allí en medio de aquel frío y rodeado de nieve—. Por su preocupación pensaba que venía a buscar a un anciano o a un crío.

—Pues ya ve.

Se rio, farfulló algo que no entendí y ocupó su asiento justo un segundo antes de que Jimena entrase a mi lado y le diese la dirección y varias rutas posibles, señalando las ventajas de la más acertada para la hora que era.

—Como usted diga, señorita. —Puso el intermitente y me guiñó el ojo por el retrovisor.

Aún culpo a los medicamentos por no haber reaccionado a tiempo, pero lo cierto es que no me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba hasta que me encontré de pie frente al portal de una casa desconocida en medio del Meatpacking District. Era una casa antigua. Recuerdo que, en medio de la confusión, pensé que era igualita a la casa donde vivía ese Sherlock Holmes moderno, el de *Elementary*; había visto la serie con mi hermana Tori y fue lo primero que me vino a la cabeza. Me giré hacia Jimena, ella había acabado de sacar del maletero del taxi las cajas con las que horas atrás la había visto en brazos y el vehículo ya se alejaba. Hacía tanto frío que el humo que salía del tubo de escape me hizo sonreír, era como la bocanada de aire de un dragón

octogenario y muy destartado.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Vivo aquí. —Al parecer Jimena no tenía intención de ser demasiado comunicativa y yo seguía sin entender nada.

—Vale. Reformulo la pregunta: ¿qué estoy haciendo yo aquí?

Apoyé el hombro en la pared, no estaba dispuesto a reconocer que estaba cansado tras el viaje en taxi y que me dolían las piernas.

—Toma. —Me ofreció unas llaves—. Abre.

La observé confuso y acepté el reto. No sabía qué pretendía y no quería preguntárselo allí en medio de la calle. Lo mejor sería que entrásemos y me sentase. Desvié la mirada de las llaves al cerrojo y viceversa, elegí la que creía que tenía más posibilidades de ser la correcta y, sujetándola con la mano izquierda, la acerqué. Fui incapaz de acertar en el agujero y, tras cinco intentos muy patéticos, Jimena me la arrebató y abrió con un único y firme movimiento.

—Pasa, el salón está por allí.

Caminé algo cojo hasta un sofá color verde y me senté. A pesar de que había pocos muebles y de que era evidente que estaba reformando o redecorando el interior —en la pared había pintadas distintas muestras de colores y había cajas a medio abrir—, la casa era muy agradable y acogedora. Diría que casi sentí como si el edificio me diera una palmadita en la espalda para darme ánimos. Oí a Jimena cerrar la puerta y caminar hasta otra habitación donde supuse que dejó las cajas. Cerré los ojos y, cuando los abrí, la luz de la ciudad que entraba por la ventana había cambiado. Parpadeé y descubrí a Jimena sentada en la otra butaca con un cuaderno y un lápiz en la mano.

—¿Qué hora es?

—Las nueve de la noche —contestó sin apartar la vista de los trazos que estaba creando.

—Mierda. Joder. —Varios huesos de mi cuerpo crujieron al moverme—. ¿Puedes pedir un taxi, por favor? Tengo que volver al hotel.

Quería ducharme. Me picaba el pelo de la nuca —probablemente por culpa de haber estado tumbado en plena calle (Nueva York estaba muy sucio)—, intenté rascármelo y vi las estrellas al levantar el brazo derecho. Mierda, no

se podía ser más diestro que yo.

—Espera un segundo. —Jimena se levantó y se colocó detrás de mí. Iba a preguntarle si tenía intención de estrangularme, intuía que poseía los conocimientos necesarios para deshacerse de mi cadáver, pero entonces me rascó bajo el omoplato, justo donde necesitaba—. Oh, Dios. No pares.

La oí reírse. En otras circunstancias la habría mandado a paseo o habría hecho algún comentario provocador para equiparar las tablas; sin embargo, no quería que se detuviera, así que me mordí la lengua.

—Esta casa era de mi padre. La estoy reformando —explicó y yo asentí, básicamente para que siguiera—. Tiene dos pisos, puedes instalarte en la habitación que hay en esta planta. Yo ocupo la de arriba, me gustan las vistas.

—¿Qué? —Parpadeé y me aparté—. No puedo vivir aquí contigo.

—¿Por qué no? —Levantó una ceja casi molesta—. Tengo espacio de sobra y tú estás en un hotel. Tú mismo has dicho antes que estás harto de visitar los pisos que te enseñan los de la inmobiliaria.

—¿Cuándo te he dicho yo eso? —Era verdad, por supuesto, pero no recordaba haber mantenido esa conversación con ella—. Hasta hace unas horas tú ni siquiera sabías que me había mudado a Nueva York.

Se cruzó de brazos, realmente no conseguía entender por qué estaba tan ofendida. Cualquiera diría que el taxi la había atropellado a ella.

—Me lo dijiste en la ambulancia, al principio no te entendí, farfullabas tonterías sobre Grey, ¿de quién estabas hablando?

—De nadie. ¿Qué te dije en la ambulancia?

—Te quejaste de lo caros que son los pisos en esta ciudad y de que hay ratas y cucarachas en todas partes. Creo que uno de los enfermeros te ha entendido y no le ha hecho mucha gracia.

—Ya encontraré algo, la empresa se ocupa de todo. Solo he tenido mala suerte.

—Deduzco que te has trasladado a Nueva York o que vas a trabajar aquí un tiempo, así que me imagino que no tienes demasiado margen de maniobra. Encontrar piso en esta ciudad puede llevar años y tú...

Se me cruzaron los cables, eso o el efecto de los tranquilizantes empezó a

pasarse.

—Ah, es verdad, tienes que deducirlo porque no lo sabes. Lo sabrías si hubieras contestado a alguno de los mensajes o llamadas que te hice para desearte feliz año nuevo. Y yo que me había creído esa chorrada que me soltaste en Las Vegas sobre que tenías miedo de que ya no fuésemos amigos.

El humor de Jimena también empeoró; si hubiera sido un dibujo animado, le habrían salido rayos de los ojos y humo de la cabeza.

—Te has roto el brazo derecho, el médico ha dicho que tienes que tomártelo con calma durante un tiempo y te recuerdo que ni siquiera puedes rascarte la espalda solo o abrir la puerta.

—Ya me las apañaré.

—Oh, sí, claro, seguro. Demuéstramelo, quítate el jersey o desabróchate una bota. Me espero. O tal vez quieres enseñarme cómo abres la puerta y te pones tú solo el abrigo. No hay prisa.

Intenté hacer todas y cada una de las cosas que me había echado en cara cual pruebas de Hércules y fracasé estrepitosamente. No reconocí que ella tuviera razón, sino que volví a sentarme refunfuñando en el sofá.

—No puedo vivir aquí contigo —insistí.

—No te creas que a mí me encanta la idea, pero es lo más lógico. —Ella también había regresado a la butaca de antes y se echó hacia delante para enumerar cada uno de los puntos con los dedos de la mano—. Tengo espacio de sobra y tú y yo ya nos conocemos. —Alargó otro dedo—. Está claro que entre tú y yo no va a pasar nada. —Se me hizo un nudo en el estómago, seguro que era culpa del accidente. Llevaba un día de mierda—. Tres, si tienes que estar más tranquilo, puedes pagarme un alquiler; de hecho, seguro que así las cosas quedarán más claras. Ya sé lo mucho que te gusta hacerlo todo como es debido.

—Lo dices como si fuese un imbécil estirado.

Sonrió y señaló otro dedo.

—Cuarto, si cuando te quitan el yeso quieres irte, te vas sin más, aunque dudo de que encuentres un alquiler más razonable que este. ¿Dónde trabajas? —Le di la dirección—. Solo tardarás treinta minutos desde aquí, el metro está

en la otra esquina y la línea siete te llevará directo. No sé cuánto tiempo llevas aquí, pero treinta minutos en esta ciudad no es nada.

Tenía razón y ese sofá era muy cómodo. En el fondo del salón había una chimenea y Jimena la había encendido mientras yo estaba durmiendo. Era imposible que encontrase un piso mejor y la idea de no vivir solo ni con un desconocido era muy tentadora. Aun así, no estaba dispuesto a ceder sin más.

—¿Cuánto pides de alquiler?

—No lo sé. No tenía intención de buscar ningún inquilino hasta que has aparecido tú. Pregúntaselo a los de tu inmobiliaria, seguro que tienes una, conociéndote es imposible que estés buscando piso tú solo, y lo que decidan ellos me parecerá bien.

—Lo haré y les pediré que redacten un contrato.

Jimena se apoyó en el sofá y repescó el cuaderno y el lápiz.

—Lo que tú digas, aunque quiero que conste que te ofrecía vivir conmigo como amiga, no para hacer negocio.

*Amiga*, esa maldita palabra otra vez.

—Eh, no quiero que haya malentendidos y en la empresa lo necesitarán para hacer efectivo el pago y para solventar cualquier cuestión legal.

—No hay problema. Cuando lo tengan preparado, dámelo y lo leeré. Y si no hay ningún problema, firmamos y ya está.

—Genial.

—Sí, genial.

Nos quedamos en silencio y, durante unos segundos, solo se oía el deslizar del lápiz.

—¿No vas a darme las gracias?

—¿Las gracias? Me han atropellado por tu culpa.

—Acabo de ofrecerte que vivas aquí conmigo.

—Te pagaré el alquiler y tú misma has dicho que no viviremos *juntos* exactamente.

Dejó el cuaderno con un golpe seco y se puso en pie.

—¿En qué hotel estás hospedado? Iré a por tus cosas antes de que me arrepienta de lo que he hecho.



—¡No puedes ir a mi hotel!

—¿Vas a ir tú? Vale, llámame si tienes problemas para cerrar la maleta o guardar tus cosas, o si te resbalas por la calle ahora que está helada.

—Mierda. —Le di la dirección y ella me fulminó con la mirada a pesar de que mantuvo una sonrisa de oreja a oreja porque se había salido con la suya y lo sabía—. Al menos deja que te acompañe. Vale, de acuerdo, no he dicho nada, me quedaré aquí. Pero algún día, Jimena, algún día...

—Sí, algún día, Víctor. Te prometo que si algún día me rompo un brazo o una pierna y empiezo a comportarme como una idiota te dejaré que me cuides. Aunque estoy segura de que yo seré mucho más amable y te daré las gracias en lugar de gritarte o de intentar arrancarte la cabeza cada vez que intentes ayudarme. —Me dejó sin habla y no tuve más remedio que observarla mientras se abrigaba y seguía dándome órdenes—. Avisa al hotel, no quiero que me arresten por robo. Puedes instalarte en la habitación del fondo del pasillo, la cama está hecha, la he preparado antes. También tienes tu propio baño. Procura no romperte nada más hasta que vuelva, no tardaré.

—Lo intentaré —carraspeé—. Toda mi ropa está en el armario y en los dos cajones superiores de la cómoda. La maleta está en el altillo del ropero y el neceser ya está cerrado en el baño.

—Tranquilo, estoy convencida de que tu habitación es la más ordenada de la ciudad. La revisaré bien antes de irme y dejaré mi dirección en recepción por si me olvido algo y tienen que mandártelo aquí. Di «gracias, Jimena». Pórtate bien.

—Gracias, Jimena, pórtate bien.

Sonrió y cinco minutos después de que cerrase la puerta me di cuenta de que yo estaba haciendo lo mismo.

## 4

La encargada de la inmobiliaria preparó el contrato tal y como le pedí, aunque insistió en que el alquiler que yo le había sugerido era demasiado alto para una casa en reformas de la que yo solo iba a ocupar una planta. Insistí en que lo mantuviera; no me había disculpado con Jimena y me sentía culpable por lo sucedido. El dinero no era la solución, eso lo sabía, pero la empresa iba a hacerse cargo y tampoco se trataba de una cantidad exorbitada. En realidad, entraba dentro de la franja más baja que me habían pasado los de Recursos Humanos. Jimena también me dijo que era más de lo que ella se había planteado pedirme en un principio, pero le aseguré que se trataba de un tema legal, le solté un rollo sobre no sé qué parámetros fijados por la empresa en los casos de traslado de sus trabajadores, y que a mí me parecía justo y aceptó. Pulimos unos cuantos flecos más, como por ejemplo que yo no podía alterar mi dormitorio (ni se me había pasado por la cabeza) o que no podía tener mascotas (al parecer el seguro era carísimo si habitaban animales en el edificio) y buscamos un día para formalizar el alquiler. Cuando por fin firmamos, la señora de la inmobiliaria le hizo la pelota a Jimena para que la llamase en cuanto terminase de remodelar la —cito textualmente— «joya del Meatpacking» y la asesoraría para ponerla en venta. Se la quitarían de las manos, le aseguró. Jimena fue educada e incluso se quedó con la tarjeta y le dijo que la llamaría, pero esa misma noche encontré la misma tarjeta en la basura de la cocina.

El departamento de Contabilidad de la empresa ni siquiera parpadeó cuando les informé del alquiler, se limitaron a introducir el número de cuenta de Jimena en el archivo correspondiente y a pagarle la cantidad debida. Igual que tampoco se inmutó nadie cuando el día siguiente del atropello aparecí escayolado, con el brazo en cabestrillo y magullado. Creo que fue aquel el

instante exacto en que entendí porqué en California decían que la gente de Nueva York ya no se sorprendía por nada. Para alguien como yo, que había convertido en un arte el esquivar las preguntas de los demás, era un alivio, aunque tenía que reconocer que tanta indiferencia y frialdad tampoco acababa de encajar conmigo.

No sabía exactamente qué me pasaba, pero no podía negar que esa ciudad no me sentaba bien y que echaba de menos... ¿qué echaba de menos exactamente? Si era sincero conmigo mismo, esa sensación ya había empezado a tenerla en San Francisco.

—No todos los neoyorquinos son así —insistió Jimena. Llevábamos una semana compartiendo casa y era la primera vez que coincidíamos en la cocina. Ella había iniciado la conversación y, aunque al principio no tenía intención de contarle lo que me estaba pasando, acabé haciéndolo—. Deberías de darle una oportunidad a la ciudad.

—¿Una oportunidad? Me he mudado aquí, yo diría que se la estoy dando.

—No de verdad. —Se movía por la cocina como si bailase, me despistaba mirarla.

—No sé a qué te refieres. —Me puse un poco a la defensiva. Me picaba la espalda, no conseguía hacer nada de provecho con mi inútil mano izquierda, y no quería que Jimena se diera cuenta de lo incómodo que estaba, porque entonces ella se acercaría y se ofrecería a ayudarme y todo (mi humor) empeoraría.

—Te has mudado aquí, pero vas de casa al trabajo y del trabajo a casa. El único amigo al que te he oído mencionar es a... John, creo que se llama, el que va a ser padre. Nunca haces nada ni te esfuerzas por conocer a nadie.

—He conocido a gente.

—Los compañeros de trabajo no cuentan, Víctor. Y los ligues de una noche tampoco.

—¿Ligues?! ¿Cuántos crees que he tenido desde que me he roto el brazo? Si me acabas de decir que voy de casa al laboratorio y tú también debe de hacer mucho que no sales, porque te recuerdo que hacen falta dos brazos operativos para poder proceder con cierta normalidad. —Levanté la escayola y me negué

a señalar que ni con mis cuatro extremidades enteras me habría apetecido salir. Desde esa noche en Las Vegas no había estado con nadie y no tenía intención de hacerlo. Había decidido que estar solo era mucho más seguro.

—Vale, de acuerdo, supongo que en eso tienes razón. —Abrió la nevera y sacó tres bandejas que dejó en la encimera.

—¿Qué estás haciendo?

—Cocinar. No suelo hacerlo en casa, siento como si no hubiera salido del trabajo, pero de vez en cuando me apetece.

—¿Y qué estás cocinando?

—No sabía que ibas a estar aquí, iba a hacer lasaña, pero ya que estás, si te apetece otra cosa...

—No, lasaña está bien. —En realidad se me hizo la boca agua en aquel instante—. No sabía que también cocinabas... comida.

—¿Los postres no son comida?

—Ya me entiendes.

Sonrió, la mano que tenía apoyada en el fregadero se me resbaló y trastabillé un poco.

—Lo cierto es que al principio era cocinera «normal», como tú dirías. No descubrí la repostería hasta que empecé a trabajar. En el primer restaurante donde trabajé tuve que limpiar platos durante meses y, cuando terminaba, el único que quedaba allí conmigo era el chef de repostería.

—¿Cuándo fue eso? ¿Dónde? ¿Ya estabas en Francia?

No contestó, estuvo rallando tomates muy concentrada y no volvió a hablar hasta que vertió el líquido en una olla que llevaba un rato en el fuego.

—Hay algo de lo que deberíamos hablar. —Se secó las manos en el trapo que le colgaba de la cintura—. Supongo que tendría que habértelo dicho antes, pero no se me había ocurrido hasta hace unos minutos.

—¿De qué se trata? ¿Hay algo que te preocupe del contrato de alquiler?

—No, no es nada de eso. —Levantó la tapa de la olla, se acercó para oler el vapor, cerró los ojos y se me secó la garganta—. Es sobre tus amigos.

—¿Mis amigos? ¿Qué pasa con ellos? —No es que tuviera demasiados y hasta donde yo sabía ninguno se había pasado por allí.

Bajó la tapa y puso las manos en la cintura, tuve la sensación de que iba a reñirme.

—Esta es tu casa, pagas el alquiler y tienes derecho a invitar a quien quieras, tanto de día como de noche. —Se sonrojó, y tuve el buen criterio de no señalárselo, no se tomaba muy bien esas cosas y quería ver hacia dónde la llevaba aquel comentario—. Lo único que te pido es que cumplas con unas normas básicas de cortesía.

No le había dicho que se había sonrojado, de acuerdo, pero eso no significaba que no fuera a torturarla un poco. A esas alturas Jimena tendría que haber sabido que podía hablar conmigo de lo que quisiera y que yo jamás haría algo que pudiese incomodarla, aunque desaprovechar la oportunidad de hacerme el tonto un rato más sería pedirme demasiado. Todavía recordaba aquel día en Haro que salimos a correr por la montaña y ella acabó contándome que se había masturbado pensando en mí. Ya, a mí me produjo la misma impresión. Fue un momento que no olvidaré nunca (y que nunca dejará de excitarme, para qué negarlo). Así que verla mordiéndose la lengua porque no sabía cómo decirme que podía invitar a gente a casa me daba risa. Bueno, tampoco era eso exactamente. Como me sucedía últimamente con Jimena, aquella conversación me producía dos efectos diametralmente opuestos: por un lado, era divertido presenciar cómo se devanaba los sesos en busca de las palabras políticamente correctas para decirme que podía acostarme con quien quisiera mientras estuviera allí, y por otro lado me molestaba, me dolía, si os soy sincero, que hubiese desaparecido la complicidad de antes entre nosotros.

—¿Como cuáles?

—Como no entrar desnudos en la cocina, por ejemplo. En las zonas comunes, vaya.

—No veo por qué deberían desnudarse mis amigos en casa, a no ser que tú se lo pidieses. —Jimena abrió la boca ofendida y yo puse cara de inocente y continué—: Y en cuanto a mis *amigas*, te aseguro que ninguna entraría jamás en la cocina. Ni se les pasaría por la cabeza, a no ser, claro está que fueran a buscar algo, como por ejemplo... ¿Has utilizado alguna vez nata para...

—Si vas a hacerte el idiota voy a tener que pedirte que me dejes cocinar a

solas. Llevo toda la semana esperando este momento y no voy a permitir que me lo echas a perder. —Se quedó en silencio, no siguió discutiendo que era lo que yo buscaba; un intercambio de puyas con risas al final. Había vuelto a meter la pata y me enfadé conmigo mismo por no haberlo visto venir. Estaba claro que durante los meses que no nos habíamos visto nuestra relación había mutado sin avisarnos y que yo aún no había encontrado la manera de recuperarla. Con cada día que pasaba sin una de esas conversaciones, con cada silencio incómodo que se instalaba entre nosotros, la echaba más y más de menos.

—Lo siento, Jimena. Solo bromeaba.

—Al menos podrías darme las gracias por todo lo que he hecho por ti estos días, ¿no? —Estaba tan enfadado por no poder valerme por mí mismo que no lo había hecho, tenía razón de echármelo en cara. En general no se me daba nada bien aceptar la ayuda de los demás, pero con Jimena era aún peor —. ¿Quién te ha ayudado a vestirte y desvestirte cada día? ¿O a atarte los zapatos o a cortar la pizza?

—Tú y tienes razón, lo siento. Tendría que haberte dado las gracias cientos de veces, pero...

—¿Pero qué?

—Pero me he comportado como un imbécil. Lo siento. Se me da muy mal pedir ayuda y estar así —levanté un poco el brazo enyesado— está acabando con mi paciencia. Sé que soy un incordio y que he echado al traste cualquier plan que pudieras tener este mes y quizá el siguiente, tendría que estar dándote las gracias a todas horas y en vez de eso cuando tienes que ayudarme me pongo de mal humor porque me frustró. No es justo que tengas que ocuparte de mí.

—¿Por qué no? ¿Estás insinuando que si la situación fuera al revés tú no harías lo mismo? ¿No me ayudarías?

—Por supuesto que te ayudaría.

La vi sonreír, me había llevado adonde ella quería y noté que mis labios también se curvaban hacia arriba.

—Entonces, dejemos de hablar del tema, solo quería que supieras que

puedes traer a casa a quien quieras y que te agradecería que tus invitados o invitadas respetasen mi intimidad y mi casa.

—Así será, Jimena, no te preocupes. De todos modos, a pesar de tu confianza en mis dotes seductoras, te aseguro que no tengo ni la más remota intención de invitar a nadie. —Ella enarcó una ceja y me atreví a continuar—. Me he dado cuenta de que eso ya no es lo que quiero.

Jimena asintió, esperé, quería seguir hablando con ella de ese tema o de cualquier otro, pero el silencio se alargó y supuse que no iba a decir nada más. Me serví un café y me quedé allí mientras lo bebía, poco a poco ese silencio incómodo dejó de serlo y se pareció a los de antes, a los que compartíamos mientras corríamos en Haro. Solté el aliento y sonreí, y un par de minutos más tarde Jimena me pasó la cuchara de madera.

—Remueve la salsa mientras yo preparo las placas de pasta. Vigila que no se pegue.

—¡A sus órdenes!

Los giros de mi cuchara eran algo torpes por culpa de la mano izquierda, pero me esforcé por mantener el ritmo y seguí las instrucciones. Era relajante seguir los movimientos de la salsa, fijaba la mirada en una burbuja de salsa de tomate y no la apartaba hasta que estallaba.

—¿Es por Cande?

—¿Qué? —Dejé la cuchara al entender a qué se refería—. No, ¡por supuesto que no!

Volvió a callarse y se concentró en extender rectángulos de pasta en la encimera. Aunque no me lo dijo, yo seguí removiendo la salsa de tomate. Desde que me había roto el brazo y mudado a su casa me sentía desequilibrado y, por qué no reconocerlo, inseguro. Y no me gustaba.

—¿Y tú? —le pregunté y esperé a que me mirase antes de seguir—. ¿Qué es lo que quieres? Cuando pasas la noche con alguien, ¿le dejas bajar a la cocina?

A diferencia de antes no se sonrojó, arrugó las cejas y se apartó de la pasta para golpear con una masa de madera el montón de carne picada que tenía en un lado.

—No tienen fuerzas para bajar la escalera. No hace falta que te preocupes, no te cruzarás con ninguno.

Unos días más tarde, estaba girando la llave de la entrada —al final había desarrollado un método infalible para abrir, que consistía en apoyar mi lado derecho en el muro e insertar la llave en el cerrojo como si fueran las pinzas del juego Operación y tuviese que extraer aquel hueso que tiene forma de caballo (al tío que se le ocurrió eso tendrían que encerrarle)—, cuando esta se abrió antes de que terminase y apareció un tipo alto y rubio.

—Tú debes de ser Víctor. —Me tendió la mano, no para saludarme, sino para ayudarme y me erguí tanto como pude—. Yo soy Justin. —No apartó la mano y a ella se sumó una gran sonrisa. Se la estreché después de cerrar.

—Sí, soy Víctor.

No sabía quién era, pero era evidente que estaba cómodo en casa de Jimena y que estaba al corriente de quién era yo y de qué me había sucedido para acabar allí. Empezó a preguntarme por la recuperación y por mi trabajo e incluso se ofreció a servirme un vaso de agua de la cocina. Lo rechacé y mantuve la boca cerrada mientras él hablaba, lo cierto es que tuve que contenerme para no hacerle un tercer grado. No era de mi incumbencia y en mi cabeza resonaba la frase que me había dicho Jimena en esa misma cocina: «No tienen fuerzas para bajar la escalera».

Ella apareció de repente, levantó las cejas al pasar por mi lado e interpreté claramente que me estaba advirtiendo. ¿Qué pensaba que iba a hacerle a Justin?

—Hola, Víctor, no sabía que hoy ibas a llegar antes.

—Tengo que leer unos informes y he pensado que podría hacerlo en casa. El brazo me pesa y aquí estoy más cómodo que en el laboratorio.

—Ah, claro, no pretendía ser cotilla.

—No lo has sido. —¿Por qué estaba tan tensa?— ¿He llegado en mal momento?

Le subieron los colores, lo que solo sirvió para aumentar mi curiosidad.



—Por supuesto que no. Esta es tu casa, puedes llegar cuando quieras. Solo es que no te esperaba.

—Yo tampoco sabía que tú ibas a estar aquí.

No me pasó por alto que Justin nos observaba sin perderse ningún detalle.

—Justin y yo teníamos que hablar. ¿Conoces a Justin?

—No exactamente, acabamos de presentarnos.

El aludido sonrió y procedió a disculparse.

—Víctor tiene razón, Mina, me temo que después de decirle mi nombre he empezado a bombardearle a preguntas. —No tenía lógica, pero no me gustó el modo en que pronunció *Mina*, como si lo pronunciase de un modo especial, distinto, reservado solo para él—. Ya sabes cómo soy. —Le guiñó un ojo y después volvió a dirigirse a mí—. Soy un compañero de trabajo de Mina.

—Eres mi jefe, Just.

Mina y Just, ¿pero qué clase de cursilerías eran esas? ¿A Jimena le gustaba?

—Eso no es verdad y lo sabes, Mina, tú estás al mando en el restaurante.

Otra vez. En serio, ¿de verdad hacía falta pronunciar *su nombre* tantas veces?

—Y tú eres el propietario del hotel donde está el restaurante.

¿Ese tío era el jefe de Jimena? ¿Y estaba en casa para hablar de algo con ella? ¿Qué tenía de malo hablar en el trabajo? ¿Acaso no habían visto esos vídeos sobre acoso laboral? A mí me los habían puesto tanto en San Francisco como en Nueva York, eran obligatorios y los de Recursos Humanos insistían con razón en ello.

—¿Queréis que me vaya y lo arregláis a solas? —sugerí con retintín y por el modo en que Justin sonrió (otra vez) adiviné que no le importaría. Saltaba a la vista que quería ser mucho más que el jefe o el compañero de trabajo de Mina. Lo único que evitó que me estallara la aorta fue que Jimena estaba justo entre él y yo y que nos observaba a los dos sin decantarse por ninguno. Parecía una profesora vigilando a los niños en el patio.

—No hace falta, Just ya se iba. Dentro de una hora tiene una reunión muy importante.

Él miró el reloj y exhaló un taco, aunque consiguió sonar elegante.

—Tienes razón, tengo que irme. —Levantó un abrigo negro que descansaba en el respaldo de una de las sillas de la cocina y se acercó a darle un beso a Jimena en la mejilla—. Prométeme que descansarás y que pensarás en lo que te he dicho. Nos vemos mañana.

Y, sin esperar a que Jimena le contestase, se fue de allí y nos dejó solos. En cuanto se cerró la puerta, mi respiración mejoró considerablemente. Me dije que era una reacción normal, me había pasado lo mismo cuando Tori empezó a salir con chicos y los traía a casa. Mi hermana afirmaba entonces que yo tenía un detector para capullos (claro que en esa época ella estaba decidida a liarse con todos los tíos que lo hacían saltar), e iba a decirle a Jimena que no se involucrase personalmente con ese tal Justin, me importaba muy poco que una voz dentro de mi cabeza me estuviese gritando que yo no tenía ningún derecho a inmiscuirme en su vida —que no tenía ningún motivo para creer que *Justin* era un imbécil—, pero entonces la miré y vi que había estado llorando.

—¿Qué ha pasado? —Me acerqué a ella y con la mano izquierda busqué una de las suyas—. Has estado llorando.

Tuve que contenerme para no abrazarla y conformarme con sujetarle la mano me sentó mucho peor de lo que habría creído nunca. Jimena había aceptado el gesto a pesar de que tenía la cabeza agachada y la mirada apartada. Si me hubiera soltado los dedos me habría ido y la habría dejado sola, pero los apretaba y deduje que quería que me quedase y la acompañase sin decirle nada. Respeté su petición e intenté desenredar lo que me pasaba por la cabeza.

Según Tori, soy el ser humano más inaccesible de la historia de la Humanidad, mi hermana es un poco dramática, aunque lo cierto es que ninguna de mis anteriores parejas me definiría nunca como un hombre cariñoso y Cande tampoco. Cande diría que siempre se podía contar conmigo, pero ser de fiar no es lo mismo que estar por una persona. Ese concepto, el de estar por alguien, lo utilizaba mucho mi padre y, desde el fiasco de *Los chicos del calendario*, me lo imaginaba en el cielo, o en donde quiera que estuviese, sentado en una butaca con una copa de nuestro vino en la mano y diciéndome «tienes que estar por ella, Víctor. Eso es lo más importante». Aún no estaba listo para saber quién era *ella* ni tampoco para entender por qué tenía esa

especie de sueños o alucinaciones a lo fantasmas de la Navidad pasada, pero sabía que no iba a soltar a Jimena y que iba a hacer lo necesario para que no volviese a llorar.

Estuvimos un rato en silencio, solo con mi mano estrechando la suya, pasando el pulgar por los nudillos de sus dedos. Tenía la piel suave y al mismo tiempo llena de pequeñas marcas, recuerdos de cortes y de quemaduras que, con toda seguridad, se habría hecho en alguna cocina. Llevaba casi tres semanas viviendo allí y Jimena me había ayudado a vestirme y a desvestirme cada día, a poner esa ridícula funda de plástico alrededor de mi brazo para que pudiese ducharme, y no olvidemos esa noche que tuvo que ayudarme a desabrocharme el pantalón de los vaqueros porque yo fui completamente incapaz. Normalmente ella evitaba esa zona, yo me peleaba con el botón hasta soltarlo y ella solo me ayudaba con las perneras y los zapatos, pero ese botón se me resistió, apartó mi mano como si fuese un moscardón y lo desabrochó ella..., pasándome los nudillos por el abdomen y robándome la respiración. Ese vaquero seguía en el fondo del armario, no estaba preparado para volver a ponérmelo. Exceptuando aquella noche, la del botón, en la que creo que a ella también se le aceleró el pulso, Jimena siempre se había comportado como si yo fuese un cuenco lleno de masa para uno de sus pasteles; me tocaba con profesionalidad y manteniendo siempre una distancia prudencial que yo agradecía. Al menos al principio. Hacía días que me había dado cuenta de que no me importaba que Jimena se me acercase más de la cuenta y que tocarla o que me tocase me resultaba tan natural como respirar. No habíamos hablado nunca de la atracción que existía entre los dos. ¿Había estado allí siempre, también en Haro, y yo no me había dado cuenta hasta ahora o estaba alucinando? Tenía miedo de preguntárselo. No estaba seguro de que ella sintiera lo mismo y había echado tanto de menos nuestra amistad —eso ya podía reconocerlo— que no quería ponerla en peligro por nada del mundo. Quizá ella pensara lo mismo o quizá no se sentía atraída por mí y lo de ese botón solo había sucedido en mi imaginación.

—¿Qué ha pasado? —repetí, Justin completamente olvidado. Mi intuición me decía que él no tenía nada que ver con esas lágrimas.

Jimena soltó el aliento.

—¿Te he contado alguna vez cómo heredé esta casa?

—No.

—Voy a preparar chocolate caliente, ¿quieres una taza?

Se soltó y la dejé ir, aunque me quedé allí esperando.

—Claro.

Jimena realizó su ritual (no sé si ella era consciente de que lo tenía); yo lo comparaba con bailar porque, cuando quería cocinar algo para relajarse, repetía siempre los mismos pasos. Primero colocaba todo lo que iba a necesitar en la mesa, no importaba si solo eran dos cosas, como esa tarde — leche y chocolate—, o veinte, como ese domingo que preparó pavo relleno. Después hacía lo mismo con los utensilios y, cuando los tenía todos en fila como soldados, se colgaba un trapo de la cintura y ponía en marcha una vieja radio que había en la cocina. Entonces bailaba de verdad.

No le pregunté nada mientras hacía el chocolate, la miré y noté que mis preocupaciones por el trabajo se desvanecían con cada uno de sus movimientos. La sede de Nueva York de Medical era un completo desastre y no había funcionado nunca, circulaba la leyenda urbana de que cuando crearon la empresa médica a principios del siglo veinte los socios fundadores decidieron que uno se encargaría de la costa este y otro de la oeste. Pues bien, al parecer en aquel entonces el socio que se encargó de la sede de la costa este, es decir, Nueva York, utilizó el laboratorio como tapadera de otros negocios no muy legales en esa época y para empeorar las cosas sedujo a una de sus empleadas, una joven ayudante de laboratorio. La historia era más o menos truculenta según quién la contaba, pero siempre terminaba igual; con la chica suicidándose dentro del laboratorio tras escribir una carta donde incriminaba al propietario. Fue un escándalo y aunque intentaron taparlo no lo lograron, de hecho, fracasaron completamente porque incluso ahora culpaban a esa historia del mal funcionamiento de la sede. Yo no había visto ningún fantasma ni creía que esa pobre chica y el desgraciado que la sedujo cien años atrás fuesen responsables de nada y si me equivocaba y lo eran, pues me parecía muy bien que la ayudante de laboratorio obtuviera así su venganza.

Leyendas fantasmagóricas aparte, no me gustaba trabajar allí, pero lo cierto era que estaba convencido de que el problema no era ni la ciudad, ni mi equipo ni los proyectos que teníamos en marcha. Era yo. Sin embargo, me negaba a convertirme en un cliché de una mala película romántica, en ese tipo que, tras un fracaso amoroso, queda tan perdido que ni siquiera sabe qué hacer, ese no era mi caso. Ni hablar. Aquello no tenía nada que ver con Cande y quizá ese fuese precisamente el problema; le había dicho a Cande que me había enamorado de ella, se lo había gritado a mi hermana Tori y me había peleado con Jimena cuando ella me echó en cara que no lo estaba. Al final ellas tenían razón y yo estaba equivocado. Ahora sabía que no era amor lo que había sentido por Cande y no solo me sentía como un estúpido por no haberme dado cuenta antes, sino que además tenía miedo de no ser capaz de tener dentro de mí esa clase de sentimientos. Quizá nada ni nadie lograra jamás conquistarme del todo o tal vez el problema era yo y no el resto del mundo, quizá era yo el que era incapaz de entregarse y de dejarse llevar por esas emociones tan peligrosas y perjudiciales para la salud.

En los últimos años había cambiado varias veces de trabajo —demasiadas—, había pasado de dedicarme a la investigación en centros universitarios y gubernamentales a encerrarme en Haro para buscar la cepa mágica de mi padre, y después había aceptado el trabajo en San Francisco. Y ahora en Nueva York. Era comprensible que estuviese desubicado, y que me rompiera el brazo y la clavícula nada más llegar no había ayudado. Lo que ya no lo era tanto era que nada me llenase ni me provocase la menor curiosidad.

—El chocolate ya está, ¿nos lo tomamos aquí o delante de la chimenea? La he encendido antes.

La miré; cocinar le había hecho efecto, las ojeras de antes parecían un poco menos marcadas. Ojalá yo pudiera hacer algo así.

—Donde tú quieras.

Me sonrió y, con las dos tazas, una en cada mano, se dirigió al comedor. Sentados uno frente al otro en el sofá, esperó a hablar a que yo hubiese probado el chocolate. Estaba buenísimo.

—No sé si sabes que mi padre y yo no nos llevábamos muy bien.

Cumplíamos con los requisitos mínimos, supongo, pero teníamos una relación muy fría, casi inexistente. Yo hacía un esfuerzo por mamá, aunque dudo que ella lo supiera, y él me ignoraba.

—Lo siento, no lo sabía. —No era la primera vez que lamentaba no haberme interesado más por Jimena cuando vivía en Haro y salíamos a correr.

—No importa, tampoco es que me guste demasiado hablar del tema. No es el tema de conversación que sacas cuando sales a correr de madrugada —adivinó.

—Aun así, lo siento —insistí y ella se limitó a asentir y a beber un poco más de chocolate.

—Mi padre murió hace poco más de un año y entonces descubrí que tenía otra familia —soltó casi sin respirar.

—¿Qué has dicho?

—Lo que oyes. Mi padre, el señor responsable, el triunfador, el señor «estás perdiendo el tiempo encerrada en una cocina cocinando para otra gente», el de moral impecable que me dijo «no tendría que extrañarte que un hombre te deje si te lías con casados como una fulana», ese, tenía otra familia aquí, en Nueva York. Mi madre había fallecido un par de años atrás y supongo que nunca sabré si estaba al corriente y le daba igual o si murió en la ignorancia. Lo cierto es que creo que no le habría importado, con tal de que nada interrumpiese su vida perfecta ella era feliz. Y cuando algo la interrumpía se encargaba de hacértelo pagar.

Dejé la taza porque me temblaba la mano. ¿Qué clase de infancia había tenido Jimena? Si hubiera podido, habría resucitado a ese par de impresentables y se lo habría hecho pagar. Quería preguntarle muchas cosas más, abrazarla y decirle que estaba mejor sin ellos, pero lo primero que salió de mi boca fue:

—¿Tu padre te llamó *fulana*?!

—Entre otras cosas, ya te he dicho que no nos llevábamos bien, pero eso ahora no es importante.

—¡Pues claro que es importante! —Creo que incluso se me hinchó una vena en el cuello de lo furioso que estaba. ¿Cómo se atrevía ese desgraciado a

llamar así a su hija, a Jimena?!

Ella me miró confusa, lo que sirvió para enfurecerme aún más. ¿Acaso creía que iba a decirle que su padre tenía razón? Pero entonces me puso una mano en la rodilla y mi ira se apaciguó un poco.

—El caso es que a principios de noviembre del pasado invierno mi padre tuvo un infarto en el trabajo y en el hospital no pudieron hacer nada. Él estaba en Madrid y apenas hablábamos, cuando contesté el teléfono y vi el prefijo supe que le había sucedido algo grave —¿En noviembre? Quizá por eso no me había llamado ni había respondido a mis mensajes cuando desapareció de Haro y me puse a buscarla—. Yo estaba en casa, en Haro, hecha un desastre y con el ordenador en marcha buscando trenes o vuelos hacia Madrid, mi padre vivía y trabajaba allí, si no estaba en Nueva York, claro, cuando me sonó el móvil. Pensé que sería alguien del hospital para decirme que habían cometido un error, aunque no nos llevábamos bien no me alegré de su muerte, o quizá alguien de su trabajo, pero no. Era la otra esposa de mi padre, Christina, al parecer ella sí sabía de mi existencia y quería hablar conmigo. Un amigo de papá la había llamado. Ya ves, al parecer papá no consideró oportuno informarme a mí de su doble vida, pero sí a uno de sus amigos por si algún día le sucedía algo. Siempre tan previsor para lo que a él le interesaba.

—Joder, Jimena, no sé qué decirte.

—La verdad es que Christina es una señora muy amable y tiene un hijo. Así que ahora tengo un hermano, un adolescente de quince años que me odia, para más señas. Se llama Michael, Miguel como mi padre, todo un detalle, ¿no te parece? Los dos hablan bastante bien español, papá es, era, así de práctico. Tenía una esposa y una hija en España y una esposa y un hijo en Estados Unidos, porque sé que es imposible que eligiera el sexo de mi hermanastro, pero de lo contrario también diría que lo había planeado. El bueno de papá mantuvo ambas familias durante toda su vida, tras la muerte de mi madre no se le ocurrió ponerme al día, qué va, y estoy convencida de que habría seguido ocultándomelo tanto tiempo como le hubiera sido posible.

Me helaba la sangre verla tan sarcástica, tan dolida, y no poder hacer nada excepto escucharla. Volví a buscar su mano y ella dejó que la encontrara.

—En un principio la casa era una inversión, me explicó Christina, pero al parecer desde mi regreso de Francia papá se sentía culpable. Yo no acabo de creérmelo, la verdad, pero Christina insiste en que es así. Dice que se arrepentía de no haberme ayudado y que quería regalarme esta casa para que me instalase aquí y triunfase como pastelera en la ciudad. Ella quiere ver a papá como un buen hombre, como un padre arrepentido y generoso, y no voy a ser yo quien le destroce esa imagen ahora que él ya no está. Pero sé que no es verdad. Mi padre era un manipulador y siempre había menospreciado mi profesión, si quería regalarme esta casa sería para evitar pagar impuestos o para cualquier otra cosa parecida.

—Pero ahora vives aquí —señalé.

—Sí, así es—. Bajó la cabeza—. ¿De verdad quieres saber el resto del culebrón?

—Por supuesto que quiero saberlo. Soy tu amigo y lo cierto es que me duele que no me lo hayas contado hasta ahora —me arriesgué a añadir.

—Christina lleva tiempo muy enferma. De hecho, lleva unas semanas sin salir del hospital y, según los médicos, no creen que esta vez pueda volver a casa. Dicen que le quedan pocos meses de vida, quizá solo semanas. Insistió en que yo aceptase la herencia y me quedase la casa, ella no se veía con fuerzas de litigar conmigo y no iba a hacerlo. Me dijo que, si no aceptaba, ella me la dejaría igualmente en su testamento, que la casa tiene que ser para mí. Te confieso que intenté odiar a Christina y creo que lo conseguí durante unas horas, pero lo cierto es que ella no tiene la culpa de que mi padre fuese un mentiroso. Además, no se merece que yo le amargue el tiempo que le queda aquí.

—¿Tienes relación con ella?

Asintió y me apretó los dedos.

—Sí, cuando estaba mejor quedábamos para comer de vez en cuando, y ahora voy a verla al hospital siempre que puedo. También paso por su apartamento cada día, antes o después del trabajo, según el horario que tenga. De momento Michael vive allí solo, tiene una vecina que también pasa a verlo cada noche y otra que va a primera hora. Todas tienen instrucciones de



llamarme a mí y a Christina si ven algo raro. Mi hermano se ha negado en rotundo a venir aquí y tampoco quiere ir a dormir a casa de ningún amigo, insiste en que no vale la pena porque su madre regresará enseguida. Ninguno de nosotros tiene el valor de decirle que eso no sucederá nunca. Él ya sabe la verdad, Christina ha sido siempre muy honesta con él e incluso le obligó a ir a hablar con los médicos, pero supongo que quiere creer que se han equivocado y que sucederá un milagro. No le culpo, yo no tenía esa clase de relación con mi madre, ni con mi padre, pero desde que llegué aquí y los conocí supe que él y Christina sí la tienen. A veces me pregunto si mi padre era distinto con ellos. No me he atrevido a preguntárselo.

Pensé en lo poco que había coincidido con Jimena en casa, en la cantidad de horas que se pasaba fuera y en lo cansada que la veía siempre, ahora todo tenía un poco más de sentido. Era increíble que fuese tan generosa y que estuviese tan dispuesta a querer a Michael y a Christina, porque era evidente que sentía mucho más que afecto por ellos.

—¿Y qué ha sucedido hoy?

—Michael se ha presentado en el trabajo, ha entrado en la cocina del hotel hecho una furia gritando que no pensaba venirse a vivir conmigo, insultándome, diciendo que yo había manipulado a su madre y que lo único que quería era quedarme con todo. Supongo que esta mañana Christina ha vuelto a pedirle que reconsidere su postura y que se mude aquí, todavía no he hablado con ella, tengo que pensar qué voy a decirle. No quiero que se preocupe por Michael ni causarle problemas a mi hermano.

—¿Por qué ibas a causarle problemas?

—Cuando me ha encontrado se ha puesto violento, me ha sujetado por las solapas del uniforme y me ha empujado hasta la pared.

—¿Te ha hecho daño? —La observé en busca de moratones o cualquier herida.

—No. Justin estaba allí y los de seguridad no han tardado en aparecer.

—Menos mal. —Tuve celos de Justin, de que él hubiese estado allí y yo no. Me arrepentí al instante, yo no importaba, mi lío mental no importaba. Lo único verdaderamente importante era lo que Jimena necesitara.

—Le he dicho a Michael que no sabía de qué demonios me estaba hablando, que yo no quería quedarme con nada. Primero se ha hecho el mártir, me miraba con cara de odio sin decir nada, pero Justin y los de seguridad le han convencido para que hablase. Básicamente le han dicho que, si no lo hacía, llamarían a la policía y a su madre. Creo que lo segundo le ha dado más miedo que lo primero.

—¿Y qué te ha contado?

—Es menor de edad y, al parecer, cuando Christina se muera, yo seré su tutora legal, soy el único pariente que le queda. Me imagino que Christina se lo ha contado hoy y que el chico ha salido corriendo. No puede seguir negando que su madre se está muriendo y yo... yo no sé qué hacer, Víctor. ¿Qué voy a hacer cuando Michael tenga que vivir aquí? Mi vida es un desastre, ¿cómo diablos podré hacerme cargo de otra persona cuando soy incapaz de hacerme cargo de mí misma?

—No digas eso. Lo harás muy bien y yo estaré a tu lado siempre que me necesites.

—¿Lo dices en serio?

—En serio. Te lo prometo.

Era la primera promesa que hacía de verdad en mucho tiempo.

## 5

# Febrero

Jimena me acompañó a quitarme el yeso, a pesar de que insistí en que no hacía falta. Dijo que no se fiaba de mí y que de paso aprovecharía para visitar a Christina, que estaba ingresada en el mismo hospital. No era coincidencia, el día que el taxi me atropelló ella le pidió a los de la ambulancia que me llevaran allí; era el que estaba más cerca y aceptaron sin rechistar y sin que les pareciera una petición fuera de lugar. Llegamos y le pregunté si prefería ir sola a ver a Christina o si quería que fuese con ella. Tardó unos segundos en responderme, como si le sorprendiera mi ofrecimiento. Empezaba a cansarme de que le sorprendiera que me comportase como un ser humano decente, pero no le dije nada y esperé.

—La verdad es que creo que a ella le gustará conocerte. Siempre dice que le encanta recibir visitas.

Desde que me había contado lo de su padre, habíamos hablado en varias ocasiones del tema y Jimena parecía más aliviada. Me gustaba pensar que al compartir conmigo el peso de esa historia la carga se había aligerado.

El médico me quitó el yeso (os ahorraré los detalles sobre el olor y el color de mi piel) y, tras inspeccionarme el brazo y hacerme repetir ciertos movimientos, me dio el alta. Iba a tener que hacer rehabilitación y tenía que ir con cuidado durante un tiempo, pero por fin volvía a tener dos brazos y dos manos funcionales. Cuando iba a abrocharme la camisa, Jimena se levantó de la silla para ayudarme con los botones.

—Ya puedo solo —le dije sonriendo y capturando sus muñecas con la mano derecha para demostrárselo.

Ella se sonrojó, lo vi y lo noté en la piel que tenía bajo el pulgar.

—Es verdad, lo siento. Es la costumbre.

Estuve a punto de decirle que no importaba, de sonreír de otra manera y de añadir que podía abrocharme los botones siempre que quisiera, pero me mordí la lengua y la solté porque no entendía de dónde me había salido esa idea.

Le di las gracias al médico y le prometí que cumpliría con las sesiones de rehabilitación que me había asignado. Jimena añadió que, si llegaba a ser necesario, ella me llevaría a rastras. En el ascensor que nos llevaba a la planta donde se encontraban las habitaciones, le pregunté si le había contado a Christina lo de Michael.

—No, no quiero preocuparla más de lo necesario. Además, entiendo a Michael, su madre se está muriendo y yo soy una desconocida.

—Te amenazó, Jimena.

—No volverá a suceder, estoy segura. Además, Justin ha puesto a dos de seguridad en la puerta de la cocina. Cada vez que camino por el hotel me siento como una Kardashian, me siguen a todas partes.

El ascensor se detuvo y me tragué el comentario sobre Justin. Por suerte no había vuelto a aparecer por casa, aunque llamaba a Jimena y habían salido a cenar con él un par de veces. «Por cosas de trabajo», según ella. Estaba convencido de que *Just* no lo veía de la misma manera.

Christina estaba sola en una habitación, me había enterado de que había sido médico y me imaginé que el privilegio de aquella intimidad se debía a su anterior profesión. Era una mujer menuda, probablemente todavía más por su enfermedad, y, a pesar de que no la conocía hasta ese momento, en cuanto la vi tuve la certeza de que me encontraba ante una persona resignada a su destino. Sonrió al ver a Jimena, no detecté el menor trazo de hipocresía en el gesto, y Jimena se le acercó y la abrazó con cuidado, con temor de que fuera a romperse en sus brazos.

—Christina, él es Víctor, vive conmigo.

—¿Víctor? ¡No sabía que tenías pareja! ¡No sabes cuánto me alegro, niña!

—No, no es mi pareja —la corrigió Jimena antes de que yo pudiera decir nada—. Es Víctor, el amigo con quien comparto piso temporalmente. ¿Recuerdas que te conté que se había roto un brazo y que se quedaría un

tiempo en casa? Hoy le han quitado el yeso.

—Ay, es verdad, se me había olvidado. Es un placer conocerte, Víctor.

—Lo mismo digo, Christina.

Nos quedamos un rato hablando, Christina era muy amable y se esforzaba por mantener el buen humor, aunque bastaba con mirarla para adivinar que estaba sufriendo. De vez en cuando apretaba un botón que le suministraba medicación, pero lo mantenía oculto, así que no le pregunté por ello. Me limité a preguntarle por Michael y me quedó claro que quería mucho a su hijo y que sabía que este no estaba pasando por su mejor momento. Una enfermera nos interrumpió y nos sugirió que nos fuéramos. Al despedirnos, Christina me repitió que le había gustado mucho charlar conmigo y que era una pena que no estuviese en situación de beber porque, en otras circunstancias, me habría rogado que le trajese una botella de los vinos de mi familia en mi próxima visita. Le aseguré que pensaría en un buen sustituto, quizá una caja de bombones y una buena novela, y que iría a verla cuando saliera de mis sesiones de fisioterapia.

—Compararemos enfermeros y tratamientos, ¿qué te parece?

Sonreí y abandoné la habitación antes que Jimena, por si ella quería decirle algo a solas. En el pasillo moví el brazo derecho hacia delante y hacia atrás, lo notaba débil y me dolía un poco moverlo. Jimena me pilló a medio ejercicio.

—El médico ha dicho que es normal que te cueste acostumbrarte, que tienes que tener paciencia.

—Lo sé, no puedo creerme que eche de menos el cabestrillo.

—Seguro que esta noche, cuando te duches, darás las gracias de no llevarlo.

—Seguro.

Nos dirigimos hacia el ascensor para salir del hospital. Subimos al cubículo abarrotado de gente y, cuando en la cuarta planta entró un señor enorme cargado con un contrabajo y tuvimos que apretujarnos todavía más, nos miramos y casi nos pusimos a reír como dos posesos. Menos mal que logramos contenernos.

Era temprano, yo había dicho en el laboratorio que no sabía a qué hora

saldría del hospital y no me esperaba nadie.

—¿Tienes que ir al restaurante?

Jimena negó con la cabeza mientras se abrochaba el abrigo y se ocultaba tras la bufanda.

—No, aún no. Puedo llegar un poco más tarde.

No le había hecho demasiadas preguntas sobre su trabajo, supongo que no estaba seguro de que fuesen a gustarme las respuestas y por eso prefería evitarlo. Lo relacionaba con esa noche de octubre, cuando Jimena había aparecido en ese bar de Nueva York donde yo estaba con Cande y unos amigos. Habíamos discutido, Jimena me había llamado idiota por creer que estaba enamorado de Cande y me había dicho que estaba cometiendo un error. Yo me había puesto furioso, y aún me hervía la sangre si lo recordaba, aunque ahora temía que los motivos fueran otros... Ese día, en plena calle y empapados por la lluvia, me había hablado de una entrevista de trabajo. Y después me había besado, el único beso que había existido jamás entre los dos y que a todas luces ella había olvidado por completo... Ni en Las Vegas ni después lo había mencionado y eso que llevábamos un mes viviendo bajo el mismo techo.

Eso me empujó a hablar.

—¿Te gusta trabajar para Justin?

—Sí, la verdad es que sí. Es muy exigente y necesita estar al tanto de todo, pero al mismo tiempo sabe delegar y confía mucho en su equipo.

—Deduzco que fue él quien te hizo la oferta de trabajo de la que me hablaste cuando nos vimos en Nueva York hace meses.

—Sí, así es. Fueron unos días complicados, menos mal que los hemos dejado atrás, ¿no te parece? Y ahora que ya vuelves a tener los dos brazos funcionando todo volverá a la normalidad.

Ni mención del beso ni nada de nada.

—Sí, la normalidad. Es un alivio poder moverme libremente y no tener que pedirte ayuda para todo. —Se tensó, pero siguió andando—. Seguro que tú aún te alegras más que yo.

—Yo no lo describiría así, pero es cierto, me alegro mucho de que ya estés

bien.

—No solo no tendrás que volver a ayudarme a desvestirme, sino que, además, si quieres, puedes recuperar tu casa. Sé que dijiste que podía quedarme tanto tiempo como quisiera, pero ahora que estoy bien, si quieres puedo buscarme otro lugar donde vivir. Los de la empresa se encargarían de todo y me aseguraría de que te pagasen todo lo estipulado.

Yo no quería mudarme, pero tampoco quería quedarme allí si Jimena no estaba contenta. Quizá os suene idiota, pero la cruda realidad es que quería que ella quisiera que me quedase y me escoció un poco que me dejase soltarle ese rollo sin interrumpirme.

—Ya sabes que no estoy mucho en casa, mi horario de trabajo es una locura, y lo cierto es que no me importa que sigas viviendo conmigo.

—¿No te importa? Vaya, gracias, no hay nada como sentirse querido.

Sin hablarlo habíamos decidido ir paseando, ninguno de los dos había intentado detener un taxi y habíamos esquivado las bocas del metro a favor de una ruta más tranquila. Jimena se detuvo y me dio un golpe en el hombro, el que se suponía que tenía que tratar con cuidado.

—Eres un idiota, Víctor. ¿Qué quieres que te diga, que me encanta vivir contigo y que no quiero que te vayas?

—No estaría mal.

—Tú tampoco me lo has dicho a mí.

Se cruzó de brazos y la miré confuso.

—Sí que te lo he dicho.

—No, no me lo has dicho. Créeme, me acordaría. Me has soltado una parrafada sobre que los de tu trabajo se ocuparían de los gastos y me has dicho que te alegras de que ya no tenga que ayudarte.

—¿Y tú? Solo me has dicho que no te importa que me quede, como si fuera una molestia que estás dispuesta a tolerar. No has sido muy entusiasta.

—¿Quieres que sea entusiasta? ¿Tú, precisamente tú, el señor científico que todo lo controla y que nunca se arriesga a nada? ¿El mismo que en cuanto se le crucen los cables se largará de la ciudad? Pues puedes esperarte sentado.

—A mí me gusta vivir contigo —solté de repente muy ofendido—. Y a ti

también, en realidad. Te gusta tener alguien cerca con quien desahogarte porque ese último cliente ha pedido el postre más complicado de la carta o a alguien que pueda pintar el techo. Tú no llegas ni subida a una escalera.

—¡Uy, sí! ¡Para lo que me has servido tú como pintor! Ni loca te iba a dejar acercarte a mi techo con la mano izquierda. Pero está bien, reconozco que no está mal tener a alguien en casa.

—Veo que te conformarías con cualquiera —refunfuñé y reanudé la marcha.

—Oh, vale, tranquilo, me gusta vivir contigo, Víctor. Me gusta hablar contigo. Y con este frío y con tu brazo escayolado no hemos podido, pero lo cierto es que echo de menos salir a correr juntos. ¿Estás contento?

—Pues sí, gracias, ¿ves como no ha sido tan difícil?

Cruzamos la calle sin decir nada. Jimena casi resbaló por culpa de un adoquín roto y alargué el brazo para sujetarla por la cintura. Me costó apartarlo; tras lograrlo, me guardé las manos en los bolsillos y me dije que no podía seguir haciendo esas cosas.

—¿Cuánto tiempo crees que vas a quedarte en Nueva York?

—Pues no lo sé, ¿por qué das por hecho que voy a irme? Hace un momento has dicho que voy a largarme cuando se me crucen los cables y lo cierto es que de los dos la única a la que se le cruzaron los cables y se largó sin avisar al otro fuiste tú.

—Eso fue distinto, ¿y qué querías que te dijera? La última vez que nos habíamos visto habíamos acabado discutiendo y, perdona que te lo diga, Víctor, pero no eres el ombligo del mundo y ni se me pasó por la cabeza que fueras a preocuparte por mí.

—¡Pues claro que me preocupé por ti! ¿Cómo es posible que no lo supieras?

—Mira, fueron unos meses complicados, asumir lo de la segunda familia de mi padre no fue fácil. Y se suponía que tú estabas enamorado de Cande.

—Pues ya ves que no.

Sé que no me creyó, no dejaba de sacudir la cabeza de un lado al otro y se negaba a mirarme.

—Será mejor que dejemos ese tema, ahora ya da igual. La verdad, Víctor, es que aquí no te retiene nada. Por eso he dicho esa frase y por eso te he



preguntado hasta cuándo tienes intención de quedarte.

—¿Cómo que no me retiene nada? Trabajo aquí. —«Tú estás aquí»—. En principio no tengo fecha de salida, así que podría quedarme aquí para siempre.

—Si tú lo dices. Está bien. Supongo que podemos modificar el contrato de alquiler e ir un poco sobre la marcha.

No era exactamente lo que estaba pensando, pero después de esa discusión que prácticamente había salido de la nada me conformé.

—Genial, sobre la marcha. Mañana llamaré a la de la inmobiliaria y le diré que de momento prepare un contrato para el resto del año, ¿te parece bien?

—Perfecto.

Sacó una goma de pelo del bolsillo y la sujetó entre los dientes mientras se hacía una coleta con ambas manos. Era un ritual que le había visto hacer muchas veces y nunca conseguía apartar los ojos de sus labios. Esa goma prisionera entre los dientes me hipnotizaba, se me hacía la boca agua y, después, cuando ella la rescataba para atarse el pelo, me sentía como un idiota por haberme fijado tanto en algo tan absurdo. Era Jimena, por Dios.

No podía seguir así.

—Ahora que hemos decidido que voy a seguir siendo tu inquilino y que ya me han quitado el yeso, puedo hacer más cosas en casa. No me importa ayudarte a pintar o a lo que sea que tengas que hacer. En serio. ¿Ya has decidido que vas a hacer cuando termines con la reforma?

—No, aún no lo sé. Supongo que la venderé, es lo que tiene más sentido. Pero no hace falta que me ayudes, gracias. No es problema tuyo.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Me irá bien el ejercicio —añadí para que diera por zanjado el tema.

Jimena miró el reloj y, a pesar de que apenas unos minutos antes me había asegurado que no tenía prisa, se despidió y salió corriendo hacia otra parte. Se había confundido, dijo, la esperaban en el hotel y tenía que irse.

No intenté retenerla, tampoco habría servido de nada, y me quedé mirándola mientras se subía a un taxi y se alejaba. No entendía nada. Repasé nuestra conversación, me pregunté si tal vez me había equivocado y estaba colocando

a Jimena en una situación incómoda. Quizá ella quería recuperar la intimidad, volver a estar sola en casa y no tener que compartir su espacio con nadie, conmigo. Mierda, esa mujer era más confusa y difícil de entender que todas las teorías físicas y químicas que conocía.

Entonces me sonó el móvil, vi el nombre de Tori en la pantalla y recordé la ocasión en que ella me había dicho que yo siempre miraba a Jimena confuso. Descolgué. Lo primero que hizo mi hermana fue preguntarme por el brazo y le conté que por fin me habían sacado la escayola y que tenía que hacer rehabilitación por un tiempo. Después le expliqué que en principio seguiría viviendo de alquiler en casa de Jimena.

—¿Qué quieres decir «en principio»? Creía que estaba claro que no ibas a irte de allí. Nunca te había oído tan contento como estos días, Víctor, y eso que tenías un brazo roto y que estoy convencida de que has sido el peor paciente del mundo.

—Hasta hace unos minutos Jimena y yo no habíamos hablado del tema y me temo que ha accedido a que me quede con ella porque se lo he pedido. No quiero que se sienta obligada, tal vez debería inventarme alguna excusa y buscarme otro apartamento.

—¿Jimena? ¿Obligada? Mira, Víctor, dudo mucho de que alguien pueda obligar a Jimena a hacer algo en contra de su voluntad y tú menos que nadie. Tú no eres así. Si de verdad creyeras que ella no te quiere en su casa, ya te habrías ido.

—No estoy tan seguro, Tori.

—Un momento, ¡cariño!, ¿qué tengo que apretar para grabar una conversación? —Oí que gritaba.

—Muy graciosa, Victoria, muy graciosa. ¿Quieres hacer el favor de escucharme?

—Claro, perdona, es que no quiero que se me olvide este momento. ¡Tú reconociendo que no estás seguro de algo!

—Pues así es, no estoy seguro. No estoy seguro de nada —me atreví a añadir.

—Pues no sabes cuánto me alegro, Víctor, ya era hora.

—Eres consciente de que lo que acabas de decirme no tiene sentido, ¿verdad? Ninguno en absoluto.

—Lo tendrá, Víctor, lo tendrá.

—Deja de hablar como Yoda. Te juro que no sé por qué te cuento lo que me pasa.

—Porque soy tu hermana preferida y me quieres. Y yo a ti. ¿Cuándo vendrás a Haro? Te echamos de menos. Valeria tiene un montón de dibujos que enseñarte y una cosa que no puedo contarte, pero te adelanto que tiene que ver con las botas de vino y algo que tú hacías de pequeño.

Sonreí, mi sobrina era una kamikaze desde que había aprendido a andar.

—Creo que en abril podré escaparme.

—Más te vale.

Colgué y, de mejor humor, seguí andando hasta casa. Solo me desvié un poco para comprar algo, esa noche iba a preguntarle claramente a Jimena si quería que me fuese.

Lo primero que dijo cuando horas más tarde me encontró agachado frente al horno fue que no sabía que supiera cocinar. Me levanté despacio y sin disimular la sonrisa de satisfacción que sin duda me cruzaba el rostro. No es por presumir, pero aquel día bordé el pescado al horno y la cocina olía que alimentaba.

—¿Y cómo crees que he sobrevivido hasta ahora? —Removí la crema de mantequilla que iba a colocar sobre las patatas de acompañamiento.

—Eres listo y tienes recursos —se justificó sin lograr cerrar del todo la boca, también estaba sonrojada—. Hoy en día sirven toda clase de comida a domicilio.

—Cierto, pero si tienes paladar te cansas pronto. Por no mencionar que no es saludable. Ven, acércate, tienes que probar esto. —Saqué la cuchara de madera del cazo y se la llevé a los labios. Jimena tenía la misma cara que cuando salíamos a correr y apretábamos demasiado. Aun así abrió la boca y probó la salsa. Yo no tendría que haberme puesto camisa, me costó tragar el

nudo de la garganta—. ¿Qué te parece?

A Jimena también le costó tragar y parecía incapaz de mirarme, tenía la vista fija en la cuchara como si la estuviese vigilando.

—Bien —carraspeó—, está muy buena. ¿De verdad la has hecho tú? Estoy tentada de rebuscar por la basura a ver si encuentro cajas vacías de algún restaurante.

Sonreí y me sentí invencible, uno no impresiona a una pastelera profesional cada día.

—La he hecho yo. La cena estará lista en unos minutos. ¿Te importa poner la mesa?

—¿Cómo sabías que esta noche iba a estar en casa? —Seguía con el cejo fruncido.

—No he llamado a nadie, si es eso lo que me preguntas. Hace unos días lo comentaste, dijiste que vendrías antes porque mañana Christina tiene visita médica a primera hora y querías estar con ella. Tengo memoria para esas cosas. Vamos, pon la mesa, esto casi está.

No sabría explicar exactamente qué pretendía preparándole la cena (pescado al horno y patatas, ensalada, incluso había comprado vino y había estado a punto de poner unas velas cuando me detuve y me obligué a retroceder). No pretendía seducirla ni algo tan absurdo como sobornarla, solo quería hacer algo por ella.

—Vale, de acuerdo. —Aflojó las cejas con un suspiro—. ¿Tengo tiempo de cambiarme antes?

—Claro.

Me di media vuelta, Jimena seguía allí plantada y no quería correr el riesgo de empezar a hablar y meter la pata. Quería cenar con ella, quería darle las gracias por haberme ayudado esas semanas y quería preguntarle si de verdad no le importaba que siguiera viviendo allí con ella. No quería preguntarle por qué me miraba de esa manera ni por qué esa tarde había salido corriendo tras mantener nuestra primera conversación de verdad.

Por fin la oí girarse, lo supe porque chocó con una silla y después se tropezó en la escalera y despoticó un poco. Sonreí, una persona con la agilidad de

Jimena solo se tropieza si tiene algo en la cabeza y me permití pensar que era yo.

Unos minutos más tarde apareció con el pelo mojado recogido en lo alto de la cabeza y vestida con un jersey que solía ponerse cuando tenía el día libre y se quedaba en casa. Era gris, tenía el dibujo de las gafas y el rayo de Harry Potter y una mancha en el remache de una manga que no se iba nunca. Llevaba unos pantalones negros, calcetines y esas zapatillas de abuela con piel de borreguito. Le guiñé un ojo y ella me sacó la lengua. Le había tomado el pelo por esas zapatillas y deduje que, si se las había puesto, no se tomaba aquella cena como un intento de seducción por mi parte.

¿Justin había visto alguna vez esas zapatillas?

La pregunta fue como pasar papel de lija por una pizarra.

—Voy a poner música, ¿te importa? —En una vida anterior había sido masoquista, eso seguro. Jimena no respondió, tal vez no le dio importancia, ella ponía la radio cuando cocinaba.

Fingí no mirarla mientras ponía la mesa, no comenté nada sobre las dos velas que encendió y tampoco de que sacase dos copas del armario del fondo, ese que no utilizaba nunca. Serví el pescado, las patatas y el vino y fui a lavarme las manos —y a pensar qué diablos estaba haciendo—. Cuando regresé a la cocina, ella había abierto el vino y estaba llenando las copas.

—¿A qué viene todo esto, Víctor?

La sutileza nunca ha sido lo mío y allí, plantado en la puerta, pensé que meses atrás había echado en cara de Cande que no hubiese sido sincera conmigo.

—Quiero darte las gracias por lo que has hecho por mí estas semanas. —No me moví, sorprendido por mi reacción y por el modo en que ella había abierto los ojos—. Y quiero que me digas sinceramente si te molesta que viva aquí contigo.

## 6

Habían pasado dos semanas desde la cena en la cocina y desde que Jimena me llamase idiota y me asegurase que por supuesto que quería que viviera allí con ella. «Si no, ya te habría echado», me aseguró. Mi conciencia estaba tranquila, pero seguía igual de confuso e igual de perdido que el primer día, cuando me desperté en esa ambulancia con el brazo roto. Una mañana incluso estuve a punto de preguntarle a mi fisioterapeuta si el atropello podía ser responsable de ese estado o si un hueso roto, o unos cuantos, podían tener esas consecuencias. No me atreví, pues el chico disfrutaba haciéndome sufrir, aunque formase parte de su trabajo, y solo le habría faltado tener esa clase de munición. Lo que sí hice aquel día fue detenerme en la habitación de Christina y charlar un rato con ella. Había menguado desde la última vez y bromeó diciendo que probablemente no tardaría en desaparecer.

—Es solo cuestión de semanas, quizá incluso días. Dentro de nada me habré esfumado, ya lo verás, Víctor. —Chasqueó los dedos como si fuese un mago realizando un truco.

—Yo no podría tomármelo tan bien, Christina.

—No me queda otra —sonrió y tuvo un ataque de tos, así que le acerqué un vaso de agua.

—Yo todavía no me he recuperado del atropello, creo incluso que me han quedado secuelas —intenté reír, pero Christina pilló que no podía.

—¿Te duele el brazo? ¿No puedes moverlo como antes?

—No, no es el brazo.

—¿Entonces?

Empecé a hablar, le expliqué lo confuso que me sentía y lo mucho que me costaba concentrarme en nada. Le dije incluso que había perdido la ilusión por mi trabajo y que no conseguía aclararme las ideas por mucho que lo intentase.

Pensé que se reiría o que le quitaría importancia.

—No es fácil habituarse a los cambios, y menos a los que vienen de dentro.

Me reí yo, se me había formado un nudo de lo más incómodo en el estómago.

—Yo no he cambiado, créeme.

—Es evidente que yo no tengo manera de saber si es o no verdad, pero... —  
Se encogió de hombros—. Si tus teorías no tienen sentido, quizá la mía sea la acertada.

—No tendría que haberte contado a qué me dedico.

Christina estaba cansada, cambié el tema de conversación hacia Michael, al que yo aún no había conocido, y me fui cuando pasó un enfermero a revisar su estado. Le prometí que le daría recuerdos a Jimena de su parte.

Desde aquella noche, cenábamos juntos los miércoles y, como siempre en nuestra relación, tampoco lo habíamos hablado, sencillamente habíamos empezado a hacerlo. Los domingos también desayunábamos juntos y los últimos dos lunes por la noche habíamos visto juntos *Lucifer* en el sofá con palomitas, nachos y regalices de acompañamiento. Esa tradición no sabía si sería capaz de mantenerla, ver a Jimena babear por ese pseudodemonio con acento británico no era nada digno.

Aquel día era viernes y yo volvía a casa antes que de costumbre, no había regresado al trabajo al salir del hospital y nadie esperaba que lo hiciera. A pesar de mi falta de motivación, lo curioso era que el laboratorio había empezado a ir mejor desde mi llegada. Sin embargo, no tenía mucho mérito; el último director había sido un completo desastre y un ladrón, así que me bastó con poner orden en las cuentas, restablecer qué proyectos eran importantes y cuáles no, y despedir a dos energúmenos de cuidado para que las cosas empezaran a enderezarse. Fuera como fuese, a pesar de estar involucrado en investigaciones más que interesantes, como por ejemplo una que giraba alrededor de la posible utilización de células madre en procesos de infertilidad, y de tener a mi alcance la mejor tecnología posible, nada me motivaba. Por la mañana no me despertaba ansioso por llegar al laboratorio para seguir realizando pruebas, y por la noche no anhelaba quedarme allí hasta

conseguir el resultado que buscaba fuera la hora que fuese. En realidad solo tenía ganas de subirme al metro —a la línea siete, para ser exactos— y entrar en esa casa medio destartada que casi sin darme cuenta se había convertido en mi hogar. Jimena había accedido a que yo me ocupase de pintar los techos y las paredes de la despensa; había empezado unos días atrás y estaba impaciente por continuar.

Ví la luz encendida desde la calle, no sabía que Jimena iba a estar allí y me descubrí subiendo los escalones más deprisa. Tal vez podríamos cenar juntos y ver algo en la tele; iba a proponerle *Supernatural*. Ya habíamos terminado con las temporadas disponibles de *Lucifer* y recordaba que Tori había babeado al verla. No quería perderme el espectáculo de ver a Jimena en esas mismas circunstancias.

—¡Hola, ya estoy en casa! —anuncié mi llegada gritando por si estaba en el piso de arriba. Tres chicas vinieron a mi encuentro. Tardé unos segundos en reconocerlas, eran las mismas que había visto en Las Vegas, aunque en esa segunda ocasión estaban menos achispadas y un poco más abrigadas.

—¡Víctor! —Me abrazaron en tropel y una incluso me tocó el culo. Todavía no sé cuál—. Mina te tiene aquí escondido para ella sola, ¡ven con nosotras!

—¡No toquéis a Víctor, que os conozco! —Jimena estaba arriba, pero sacó la cabeza por el hueco de la escalera.

Una de ellas me soltó, las otras dos no.

—¿No te enseñaron a compartir tus juguetes en la guardería?

—En España las guarderías son una selva. No asustéis a Víctor, creará que estáis locas.

—¡Lo estamos! ¿Puedo morderle? ¿O lamerle la espalda al menos?

Empecé a asustarme.

—¡Suéltalo ya, Hayley! Mina se está enfadando, creo que le está saliendo humo por las orejas —dijo la que me había soltado.

—Eres una aguafiestas, Debbie.

Jimena bajó entonces y las dos chicas, Hayley y la que aún no sabía cómo se llamaba, retrocedieron.

—Solo te están tomando el pelo, Víctor —me aseguró Jimena y me cogió de



la mano. Creo que intentaba protegerme—. No sabía que ibas a llegar tan pronto.

No la solté cuando llegamos al comedor. El trío de animadoras pasó la mirada de nuestras manos a la cara de Jimena y viceversa y sonrieron como locas, pero ella no se enteró.

—He salido del hospital y no tenía ganas de volver al laboratorio.

—¿Qué te ha dicho el fisio? ¿Va todo bien? —Con la otra mano me tocó el brazo preocupada y no me aparté ni le dije que dejase de hacerlo cuando deslizó los dedos hasta el omoplato (creo que ya ha quedado claro mi tendencia a autotorturarme, ¿no?)

—Sí, todo va bien.

Entonces me soltó y caminó hasta una mesilla que había junto a la ventana y sobre la que se encontraba un cenicero lleno de pendientes. No sé por qué los guardaba allí y no en el dormitorio, era como si dejase su elección para el último momento y los seleccionase según el día que quisiera tener. De momento el único patrón que había deducido era el siguiente: si tenía que salir de la cocina del restaurante para reunirse con algún crítico, proveedor o periodista se los ponía largos, si tenía un día complicado se ponía unos que eran unas margaritas, y si salía con prisas, ningunos. Eligió dos, unos aros que no encajaban en mi teoría, y se los puso.

—Vamos a salir, es el cumpleaños de Kate, ¿te apetece venir con nosotras?

Ah, la tercera que me faltaba era Kate. Las observé unos segundos. Jimena insistía en que yo apenas salía —era cierto, pero se debía a que los amigos que tenía en la ciudad o se habían mudado o acababan de ser padres, como Kyle (aquello me recordaba que un día de esos tendría que pasarme por su casa a felicitarlo). También estaba Chris, obviamente, pero él tenía una agenda mucho más complicada que la mía y aún no habíamos coincidido—. Me dije que haría un esfuerzo para verlos, Chris tenía que ponerme al corriente de todo y sería divertido conocer la faceta paternal de Kyle, y tal vez yo podría hablarles de Jimena. Ellos también me dejaron claro en su momento que dudaban que lo mío con Cande fuese a funcionar. Al parecer el único que no lo había visto venir era yo. Seguía molestándome no haberme dado cuenta,

siempre me había fiado de mi inteligencia y visto estaba que no era tan listo como creía. Aunque claro, ser inteligente con los libros no implicaba que lo fuese con las personas. Quizá me iría bien salir con Jimena y sus amigas, seguro que me tomarían el pelo y eso evitaría que me tomase demasiado en serio y que siguiera haciendo conjeturas extrañas.

Estaba a punto de aceptar cuando Kate, que había estado callada hasta entonces, habló:

—A Justin nunca le has invitado a unirse a nosotras y mira que te hemos pedido que lo traigas un día a cenar o a comer.

—Es que Víctor no es Justin —respondió Jimena y a mí se me anudó la garganta y pensé que, aunque me habían invitado y no dudaba de su sinceridad, lo mejor sería que ella fuese sola y se riese tanto como pudiese. Yo me quedaría y seguirían dándole vueltas a todo.

—Gracias por invitarme, pero creo que me quedaré y haré ejercicios de rehabilitación, Lars dice que voy algo retrasado. —No era del todo mentira—. Después cenaré algo y adelantaré trabajo o miraré algo en la tele.

—No se te ocurra volver a ver ningún episodio de *Lucifer* sin mí. —Jimena se alejó de sus amigas, que ya estaban abrigándose en la puerta y poniéndose carmín en los labios, y me cogió la mano—. ¿De verdad estás bien?

—Perfectamente —le aseguré a través del desierto de mi garganta—. Pásalo muy bien.

Me guiñó un ojo.

—Lo haré.

No hice ningún ejercicio de rehabilitación —no estaba de humor—, acabé cenando leche con galletas y me tragué dos documentales sobre la extinción del oso polar. Me fui a la cama, pero no pude dormir hasta que la oí llegar y subir la escalera hacia su dormitorio. Sonreí al oír los gritos de sus amigas despidiéndose de ella, creo que cantaron el estribillo de *All the single ladies*.

Aunque ya había pasado antes por el infierno de elegir papeles pintados para la pared, cuando Tori se mudó a Haro con su familia e insistió en que teníamos

que redecorar la casa, suspiré aliviado el día que Jimena y yo terminamos de empapelar la vivienda de Nueva York. Con mi hermana intenté hacerme loco y dejar que fuesen ella y mi cuñado quienes se ocupasen enteramente de la decoración, pero Tori me amenazó con llenar la bodega de trampantojos y colmillos de marfil si no los ayudaba. Si no me falla la memoria, incluso me dijo que empapelaría mi laboratorio con un papel lleno de purpurina y unicornios; afirmó que a Valeria le encantaría cuando fuese a hacer los deberes con su tío preferido. Cedí, obviamente, y gracias a esa experiencia puedo afirmar que el infierno tiene que ser quedarse atrapado para siempre en un catálogo de Ikea con un chico o una chica explicándote las diferencias entre el blanco de toda la vida, el blanco roto y el blanco cielo (no, no la hay y lo mantendré hasta la muerte). Lo bueno de haber sobrevivido a Tori era que la casa de Haro había conservado su dignidad —estoy convencido de que mi hermana exageraba y que solo amenazó con unicornios para hacerme reaccionar— y que pude ayudar e impresionar a Jimena con mis conocimientos de pintura y bricolaje. Lo veis, de todo se aprende algo. Y reconozco que cuando Jimena me pidió que la ayudase no me resistí ni un segundo.

Durante el mes de febrero, conseguimos terminar de arreglar el comedor y empezamos con el baño que había en la planta de abajo. La cocina era la estancia que más utilizábamos, exceptuando durante nuestras maratones televisivas, y decidimos dejarla para más adelante. El sofá no lo cambiamos, pero le añadimos una butaca del mismo tono verde y un día, cuando volvía del laboratorio, compré un cojín que vi en una tienda porque me hizo pensar en ella. Más de un año atrás, el septiembre de *Los chicos del calendario*, había acompañado a Jimena a Marbella para participar en una subasta benéfica de pasteles. Injustamente no se había llevado el premio (ganó el chico del calendario de ese mes; Ben se llamaba), pero su pastel había sido el mejor: rojo con lenguas de fuego que daban la sensación de quemar si te atrevías a tocarlas... El cojín era de terciopelo y tenía el mismo color. Quizá había pensado en ese septiembre, en el pastel, y en ese viaje porque Jimena me pidió que la acompañase un día de madrugada mientras corríamos por Haro y el

argumento que utilizó para convencerme fue que me volvería loco si seguía viviendo rodeado de pintores y de muestras de tapizado. También había recordado que Jimena habló con Cande durante la subasta de pasteles y que nunca había averiguado qué se dijeron.

Recordar ese viaje a Marbella, en el que Jimena y yo habíamos discutido, me hizo caer en la cuenta de que desde finales de enero no lo habíamos hecho. Sí, nos tomábamos el pelo a diario y diría que a los dos nos gustaba provocarnos, pero de nuestras conversaciones había desaparecido el rencor del año anterior. Lo curioso era que entonces no sabía que estuviera allí, y me tomaba sus opiniones como ataques a mi relación con Cande, cuando en realidad Jimena siempre había sido mi amiga y había intentado estar a mi lado.

—¿Qué te apetece cenar esta noche? —Jimena acababa de llegar del hotel, parecía cansada e iba cargada con una bolsa de la que salían flores. Me aparté de la pared que acababa de empapelar y me acerqué a ella.

—Deja que te ayude. —Le arrebaté la bolsa. Ella no opuso demasiada resistencia, caminó hasta el sofá y se desplomó—. ¿Has comprado flores?

La vi abrazarse al cojín (días atrás, había declarado que era su preferido y que quería que la enterrasen con él; yo le había dicho que estaba loca y que ni hablar).

—No, me las ha regalado Justin.

—¿Justin? —Estaba a punto de ponerlas en agua, pero me detuve—. ¿Por qué? Lo siento, perdona. No pretendía insinuar que no te mereces que te regalen flores. —¿Por qué no se me había ocurrido a mí antes?

—Está negociando algo muy importante y el otro día organizó una cena con mucha gente en su casa. El fin de semana pasado, ¿te acuerdas que casi no pasé por aquí?

Claro que me acordaba.

—¿Y cree que con las flores estás recompensada? Trabajaste todo el fin de semana.

—Y él me ha pagado una cantidad casi indecente de dinero por haberlo

hecho. Las flores han sido solo un detalle.

¿Un detalle?, ¡y una mierda!

—¿Hay algo entre tú y Justin?

Jimena estaba literalmente olfateando el cojín y se quedó paralizada a mitad de la siguiente bocanada de aire. Lo soltó despacio y se giró hacia mí, yo seguía de pie en medio del pasillo con la bolsa en brazos.

—¿A qué viene esto?

—¿No puedo preguntártelo? ¿Acaso está casado? —Mierda, mierda, mierda. Supe que había metido la pata en cuanto vi que a Jimena le brillaban los ojos por rabia y porque los tenía llenos de lágrimas sin derramar. Me había comportado como un estúpido y mi idiotez, junto con mi incontinencia verbal, le habían hecho daño—. Lo siento, lo siento —me apresuré a añadir—, no quería decir eso.

—Vete a la mierda, Víctor.

Soltó el cojín, pasó por mi lado sin mirarme y subió a su dormitorio. Un par de horas más tarde, estaba en la cocina dudando entre prepararme una taza de leche o un vaso de whisky cuando oí que bajaba y salía a la calle.

Jimena había aparecido en Haro de repente y había abierto una pastelería donde, según Tori, vendía cruasanes que causaban más adicción que el crack (en aquel entonces había tenido que pedirle a mi hermana que dejase de decir aquello porque en el pueblo todos habían empezado a mirarla mal, ¿cómo se suponía que sabía que eran más adictivos que una droga?). Mi hermana había mantenido durante meses la teoría de que Jimena era una exespía del FBI retirada porque no hablaba con nadie y era una experta en esquivar las preguntas de los habitantes más cotillas del pueblo, pero la realidad era otra: Jimena había estado trabajando de pastelera en París, al parecer había llegado incluso a hacerse famosa, y se había enamorado de un hombre casado. El desgraciado le mintió durante un par de años y le dijo que estaba a punto de dejar a su mujer. La propia Jimena me lo había contado y todavía me subía el sabor de la bilis por la garganta al recordarlo. Jimena había creído a su amante francés —estoy seguro de que él se esforzó para convencerla— y estaba segura de que un día vivirían juntos y felices para siempre; hasta que un

día pilló al tipo por casualidad paseando por la ciudad con su embarazadísima y felicísima esposa. Jimena se hundió, él intentó humillarla públicamente y al parecer lo consiguió, porque no le dejó más remedio que hacer las maletas y volver a España. Yo no sabía el nombre de ese hijo de puta, había intentado averiguarlo sin éxito, pero sí que sabía que esa pregunta iba a hacerle daño a Jimena. No tendría que haber insinuado que entre ella y Justin había algo. Me prometí que me disculparía, que le suplicaría que me perdonase y que hablaría con ella como un adulto.

Me pasé la noche y el día siguiente esperándola, no llamé al móvil porque no quería atosigarla; pensé que así Jimena deduciría que respetaba su vida y su intimidad.

Tras casi veinticuatro horas sin saber de ella, perdí la compostura, llamé a hospitales y a la policía y suspiré aliviado cuando no pudieron darme información alguna. Podría haber buscado el teléfono de alguna de sus amigas, seguro que los tenía apuntados por algún lado, pero ¿qué iba a decirles, que era un imbécil y había metido la pata con Jimena? Seguro que ya lo sabían.

Al final me quedé dormido de puro agotamiento y, al día siguiente por la mañana, cuando me desperté decidido a llamarla o a ir a interrogar a sus amigas, ella cruzó la puerta como si nada. Sentí tal alivio que casi me caigo al suelo y me habría estado bien merecido si me hubiese pisado al cruzar el vestíbulo para dirigirse a su dormitorio. No me dirigió la palabra durante el resto del día, pero me dije que no importaba, estaba bien y estaba en casa, el resto podía solucionarlo.

Esa semana nos saltamos nuestras tradiciones, aunque yo me quedé en casa por si sucedía el milagro y ella cambiaba de opinión y accedía a cenar conmigo o a ver un capítulo de *Lucifer*. Jimena, en cambio, se las ingenió para verme lo mínimo. Nos cruzamos un par de veces por el pasillo y otras cuantas en la cocina; me saludaba, me preguntaba por el brazo y por el trabajo, y poco más.

El último fin de semana del mes, uno de los equipos del laboratorio organizó

una fiesta de despedida a uno de los médicos; era italiano y volvía a su país. La fiesta consistía en una cena y en lo que fuera que aconteciese después. Acepté ir y todos se sorprendieron, el anterior director se negaba a confraternizar con el equipo. Le quité importancia al asunto, aunque les dije que esa clase de comportamiento esnob me parecía una soberana tontería y que lo más probable sería que ellos se arrepintiesen de haberme invitado. Ahora que por fin me había recuperado me apetecía salir una noche de fiesta con ellos, quizá así los conocería mejor y ensancharía mi círculo de amistades. Tal vez el trabajo no acabase de motivarme, pero estaba decidido a quedarme en la ciudad.

La noche empezó bien, la gente estaba de muy buen humor y el restaurante, que lo había elegido el chico que se iba, era fantástico. La comida estaba muy bien y los camareros no nos dejaban tener la copa vacía. Ese fue el problema, supongo, o es la excusa que me digo para justificar que el vino se me subiese a la cabeza de esa manera. No hace falta que me digáis que es lamentable que el hijo de un bodeguero no se diese cuenta a tiempo de lo que estaba sucediendo, lo sé. Por suerte para mí y para mi reputación profesional, los efectos no llegaron a notarse o la gente del laboratorio decidió ignorarlos. Terminada la cena, fuimos a un local cuyo nombre soy incapaz de recordar y allí cometí la estupidez de sentarme en la barra y empezar a hablar con Jacanda, así se llamaba. Jacanda fue muy amable y muy, digamos, *frictiva* (buscaba constantemente que partes de su cuerpo entrasen en fricción con las mías) y, aunque me imagino que cierta parte de mí parecía estar de acuerdo con la idea, otra sentía pura repulsión. La rechacé, estoy seguro, pero tras el cuarto o el quinto whisky empecé a encontrarme realmente mal y Jacanda se ofreció a ayudarme a encontrar un taxi y a acompañarme a casa. Fue un detalle de su parte y yo, señoras y señores, como ya ha quedado demostrado, soy un completo idiota (y esa noche más que cualquier otra).

El trayecto en taxi se mantiene muy borroso en mi recuerdo, solo sé que tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no vomitar y destrozarle la tapicería a ese hombre y que me costó meter la llave en la cerradura de la puerta de casa. Recuerdo claramente que fui al baño, vacié el contenido del estómago y me

duché porque no podía soportar el perfume de Jacanda ni de esa noche en mi cuerpo; también que me vestí con una camiseta limpia y unos pantalones, bebí un vaso de agua, me tomé una pastilla y me desplomé en la cama.

Me despertaron unos golpes suaves en la puerta y la voz de Jimena desde el otro lado:

—He pensado que podríamos salir a correr, Víctor. Hoy hace sol y... no me gusta estar enfadada contigo.

Parpadeé, se me aceleró el corazón, todo iba a arreglarse. Esos días habían sido horribles y, aunque no entendiera nada de lo que me estaba pasando, si algo tenía claro era que odiaba estar enfadado con Jimena y que la había echado mucho de menos.

—¿Estás segura?

—¿De que no me gusta estar enfadada contigo? —bromeó y sonreí con los ojos cerrados. Ni siquiera tenía dolor de cabeza a pesar de la noche que había pasado y la almohada jamás me había parecido tan comfortable.

—No —respondí—, de salir a correr conmigo, vas a morder el polvo.

Tal como había anticipado, Jimena abrió la puerta y me preparé para lanzarle la almohada a la cara en cuanto lo hiciera. Entonces la vi, vi a Jacanda en ropa interior tumbada a mi lado. Mierda. Estaba seguro de que no había sucedido nada entre nosotros, no habría podido, y todavía no sé qué le pasó por la cabeza a esa chica para meterse allí conmigo, pero sabía lo que pensaría Jimena en cuanto la viera.

Fue aún peor de lo que había creído. Ver desaparecer la sonrisa del rostro de alguien es muy doloroso.

—¡Espera, Jimena! No es... —Salté de la cama, pero no conseguí detenerla. Cerró la puerta y sujetó el picaporte para que yo no pudiese abrirla sin forzarla.

—Es culpa mía —me aseguró—, no tendría que haber entrado sin llamar. Sigue con lo que hacías.

—¡No estaba haciendo nada! —Apoyé la frente en la puerta y preso de un dramatismo nada propio de mí me imaginé a Jimena imitando el gesto al otro lado—. Quiero salir a correr contigo.



—Otro día. —Tenía la voz rara, giré el picaporte y ella lo retuvo. Tal vez podría haber empujado, pero sabía que eso empeoraría las cosas—. Hoy seguro que estarás cansado.

—No, yo...

La voz de Jacanda nos interrumpió y, en el tiempo que yo tardé en girarme y en preguntarle por qué se había quedado a pasar allí la noche, Jimena desapareció de casa, fue a correr sola y después al cine con sus amigas. Y después a cenar con Justin.

Todo estaba bien, me aseguró cuando nos vimos la mañana siguiente, solo había sido una anécdota divertida (uy, sí, yo me moría de risa). Lo único que teníamos que hacer era establecer una especie de código para avisar al otro cuando tuviésemos invitados, así nos ahorraríamos momentos incómodos. Le dije que no había sucedido nada entre Jacanda y yo y estoy seguro de que en ese momento no me creyó.

## Segunda entrevista

(Sí, como la anterior, grabada en el teléfono móvil de Cande cuando volvimos a vernos más tarde. No voy a soltaros el rollo de que ella ha insistido en que tienen que aparecer así, intercaladas con mi historia, y la verdad es que al final me ha convencido o agotado. Elegid vosotros. La cuestión es que cuando lleguéis a los últimos capítulos veréis que tiene sentido... aunque me niego a reconocer que Cande siempre tiene razón porque ya os lo he dicho antes. Además, con una vez que reconozca que Cande tenía razón, ya hay suficiente.)

—¿En serio se llamaba Jacanda? ¿Qué clase de nombre es ese?

—Uno inventado, artístico. Me dijo que tenía mucho éxito.

—Seguro. No puedo creerme que no te dieras cuenta de que tenías a una amazona africana en la cama contigo.

—Estaba muy borracho y muy cansado, y tampoco es que Jacanda me interesase lo más mínimo. ¿Podemos dejar de hablar de ella?

—Lo que tú digas. No puedo creerme que hayas accedido a hacer estas entrevistas... Solo con lo que me has contado hasta ahora tengo material para dos o tres libros.

—Eh, para el carro, Cande, todavía no te he dado permiso para que escribas uno. Además, en el caso de que acepte, te aseguro que solo será para una novela, lo de las sagas es cosa tuya. Yo soy más escueto. Seguro que encontrarás algo más que contar.

—Gracias por tu voto de confianza. Venga, sigue, me imagino que fueron unos meses muy difíciles, ese trabajo nunca te gustó demasiado.

—Pues podría habérmelo dicho, estaba convencido de que era la oportunidad de mi vida.

—No me habrías escuchado. En eso eres como Salvador, necesitas ver las cosas por ti mismo. O tiene que decírtelas la persona adecuada, y yo no lo era.

—Tal vez. ¿Qué más quieres saber?

—¿De verdad no te acostaste con Jacanda? ¡Lo siento! Es que no puedo quitármelo de la cabeza.

—De verdad, ¿no me crees?

—Te creo. Si no te tuviera delante, tal vez lo dudaría, pero basta con mirarte. Te creo.

—Bueno, algo es algo, supongo.

(Se oye el ruido de una puerta y unos pasos.)

—¡Hola, Candela! ¿Estás aquí?

—¿Quieres que deje de grabar? Se suponía que Salvador no iba a llegar hasta más tarde y tú te has negado a quedar en un bar.

—Claro, échame a mí la culpa. No todos somos capaces de desnudar nuestra alma tras un par de *gin-tonics*, Cande. Yo prefiero ir más despacio y tener cierta intimidad.

—Seguro, mira que te conozco y a mí no me engañas, Víctor. ¡Estamos aquí, Salvador! En tu despacho.

—¿Estamos en su despacho?! Tú no respetas nada, Cande.

—Oh, deja de quejarte, desde que vivimos juntos es mi despacho, le he prohibido trabajar cuando está en casa. Todavía se está recuperando.

(Se oye otra puerta y un beso.)

—Te he echado de menos, Candela. ¿Te estás portando bien con Pastor o le estás torturando?

—No puedo creerme que diga esto, pero gracias por estar aquí, Salva. Me alegro mucho de verte.

—Y yo a ti, Pastor. Gracias por haber accedido a las entrevistas, Candela lleva meses dándole vueltas a este proyecto y, si alguien puede contar bien tu historia, es ella.

—Aún no me he decidido del todo, Cande tiene tendencia a fijarse en los detalles más humillantes de mi vida y en pasar por alto el resto.

—¿Humillantes?

—Ya te lo contaré, Salvador, tú quédate con este nombre: Jacanda.

—¡Deja de decirlo, te lo suplico!

—Me voy, os dejo solos. Me cambio y voy a nadar un rato. Nos vemos luego. ¿Te quedas a cenar con nosotros, Pastor?

—No, gracias, creo que estaré ocupado buscando maneras de hacer desaparecer un cadáver. ¿Tú cuánto pesas, Cande?

—Muy gracioso. Ten cuidado, Salvador, abrígate. Te quiero.

—Y yo a ti. No te preocupes.

(Se oye la puerta de nuevo.)

—Se os ve muy felices juntos, Cande. Me habría ahorrado muchos disgustos si me hubiese dado cuenta antes.

—Y que lo digas, pero lo cierto es que a mí también me costó verlo. Al final resulta que el único que tenía claro desde el principio lo que sentía era Salvador. Vale que se comportó como un cretino y que la cagó como nunca intentando ser un mártir y esas chorradas, pero él siempre supo qué sentía. Le envidio esos meses, no sé si me explico, envidio que desde el principio supiera que me quería y que a mí me llevase casi un año darme cuenta.

—Te entiendo. Si me hubieras soltado esa parrafada hace meses, me habría puesto a reír o te habría preguntado si me estabas tomando el pelo.

—O me habrías hablado del gato y de tu teoría sobre la caja.

—Cierto.

—¿Ya no crees que esa teoría, cómo se llamaba, la de Schrödinger, sea aplicable a las relaciones humanas, al amor?

—Ahora creo que, cuando alguien de verdad te importa, eres incapaz de pensar en Schrödinger y que te importa una mierda si el gato está vivo o muerto dentro de la caja. Por la persona adecuada abres la caja con los dientes si hace falta y salvas sí o sí al gato.

—¡Mira cómo ha crecido mi niño! ¡Ayyyyy!

(Se oye una silla moverse.)

—Cande, ni te atrevas a darme un pellizco en la mejilla. Estás como una cabra.

—Vale, vale..., perdona. Es que estoy emocionada, Víctor. ¡E impaciente porque me cuentes cómo has llegado a esa conclusión!

—¿Sabes qué? ¿Por qué no lo dejamos para otro día? Tú no dejas de mirar

el reloj y la puerta, estoy seguro de que, si te das prisa, aún pillas a Barver adonde sea que haya ido a nadar, y yo también tengo cosas que hacer.

—¿No será que también estás impaciente por ver a alguien?

—Deja de grabar y lárgate.

PRIMAVERA

# 7

## Marzo

William Teller visitó la ciudad a mediados de marzo, era un viaje de trabajo que al final se convertiría en unas merecidas vacaciones en las que, según me había contado, aprovecharía para celebrar su aniversario de boda. Yo respetaba a Teller, me parecía un hombre brillante y con principios, que había sabido ganarse bien la vida sin pisar a nadie y aparentemente manteniéndose fiel a sí mismo; me sentía orgulloso de trabajar para él. Sabía que pasaría por el laboratorio, obviamente, y que querría ponerse al día de los avances que habíamos alcanzado en todos los proyectos y repasarlo todo hasta el último detalle —era de esperar después del fiasco de los anteriores directores—, así que lo esperaba desde hacía algunos días.

—Le felicito, Pastor, sabía que usted sabría sacar adelante esta sede. —Me estrechó la mano—. Espero que no cuente con que ahora le deje volver a San Francisco, me temo que está haciéndolo tan bien que va a tener que quedarse en Nueva York mucho tiempo.

—Creo que me estoy acostumbrando a la ciudad, no se preocupe. —Ni se me había pasado la posibilidad de aprovechar la visita de Teller para preguntarle si podía regresar a California—. Me alegro de que esté satisfecho con los resultados, es mérito de todo el equipo.

—Por supuesto, pero usted está ahora al mando.

—Gracias.

Pasamos la tarde repasando papeles, tanto burocráticos como los informes de los distintos jefes de sección del laboratorio y, al terminar, Teller me dio una palmada en la espalda que me cogió completamente desprevenido.

—Le invito a cenar. Angelina quiere verle; mi esposa guarda muy buen

recuerdo de usted desde que le conoció el año pasado y mi cuñada insiste en que es un joven muy amable y encantador.

—Será porque no me conocen y porque son muy generosas con sus cumplidos.

—Venga, solo estamos Angie y yo, traiga a su pareja. Me han dicho que vive con una chica. —Abrí los ojos como platos—. Oh, no se sorprenda, los de Contabilidad me lo dijeron. No puede ocultarse nada a esa gente, créame. Vaya a casa, recoja a su chica, ¿cómo se llama?

—Jimena.

—Ah, sí, Jimena, un nombre español precioso. Lo dicho, vaya a por ella y vengan a nuestro hotel, me han dicho que el restaurante es de los mejores de la ciudad. Reservaré una mesa, comeremos bien y no hablaremos de trabajo, se lo prometo. Angie me lo tiene prohibido.

Podría haberle dicho que no o como mínimo haber corregido el malentendido sobre Jimena, pero le dije que aceptábamos encantados la invitación y que allí estaríamos.

De camino a casa, llegué a la conclusión de que había enloquecido del todo. Las cosas con Jimena estaban aún tensas, ella fingía que lo de Jacanda no tenía importancia y me hablaba con normalidad, pero la veía menos que antes y no se acercaba a mí ni por casualidad. Una tarde, no recuerdo qué día era, habíamos coincidido los dos en el comedor con intención de ver la tele y, cuando por fin decidimos qué serie mirar —los dos evitamos *Lucifer*—, se sentó tan lejos de mí como le fue posible. Estaba tan tensa y yo tan enfadado y tan... tan confuso que opté por irme a la cama y dejarla allí sola. Así al menos podría ver lo que quisiera y sentarse cómodamente y no como si estuviera frente a un asesino.

Tendría que haberle dicho a Teller que prefería ir a cenar con él, sin su esposa y sin nadie más, que necesitaba hablarle del trabajo y de lo poco motivado que estaba para seguir allí. Tendría que haberle dicho la verdad y quizá incluso pedirle consejo o, como mínimo, su opinión. Pero no, no le había dicho nada de eso y había aceptado asistir a una cena de parejas.

Genial.



Cuando llegué a casa, Jimena estaba sentada en el comedor frente a varios catálogos de telas para tapizar completamente extendidos.

—Ah, estás aquí, ¿qué tela te gusta más para la butaca? Yo creo que esta, quedará genial con el color que hemos elegido para la pared de detrás de la escalera.

Era la primera vez que me hablaba como antes de la mañana que encontró a Jacanda en mi cama y me planteé la posibilidad de dejar plantado a Teller, inventarme cualquier excusa, y quedarme allí con ella eligiendo estampados. Tal vez después podríamos cenar algo y hablar por fin de verdad, aclarar las cosas..., seguro que acabaríamos riéndonos. Pero no pude, tuve el presentimiento de que nuestra relación no se merecía existir a base de mentiras, tenía que explicarle qué me había sucedido y dejar que ella eligiese si quería acompañarme a cenar con mi jefe o me insultaba por haberla metido en ese lío.

Caminé hasta donde estaba y me senté con las piernas cruzadas en el suelo. Observé los catálogos, no iba a elegir así sin más, y señalé una tela.

—Esta.

—Es justo la que yo decía. —Separó el muestrario y anotó el nombre y la referencia en la libreta que utilizaba para todo lo relacionado con la reforma de la casa. Aún no entendía que me pidiese consejo y que se esforzase tanto para incluirme en el proceso—. ¿Qué ha pasado? —Dejó la libreta al ver mi cara, supongo que nunca se me dio muy bien disimular—. ¿Todavía estamos enfadados? Si es por lo de esa mañana, ya te he dicho que... —soltó el aliento—, no tiene importancia. Tú y yo somos amigos, vivimos juntos y tenemos que comportarnos como adultos. —No podría decir qué frase fue la que peor me sentó—. Te he echado de menos estos días, no me gusta que estemos así.

La miré, llevaba el pelo recogido en una coleta, pero aquel día había algo distinto, también llevaba una diadema que retenía los mechones más cortos que se escapaban del resto. Debí de quedarme atontado observándola porque Jimena empezó a sonrojarse. Levanté una mano, la acerqué a su rostro y creo que los dos dejamos de respirar un segundo, hasta que detuve los dedos en la cinta de tela.

—Esto es nuevo —susurré como si estuviese hablando de un secreto.

—Me molestaba el flequillo, es demasiado corto para que me llegue para la coleta y demasiado largo para llevarlo todo el rato colgado delante de la cara, no me deja ver.

—Te queda bien.

—Gracias.

Bajó la cabeza hacia la libreta y yo no tuve más remedio que dejar de tocarla.

—Tengo que contarte algo —dije antes de echarme atrás.

—¿Ha sucedido algo en el trabajo? ¿Tori está bien?

Debía de parecer más preocupado de lo que creía si ella me preguntaba por mi hermana.

—Tori está bien. —Le cogí la mano, me dije que, si ella se soltaba, no me importaría. No lo hizo—. Siento mucho lo del otro día y sé que no quieres creerme y que no quieres hablar del tema, pero te juro que no pasó nada con esa chica.

—Es asunto tuyo.

—Y tuyo.

Jimena levantó la vista y buscó mis ojos.

—¿Mío? ¿Por qué? ¿Qué tengo que ver yo con tus... cosas?

Me sudó la espalda y me costó respirar.

—Soy tu inquilino, vivimos juntos. —Jimena apartó la mano y tragué confuso—. Tú misma pusiste esas normas de convivencia.

—Y las rompí yo al entrar en tu dormitorio. Dejemos de hablar del tema, por favor. —Elegió otro catálogo y se dispuso a mirarlo.

—Está bien —acepté resignado—. Lo siento. Yo también te he echado de menos.

Dejó el catálogo de nuevo en el suelo y, tras unos segundos, asintió como si hubiese llegado a una conclusión o a alguna clase de acuerdo consigo misma y volvió a mirarme.

—¿Qué te apetece hacer esta noche? ¿Pedimos una pizza? Prometo no insultarte si en tu trozo añades anchoas. Podríamos ponernos al día con

*Lucifer*, tenemos muchos capítulos atrasados.

Me produjo una sensación extraña descubrir que ella tampoco había visto la serie sin mí.

—Tengo que pedirte un favor.

—No, no voy a poner anchoas en mi parte de la pizza —bromeó.

—Te prometo que si accedes a lo que voy a pedirte esta noche, el próximo día que pidamos pizza te dejaré que la inundes de *pepperoni* y no habrá ni rastro de anchoas.

—Ahora sí que estoy preocupada, ¿qué favor tienes que pedirme?

Entonces le conté lo que había sucedido con Teller, sin omitir ningún detalle de la conversación.

—¿Tengo que fingir que soy tu novia?, ¿qué es esto, una película de los ochenta?

—No, no tienes que fingir que eres mi novia —le aseguré intentando no ofenderme, cualquiera diría que no se le ocurría peor situación—. Les diré que compartimos casa, tu casa, y que somos amigos. No voy a mentirles y jamás se me habría ocurrido pedirte. Lo único que te pido es que vengas a cenar conmigo y con los Teller. Él es un buen hombre, un científico y hombre de negocios muy interesante, y Angelina, su esposa, es muy amable, ya lo verás. Será una cena agradable y quiero que los conozcas.

Me observó con atención, me sentí como un microbio en un microscopio y no estaba del todo cómodo con lo que acababa de decirle. Básicamente le había dicho que quería cenar con ella y que quería presentarle a mi jefe, un hombre cuya opinión respetaba, y Jimena me estaba mirando como si le hubiese pedido que me acompañase a atropellar gatitos abandonados.

—Está bien, de acuerdo. Me encantará ir a cenar contigo y con los Teller. ¿Dónde y cuándo nos esperan? —Le respondí y se puso en pie de un salto—. ¡¿Y me lo dices ahora?! Tengo que ir a cambiarme.

La cena fue bien, muy bien, en realidad. En cuanto presenté a Jimena a los Teller, aclaré nuestra situación y les conté cómo nos habíamos reencontrado;

tuve la sensación de que ni él ni ella se creían que solo éramos amigos, pero al menos no sacaron el tema. Jimena estuvo fantástica, yo ya sabía que era lista y divertida (mi orgullo llevaba las marcas de su ironía y su sarcasmo), pero con ellos fue además aguda y brillante, dulce y cariñosa. Me sorprendió que les contase la historia de su padre y que les explicase que estaba remodelando la casa donde vivíamos con intención de venderla.

—Dudo mucho que algún día sea capaz de vivir allí —explicó cuando Angelina insistió en que era una pena que invirtiese tanto tiempo en algo que no fuese a disfrutar ella—. Mi padre compró esa casa como una inversión o para tener allí la familia que no había querido tener en España. No lo sé. No culpo ni a Christina ni a Michael, pero a él sí.

—Si me permite una observación, Jimena —intervino Teller—, tal vez esa fuese la intención de su padre, pero la casa la está remodelando usted. Usted con Pastor. Así que, cuando termine, sea usted la que decida qué hacer con ella. No deje que las malas decisiones de un hombre que ya no está aquí la lleven a perder algo valioso.

Cambiamos de tema, hablamos un poco sobre el laboratorio, no sobre el trabajo, sino sobre la maldición que según la leyenda se cernía sobre él. Jimena me riñó por no habérselo contado antes e hizo que le prometiera que la llevaría allí por Halloween.

—Un Halloween con fantasma incluido, creo que haré galletas para celebrarlo, será divertido.

Faltaban meses para Halloween y lo que más me extrañó es que yo tampoco me imaginaba estar en otro lugar sin ella.

—Es una lástima que Angie y yo nos marchemos mañana, nos habría encantado cenar en el restaurante donde trabaja. Si Pastor nos lo hubiese dicho, nos habríamos alojado en el hotel de su jefe.

—Avísame cuando vuelvan por la ciudad, le pediré a Justin que les reserve una habitación de la séptima planta, es la que tiene mejores vistas. Se puede desayunar en la cama con la ciudad de fondo.

Me atraganté con el café.

—La avisaremos, no quiero perderme un desayuno así.

—No debería, es una de las mejores experiencias que he tenido en la vida —afirmó Jimena.

Tosí otra vez, casi derramé el vaso de agua.

—¿Está bien, Víctor? —me preguntó Angelina.

—Sí, perfectamente, gracias. Creo que el último sorbo se me ha ido por el otro lado.

Lo que se me había ido por otro lado había sido la cordura. No podía parar de imaginarme en qué clase de circunstancias había desayunado Jimena en una habitación de la séptima planta de aquel hotel, y ninguna me gustaba.

Nos despedimos, los Teller se metieron en el ascensor y nosotros salimos a la calle. Jimena me sorprendió cogiéndome la mano nada más dar el primer paso, pero no iba a preguntarle a qué se debía. Le apreté los dedos e intenté seguirle el ritmo.

—Son muy simpáticos, William es más serio, pero se nota que tiene sentido del humor.

—Sí, fue quien me entrevistó la primera vez que vine a Estados Unidos. Dudo que hubiese aceptado el trabajo si él no me hubiese impresionado tanto.

—¿Por qué no le has dicho que no te gusta estar aquí, en Nueva York?

Levanté una ceja y la miré intrigado.

—¿Cómo sabes que no me gusta?

—Oh, vamos, Víctor. ¿Por qué no se lo has dicho?

—Porque no sé qué decirle. No sé por qué no me gusta trabajar en este laboratorio; el equipo es bueno, los proyectos son interesantes y estoy al mando. Puedo hacer lo que me dé la gana. No tiene lógica que no esté contento ni motivado.

—Quizá la lógica no tiene nada que ver con eso.

—Sé que tengo que hablar con Teller, pero antes tengo que saber sobre qué. Llevo tiempo dándole vueltas.

—Bueno, si algún día quieres hablar con alguien, aunque solo sea para ver qué tal suenan tus teorías, cuenta conmigo.

—¿Igual que tú me hablas de tu trabajo? —El sarcasmo no le pasó por alto.

—¿Qué quieres saber? Pregúntame lo que quieras, soy un libro abierto.

Opté por arriesgarme.

—Esa vez que nos vimos en ese bar, en octubre de *Los chicos del calendario*, me dijiste que no ibas a aceptar el empleo que te habían ofrecido. ¿Era este?

Sabía que era arriesgado empezar así, que si mencionaba esa conversación se acordaría del resto de cosas que nos dijimos, de la lluvia, de los reproches y del beso. ¿Por qué últimamente no podía quitármelo de la cabeza? No tenía sentido, pero supongo que quería que ella también lo recordase y sufriera un poco, aunque fuese solo vergüenza o remordimientos.

—Sí, era este.

—¿Y qué pasó, cambiaste de opinión?

—No, lo rechacé tal como te dije. Sin embargo, después regresé a Haro, ocurrió lo de mi padre y yo... lo único que quería era desaparecer. Cuando vi lo que había hecho mi padre recordé lo de París y entré en pánico, sé que no es lo mismo, pero tanto papá como ese desgraciado me hicieron creer que podía confiar en ellos para luego traicionarme. Fueron unos días muy difíciles. Justo entonces, Justin volvió a llamarme, me dijo que no podía dejar escapar esta oportunidad, que sería mi proyecto desde el principio y que podía empezar de cero.

—¿Y por eso aceptaste, porque él insistió?

—No, no fue solo por eso. Poco después de hablar con él, Christina tuvo los resultados definitivos de sus pruebas y me pidió que volviese al menos una vez, que nos diese a todos la oportunidad de conocernos. Me habló de Michael y me dijo que no quería que se quedara solo cuando ella ya no estuviera. Es muy jodido estar solo, Víctor. Tú tienes a Tori, siempre la tendrás, pero no todos tenemos la suerte de tener una hermana melliza que nos adora. Pensé que una cosa era odiar a mi padre y otra perderme la posibilidad de tener un hermano, así que dejé Haro, acepté la oferta de Justin y me mudé aquí, a una casa destartalada. El dinero que me dejó mi padre es suficiente para arreglarla y con el sueldo que me paga Justin no puedo decir que haya tomado la decisión equivocada. Además, me gusta Nueva York y la vida que llevo aquí.

—Se te nota.

—Sí, es una lástima que tú aún no hayas encontrado tu sitio, Víctor.

—Quizá no estoy tan perdido como crees.

Llegamos a casa, Jimena fue a la cocina a por un vaso de agua y yo me quedé junto al perchero de la entrada colgando nuestros abrigos. Cuando pasó junto a mí, se detuvo.

—Gracias por invitarme a cenar contigo.

—Gracias por aceptar.

Me sonrió y subió al primer escalón, creía que iba a irse, pero noté sus manos en el jersey y que tiraba de mí hacia ella. Me dio un beso en la mejilla y me soltó.

—Buenas noches, Víctor.

—Buenas noches —creo que balbuceé.

Subió el resto de la escalera, encendió la luz del pasillo y se dio media vuelta. Levantó una ceja, pero aparte de eso no pareció sorprenderle que siguiera allí de pie, mirándola.

—No tendría que haberte besado.

Me contuve para no subir donde estaba ella, para no decirle que uno no podía arrepentirse de un beso como ese.

—Solo ha sido un beso de buenas noches. —Clavé los pies en el suelo.

—No me refiero a este, de este no me arrepiento para nada. Me refiero al beso de aquel día bajo la lluvia. No tendría que haberte besado.

Esperé a que cerrase la puerta de su habitación antes de dirigirme a la mía. No podía culparla por haberme dicho eso; al fin y al cabo, el tema prácticamente lo había sacado yo al preguntarle por el trabajo. Podía justificarla, pero no lograba entender a esa chica ni lo que me pasaba cuando estaba con ella. Me metí en la cama y di varias vueltas. Por mucho que quisiera convencerme de que solo éramos amigos y de que me preocupaba por Jimena como tal, había llegado un punto en el que era incapaz de creérmelo. Pero el riesgo de ser algo más no era capaz de correrlo. Prefería estar confuso y seguir siendo su amigo toda la vida a ir tras ella para intentar averiguar si podíamos ser algo más y perderla. Porque la perdería. Si solo nos habíamos besado una vez y ya se arrepentía, ¿qué clase de remordimientos tendríamos

los dos si algún día llegábamos a estar juntos?

No pegué ojo en toda la noche y al día siguiente le dije que no podía salir a correr con ella porque me dolía la pierna. Me pasaba a veces desde el accidente, pero esa mañana mentí y ella lo supo.

—De acuerdo, espero que no te dure demasiado y que pronto puedas volver a acompañarme.

—Yo también.

Esa era mi mejor opción. Tenía que superar esa atracción que sentía por ella, ese encaprichamiento, sacármela de la cabeza y volver a ser su amigo. Nada más.



## 8

La semana siguiente, Jimena no estuvo en casa. Justin iba a abrir un nuevo hotel en las Bahamas y la convenció para que fuese a visitarlo con él y le ayudase a diseñar la cocina. Cuando Jimena me lo explicó, intenté que no se me notase lo que estaba pensando.

¿A qué coño estaba jugando ese Grey de pacotilla llevándosela a las Bahamas con esa excusa tan cutre? Le habría respetado mucho más si le hubiese dicho directamente que le gustaba y que quería salir con ella.

Escuché a Jimena mientras me explicaba lo emocionada que estaba por el viaje, ¡iba a ir a las Bahamas! Tomaría el sol, bebería caipiriñas en la playa y ¡¡lo de diseñar una cocina desde cero era el sueño de cualquier cocinero!!

Iba a tragarme la lengua si seguía mordiéndomela.

La noche antes de que se fuera cenamos juntos, cociné yo, y después nos sentamos frente a la tele a ver *Lucifer*. Lo llevaba bastante bien, creo, hasta que terminó el capítulo y ella se levantó para ir a acostarse. Tenía que irse muy temprano, Justin pasaría a recogerla a las cinco de la madrugada.

—A Justin le gustas —vomitó—, no digo que no respete tu opinión como cocinera, sé que lo hace, te lo has ganado a pulso y es evidente que él no es idiota; pero le gustas y seguro que estos días aprovechará para demostrártelo.

—Lo sé, sé que le gusto, él nunca me lo ha ocultado.

Crucé los dedos y apoyé las manos en las rodillas, tal vez así no me tirase de los pelos.

—¿Y no te incomoda?

—No, Justin siempre es muy respetuoso. —Ladeó la cabeza—. Además, tú mismo has dicho que no es idiota. Él jamás pondría en peligro nuestra relación profesional, por no mencionar su reputación. Sé que le gusto porque me lo ha dicho y siempre ha respetado mi decisión de mantener las distancias y ser solo

amigos. Esta es la primera vez que viajamos juntos.

—¿Por qué has aceptado ahora?

Me miró a los ojos, creo que buscaba algo que no encontró, porque soltó el aliento y se tocó el extremo de la coleta, algo que hacía solo cuando estaba nerviosa.

—Justin es genial, es listo, amable, generoso y, ya le has visto, no es precisamente feo. Tal vez me equivoco no dándole una oportunidad...

—¿Qué quieres que te diga?, ¿que vayas a por él, que no le dejes escapar?

—No espero que me digas nada, Víctor, has sido tú quien ha sacado el tema. ¿Qué pensabas que pasaría? ¿Creías que soy tan tonta como para no darme cuenta de que le gusto a un hombre y que tengo que ir con mucho cuidado porque él, técnicamente, es mi jefe? Tranquilo, lo sé, no necesito que me protejas.

—No pretendía protegerte.

—Entonces, ¿qué pretendías?

—Nada. —Iba a tener un infarto si esa conversación seguía mucho más—. Solo quería decirte que hacéis muy buena pareja y que creo que te mereces lo mejor. Y si crees que Justin lo es, deberías darle una oportunidad. Pásalo muy bien en las Bahamas.

No dijo nada durante un rato, se le habían abierto los ojos y le brillaban un poco, hasta que parpadeó y sacudió la cabeza.

—De acuerdo, te haré caso. Muchas gracias por el consejo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Siete días habían pasado desde esa conversación, *siete*, y lo único que sabía de Jimena era que había llegado bien y que su habitación tenía vistas al mar, porque me había mandado una foto desde el balcón. Yo me había pasado esos días y sus correspondientes noches dándole vueltas a esa última charla. Había investigado a Justin por internet —no estoy orgulloso de ello, pero no me arrepiento— y había descubierto que era un jodido santo. Ese tipo era perfecto. Rematadamente perfecto. No solo era guapo y poseía el cuerpo de un

Adonis, sino que era un genio de los negocios; sus hoteles eran respetados y admirados en todo el mundo y había recibido ofertas para fusionarse con dos grandes cadenas hoteleras. Además, tenía una fundación para salvar el Amazonas y otra que promovía la alfabetización de los niños en países en vías de desarrollo. Y en cuanto a mujeres se refería, había tenido un par de relaciones, ninguna escandalosa, y sus ex hablaban de él con cariño. No tenía ningún trapo sucio y todos los indicios apuntaban que era de fiar.

Seguro que Jimena ya lo sabía, de lo contrario jamás habría aceptado trabajar para él ni se habría ido de viaje a las Bahamas en su compañía y, en el caso de que le hubiese quedado alguna duda, Justin se habría encargado de disiparlas durante esos días bajo una palmera o bañándose en la playa bajo la luz de la luna.

El avión aterrizaba en Nueva York esa misma noche, Jimena no me había dicho nada y yo había dado por hecho que no vendría a casa, seguro que se iría con *Just* a su ático de la Quinta Avenida.

Cené solo y me puse a lijar unas tablas de madera que, cuando estuvieran listas, sustituirían las que formaban el ventanal del comedor. Era un trabajo tedioso y cansado, perfecto para esa noche; con un poco de suerte, me dejaría lo bastante exhausto para poder pegar ojo. Me puse las gafas de protección y puse en marcha la lija eléctrica.

Por eso no oí la puerta ni me enteré de que Jimena había vuelto a casa.

La lija se paró, pensé que se había calentado demasiado, pero cuando tiré del cable descubrí que Jimena estaba allí de pie y la había desenchufado. La observé confuso durante unos segundos, estaba bronceada y sonreía como si estuviera nerviosa. Desvié la mirada hacia la puerta, convencido de que allí encontraría a Justin esperándola, pero solo vi su maleta y una bolsa que a todas luces parecía ser de una tienda de *souvenirs*.

Dejé la lija sobre las maderas y me quité los guantes y las gafas de protección, así gané unos segundos para averiguar qué iba a decirle, aunque tampoco me sirvieron de mucho.

—Estás aquí.

Jimena no dejaba de mirarme.

—Claro, ¿dónde iba a estar si no?

—En el ático de Justin en la Quinta Avenida.

—Justin no vive en la Quinta Avenida.

Exhalé y me pasé las manos por los vaqueros, me habían quedado cubiertos de polvo y de virutas.

—Bueno, pues en su rancho o donde sea que viva. Seguro que estarás mucho mejor allí que aquí. Claro que esta es tu casa y supongo que será raro que yo siga viviendo aquí cuando te vayas. Pero me las apañaré, no te preocupes. Tú solo dime qué día necesitas que me marche y listo. ¿Te lo has pasado bien estos días? ¿Has averiguado todo lo que querías?

—Sí, me lo he pasado muy bien y sí, creo que ya sé todo lo que necesitaba saber.

—Me alegro —me obligué a mirarla—, ya te dije que a Justin le gustabas.

—La verdad es que es un hombre excelente.

—Entonces deberías irte con él, te agradezco que hayas venido a avisarme de que has llegado, pero no hace falta que te quedes aquí. ¿Por qué me miras así?

—¿Y tú, por qué me miras así?

—Yo no te miro de ninguna manera.

Volvió a ladear la cabeza, a recorrerme de arriba abajo.

—¿Por qué estás lijando a las dos de la madrugada? ¿No podías dormir?

—Me apetecía lijar, me va muy bien para relajarme.

—Ah, claro. —Jimena estaba a punto de reírse.

—Me ayuda a no pensar. —No podía dejar de hablar—. Me sirve para dejar la mente en blanco.

Dio un paso hacia mí.

—¿Y para qué quiere un científico como tú tener la mente en blanco?

Otro.

—Porque así no pienso en todo lo que debes haber hecho con Justin en las Bahamas ni en que me habría gustado estar allí contigo o en que odio que te arrepientas del beso que me diste en octubre de hace dos años porque, de acuerdo, los dos estábamos enfadados, pero yo no puedo quitármelo de la

cabeza. Quiero que me beses sin estar enfadada, sin querer demostrarme que soy un idiota, solo porque, como yo, no puedas seguir evitándolo. Por eso quiero tener la mente en blanco, porque tú me la llenas de reacciones y de conceptos que no entiendo y porque no puedo dejar de preguntarme qué tengo que hacer para que te plantees la posibilidad de elegirme a mí y no a Justin aunque él sea perfecto y yo solo un tío que está perdido y que...

Jimena se colocó delante de mí y me sujetó el rostro entre las manos. Las tenía calientes, quizá por el sol que se había traído consigo, o quizá era mi piel que estaba ardiendo porque ella la tocaba.

—¿Quieres que te bese?

—No me hagas caso, es tarde y...

—¿Quieres que te bese o no?

—Claro que quiero, voy a acabar perdiendo la cabeza.

—Dímelo.

—¿De qué va esto? ¿Me estás torturando? Es una...

Sonrió.

—Está bien, ya me lo dirás más tarde.

Tiró de mi cabeza al mismo tiempo que se ponía de puntillas y me besó. Durante unos segundos solo podía oír en mi mente: «Jimena me está besando. Jimena me está besando. Jimena me está besando».

Una y otra vez.

Y por muchas veces que me lo repetía, seguía sin tener sentido. Se suponía que ella había pasado una semana en una de las islas más bonitas del mundo con un tipo increíble, muy a mi pesar, y que estaba loco por ella.

No tenía sentido y sin embargo, joder, cómo deseaba que lo tuviera y que ese beso fuese real. Tal vez había inhalado demasiada cola para madera o tal vez me había resbalado antes en la ducha y llevaba horas muerto y soñando con eso.

Jimena depositaba besos pequeños en mis labios y seguía sujetándome el rostro. Separé los míos, necesitaba volver a preguntarle qué estaba haciendo, pero entonces ella deslizó la lengua por mi labio inferior y fue como si un rayo me cayese en la espalda. El deseo estalló en el interior de mi estómago, aquel

nudo que llevaba meses allí se aflojó y se convirtió en algo peligroso e incomprensible para mí que se extendió hasta llegar al último rincón de mi cuerpo. Moví las manos, las coloqué en su cintura y hundí los dedos. Tocar su piel solo avivó mi confusión y desesperación.

Entonces su lengua acarició la mía y, joder, si en plena posesión de mis facultades ya soy incapaz de ser poético, lo único que podía pensar en ese momento era que nunca había deseado tanto a nadie, nunca, nunca había perdido el control de aquella manera. Reaccioné por instinto y todavía hoy creo que habría hecho daño a cualquiera que nos hubiese interrumpido y nos hubiese obligado a separarnos.

Pero fue ella, Jimena gimió y me tiró del pelo. Era el sonido más erótico que había escuchado en la vida y el modo en que me besó después estuvo a punto de lograr que me corriese en los pantalones como si fuese un adolescente. Le devolví el beso, apreté los dedos que tenía en sus caderas y la llevé hasta mí. Otro ruido escapó de los labios de ella, fue mi nombre y casi caí de rodillas dispuesto a suplicarle que hiciera conmigo lo que quisiera, pero que acabase con ese tormento. Quería seguir besándola, quería desnudarla y buscar en su cuerpo las respuestas de lo que me estaba pasando, tenían que estar allí. Ella tenía que ser la respuesta porque yo... recordaré siempre el miedo que sentí al comprenderlo... Jimena tenía que ser la respuesta porque me estaba enamorando de ella. Joder. La besé una última vez y fue distinto porque, aunque ella no lo sabía y estaba seguro de que no sentía lo mismo que yo, comprendí que hasta ese momento yo nunca había besado a nadie así. Cada segundo era el mejor; el sabor de sus labios, el tacto de su piel, cómo suspiraba y gemía mi nombre... No iba a decirle la verdad cuando yo apenas era capaz de asimilarla, pero tenía que alejarme de allí y de Jimena porque, fueran cuales fuesen los motivos que había tenido ella para besarme, no eran los míos. Ella no estaba enamorada de mí. No sería la primera vez que me pasaba que una mujer se acostaba conmigo para desquitarse de lo que sentía por otro hombre, pero lo que había soportado con Cande me mataría con Jimena. Jimena era mi amiga, joder, mi mejor amiga, la única que tenía y que me estaba manteniendo cuerdo últimamente. No podía hacer eso.

Me aparté con cuidado y ella me miró confusa y con tanto deseo que estuve a punto de mandar a la mierda mi instinto de supervivencia y volver a besarla. Tardaría segundos en desnudarnos a ambos y podíamos echar un polvo allí mismo. Sería increíble y me destruiría por completo.

—Víctor —suspiró—, vamos a la cama.

Iba a morir esa noche si no estaba ya muerto en el suelo de la ducha o en cualquier otra parte.

—Hace unos días me dijiste que te arrepentías de haberme besado —fui capaz de decirle—, así que no vamos a ir a ninguna parte hasta que entienda a qué viene esto.

Levantó una ceja ofendida, no había otra manera de describir aquel movimiento.

—¿Estás diciendo que no me deseas, que no quieres acostarte conmigo?

Joder, si pudiera decirle que acababa de entender que claro que quería acostarme con ella, que quería arrancarle la ropa, recorrer cada centímetro de su cuerpo y no dejar ni uno por lamer, besar o morder... Quería hacer con ella cosas que hasta entonces no me había atrevido a imaginar, desde follar hasta que no pudiéramos mover las pestañas hasta pasar una mañana entera abrazados en la cama. Pero no podía decírselo hasta que entendiera de verdad mis sentimientos. A pesar de que comparar aquel beso con el primero que me di con Cande era absurdo, porque estaban a millones de teoremas científicos de distancia, no me atrevía a confiar en mí.

—Estoy diciendo que no sé si es buena idea.

Jimena no se apartó tras mi aparente rechazo, sino que me observó con mucha, demasiada, atención y después eliminó el vacío que había entre ella y yo. Puso las palmas en mi pecho, seguro que notó que mi corazón estaba intentando abrirse camino por entre las costillas y que me costaba respirar. No dijo nada, me empujó decidida y... sí, ya sé que estáis pensando que tanto ahora como esa noche yo pesaba como mínimo cincuenta quilos más que ella y que, aunque Jimena es alta y está en forma, yo lo estaba más. Tengo más fuerza que ella, sí, y sin embargo la perdí toda cuando me empujó y me obligó a caminar hasta que mi espalda chocó con la pared. Ver a una mujer, a Jimena,

tan decidida a tenerme, a no dejarme escapar, me fundió el cerebro y, cuando se pegó a mí y notó mi erección —que nunca me había dolido tanto— y sonrió, tuve que morderme el labio hasta sangrar para no correrme.

—Me estás matando, Jimena. ¿Es eso lo que pretendes?

Volvió a sonreírme y movió todo el cuerpo como un gato, acariciándome de un modo cruel y perfecto la entrepierna.

—No, nada más lejos de la realidad, Víctor—. Se puso de puntillas y me recorrió el cuello con la lengua—. Creo que los dos necesitamos esto.

¿Necesitarlo? Joder, estaba dispuesto a morir por tenerla así cada día, pero no así.

A pesar del riesgo que suponía, no pude evitar volver a besarla. Esa vez fui yo el que le mantuvo inmóvil el rostro y le devoró los labios. Puestos a enloquecer, iba a aprovecharlo al máximo. Durante unos minutos el beso fue brutal, salvaje, intenté imitar con la lengua lo que quería hacerle con la erección que estaba atrapada entre los dos, pero cuando llegué a ese punto en el que mi cuerpo tembló y estuve a punto de mandar a la mierda mi vida y la amistad que tenía con ella, intercambié nuestras posturas y apoyé la espalda de Jimena en la pared. Fui aminorando la velocidad y el deseo carnal del beso, e intenté que mis labios le hicieran comprender aquellos sentimientos tan tiernos y desconocidos que tenía, los que más miedo me daban. Yo sabía desear a alguien, no tanto como a ella, pero eso podía entenderlo. El resto, lo de necesitarla, lo de querer hacerla feliz, lo de querer que ella sintiera lo mismo por mí, era completamente nuevo. Lo peor fue que esos últimos besos, los que llené de ternura, casi acabaron conmigo y tuve que soltarla.

—Quiero terminar con esto.

—¿Con qué? —A pesar de que la frase carecía de sentido y podía malinterpretarse, Jimena entendió que no me refería a lo que estaba sucediendo entre nosotros, sino a lijar la madera—. ¿Ahora? ¡Es muy tarde!

—Necesito hacerlo ahora. —Le aparté un mechón de pelo de la cara—. Ve a acostarte, yo no tardaré. Necesito... tranquilizarme un poco y pensar.

—Pero...

—Hablaremos de esto mañana, ¿de acuerdo? Es tarde y los dos estamos



cansados.

—Pero... —repitió.

—Por favor, Jimena, hablemos de esto mañana.

Supongo que vio en mis ojos que necesitaba estar solo y por eso asintió sin decir nada más y, tras recoger la maleta y la bolsa de regalos, subió la escalera.

Lijé otra tabla, pero lo dejé porque estuve a punto de perder una mano. No estaba en el estado de ánimo propicio para manejar máquinas peligrosas y no acabar en urgencias. Me aseguré de apagarlo todo (solo me habría faltado que la casa se incendiase por mi culpa) y me fui a la cama.

No sé si aquí es el lugar adecuado para haceros esta pregunta, pero ¿habéis intentado alguna vez conciliar el sueño cuando estáis tan excitados que podríais correr solo con la mirada de la persona que os ha llevado a ese estado? Pues así estaba yo esa madrugada.

Después de pelearme con las sábanas y de intentar pensar en los temas más aburridos y poco excitantes posibles para ver si mi erección desaparecía sin tener que hacer nada, me di por vencido. Había querido evitarlo porque un razonamiento estúpido, propio de la locura y confusión de esos días, me había llevado a la conclusión de que no podía deshacerme de esa erección sin Jimena; ella me la había causado y solo ella podía quitármela, por así decirlo. No me digáis nada, por favor, bastante tuve esa noche como para oír ahora vuestras opiniones al respecto.

El caso es que abandoné mis teorías sin fundamento y terminé por meter la mano dentro de los pantalones del pijama. Creía que iba a bastarme con dos movimientos eficientes y casi médicos, pero al parecer eso de estar enamorándome me había convertido en un sádico, porque mi mano no bastaba y solo servía para empeorar las cosas. Estaba a punto de salir de la cama y meterme en la ducha —quizá el agua helada me ayudaría o me causaría una pulmonía y así tal vez resolviese mis problemas mentales durante un tiempo—, pero oí los pasos de Jimena por la escalera. Me bastó con eso, mi imaginación —las imágenes que tenía guardadas para siempre de ella— se encargó del resto, llamadme lo que queráis, pero mi mano decidió por sí sola volver a

meterse dentro del pijama y, joder, con los ojos cerrados era como si Jimena estuviera allí conmigo. La oí moverse en la cocina —seguro que estaba preparándose algo, tal vez un chocolate caliente— y, al pensar en cómo balanceaba el cuerpo cuando llevaba a cabo los pasos de su ritual, en el sonido que salía de sus labios, en cómo a veces incluso cerraba los ojos y ladeaba la cabeza hacia un lado para sonreír... Dios, era preciosa y yo estaba a punto de...

—¿Víctor?

Dios, me mordí para no gritar, tenía que ir más despacio, pero mi mano se negó a detenerse. Jimena estaba en la puerta diciendo mi nombre.

—¿Víctor, estás dormido? —insistió.

Podría haberme quedado callado.

—No —fue lo que contesté entre dientes.

Jimena abrió la puerta y yo tuve que abrir los ojos para verla. Durante un horrible segundo pensé que saldría corriendo, y que yo me lo tendría bien merecido. Había sido incapaz de proteger nuestra amistad y ella me odiaría para siempre. Pero Jimena se quedó donde estaba y, joder, se humedeció los labios antes de hablar.

—¿Quieres que me acerque?

—Joder, Jimena, tendrías que irte de aquí. —Seguí mirándola y masturbándome—. Vete, por favor.

—¿De verdad quieres que me vaya? Porque yo... —dejó la frase a medias y se quedó mirándome. Notar sus ojos encima de mí estuvo a punto de acabar conmigo.

—¿Tú? —Tenía que saber cómo seguía.

—Yo también estaba tocándome arriba, en mi habitación, pensando en ti. Y no podía...

—No podías... —La miré a los ojos, no sé qué le pedí con ellos, no miento si os digo que mi mente había abandonado la sala de control, pero Jimena empezó a desabrocharse los botones del pijama. Llevaba uno de esos que parecen antiguos y pensé que la gente los subestimaba, eran mucho más eróticos que los camisones. Cada botón que cedía me causaba un infarto.

Quedó desnuda ante mí, y quizá esa noche ya se quitó algo más que la ropa, pero no me lo dijo y yo no estaba preparado para entenderlo. Caminó hasta la cama y, tras apartar la sábana, se tumbó a mi lado con un codo apoyado en el colchón y la cabeza recostada en la palma.

—Déjame a mí —me pidió apartando mi mano.

—Jimena, tú... yo... esto... hablar... mañana... ¡Dios!

Tiré de ella para colocarla encima de mí y besarla. Me corrí con su piel en la mía, con sus dedos atormentándome, su sabor en mis labios y los gemidos de su orgasmo gravándose para siempre en mi memoria.

La abracé al terminar, no podía soltarla, y me pregunté qué pasaría si nos quedábamos así dormidos. Jimena respiraba despacio y, sin decirme nada, seguía acariciándome el torso. Nunca me había excitado especialmente que una mujer me tocara de esa manera, pero ella estaba a punto de volver a lograrlo en cuestión de segundos.

—¿Quieres volver a tu cama? —le pregunté al oírla suspirar.

—No. ¿Quieres que me vaya? —Los dos aguantamos la respiración.

—No. —Tiré de la sábana que había acabado arremolinada a nuestros pies para taparnos—. Buenas noches, Jimena.

—Buenas noches, Víctor.

# 9

## Abril

El deseo es una cuestión química y en bioquímica, una de mis asignaturas preferidas en la Universidad, enseñan que la química en el fondo solo es electricidad. Así pues, los humanos somos bolsas andantes de átomos con cargas eléctricas distintas que vamos chocando unos con otros. Y nada de todo esto logra explicar lo que me pasaba con Jimena. Reconozco que mis electrones estallaron la primera noche que estuvimos juntos y que nuestras partículas colisionaron como nunca, pero aquella intensidad no se debía a la química ni a la física ni a nada excepto a Jimena.

La mañana siguiente apenas pudimos hablar cuando nos despertamos, los dos habíamos dormido más de la cuenta y tuvimos que salir corriendo hacia nuestros respectivos trabajos. Si no me hubiese dado un beso antes de desaparecer, me habría pasado el día entero convencido de que todo había sido fruto de mi calenturienta imaginación.

Esa noche esperé en el sofá a que llegase del restaurante. No era la primera vez que lo hacía, la verdad era que de un modo u otro llevaba haciéndolo desde siempre; aunque fueran solo unos minutos, quería verla antes de acostarme. Al llegar, charlamos un rato y Jimena me explicó lo que había sucedido en las Bahamas. Los primeros días tanto ella como Justin habían estado muy ocupados trabajando; Justin no solo estaba construyendo ese hotel, sino que se estaba planteando la posibilidad de comprar uno que ya existía en la isla. Tenían dos habitaciones, obviamente (esa parte no le pedí que me la explicase, pero lo agradecí), y apenas habían coincidido en las comidas y siempre con otros empleados. Sin embargo, el miércoles de esa semana, Justin la había invitado a cenar, ellos dos solos. Reservó una mesa en un restaurante

precioso y la recogió en el vestíbulo como un perfecto caballero. A petición de él no hablaron de trabajo y Jimena pensó que era maravilloso estar allí, en aquel lugar tan bonito y acompañada de un hombre tan interesante y atractivo, porque Justin era todas esas cosas y más. Jimena se preguntó entonces por qué no estaba feliz, por qué no podía dejar de pensar en la conversación que ella y yo habíamos mantenido la noche antes de que se fuera.

—No tendría que haberte dicho eso, lo siento —reconocí.

—Pues no, no tendrías que habérmelo dicho. Pero déjame continuar. Al terminar la cena, Justin me ofreció el brazo y me pidió que fuésemos a pasear por la playa. Hacía una noche preciosa y todavía era temprano. Seguimos hablando y nos detuvimos cerca de unas rocas; la vista era increíble, sacada de un sueño. En aquel momento Justin me besó; no estuvo mal y tal vez si él no se hubiese apartado podía haber sucedido algo más, pero...

—No sé si quiero seguir escuchando esto, Jimena.

—Justin me dijo que había notado que yo no estaba presente, que le besaba de un modo automático. No me sentó muy bien, la verdad. A nadie le gusta que le digan que no besa bien.

Tenía en la cabeza la frase perfecta, iba a decirle que nadie me había besado mejor que ella y que me veía capaz de cometer cualquier disparate si con ello me garantizaba sus besos de por vida. Pensé incluso en decirle que para mí sus besos eran necesarios para respirar o que... ¡a la mierda!, esa chica me volvía loco y ninguna frase de postal conseguiría explicarlo jamás, así que me levanté del sofá y en menos de dos segundos me planté a su lado y la besé.

Jimena reaccionó tal como esperaba o, mejor dicho, deseaba. Me rodeó con los brazos y con las piernas, que aparecieron al instante en mi cintura, y caímos los dos del sofá. Me aseguré de amortiguar el golpe y de que ella quedase sentada encima de mí. Joder, esos besos acabarían conmigo, cada uno servía para empeorar mi estado mental y para que me enamorase aún más de ella; y tuviese más miedo de lo que sucedería después.

Jimena me lamió el cuello, me estremecí y supe que tenía que parar. La aparté un poco, aunque no me levanté del suelo. Me gustaba tenerla encima de esa manera. Levanté una ceja y esperé a que dedujese lo que estaba intentando

decirle.

—Supongo que tienes razón, no es cuestión de besar bien o mal, es cuestión de a quién estás besando. Y Justin lo entendió antes que yo.

—¿Y qué más te dijo?

—Me dijo que tenía que aclararme, que estaba dispuesto a ser mi amigo. Me dijo que no volvería a pedirme que saliera a cenar con él hasta que yo resolviera las cosas contigo.

—Suena como si yo fuera un problema.

Jimena me acarició el rostro. No lograba ocultarle nada, tenía que ir con más cuidado.

—Después de lo de Dennis no confío mucho en los hombres ni en mí misma. —Por fin descubría el nombre de ese hijo de puta, pero al mirar a Jimena comprendí que ese detalle era el que menos importaba. El muy desgraciado realmente había aniquilado la capacidad de esa chica tan increíble para creer en los demás—. Y tú...

—¿Yo qué? —Arrugué las cejas y me arriesgué a levantar una mano e imitar su caricia. Le reseguí el pómulos hasta llegar a la comisura del labio.

—Tú todavía piensas en Cande.

—No es verdad —fui completamente sincero—. No es verdad.

—Nunca hablas de ella y todavía me acuerdo de todo lo que sucedió entre vosotros, de todo lo que me dijiste cuando yo...

No la dejé terminar, tiré de ella y volví a besarla, al parecer se me daba mucho mejor que hablar. No fui capaz de soltarla hasta que noté que los hombros de Jimena perdían cierta tensión y su cuerpo empezaba a fundirse con el mío.

—No hablo de ella porque casi nunca pienso en ella. Confía en mí, sé que te pido algo difícil, pero créeme, por favor. Hace tiempo que Cande no me viene a la mente y, si lo hace, es por alguna tontería. Si tú sabes distinguir la diferencia entre un beso de Justin —me obligué a añadir sin poner cara de pocos amigos— y uno de los nuestros, cree que yo puedo hacer lo mismo.

—Pero tú insistías en que estabas enamorado de ella y créeme tú a mí cuando te digo que puedes querer a una persona aun sabiendo que no puedes

tenerla. Y yo...

Apartó la mirada y, cuando iba a levantarse, le puse las manos en la cintura; no para retenerla, solo para que supiera que podía terminar esa frase, que no tenía que huir a ninguna parte. Sabía que eso me convertía en un hipócrita, quería la sinceridad de Jimena y tenía miedo de ofrecerle la mía.

—Tal vez no tenemos que resolverlo todo hoy —me atreví a decirle. Era una vía escapatoria para ambos—. Tal vez podemos ver qué pasa, estar juntos un día, hoy, por ejemplo, y si al día siguiente queremos volver a estarlo, pues lo estamos.

—¿Solo tú y yo? —Enarcó una ceja.

—No deseo a nadie más, Jimena. Nunca había deseado a nadie así.

—Está bien. Tienes razón, vamos a ver qué pasa. Un día tras otro y nada de ir con otras personas.

Sonaba muy frío y tuve que morderme la lengua para no confesar que en realidad quería mucho más, pero ella parecía sentirse aliviada, más contenta y feliz que segundos atrás, así que asentí.

—¿Quieres añadir algo más? —me preguntó pasándome una mano por el pecho.

—Sí. —La mano se detuvo—. No me juzgues por lo que hizo Dennis. Sé que no soy ningún mirlo blanco, como decía mi abuela, pero no quiero pagar las consecuencias de los actos de otro hombre.

—De acuerdo. Y tú prométeme que, si algún día me comparas con Cande, me lo dirás. No quiero ser la sustituta de nadie.

Podría haberle dicho que eso era imposible, pero no me habría creído.

—Te lo prometo. Esta vez los dos vamos a ir despacio y vamos a estar bien, ya lo verás, muy bien.

Llevábamos dos semanas así, descubriendo nuestra relación día a día. Lo mejor, sin embargo, eran las noches. Jimena solo llegaba a cenar el día que tenía libre, y el resto de días yo la esperaba en el sofá y veíamos algo juntos en la tele. Nunca había hecho algo así, nunca había compartido esa clase de

intimidad con nadie y, aunque seguía muy confuso y mi trabajo seguía sin gustarme, cada uno de esos momentos conseguían que respirase más tranquilo, que mi mundo tuviese un poco más de sentido. Los dos íbamos tan cansados que nos dormíamos frente al televisor —a ese ritmo nunca terminaríamos ninguna serie—, pero a los dos nos parecía bien.

La primera noche, después de la que habíamos pasado juntos, Jimena intentó despedirse de mí en el pasillo y dirigirse hacia la escalera rumbo a su habitación, pero un beso llevó a otro y acabamos tumbados en la cama de la mía. Y ya no volvió a intentar dormir arriba.

A pesar de que dormíamos juntos cada día y de que os pueda parecer ridículo, todavía no habíamos hecho el amor. Creo que los dos sentíamos que no estábamos preparados para dar ese paso y, sí, éramos dos personas adultas sin compromiso excepto la una con la otra, estábamos sanos y nos deseábamos —de hecho, me temo que ambos enloquecimos un poco esos días—, pero los dos habíamos sufrido un fuerte desengaño e intuíamos que lo que estaba sucediendo era mucho más importante que el sexo o que una mera aventura pasajera. Eso no quiere decir que no hiciéramos nada en la cama. Lo que Jimena podía hacer con esos labios y esas manos no lo había sentido nunca, y yo podría haberme pasado toda la eternidad recorriéndole y acariciándole el cuerpo con las mías.

Así estaban las cosas con Jimena y conmigo cuando, una mañana en el trabajo, recibí un correo de Cande y, durante unos segundos, me quedé mirando la pantalla sin abrirlo. No me daba miedo, no exactamente, aunque me parecía extraño que me hubiese escrito. Había recibido la invitación de boda en diciembre, días antes de asistir a la cena de Navidad en Las Vegas, pero aún no le había respondido —ni tenía intención de hacerlo—. Lo más probable era que Cande me escribiese de nuevo para preguntarme si la había recibido y si tenía pensado asistir, pero durante unos segundos me planteé qué pasaría si Cande me escribía para decirme que dejaba a Barver y que quería volver a intentarlo conmigo. Mi ego se vería reivindicado, eso seguro, pero ¿qué haría?

Giré en la silla de la oficina y cerré los ojos. El primer rostro que me vino a



la mente fue el de Jimena —de hecho, el de Cande hacía tiempo que había perdido definición— y confieso que me sentí aliviado y que de repente tuve la imperiosa necesidad de ver a Jimena de verdad y de tocarla, pero tuve que conformarme con oír su voz. La llamé al móvil —creo que era la primera vez que lo hacía a media mañana—, me respondió con una sonrisa, la oí en su voz, y le dije que la llamaba para invitarla a cenar. Esa noche la tenía libre y, en cuanto se me ocurrió la idea, supe que era exactamente lo que necesitábamos. Hasta el momento habíamos vivido nuestra relación en secreto y, aunque no cambiaría por nada nuestras noches frente al sofá, nos iría bien cenar fuera. Solidificaría que éramos una pareja, aunque a mí aún me costase hacerme a la idea. No era que no quisiera, era que no acababa de creérmelo o que tenía el mal presentimiento de que lo nuestro tenía fecha de caducidad.

Después de colgar, abrí el correo de Cande.

«Hola, Víctor:

Si no fuera porque te echo de menos, estaría muy enfadada contigo. La verdad es que esta es la cuarta o quinta vez que empiezo este correo —vale, es la décima—, pero es que llevas meses sin decirme nada y ni siquiera te has dignado a escribirme para decirme si vendrás a la boda. Salvador cree que estoy loca por insistir... y eso que él aún no sabe lo que voy a pedirte ahora, pero sé que la última vez que nos vimos te diste cuenta de que tú y yo nunca habríamos funcionado (aunque tú también crees que estoy loca).

Voy a ponerme intensa un segundo, así que, si quieres, sáltate estas líneas:

Yo no estaba enamorada de ti y te utilicé de salvavidas. Me aproveché de ti y lo siento. No te lo merecías. Pero al mismo tiempo eres uno de los mejores amigos que he tenido jamás y sé que, si mi vida no hubiese estado tan patas arriba cuando te conocí, me habría dado cuenta de que estamos destinados a ser amigos y no amantes ni pareja, ni nada de eso. Tengo la intuición de que, hacia el final del año de *Los chicos*, tú también

empezaste a verlo, pero como eres un leñador con un corazón de oro insististe en hacer lo correcto conmigo.

Fin del rollo cursi. Ya puedes seguir leyendo.

Vamos por partes:

Uno, la boda es en julio y tienes que venir —imagínate poniéndote ojitos— o vendré a buscarte yo donde quiera que estés. Tienes que estar a nuestro lado, es importante para mí, y quiero que conozcas mejor a Salvador. Siempre he pensado que estáis destinados a ser grandes amigos, en plan Capitán América y Ironman, eso sí. No sé si me explico. El Capitán América y Ironman casi se matan el uno al otro e iniciaron una guerra entre Los Vengadores, pero se quieren, yo sé que se quieren.

Dos, tengo que hablar contigo. Es importante. Y antes de que te pongas neurótico y me hables del gato ese, no, no estoy enferma. En mi familia están todos bien, gracias. Los chicos del calendario están bien —lo sabrías si te molestases en llamar a tus AMIGOS de vez en cuando—, y Abril está estupendamente. Incluso creo que salvaremos a Rubén, eso te lo cuento otro día. Tengo que pedirte un favor, me gustaría decírtelo por teléfono y te llamaría si creyera que existe la posibilidad de que me contestases, pero sé que no, así que aquí va:

Quiero escribir un libro sobre ti, sobre lo que te pasó cuando ganaste *Los chicos del calendario*.

¡¡¡No borres el correo!!! Sigue leyendo, por favor.

No quiero inventarme tu historia, quiero que me la cuentes y yo intentaría escribirla después. No te lo pido para compensarte ni para pedirte perdón, ni para nada de lo que seguro estás pensando. Solo quiero que todo el mundo sepa que, desde el principio, el chico del calendario tenía que ser tú y que conozcan tu verdadera historia.

¿Qué me dices?

Besos,  
Cande»

No lo borré, no podía moverme. De todas las locuras que creía que Cande

iba a pedirme en ese correo, esa jamás se me hubiera ocurrido. Iba a decirle que no, obviamente, a nadie le interesaba mi vida. Dicho de otra manera, yo no quería que nadie metiese las narices en mi vida. Además, ¿qué iba a contarles, que estaba completamente hecho un lío y que estaba aterrorizado por lo que había empezado a sentir por Jimena?

Ni hablar.

Bajé la pantalla del ordenador de golpe. Cande había encontrado otra manera de utilizarme, quizá se había quedado sin nada que contar o quizá mentía y su intención era compensarme por haber acabado con Barver. Lo que estaba claro era que eso de escribir el libro del «chico del calendario» no lo hacía por mí y yo me había cansado de seguirle el juego, me había cansado hacía meses. En cierto modo tenía mucho que agradecerle a ese correo, fue como cuando un mago chasquea los dedos delante de alguien a quien ha hipnotizado. Me parecía genial que Cande estuviera con Barver, en eso le daba la razón a ella. Yo había confundido la amistad con el amor y como soy terco como una mula había defendido más allá de lo necesario una relación que estaba sentenciada de entrada porque ni Cande estaba enamorada de mí ni yo de ella. Las diferencias entre un sentimiento y otro son apabullantes, pero en mi defensa puedo decir que, si nunca lo has sentido, me refiero al amor, es difícil distinguirlo. Lo que no me parecía tan genial era que, más de un año después, quisiera escribir un libro sobre mí. Que lo escribiera sobre otro o que se inventase una historia desde cero como hacen los escritores normales. Me había ganado de sobras el derecho a que me dejase en paz.

Me fui del trabajo, no tenía cabeza para nada más, y como era temprano me dirigí a casa andando. Estaba en la esquina cuando vi a alguien plantado frente a la ventana; tenía las palmas de las manos apoyadas en el cristal y estaba espiando el interior. No grité, no quería asustarlo. Si era un ladrón que estaba inspeccionando la casa en busca de cómo entrar, iba a dejarle claro que le había pillado. Sin embargo, no debía de ser muy buen ladrón porque no me oyó y, cuando se giró e intentó salir corriendo, ya le tenía cogido por la capucha de la chaqueta que llevaba.

—¿Qué estás husmeando? ¿Buscabas cómo entrar?

—¡Suéltame!

—Contéstame.

—¡Suéltame o me pongo a gritar que eres un pederasta!

Tuve que reconocer que el chaval los tenía bien puestos.

—Grita, cuando llegue la policía ya les explicaré qué estabas haciendo. Te he sacado una foto mientras estabas espiando.

—¡No estaba espiando!

—Ah, ¿no? ¿Pues qué estabas haciendo? ¿Acaso es esta tu casa?

—Sí.

—Mentira, yo vivo aquí.

—¡Es mi casa! ¡Es la casa de mi hermana!

—¿Michael? —No le solté, intuí que saldría corriendo, pero aflojé la mano

—. ¿Eres el hermano de Jimena?

—Hermanastro.

—¿Le ha sucedido algo a Christina?

—No, todavía no.

—Si te suelto, ¿te irás? No es por presumir, pero se me da muy bien correr y acabaría atrapándote. No te pongas en ridículo.

—¿Quién dices que se pondría en ridículo? Suéltame, no me iré. Solo quería hablar con Jimena. He llamado y no me ha contestado nadie.

No acababa de creérmelo, pero aun así le solté y él cumplió su palabra.

—¿Quieres entrar? Jimena no está en casa, no llega hasta más tarde.

—Oye, tío, tal vez no seas un pederasta, pero no tengo ni idea de quién eres.

—Soy Víctor, Víctor Pastor. —Le tendí la mano como a un adulto—. Comparto casa con tu hermana.

—No sabía que tenía pareja.

—Pago un alquiler —le expliqué, tuve el presentimiento de que así nos llevaríamos mejor—. ¿Quieres pasar?

Abrí la puerta y extendí el brazo.

—No, tengo que irme. Tengo clase por la tarde. Dile a Jimena que quiero hablar con ella, ¿de acuerdo?

—Lo haré. ¿Jimena tiene tu número?

—Sí, mamá me obligó a dárselo. —Se subió la cremallera de la chaqueta—. Me largo, ya nos veremos, Pastor.

En cuanto Jimena llegó a casa, le conté en qué circunstancias había conocido a su hermano Michael. Ella lo llamó enseguida, sin éxito, y le mandó un mensaje diciéndole que le devolviese la llamada en cuanto pudiera.

—No quiero llamar a Christina, se preocuparía por nada. Ayer estuve en el hospital y me dijeron que el tratamiento que le estaban dando estas últimas semanas la tenía muy apagada. Creen que falta poco.

—¿Crees que la visita de Michael tiene que ver con su madre?

—No lo sé. —Miró preocupada la pantalla del móvil como si allí fuera a encontrar la respuesta—. A Christina hoy no le ha sucedido nada, eso seguro. Soy la primera persona de contacto y todos los enfermeros y enfermeras me conocen. Me habrían llamado.

—Está bien. ¿Quieres anular la cena? —Le puse las manos en los hombros—. No me importa si quieres quedarte en casa.

Jimena hizo algo que logró que mi corazón practicase boxeo con las costillas. Levantó una de mis manos y besó la palma.

—No, quiero salir a cenar. Es nuestra primera cita. Voy a ir a cambiarme.

# 10

Christina murió a finales de abril, una madrugada sonó el móvil de Jimena y los dos supimos qué había sucedido antes de contestarlo. Estábamos en mi cama, que se había convertido en nuestra, y ninguno dudó sobre que iríamos juntos al hospital. Jimena subió a vestirse mientras yo hacía lo mismo abajo y después preparé un café bien cargado, iba a hacernos falta.

Me ofrecí a llamar a Michael, no había vuelto a verlo desde aquel día, creo que no le caía demasiado bien al chico. Jimena, además de ir a visitarlo en su piso como hacía siempre, había coincidido con él en la habitación de Christina y sabía lo mal que lo estaban pasando tanto la madre como el hijo esos últimos días.

Estábamos en el taxi de camino, le daba la mano y pasaba el pulgar por sus nudillos.

—Mi madre murió hace años.

—Lo sé. —Ella no me lo había contado, pero era una de las pocas cosas que había averiguado en Haro el invierno de *Los chicos del calendario*, cuando la buscaba frenético después de su desaparición. Una de las ancianas de radio patio me explicó que Jimena había heredado la propiedad de Haro de su abuela materna ya que esta había fallecido después que su hija, es decir, la madre de Jimena. Sobre el padre nadie sabía nada.

—Ellos dos jamás se divorciaron, antes creía que se querían a su manera, ya sabes, eran otra generación, mi padre era muy estricto y mi madre también, esas cosas, pero ahora sé que lo más probable es que nunca se quisieran. Es una lástima, ¿no te parece? ¿De qué vale todo esto si nunca llegas a querer a nadie ni dejas que nadie te quiera a ti?

—No lo sé, tal vez creyeron que el riesgo no merecía la pena o tal vez lo intentaron y no les salió bien. O quizá no supieron hacerlo mejor—. Yo

opinaba lo mismo que ella, pero necesitaba consolarla de alguna manera.

—Y Christina —siguió como si yo no hubiese hablado—, ¿por qué aceptó ser la segunda? Sí, ya sé que precisamente yo tendría que entenderlo, después de lo que me sucedió en París. —Le apreté la mano, odiaba que hablase así de sí misma, que se juzgase con ese rasero tan injusto—. Pero al menos yo al principio no sabía que Dennis estaba casado. Christina sí, lo sabía y aun así aceptó estar con mi padre y tener un hijo con él. Nunca sale nada bueno de las mentiras.

—No seas tan estricta, quizá para tu padre era verdad y quizá para Christina también.

—Y lo peor es que Christina es... era una mujer fantástica. ¿Crees que soy horrible por creer que era más cariñosa que mi madre?

—Oh, cariño. —Tiré de ella y la estreché en mis brazos—. Por supuesto que no.

—¿Sabes que me dijo mi madre cuando dejé París?

No quería saberlo.

—¿Qué?

—Que me lo tenía bien merecido.

—Oh, no, lo siento mucho. —La besé en el pelo—. Nadie se merece que abusen de su confianza y que le utilicen y engañen de esa manera.

—¿Y si vi lo que quería ver? Tal vez las pistas sobre Dennis estaban delante de mis narices y opté por ignorarlas.

La aparté un poco para mirarla.

—¿De verdad crees eso? Eres la persona más lista y observadora que conozco, tú viste lo que estaba pasando con Cande desde el principio y nunca te amedrantas por nada. Mira todo lo que has conseguido aquí, en Nueva York. Por no mencionar que al final has acabado cuidando y tomándole cariño a la otra esposa de tu padre. Eres increíble, Jimena, y si tu madre no supo verlo, peor para ella.

Le brillaron los ojos y sonrió al mismo tiempo que me cogía la cara de esa manera tan suya y me besaba. Fue mi primer beso con lágrimas y sonrisa y mi corazón dio un paso más hacia la perdición.

Los trámites en el hospital fueron muy rápidos, Christina se había encargado de todo antes de fallecer, a mí me heló la sangre, no había dejado ningún cabo suelto. De nosotros, recuerdo que se despidió el día antes de fallecer, insistió en que brindásemos con ella, tenía una botella de champán en la habitación, en una cubitera decorada con jeringas. No me atrevo a imaginar qué pensó esas últimas horas, pero aquel día brindé y me despedí de ella diciéndole que me alegraba muchísimo de haberla conocido.

Ella me abrazó y me susurró al oído que ahora que Jimena y yo estábamos allí se iba mucho más tranquila.

No sé si a Jimena también se lo dijo, yo me fui al pasillo con los ojos rojos y las dejé hablando solas y después, en casa, intenté animarla. De nada serviría entristecernos antes de tiempo, el momento había llegado inevitablemente.

Mientras Jimena hablaba con los enfermeros que habían atendido a Christina, llamé a Michael e intenté localizarlo. No lo conseguí. Pregunté por allí, tal vez había llegado antes y estaba en algún lugar sin cobertura, era habitual en los hospitales. Nadie le había visto, los médicos y enfermeros de la planta le conocían y también el servicio de limpieza y nadie le había visto desde el día anterior. Fui a reunirme con Jimena, no podía imaginarme lo difícil que tenía que ser eso para ella, hablar con los de la funeraria, por ejemplo, para organizar el funeral de la mujer con la que su padre le había sido infiel a su madre. Esa chica no dejaba de sorprenderme ni de arrebatarme pedazos de cordura y de corazón.

Cuando me vio se despidió del caballero con el que había estado hablando y se acercó a mí para apoyar la frente en mi torso.

—¿Podemos volver a casa? —me pidió.

—Podemos hacer lo que tú quieras. —Le acaricié el pelo—. No he conseguido localizar a tu hermano.

Odié no poder hacer nada más.

—Yo tampoco, le he dejado un mensaje explicándole dónde y cuándo será el funeral. Me gustaría saber dónde buscarlo o qué decirle para que... —perdió la voz —... Apenas le conozco y se supone que ahora soy la única familia que



le queda.

—Eh, tranquila, a juzgar por lo que vi el día que lo conocí, ese chaval sabe cuidarse solo. Seguro que está en algún lado desquitándose. Es lógico que necesite estar solo. Yo era mucho mayor cuando murió mi madre o cuando perdí a mi padre y en las dos ocasiones no estuve a la altura de las circunstancias. —Se apartó de mí y me miró—. Sí, dejé plantada a Tori las dos veces. No fue agradable cuando me encontró. Dale unas horas de margen. ¿Cuándo es el funeral?

—Mañana a las once.

—Pues esperemos hasta esta noche, si entonces no ha dado señales de vida, iniciamos una búsqueda exhaustiva. Christina me dijo que iba a darte la lista con los nombres y los teléfonos de los amigos de Michael, ¿no? Empezaremos por allí.

—Está bien, de acuerdo. Esperaremos hasta esta noche. —Me abrazó y respiró hondo—. ¿Nos vamos a casa?

—Claro.

Jimena llamó al trabajo, Justin y el equipo del restaurante estaban al corriente de la situación de Christina, así que no tuvo que dar ninguna explicación y Justin le aseguró que volviera en cuanto lo tuviese todo listo y se viera con fuerzas, se apañarían sin ella.

Yo seguía sintiendo cierta animadversión hacia Justin, pero me temía que se debía más a mis inseguridades que a él.

En casa, insistí en que Jimena se pusiera cómoda y se tumbase en el sofá. Tenía grandes planes para hacerla sentirse mejor. Primero iba a prepararle una buena taza de chocolate caliente, no me quedaría tan bueno como el suyo, pero intentaría que se le acercase. Después, le pondría Lucifer desde el principio, habíamos llegado a la conclusión de que la primera temporada era la mejor, y por la noche la observaría y haría lo que ella me pidiera. Mi torpeza en reconocer los sentimientos de los demás estaba demostrada, pero con Jimena no quería meter la pata, quería descubrir sus secretos para protegerlos y devanarme los sesos en busca de lo que fuera que la hiciera feliz.

Solo conseguí que se tomase el chocolate y que viese los primeros veinte

minutos de Lucifer. La llamó la policía, habían arrestado a Michael en Brooklyn, había participado en una pelea en un bar. Estaba bien, solo tenía heridas leves, le aseguraron, pero al ser menor tenían la obligación de avisar también a los servicios sociales.

Esa madrugada la había visto triste y cansada, apenada por la muerte de Christina, pero tras colgar a la policía la vi asustada.

—No sucederá nada —afirmé sin poseer la información necesaria para hacerlo y convencido de que sí iba a suceder algo. Le habría dicho que la Tierra era plana si con ello hubiese logrado tranquilizarla.

Tardamos lo justo en salir otra vez de casa, los dos nos conformamos con ponernos los zapatos y con asegurarnos de que llevábamos los documentos necesarios.

En la comisaría fueron corteses y escépticos con nosotros. Nos recibió un agente y una mujer que se identificó como inspectora de los servicios sociales. Michael estaba bien, le habían saturado la herida y gracias al alcohol que corría por sus venas no había hecho falta anestesiarle. Estaba esperándoles en uno de los despachos y no estaba detenido pero su situación había hecho saltar las alarmas.

—¿Qué situación? —Jimena se puso a la defensiva.

La trabajadora social abrió una carpeta marrón antes de contestarle.

—Nos consta que ayer por la madrugada falleció la madre de Michael, en cuanto ha llegado a comisaría hemos procesado sus datos, y que usted consta como tutora legal actual.

—Soy su hermana. —Pasé una mano por sus hombros, quería que supiera que estaba a su lado.

—Hermanastra y con un permiso de trabajo temporal en Estados Unidos.

—¿Qué está insinuando?

Ví que la otra mujer arrugaba el ceño y opté por intervenir, sabía que Jimena era capaz de defenderse sola, pero había tenido un día horrible y no quería que la tristeza o el cansancio le jugasen una mala pasada.

—La señora Ringer no está insinuando nada, solo está repasando los hechos. Conociendo a Justin tu permiso de trabajo es impecable.

—Su pareja tiene razón, señorita, solo estoy repasando los hechos. En los casos donde hay involucrado un menor tenemos que ser especialmente cautos. Estoy segura de que lo entiende.

—Sí, por supuesto. —Se tranquilizó y con una mano buscó la mía—. Es solo que Michael ha tenido un día muy difícil y como seguro que se ha dado cuenta todos estamos muy cansados y alterados. Estoy preocupada por él.

—Ninguno de los implicados en la pelea presentará cargos, me imagino que son conscientes de que todos saldrían perdiendo —nos explicó la señora Ringer ya en otro tono—, pero el propietario del bar tiene que hacerlo. Si no presentan una denuncia la compañía aseguradora se niega a pagarles. Habrá una investigación, pero dudo que lleguen a ir a juicio, este tipo de casos suelen pactarse antes. En el peor de los casos Michael tendrá que hacer un mes o dos de servicios sociales; ayudar en una biblioteca, ir a visitar a ancianos, cosas así.

—¿Podemos verlo y llevárnoslo a casa?

—Dentro de unos minutos. —Cerró la carpeta y nos miró con absoluta seriedad—. Cuando la policía ha traído a Michael a la comisaría y nos han llamado hemos tardado un rato en encontrar información sobre usted y sobre la guarda que estableció la difunta. Los primeros parientes que hemos encontrado han sido los padres de esta, el señor y la señora Thompson.

—¿Los padres de Christina están vivos? —Ni Jimena ni yo conseguimos ocultar nuestra sorpresa.

—Efectivamente, y me temo que no tardarán en hacérselo saber en persona.

—¿Qué?! ¿Por qué?! —Jimena se levantó de la silla donde estaba.

—Lamento mucho haberle comunicado así la noticia, nuestro procedimiento no ha sido lo escrupuloso que debería. La última voluntad de la señora Christina Thompson es la que prevalece y usted, como bien ha señalado antes, es la hermanastra de Michael, pero tras haber tenido el placer de hablar con el reverendo, mi consejo es que se prepare.

—¿Reverendo? —Pregunté incapaz de asimilar tanta información de golpe.

—Sí, el padre de Christina Thompson es uno de los predicadores más famosos de nuestro país, aunque yo nunca he seguido estas cosas. Jeremiah

Thompson tiene su propio canal de televisión y una iglesia en Texas que llena todos los domingos, sus sermones y discursos como predicador son, digamos, inconfundibles.

—¿El padre de Christina es un predicador?

—Así es.

La señora Ringer nos entregó una tarjeta.

—Creo que muy pronto van a necesitar ponerse en contacto conmigo.

Jimena no podía hablar, creo que esa conversación la llevó al límite y que su cerebro decidió desconectarse un rato. La cogió de la mano, la tenía helada, y la giré hacia mí para abrazarla.

—Gracias, señora Ringer. —Guardé la tarjeta—. ¿Podemos llevarnos a Michael?

—Sí, solo tienen que rellenar el papeleo, ya saben, temas burocráticos. Hable con Michael, si vuelve a meterse en un lío no lo tendrá tan fácil y podría causarles problemas. Alguien podría alegar que usted y Jimena no están capacitados para cuidar de un adolescente, ¿me explico?

—Alto y claro. Se lo agradezco.

Las ganas que tenía de gritar y de sermonear a Michael por el susto que le había dado a su hermana y por el lío en que acababa de meternos se desvanecieron en cuanto le vi esperándonos en esa silla de la comisaría. Tenía los ojos inyectados en sangre de haber llorado, aunque seguro que él lo negaría, estaba sucio, apestaba a alcohol barato, tenía la ropa hecha girones y una herida mal cosida en la frente cuya cicatriz le quedaría de por vida. Opté por ayudarlo a levantarse y por sujetarle por el hombro en un semiabrazo, el único que supuse que estaba dispuesto a permitir.

—Vámonos de aquí, chaval.

No rechistó cuando le metimos en el taxi ni cuando Jimena le acompañó al piso de arriba para instalarle en su habitación. Yo esperé abajo, pensé que necesitaban estar solos, y apenas oí la voz de Jimena. Ella también había llegado a la conclusión de que sería inútil recriminarle nada en aquel estado.

Oí las puertas de los armarios y después el ruido del agua del baño, al menos Michael sabía que no podía meterse en la cama apestando.

Esperé frente a la escalera a que Jimena bajara, estaba tan cansada y parecía tan triste que me entraron ganas de gritarle a Michael que lo mínimo que podría haber hecho habría sido abrazarla, ni siquiera la había mirado. La abracé yo y le di un beso.

—Vamos, tienes que meterte en la cama y descansar.

—Gracias por estar conmigo, por estar.

Mi corazón estaba perdido, tenía que encontrar el valor para decirle lo que me estaba pasando o encontrar la manera de detenerlo. Como si eso hubiese sido posible.

La llevé al dormitorio, aparté la sábana y esperé a que se sentase en la cama. Fui al baño y me cambié allí, cuando volví a mi habitación Jimena ya llevaba el pijama y se había tumbado. Me coloqué a su lado y la abracé y cuando la oí soltar el aliento pensé que no lo estaba haciendo tan mal.

—Seguro que no te imaginabas esto cuando aceptaste alquilar esta habitación.

Creía que estaba dormida y me habló tan bajito que tardé en entender lo que me estaba diciendo.

—Jamás me habría imaginado nada de todo esto, Jimena.

Volvió a suspirar y me colocó una mano en el pecho.

—Si quisieras irte, yo no te culparía.

Se me hizo un nudo en la garganta, tenía que entender que Jimena estaba preocupada y que nada de lo que me estaba diciendo iba dirigido a herirme.

—Tú tal vez no, pero yo sí. Estaría cometiendo el peor error de mi vida. No me iré a ninguna parte.

—No se me da bien confiar en la gente correcta, Víctor. Tengo miedo de volver a equivocarme y sé... sé que ha pasado poco tiempo, pero no creo que pudiera recuperarme si me equivoco contigo.

—Solo tienes que acertar una vez para cambiar esa teoría y va a ser esta. Dijimos que nada de compararnos con nuestro pasado, ¿recuerdas? A mí se me da muy mal confiar en mis sentimientos, joder, si ni siquiera sé reconocerlos,

pero contigo sé que es distinto.

—Una vez basta para cambiar una teoría, ¿no? Si tú eres mi vez yo puedo ser la tuya.

—Exacto. Duerme un poco.

—Antes bésame. Haría cualquier cosa por tus besos.

—Lo mismo digo.

# 11

## Mayo

A pesar de la advertencia de la señora Ringer, los abuelos maternos de Michael no aparecieron y Jimena no recibió ninguna clase de requerimiento legal que pusiera en duda la tutela de su hermano. Michael se instaló definitivamente a vivir con nosotros, él ocupaba la antigua habitación de Jimena, y ella se había mudado definitivamente a la mía. Había un baño en cada piso y seguimos el mismo criterio. La cocina era el espacio donde yo más a menudo coincidía con Michael y puedo afirmar que en esa época aún no nos habíamos hecho amigos, aunque al menos ya no me asesinaba con la mirada siempre que me veía.

Tras unos días, los necesarios para que se recuperara un poco de la pérdida de su madre y desaparecieran los moratones del rostro, Michael volvió al instituto; no estaba lejos del Meatpacking y Jimena caminaba con él hasta allí cada mañana. Jimena también fue a presentarse a los profesores y al director y les pidió que la llamasen si sucedía algo y que tuvieran algo de paciencia con él. Estaba abrumada; cuando estábamos solos en nuestra habitación, no paraba de decir que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo y que todo aquello le venía muy grande.

—Solo tengo veintisiete años, Víctor, ¿qué se yo de educar a un adolescente? Ni siquiera he tenido nunca una mascota y siempre se me han muerto todas las plantas. ¿En qué estaba pensando Christina cuando firmó esos papeles?

—En que eras lo mejor que podía pasarle a su hijo. Tranquila, lo estás haciendo muy bien. Michael no es un hámster ni tampoco un ficus.

—Solo mantengo algo de cordura porque tú estás aquí. —Se dejó caer en la

cama, yo estaba de pie quitándome la camisa—. ¡Y todavía no nos hemos acostado!

Sonreí, lo hice porque me excité tan rápido que algo tenía que hacer para disimularlo.

—Explícame qué razonamiento ha seguido tu cerebro para pasar de tu falta de mascota y plantas muertas al sexo entre tú y yo.

—¡Es que todo esto es demencial! ¿Por qué sigues aquí? ¿Por qué no te has largado? Es obvio que vives con un adolescente que no te habla y con una desquiciada con la que aún no has echado un polvo. ¿Eres un asesino a sueldo y me estás utilizando de tapadera?

—Exacto, me has pillado.

—Ya decía yo que eras demasiado sexi para ser una rata de laboratorio.

—¡¿Rata de laboratorio?! —Me reí—. Duérmete ya, estás diciendo tonterías. Yo voy a ducharme.

Y a resolver cierto problema, pensé. Resistirme a Jimena cuando estaba triste no era difícil —solo hay un adjetivo para describir a los hombres que no respetan eso—, pero resistirme a ella cuando bromeaba conmigo era imposible, así que tenía que hacer algo antes de meterme en la cama.

Puse en marcha el agua fría y me metí sin pensarlo. Apoyé las manos en la pared y agaché la cabeza para que el chorro me golpease la nuca. La tensión no solo se había acumulado en lo alto de mi columna vertebral, se había instalado a vivir allí para siempre. Inhalé y exhalé, recurrí a las pocas técnicas de relajación que conocía y que podía llevar a cabo en ese momento, tal vez por eso no oí que se abría la puerta del baño.

—Vas a volver a San Francisco o a España. Es eso, ¿no?

Levanté la cabeza tan rápido que se me metió agua en los ojos y en la boca antes de que pudiera girarme y encontrar a Jimena allí en la ducha conmigo. Vestida. En pijama. En un pijama que se le estaba pegando al cuerpo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —No lograba entender nada.

—No podía dormir.

—¿Y has decidido meterte vestida en la ducha?

Era una tontería, pero me sentí mucho más desnudo de lo que estaba y estaba



tan aturdido por lo que estaba pasando —y porque el pijama de Jimena ya trasparenteaba— que no atiné a cerrar el grifo y los dos seguíamos quedando empapados. Iba a apartar la cortina y a coger una toalla, eso sí lo pensé, pero entonces Jimena se quitó la parte de arriba por la cabeza y se bajó los pantalones.

Ninguna neurona consiguió sobrevivir.

—¿Vas a irte? ¿Por eso no quieres que... hagamos el amor?

Tiré de ella y le puse la mano en mi erección.

—Pues claro que quiero y no, no voy a irme a ninguna parte.

Jimena se lamió el labio inferior y a mí me temblaron las piernas. No dijo nada, me apretó con fuerza y movió despacio la mano. La caricia era increíble, aunque lo que estuvo a punto de llevarme al borde de la locura fueron sus ojos. Me miraba fascinada, no solo como si quisiera devorarme —algo que le permitiría con gusto—, sino como si nunca hubiese visto algo igual. Y no me refiero al sexo —nunca he sido la clase de hombre que necesita que sus parejas tengan menos experiencia sexual que él o ninguna (que conste aquí que me parece una actitud muy neandertal)—, me refiero a que cada vez que estábamos juntos me miraba como si no pudiera creerse que estuviera allí con ella. Si algún día llegaba a tropezarme con el desgraciado que la había convencido de que era fácil de dejar atrás, de abandonar...

—Víctor.

Mi nombre a media respiración... y fui incapaz de seguir sujetando el peso de mi cabeza. La eché hacia atrás y gemí. Volvió a acariciarme, me lamió el cuello y me mordió en el pectoral. Intenté recordar por qué habíamos esperado, por qué aún no habíamos hecho el amor o follado en todas las posturas posibles. Entonces me acordé de lo que había pasado durante los últimos días, de todas las lágrimas y de todo el estrés por la muerte de Christina y por Michael, y coloqué una mano encima de la de ella para detenerla. El sexo es un remedio mundialmente conocido para relajarse y para olvidar las penas, y es una de sus funciones más maravillosas, no seré yo quien lo niegue. Pero no quería que nosotros sucediéramos por primera vez de esa manera.

—Jimena, no.

—¿Cómo que no? —Me preguntó confusa y sin dejar de lamerme y besarme la clavícula que me había roto meses atrás.

—Tú pon las manos aquí. —Las coloqué en mis hombros—. Y deja que yo haga el resto.

Tardó unos segundos en entender lo que le estaba sugiriendo y la sonrisa que le iluminó el rostro casi acaba conmigo. ¿Pero qué digo?, acabó conmigo. Me fallaron las piernas y suerte que ya tenía intención de arrodillarme, porque sus ojos me remataron.

No sabía qué coño me pasaba con Jimena, bastaba con que me mirase o con que me acariciase de la manera más inocente para que se me nublase la mente y para que en lo único que pudiese pensar fuese en tocarla, besarla y grabar en su cuerpo esas reacciones para que siempre se acordase de mí y me necesitase. Como yo la necesitaba a ella. Le separé las piernas, no pude creerme lo que le temblaban, quizá le sucediera lo mismo que a mí. El agua que nos caía encima seguía estando fría y ninguno de los dos intentó pararla o subirle la temperatura. Yo estaba seguro de que mi espalda y mis hombros desprendían vapor.

Iba a ir despacio, quería seducirla, no dejar ni un centímetro sin saborear, esperaba a que Jimena tuviese la mente completamente en blanco a llegar al final. No aumentaría la intensidad de los movimientos de mi lengua y de mis labios hasta que ella no pensase en nada más que en mí y en el placer que sentíamos juntos. Todo eso lo pensé, quizá incluso fui capaz de llevarlo a cabo durante unos segundos —mi ego necesita creerlo—, pero entonces Jimena subió una mano del cuello a mi rostro y me acarició la mejilla mientras suspiraba mi nombre.

Enloquecí, empecé a correrme antes que ella, mi boca encontró lo que necesitaba y la besé, lamí, mordí hasta que el orgasmo le tensó la espalda y hundió los dedos en mi pelo para que no me apartara. Sonreí. La abracé cuando terminó, y me quedé allí rodeándole la cintura con los brazos, depositando besos en su estómago y en las piernas mientras ella pasaba los dedos por mi pelo.

—¿Qué voy a hacer contigo, Víctor?

Dejé un beso en su obliquo y me levanté.

—Piénsatelo.

Moví el grifo hasta dar con la temperatura justa y tiré de Jimena hasta ponerla debajo del agua conmigo. Nos duchamos, yo le enjaboné el pelo a pesar de sus quejas y ella me frotó —y mordió— la espalda. Se puso de puntillas para besarme antes de cerrar el agua y salimos para ponernos el pijama y dejar ese día a nuestras espaldas.

Dormir con Jimena a mi lado cambió las cosas. A mí, más que a nada.

Nos habría ayudado que todo siguiera así durante un tiempo, pero no. Fue como si estuviéramos jugando al Jenga y la torre de piezas de madera que habíamos estado construyendo con torpeza —principalmente mía— y muchas inseguridades —probablemente de los dos— empezase a temblar, hasta que alguien tiró del bloque definitivo.

Recuerdo aquel día, había sido un día de mierda, y salí del trabajo más tarde de lo habitual. Harver llevaba semanas soplándome en la nuca y me llamaba a mí (o a cualquier miembro de mi equipo si no lograba localizarme), para insistir en que el proyecto Nykia —que, explicado así por encima (porque no tiene mucha importancia para nuestra historia), giraba en torno a una aplicación hasta ahora desconocida de las células madre para hacer desaparecer las arrugas—. Harver le había puesto aquel nombre porque, según él, significaba «edad» en griego, aunque estoy convencido de que lo escribía mal. Nykia no avanzaba lo rápido que él quería y no estábamos obteniendo los resultados que buscaban (básicamente la junta de dirección se negaba a creer que lo que nos pedían era imposible). Teller solía parar los ataques de su cuñado, pero esa vez ni él había podido evitarlos, porque el comité directivo estaba de parte de Harver, que había conseguido hacerles creer que, con aquel «descubrimiento» —que en realidad todavía no se había podido comprobar—, la delegación de Nueva York sería de nuevo rentable —muy rentable— y la empresa tendría en sus manos una patente milagrosa capaz de hacerles ganar

millones.

Me había pasado la tarde al teléfono intentando explicarle que no podíamos hacer las pruebas más rápido ni modificar los resultados de ninguna manera y el muy imbécil había insinuado que tal vez podríamos arreglarlos un poco y después él ya se encargaría de suavizar las cosas con la comisión estatal para obtener los correspondientes permisos... Le colgué, no tenía la menor intención de participar en esa clase de conversación. Salí cansado y cabreado del edificio y, al llegar a la calle, vi a un tipo peculiar en la esquina. Normalmente no solía fijarme en esas cosas, pero, desde que Michael vivía con nosotros, prestaba más atención a los desconocidos; no quería que el hermano de Jimena volviese a desaparecer y sabía, porque ella me lo había contado, que en el instituto se juntaba con un grupo bastante imponente. Jimena había optado por no criticarlos, decía que el chico ya había pasado por demasiadas cosas y que teníamos que darle algo de margen. Yo no lo veía tan claro. Disimulé, saqué el móvil del bolsillo y fingí que escribía un mensaje cuando en realidad sacaba una fotografía a ese tipo. Él a mí también me fotografió, no tenía ninguna duda, y decidí dejarme de tonterías y acercarme a él. No tenía ningún reparo en enfrentarme a un matón escuálido y la calle estaba aún muy transitada. Crucé la calle mientras el semáforo aún estaba rojo, no quería darle tiempo de reaccionar; sin embargo, en cuanto me vio, se montó en la parte de atrás de una motocicleta que lo estaba esperando y se largó.

Mierda. Ya volvería a pillarlo, tenía la fotografía y, si volvía a verlo merodeando por allí o cerca de casa, se la mandaría a la señora Ringer o le pediría que me pusiera en contacto con la policía. Exceptuando a mi sobrina Valeria, los niños no solían generarme mucho interés y a los adolescentes prefería evitarlos (todavía recordaba haber sido uno), pero a Michael quería entenderlo y, aunque suene anticuado, protegerlo. Supuse que esa clase de reacción se debía a su parentesco con Jimena y a mi relación con ella, pero reducirlo a eso sería quedarse corto. El chico era listo, intentaba disimularlo, eso sí, y si hay algo que consiga despertarme curiosidad es una persona inteligente. Quizá Jimena tuviera razón y teníamos que confiar en él, lo primero que haría al llegar a casa sería enseñarle la fotografía y preguntarle si

reconocía al tipo.

Cuando llegué encontré a Jimena sentada en el sofá estrujando un papel entre las manos. Michael estaba en su cuarto, podía oír sus pasos, y había algo en el ambiente —el modo en que una silla estaba apartada de la mesa del comedor, un plato de comida medio vacío— que me indicó que algo había ido muy mal.

—Hola. —Me senté a su lado y le puse una mano en la rodilla, la habría abrazado, pero estaba tan tensa que tuve miedo de hacerle daño—. ¿Qué ha pasado?

Sacudió la cabeza.

—No sé si contártelo.

Allí estaba de nuevo, el miedo de Jimena a confiar... a confiar en mí. Había momentos que pensaba que tal vez, si yo era valiente, si yo le decía lo que sentía, ella también lo sería; pero entonces recordaba el desastre que había sido mi vida durante los últimos dos años y el fiasco de Cande y me daba cuenta de que el problema era yo. No comparaba a Jimena con Cande, sabía que era imposible, ellas no solo eran dos personas distintas, sino que el efecto que Jimena me producía estaba a años luz, a universos de distancia, del que jamás me había producido Cande.

—¿Por qué? —Estaba dolido y temía lo que fuera a responderme.

—Porque solo te cuento problemas, Víctor. Y entonces, cuando tú te portas como el chico perfecto y te quedas a mi lado y me escuchas o me das el orgasmo de mi vida en la ducha, no puedo evitar preguntarme por qué lo haces.

—Eso es fácil. Lo hago porque... —«¡Vamos, díselo!»—. Porque quiero, porque estar contigo es lo mejor que me ha pasado nunca. —Le acaricié la mejilla—. No te imaginas lo idiota que me siento por no haberme dado cuenta antes, cuando estábamos en Haro. Entonces todo habría sido muy distinto.

—Quién sabe, quizá ahora no estarías aquí.

Se me hizo un nudo en el estómago al plantearme esa posibilidad.

—Es imposible. No se me ocurre ningún motivo por el que no estar aquí ahora. Contigo.

Soltó el aire y bajó la vista hasta la misteriosa hoja de papel.

—Es una carta de un abogado, de un prestigioso bufete de abogados, para ser exactos. Representan a los padres de Christina, el reverendo Jeremiah Thompson y a su esposa, la señora Rosamund Thompson. Me comunica, tal como le obliga la ley, que van a solicitar la anulación de... Dicen que no soy una persona apta para ser la tutora legal de Michael.

Me hirvió la sangre.

—Déjame ver eso.

Tenía la mano helada cuando me dio el papel. Lo leí, esquivé la jerga legal y me centré en el último párrafo donde, efectivamente, decía que iban a luchar por obtener la potestad sobre su único nieto, Michael. Empecé a repasar lo que podíamos hacer, cómo podía yo ayudarlos. Protegerlos. En los pocos días que habían pasado desde la muerte de Christina y a pesar de los problemas que habíamos tenido, había sido testigo de cómo Michael iba abriéndose a su hermana mayor y, a esas alturas, creo que podría decir que incluso la admiraba (podía entender al chico perfectamente, era imposible no enamorarse de Jimena). No iba a permitir que los separasen.

—He llamado a la señora Ringer —explicó Jimena mientras yo seguía trazando planes como un engréido, como si mi papel fuese el más importante.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que les resultará difícil impugnar la decisión de Christina, que ella lo dejó todo atado y bien atado. Michael y yo nos hicimos un test genético para que quedase claro que éramos hermanos y ella cumplió con todos los requisitos y trámites legales del Estado, incluso fuimos a un notario cuando aún estaba bien.

—Entonces, ¿por qué pareces tan triste? Será engorroso, eso seguro, y me imagino que incluso desagradable, pero saldremos de esta, ya lo verás.

—La señora Ringer me ha dicho que, a pesar de todo, existe la posibilidad de que me quiten a Michael; es remota, pero existe. Para lograrlo, los Thompson tendrían que demostrar que no estoy capacitada.

—Pues no van a lograrlo.

—Eso espero. —Se giró y me miró con unos ojos tan tristes, si hubiese tenido a ese reverendo delante, le habría estrangulado—. Pero en las otras

ocasiones en las que he creído ser feliz las cosas siempre me han salido mal. Muy mal. Y nunca lo había sido tanto como ahora, así que...

La levanté en brazos y la senté en mi regazo, había perdido peso esos días y tenía las ojeras marcadas, estaba preocupado por ella, pero en aquel instante lo único que me gritaba el alma era que la abrazase y la quisiera, que le recordase lo invencibles que éramos juntos.

Nos besamos y después Jimena apoyó la cabeza encima de mi corazón, que también le pertenecía. Entonces caí en la cuenta de que no sabía por qué la silla estaba apartada —¿quizá Michael se había enfadado con ella?—. Aquellos días discutían menos que antes, pero era innegable que todos estábamos tensos y que no era una situación fácil para ninguno. Empezaba a pasarnos factura.

Tampoco conocía los detalles de la conversación entre la señora Ringer y Jimena y comprendí con pesar que yo no podía llamar a servicios sociales y pedirle a Ringer o a quien fuera que me pusieran al corriente. En lo que a Jimena se refería, legalmente no éramos nada... Pero eso podía esperar, a juzgar por lo rápido que ella se había quedado dormida encima de mí era evidente que ninguno de los dos podíamos lidiar con más preguntas esa noche.

Me puse en pie con Jimena en brazos, su pérdida de peso me preocupó más que antes y me prometí que buscaría la manera de convencerla para que nos fuéramos de allí unos días y hacer todo lo posible para que descansase y se recuperase. Quería estar a solas con ella, solos ella y yo —y no me refería a estar sin Michael; me refería a los problemas y a la tristeza que parecía haberse instalado dentro de ella—. Quería hacerla sonreír.

La mañana siguiente me desperté con los besos de Jimena buscando el lugar de mi cuerpo más fácil de hacerme enloquecer. La respuesta, si era ella la que lo buscaba, era fácil: cualquiera. Me había vuelto completamente adicto al tacto de su piel y a los ruidos que hacía cuando nos besábamos. Ver su melena esparcida encima de mí me nublaba la mente y abrí los ojos para pasar los dedos por su cabello suave y tirar de él hacia mí.

—Ven aquí.

Estaba demasiado excitado para pensar y mi cuerpo se sentía tan bien con el

de ella desnudo encima que creía estar soñando.

—No puedo esperar más, Víctor. No quiero.

Volvió a besarme, me separó los labios con la lengua y con una mano buscó mi erección. Puse las manos en su cintura decidido a acabar con ese tormento. Yo tampoco quería esperar más y no tenía sentido que los dos siguiéramos torturándonos de esa manera.

—Yo tampoco. —Dejé que tomara las riendas, yo no era capaz. Me correría en cuanto entrase en ella y, si quería tener la menor posibilidad de durar algo más que cinco minutos, tenía que ser Jimena la que se ocupase de eliminar esos últimos centímetros—. Joder, cariño, hace semanas que no pienso en otra cosa. Necesito...

—¿Mina, vas a tardar mucho? —La voz de Michael nos interrumpió y juro que tuve que contar hasta diez en mi cabeza para no insultarle y exigirle a gritos que se fuera de allí.

—Mierda —susurró Jimena deteniéndose—. No, solo tardaré unos minutos.

—Date prisa —insistió su hermano—, por tu culpa tenemos reunión con mi tutor. No sé por qué has insistido tanto en hablar con él, te dije que no hacía falta. No tengo cuatro años.

—Lo sé. Solo quiero conocerlo, te prometo que no te avergonzaré.

—Eso lo dices siempre y nunca lo cumples. ¡Date prisa y sal de una vez! Cuanto antes lleguemos, antes terminará todo esto.

Pues sí.

—Dame cinco minutos —le pidió Jimena.

—Siete —le supliqué yo a ella y me besó mientras los dos oímos refunfuñar a Michael. Creo que dijo que sabía perfectamente qué estábamos haciendo y que hiciéramos el favor de espabilar.

—¡Enseguida salgo! —insistió Jimena mientras yo tiraba de ella hacia mí—. Tómate algo para desayunar y prepara tus cosas.

Michael por fin se alejó y miré a Jimena. Se me aceleró el pulso y durante un segundo me pregunté si no sería mejor que me apartase. Con el tiempo que llevaba soñando con ese momento no iba a conformarme con un polvo de siete minutos (aunque intuía que le bastarían para aniquilarme). Pero entonces noté



que ella temblaba y que le brillaban los ojos igual que a mí. Ninguno de los dos podíamos echarnos atrás y dejar aquello a medias. Teníamos que hacer algo o no serviríamos para nada durante el resto del día.

—Lo siento —me dijo Jimena besándome y moviéndose encima de mí—. No puedo parar.

—No lo sientas y no pares. Haz conmigo lo que necesites.

El beso se volvió erótico, hambriento, húmedo, y con la lengua le pedí lo que no tenía tiempo de pedirle de otra manera. Jimena separó las piernas y, cuando noté la humedad de su sexo en mi erección, hundí las manos en su cintura y empecé a moverla, aunque ella al final marcó el ritmo, uno destinado a matarme. Se inclinó hacia mí, sus pechos rozaron mi torso una y otra vez; una y otra vez. Entonces interrumpió el beso para lamirme el cuello, parecía tener un plan. En el tiempo que llevábamos juntos, había aprendido que había días en los que Jimena necesitaba que la cuidase y que fuese cariñoso y tierno con ella, otros que necesitaba que fuese fuerte y autoritario, y otros en los que ella quería y necesitaba sentirse así. Yo estaba comprendiendo que no podía resistirme a ninguna de esas facetas y que quería verlas todas y dárselas todas, así que cerré los ojos cuando noté que me lamía el cuello y que llegaba hasta la oreja para mordérmela y después besarla. Y después, como si a mí me quedase algo de autocontrol, susurró:

—Víctor... yo nunca... nunca había estado así... No puedo...

Abrí los párpados, comprendí lo que estaba pasando, ninguno de los dos queríamos hacer el amor por primera vez a toda prisa, pero el deseo se había convertido en algo doloroso, no podíamos controlarlo y nuestros cuerpos nos pedían más del otro. Teníamos que encontrar una solución y ella había decidido dejarlo en mis manos. Levanté las caderas para que la fricción fuese más intensa, ella hundió la cabeza en mi hombro, temblaba cuando me pidió que me corriera y yo perdí el sentido. La habitación entera desapareció de mi alrededor y sujeté a Jimena encima de mí con todas mis fuerzas mientras temblaba y pronunciaba mi nombre contra mi piel, mordéndome al final para no gritar. No recordaba la última vez que me había corrido haciendo algo así (supongo que de adolescente con la primera chica con la que salí) y, a pesar

de que habría matado por pasarme la mañana en la cama haciendo por fin el amor con Jimena, follando de todas las maneras imaginables, lo que acabábamos de hacer era más erótico y más satisfactorio que todos los polvos anteriores de mi vida.

Ella fue la primera en saltar de la cama, me besó con la boca cerrada antes de entrar en el baño y ese gesto tan tierno, que contrastaba tanto con la lujuria de segundos antes, me erizó la piel de todo el cuerpo. Por suerte yo podía llegar tarde al trabajo, porque dudo que aun queriendo hubiese podido levantarme. Había perdido el uso de las piernas en mitad del orgasmo y todavía no lo había recuperado.

# 12

No tendría que haber salido de la cama y tendría que haber retenido a Jimena allí conmigo, tal vez así habría conseguido protegernos de todo. Me había pasado la mañana en el laboratorio repitiendo las últimas pruebas del proyecto Nykia, porque sabía que Harver no iba a darme tregua en sus próximos correos, cuando me sonó el móvil y en la pantalla vi el nombre de Owen. No hablábamos desde que me había mudado y descolgué ansioso porque me distrajera un rato.

—¡Owen, qué sorpresa!

—Hola, Víctor, ¿qué tal te van las cosas? Me enteré de que habías tenido un accidente y tendría que haberte llamado, pero tío, desde que te fuiste esto es un jodido caos y no doy abasto. Por tu culpa me ascendieron.

—Lo siento —me reí—. Y no te preocupes por no haberme llamado. Me acuerdo de que, el año pasado, tardaste semanas en felicitar a Lupe por haberse casado y eso que trajo pastel al trabajo. ¡Casi la felicitas una semana antes de que nazca su primer hijo!

—Sí, soy un desastre, pero he empeorado desde que te largaste.

—¿Y me llamas porque me echas de menos? —bromeé.

—No, aunque ahora mismo no me importaría que estuvieras aquí y poder salir a tomar una cerveza contigo esta tarde y a jugar uno de esos partidos de básquet. Te machacaría, tienes suerte de estar en la otra costa. ¿Qué tal te van las cosas? Aparte del accidente, me refiero.

—Bien, la verdad es que muy bien —me sorprendí contestando porque, si quitaba todo lo accesorio, lo único que importaba era que estaba con Jimena—. ¿Y vosotros? ¿Todo bien?

—Sí, gracias. Libby y yo nos casamos las próximas navidades.

—¡Felicidades! Me alegro mucho por ti.

—Gracias, la verdad es que yo también. Mira, estás invitado a la boda y esas cosas, pero no te llamo por eso.

—Ah, ¿no?

—No. ¿Puedes hablar?

Miré a mi alrededor como en las películas de espías y me sentí como un idiota.

—Claro. ¿Sucede algo?

—Pues sí. Esta mañana me he enterado de que hace días aparecieron unos tíos preguntando por ti, aquí, en la empresa.

—¿Qué clase de tíos y qué preguntaban? —En Estados Unidos el espionaje industrial podía llegar a límites insospechados, aunque tuve el presentimiento de que no iba por ahí.

—No lo sé, yo no los vi. Llevo una semana de locos y prácticamente no he salido del laboratorio, pero te aseguro que no eran *head-hunters*. Nada de eso. Joder, siento no haberme enterado antes, si los hubiese visto te aseguro que te habría llamado de inmediato. Estos tíos no eran del sector, no preguntaron ni una vez tu trabajo.

—¿Sabes qué han preguntado y a quién?

—Por lo que yo sé solo consiguieron hablar con un par de empleados de Administración que no sabían nada de ti, con Tim de I.T, que les tomó el pelo, y con Sunny de mantenimiento. Melissa, ¿te acuerdas de ella, no? ha venido a buscarme hace un rato para ponerme al corriente. Al parecer Melissa va al gimnasio con Sunny y ella se lo ha contado, y a Mel, como buena bióloga celular que es, le ha parecido de lo más raro que esos tipos preguntasen por ti de esa manera. Querían saber si tenías algún secreto por ahí escondido. Según Sunny, le preguntaron si conocía algún detalle truculento de tu vida personal.

—¿Mi vida personal?

Me subió una garra de uñas largas por la espalda.

—Sí, si tenías pareja, si te iba la marcha, si habías tenido algún lío en el trabajo. Ah, y también les han preguntado por eso de España, ¿el chico del año?

—El chico del calendario. Mierda. Joder.

—¿Quién coño son, Víctor? ¿Qué buscan?

—No lo sé, pero voy a averiguarlo. Muchas gracias por avisarme, Owen, te debo una.

—Ni lo menciones. Si vuelven a aparecer por aquí, iré a hablar con ellos, pero dudo que lo hagan. Al parecer a Melissa le pareció raro lo que estaban haciendo, les preguntó quiénes eran y en cuestión de segundos se largaron.

—Dile a Melissa que también le debo una. Quizá tenga que visitar San Francisco pronto, ¿te llamo cuando esté por ahí y salimos a cenar?

—Dalo por hecho. Tengo que volver al trabajo.

—Nos vemos, Owen.

Fui corriendo a recepción y pregunté si había aparecido algún desconocido por allí preguntando por mí y me aseguraron que no. De todos modos, les di instrucciones de que, si alguien lo hacía, le siguiesen la corriente y me avisaran. Fui también al departamento legal, solo consistía en un abogado que se ocupaba de los temas básicos del día a día —en San Francisco tenían una sección más amplia y para el resto Medical recurría a un bufete—, pero me servía para explicarle lo que había sucedido y me aseguró que prepararía un documento interno para recordar a los empleados de Medical que habían firmado un contrato de confidencialidad. Tanto él como yo sabíamos que ese contrato no incluía no hablar de la vida privada de los compañeros, pero me dijo que me sorprendería ver el efecto disuasorio que tenían esas palabras sobre la gran mayoría de las personas. Esperé que fuera cierto, porque tenía un peso en el pecho que apenas me permitía respirar. Todo eso estaba relacionado con Jimena, lo sabía. Y sabía que no iba a poder hacer nada para evitarlo. La impotencia me hizo hervir la sangre y la llamé de inmediato para advertirla, a pesar de que desconocía qué iba a suceder exactamente.

Llamé, llamé y llamé y no me contestó. Iba a llamar a Justin, tenía el dedo encima del contacto, cuando cambié de opinión y busqué el número de Michael. Fue una corazonada y acerté.

—Eh, Víctor, hola —contestó en voz baja—. Jimena está aquí conmigo. Ahora iba a llamarte. ¿Puedes venir a casa, por favor?

Se me anudó la garganta al escuchar cada una de las palabras que utilizó.

—Ahora mismo voy.

Fue la primera vez que hice aquel recorrido en taxi y, si hubiera podido, habría ido incluso volando.

Jimena estaba completamente pálida cuando llegué, las ojeras que había creído ver menos marcadas esa mañana le engullían el rostro y, aunque desprendía mucha fuerza, también parecía estar a punto de romperse. Era como una figurilla de hielo e igual de helada la noté al rodearla con los brazos. Durante unos segundos solo existimos ella y yo; yo ansioso por enfrentarme a quién fuera que intentase hacerle daño, yo sin ningún límite ni posibilidad de dar marcha atrás en lo que a ella se refiriese...

—Gracias por venir tan rápido —dijo al soltarme y, antes de que pudiese decirle que no dijera eso, que habría estado allí antes si lo hubiera sabido, vi a Michael y a Justin. No debería molestarme, debería entender la situación y lo sabía, no era momento de celos, pero no pudo evitar una leve punzada. Jimena buscó mi mano y añadió—: Me entregaron esto en el trabajo —noté entonces el papel que había entre nuestras palmas— y Justin me trajo a casa. No sabía qué hacer, me quedé paralizada en medio de la cocina. Han aceptado la demanda a trámite, Víctor...

Justin tuvo el acierto de mantenerse en silencio mientras yo leía el documento. Por lo que pude entender, los padres de Christina habían interpuesto una demanda para reclamar la guarda y custodia de Michael alegando que Jimena no estaba cualificada para ello, tal y como nos había anunciado su abogado, y esa era la comunicación oficial del juzgado diciéndonos que había sido aceptada a trámite basándose «en fuertes indicios que señalaban las limitaciones de la demandada para ejercer de tutora del menor».

—¿Qué significa esto, qué limitaciones? —Nunca había estado tan furioso.

—No lo sabemos —dijo Justin e intenté que mi ira no creciese con el plural—. He llamado a mi abogado y nos ha recomendado que nos pusiéramos en contacto con Olga Zakarova, una compañera suya experta en derecho familiar. Vendrá esta tarde a hablar con Mina y con Michael.

Yo no podía ofrecerle esa clase de ayuda a Jimena, así que me tragué el

orgullo y le di las gracias.

—He hablado con la señora Ringer, dice que podría haber sido todo mucho peor y que, si actuamos con cabeza, todo saldrá bien. Al parecer el reverendo intentó convencer a los de servicios sociales de que se llevasen a Michael de aquí a una casa de acogida a la espera del juicio, pero no lo ha conseguido.

Me mordí la lengua, pero el insulto que estaba pensando salió de la boca de Michael y no le reñí.

—¿Tú habías visto alguna vez a tus abuelos? —le pregunto.

—No. —Tiene los brazos cruzados, probablemente para contener las ganas de pegar a alguien—. Mamá me habló de ellos cuando me hice mayor. Me explicó quiénes eran y que vivían en Texas, en un pueblo cerca de Dallas. Nunca le perdonaron que estuviera con mi padre, la repudiaron, creo que me dijo esa palabra.

No se lo había contado a Jimena, pero una noche no podía dormir y la dejé en la cama para ir a la cocina a beber agua y llamar a Tori, charlar con mi hermana logró que dejase de pensar en ciertas cosas (como por ejemplo en lo mucho que me estaba costando mantener algo de distancia cuando Jimena me abrazaba dormida), pero me obligó a pensar en otras y, tras colgar, busqué en Youtube al reverendo Jeremiah. No sabía qué le habría dicho a su hija años atrás, pero, solo de imaginármelo, me entraban ganas de sacudirlo. Aquel tipo era un fanático. No iba a permitir que Michael creciera con un hombre que, seguramente, se pasaría el día atacando el recuerdo de la madre del chico.

—Entonces, deduzco que no quieres ir con ellos, ¿no es así?

—Antes me largo del país.

—No hará falta, te lo aseguro. —Le miré a los ojos—. Hablaremos con la abogada y haremos todo lo necesario para evitarlo. ¿De acuerdo?

Michael asintió, agradecido pero también asustado, lo podía ver en sus ojos.

A Justin le sonó el teléfono, habló unos segundos y después fue a despedirse de Jimena con un abrazo y le estrechó la mano a Michael como si fuese un adulto y, sin duda, ganó unos cuantos puntos. Cuando se dirigió a mí, hablamos mientras lo acompañaba a la puerta. Le agradecí sinceramente su ayuda y le prometí, porque él me lo pidió, aunque lo habría hecho de todas formas, que lo

llamaría en cuanto hubiésemos concluido la reunión con la abogada.

Michael le preguntó a Jimena si podía ir un rato casa de un amigo que vivía bastante cerca de allí y ella aceptó con la condición de que estuviera allí para la cita con la letrada. Si era tan buena como Justin decía, tenían que convencerla para que llevase su caso y seguro que querría hablar con él. Michael asintió a regañadientes y en cuanto el chico cruzó la puerta, Jimena buscó el móvil y mandó un mensaje a la madre de su amigo para que la avisase en cuanto llegase a su casa. Se fiaba de él, claro, pero, tal como estaban las cosas, prefería ser cauta. Después nos quedamos en silencio.

Aunque a esas alturas ya tendría que haber estado acostumbrado, me dolía no saber qué hacer. Cuando no sabía resolver un problema en el laboratorio, hacía pruebas hasta dar con una solución. Cuando en las bodegas de Haro un vino no salía como habíamos esperado, volvíamos a empezar y repetíamos el proceso entero con más cuidado. Pero aquel día, allí de pie, comprendí que no sabía qué hacer y que necesitaba que Jimena me dijera qué necesitaba de mí. Fuera lo que fuese, se lo daría.

Lanzó el móvil sobre el sofá y se soltó el pelo, me hipnotizó el modo en que los mechones cayeron sobre su espalda. No me di cuenta de que se había acercado a mí hasta que me puso las manos en el pecho y me empujó hacia la puerta.

—¿Qué estás haciendo, Jimena? —El modo en que me miraba me secó la garganta.

—Te necesito, Víctor.

Se puso de puntillas y sus labios se apoderaron de los míos. Su lengua no me dio tregua y, con manos tan aceleradas como los latidos de mi corazón, tiró de mi jersey hacia arriba. Cuando noté sus dedos acariciándome los abdominales, me estremecí. Su desesperación prendió la mía y estaba tan excitado que, si no me corría pronto, me pondría a suplicarle. Pero aún me quedaba algo de control, porque fui capaz de preguntarle:

—¿Estás segura?

—Tú. Ahora. Es lo único que tiene sentido. —La vi tragar saliva y me desabrochó el cinturón y el botón de los pantalones para tocarme—. Lo único



que necesito.

Habría podido resistirme a cualquier frase menos a esa.

Dejé de pensar, lo único que oía dentro de mi cabeza era que Jimena me necesitaba y, si os soy sincero, yo hacía semanas que había superado el nivel «necesitar» y había entrado en el de «o estoy con ella de una vez o me muero». Confieso que a una parte de mí nunca le gustó sentirse así, tan fuera de sí, tan vacío y ansioso porque otra persona, Jimena, me llenase y me diese sentido —lo de perder el control era algo que yo nunca había soportado y que no sabía cómo llevar—, pero en aquel instante mis dudas y reticencias desaparecieron o quedaron atrapadas detrás del deseo y la pasión. Solo sabía que tenía que desnudarla, que tenía que sentir su piel en la mía, besarla, oírla gemir y suspirar, hacer todo lo que fuera necesario para que ella pronunciase mi nombre de esa manera que me hacía perder el sentido.

—De acuerdo —farfullé antes de besarla, al menos en mis besos no cabían esas dudas y estaban repletos de certezas sobre todo lo que le haría sentir en mis brazos.

La levanté del suelo y caminé hasta nuestro dormitorio. Jimena se sujetó de mi cuello y aprovechó para besarlo y morderlo y la noté sonreír cuando se dio cuenta de que se me erizaba la piel tras sus torturas.

—Te gusta hacerme sufrir. —Busqué que mi voz sonase provocativa, aunque lo que salió fue un tono entre serio y excitado.

—Nunca —contestó ella besando la zona que había mordido—, bueno, tal vez un poco —rectificó pasándome las uñas por el estómago.

Describiría lo que salió entonces de mi garganta como un gemido y volví a besarla para ocultarlo. La dejé en el suelo y cerré la puerta. Tras el incidente de esa mañana había instalado un candado y lo eché. No quería correr el riesgo de que Michael nos interrumpiera si por algo llegaba antes de tiempo. Al girarme, Jimena prácticamente se me lanzó encima y empezó a desnudarme.

—Eh, tranquila, más despacio —le pedí al notar lo alterada que estaba.

—No puedo, Víctor. Te necesito.

Buscó mis manos y las colocó sobre sus pechos. Cerré los ojos, más adelante ya me aseguraría de ir despacio, de prometerle que teníamos todo el

tiempo del mundo y de que conmigo no tenía que darse prisa nunca; que no me iría de su lado y no la dejaría irse del mío (bueno, esto último quizá me lo guardaría unos días). La desnudé en segundos sin apartar los labios de los suyos, quería que notase lo que me hacía, los efectos que tenía en mi cuerpo estar cerca de ella y saber que me deseaba tanto. Quería que mis besos y mis caricias le dejaran claro que ninguna mujer había conseguido hacerme sentir así y que no sabía qué hacer con eso, pero que iba a averiguarlo. Quería que mi cuerpo le demostrase que, a pesar del miedo que me daba lo que estaba sintiendo, no podía alejarme de ella.

—Víctor —gimió y hundió los dedos en mis nalgas.

No pensé en nada que no fuese ella, tenía que entrar en su cuerpo en aquel momento. La levanté en brazos y la tumbé en la cama para colocarme encima de ella. Tal vez así consiguiera recuperar cierta calma, pero me equivoqué. La miré a los ojos y tuve que cerrar los míos, porque la emoción que vi en los de Jimena casi me lleva al límite.

—Eres preciosa.

Ella asintió, la vi tragar saliva como si no supiera qué decirme o eligiera guardárselo de momento. No pude reprochárselo porque me acarició la mejilla y subió una pierna hasta colocar el pie en mi espalda. Joder, podía olerla y me daba vueltas la cabeza de todo lo que quería hacerle. Sonrió y se incorporó un poco para darme un beso en los labios. Lo único que pude hacer fue guiar la erección hasta su sexo y...

—Dios —farfullé—, nunca... Joder.

Tuve que apoyar la frente en la de ella, estaba sudado y el corazón me golpeaba las costillas con tanta fuerza que seguro que Jimena podía sentirlo encima del suyo.

—Más —suplicó y casi eyaculo.

Empujé, los dos gemimos y nos besamos. Joder.

—Jimena, cariño. —Tenía que pensar—. Espera.

—¡No!

Volví a besarla, quizá así los dos nos tranquilizásemos un poco.

—Tengo que salir —conseguí pronunciar—. No llevo condón.

Había estado tan desesperado por perderme en ella que ni se me había pasado por la cabeza detenerme. Entrar en Jimena sería para siempre el mejor momento de mi vida, el más glorioso, joder, si incluso habría jurado que había perdido la conciencia durante unos segundos de lo abrumador que había sido. Hasta que me di cuenta de que uno de los motivos por los que nunca había sentido nada igual era porque nunca había estado con nadie sin protección.

Jimena me besó con ternura, gimió y levantó un poco las caderas para unirse más a mí.

—¿Quieres ponértelo?

—Joder, cariño, no te muevas. Tengo que hacerlo —aseguré sin apartarme porque era, y soy, un egoísta en lo que se refería a ella y quería que estuviésemos así, sin nada entre nosotros.

—Yo... yo confío en ti —aseguró dándome besos en la mandíbula—. No he estado con nadie en mucho tiempo. —Más besos y me acarició la espalda y yo empujé un poco más hasta que los dos nos quedamos sin aliento unos segundos—. Tomo la pastilla... por la regla —farfulló sin formar frases enteras—... Nunca lo he hecho sin...

—Yo tampoco. —Aparté una mano de la almohada donde me estaba apoyando para acariciarle el rostro—. ¿Estás segura?

—¿Tú no?

Solo pude pronunciar su nombre antes de volver a besarla y de empujar hasta que noté que mi corazón ya no podía soportar más. Lo que siguió después no puedo compartirlo, supongo que, visto desde fuera, fueron besos, jadeos, caricias, mordiscos, movimientos lentos y rápidos, algunos sincronizados y muchos desesperados. Fue erótico. El cuerpo de Jimena respondió a deseos que yo hasta entonces no me había atrevido a imaginar y el mío se convirtió en un ente enfocado únicamente en darle placer a ella, obsesionado con todas y cada una de las reacciones que conseguía arrancarle.

Fue eso y más, lo fue todo.

Fue cuando comprendí que nunca antes me había enamorado de verdad de nadie, porque siempre la había estado esperando a ella.

Se me detuvo el corazón y me asusté, pensé que sería horrible morir justo

esa tarde tras haber hecho el amor por primera vez, pero entonces toqué el pecho de Jimena, ella se había quedado dormida en mis brazos y, al notar los latidos, suspiré tranquilo. No me importa si os parece una cursilada, pero pensé que me daba igual si el mío había dejado de latir en mi cuerpo si, por un instante, había hecho latir el de Jimena.

VERANO

# 13

## Junio

Faltaban dos semanas para el juicio, lo habíamos estado preparando con Olga, la abogada que nos había recomendado el abogado de Justin, y que había congeniado con Jimena desde el principio. A mí al principio me había parecido algo excéntrica, tengo que reconocerlo, no encajaba con la imagen de abogada agresiva que me venía a la mente cuando pensaba en un juicio de esa clase y que creía que necesitábamos para enfrentarnos al reverendo, pero había cambiado de opinión. No solo la señora Ringer me había asegurado que era de las mejores del país en ese tema, sino que después de escucharla hablar de nuestro caso me había quedado sin argumentos en su contra. Además, a Jimena le gustaba mucho, ¿y quién era yo para opinar lo contrario? Lo más importante era ella y acabar con todo eso lo antes posible y de la manera que esperábamos. Es decir, con Michael en casa y con los Thompson fuera de nuestra vida.

A mí me había citado a declarar el abogado de los padres de Christina. Un mensajero me había entregado la citación en el laboratorio dos días antes y el chico tuvo suerte de que lograra contenerme; matar al mensajero no habría servido de nada excepto para empeorar las cosas. No sabíamos exactamente qué pretendían citándome a mí, estaba claro que yo iba a declarar a favor de Jimena, pero nos habíamos preparado para lo peor. Aun así, esa mañana llamé a Cande, tenía que asegurarme de algo.

Temí que no fuera a contestarme y tengo que reconocer que me sorprendió que lo hiciera tras el primer timbre y que se alegrase tanto de hablar conmigo. Cande siempre me había dicho que no se le daba bien estar enfadada con la gente que quería y pude comprobar que era verdad y que yo aún entraba en esa

categoría. Ni rastro de rencor ni de reproche le tiñó la voz cuando me preguntó cómo estaba y si la llamaba para confirmar que iba a asistir a la boda. Estaba feliz de oír que por fin había entrado en razón, dijo. La interrumpí y le pregunté directamente si alguien le había preguntado por mí. Respondió que no y, acto seguido, su curiosidad tomó el mando. No me sorprendió. Al fin y al cabo, antes de convertirse en escritora, había sido periodista y cotilla muy a su pesar, según reconocía ella misma. Lo que me sorprendió fue que me descubrí contándoselo todo, no solo que unos tipos habían estado preguntando por mí en San Francisco y otros haciéndome fotos en Nueva York, sino también mi relación con Jimena. Fue durante esa conversación cuando finalmente comprendí lo que supuse que Cande sabía desde hacía tiempo: que ella y yo siempre habíamos estado destinados a ser solo amigos, muy buenos amigos.

—A mí nadie me ha preguntado nada y, si hubiese aparecido alguien husmeando por *Gea*, Salvador me lo habría dicho. Pero, Víctor, en realidad no hace falta que pregunten, los vídeos de *Los chicos del calendario* están colgados en Youtube y cualquiera puede acceder a ellos o a los artículos que he escrito sobre ti. Y no te olvides de los libros, apareces en todos y no son difíciles de encontrar precisamente. Lo siento.

—No lo sientas —le dije sincero—, no es culpa tuya. Y lo cierto es que siempre me has dejado demasiado bien.

—¿Tú crees? —se rio y me di cuenta de que había echado de menos su peculiar sentido del humor.

—Sí, estoy seguro.

—Víctor —sonó seria a través del teléfono—, por lo que me has contado, el reverendo ese no es de fiar y lo más probable es que esté recabando información sobre ti y sobre Jimena para utilizarla en el juicio.

—Es lo que creemos. Olga, la abogada de Jimena, asegura que podemos estar tranquilos, que Christina cumplió al pie de la letra con todos los procedimientos legales y que no podrán atacarnos por ahí. Y en cuanto a demostrar que Jimena no está calificada para tener la guarda y custodia de Michael, eso también va a resultarles imposible. Ella es... —carraspeé— perfecta.

—Sí, Víctor, pero sé por experiencia que a veces no basta con eso y que hay personas que se encargan de destrozar esa perfección. Pueden presentar pruebas falsas o pueden haceros quedar a ti y a Jimena como lo que no sois.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero ser gafe, pero tu reverendo me recuerda demasiado al padre de Salvador, así que ten cuidado. ¿Vale?

—Lo tendré. —Se me heló la sangre—. Gracias.

—Te llamaré si me entero de algo, Víctor. Y, si crees que Salvador o yo podemos hacer cualquier cosa para ayudarte, dímelo.

—No necesito que Barver o tú hagáis nada, de verdad. Me basta con que me avises si aparece alguien husmeando por allí. Gracias por cogerme el teléfono y por responder a mis preguntas con tanta sinceridad.

—No digas tonterías, siempre te cogeré el teléfono, incluso si vuelves a pasarte meses sin hablar conmigo como has hecho ahora. Para eso están los amigos. Y en cuanto a lo de que no necesitas nada de nosotros, de acuerdo. Últimamente he cogido algo de práctica en lo que a tratar con hombres testarudos que creen que ellos solos pueden vencer al mundo. Ya me llamarás cuando te haga falta y prometo no restregártelo por la cara. —Mi respuesta no le había hecho ninguna gracia, aunque a mí la suya me hizo sonreír—. ¿Vendréis a la boda, tú y Jimena? Podéis traer a Michael si queréis, mis sobrinas le cuidarán, te lo aseguro.

La imagen que pintaba me gustó más de lo que estaba dispuesto a reconocer tras esa conversación.

—Aún no lo sé, ahora tenemos que centrarnos en el juicio.

—Sí, tienes razón. Llámame y mantenme informada, por favor.

—Lo haré —le prometí antes de colgar, y supe sin ninguna duda que iba a cumplirlo.

Michael estaba muy nervioso y ni Jimena ni yo podíamos culparlo. En apenas un par de años había perdido a su padre, conocido a su hermanastra y había visto morir a su madre tras una larga enfermedad, por no añadir que además



había tenido que mudarse de casa. En realidad, era casi un milagro que el chaval estuviese más o menos bien y que solo hubiese reaccionado mostrándose rebelde y malhumorado; una conducta que, por otra parte, encajaba con la mayoría de adolescentes.

Aquel día Jimena tuvo que quedarse a trabajar hasta tarde; Justin le había pedido al equipo de cocina del hotel que se adecuasen tanto como les fuera posible a las circunstancias que estaba viviendo Jimena —con el juicio y las reuniones con la abogada sus horarios eran una locura—, pero esa noche tenían unos clientes muy importantes y solo ella era capaz de preparar el pastel por el que el hotel había recibido tantos premios. Jimena había aceptado con el corazón en un puño, no quería dejar solo a Michael, pero me imagino que también agradeció tener aquella distracción. Cuando me ofrecí a pasar la tarde con su hermano, suspiró aliviada y le aseguré que no tenía de qué preocuparse.

Me bastó con ver a Michael para saber que me había precipitado: estaba muy alterado y, aunque la comparación sea de lo más trillada, parecía un tigre enjaulado y dispuesto a arrancarle el brazo a la primera persona que se le acercase; yo, en ese caso.

—Esto es una puta mierda. —Lanzó la mochila al suelo nada más cruzar la puerta de casa—. ¿Por qué coño tenemos que ir a juicio y aguantar sus mentiras, eh, por qué? Dímelo, se supone que eres listísimo, Víctor. ¡Dímelo! Todo esto es una jodida mierda, si ese desgraciado echó de casa a mamá, ¿qué mierda quiere ahora conmigo?

—Eh, deja de decir tacos. Entiendo que estés cabreado, yo también lo estoy, pero vigila el lenguaje. Si por casualidad los abogados de tus abuelos te oyeran hablar así, lo utilizarán para demostrar que tu hermana no está capacitada para educarte y tendrás que pasarte los próximos tres años en un jodido rancho de Dallas rodeado de fanáticos.

—Está bien, voy a calmarme, pero... —Dio una patada a la pata del sofá—. Es una mierda y... —apartó la mirada—, echo de menos a mi madre y... ¡joder!, estoy furioso con ella. Se suponía que ella no iba a morir. Al final, todo el mundo se larga. Joder.

Vi que le brillaban los ojos y fingí no darme cuenta. Entré en la cocina y llené dos vasos de agua.

—Te entiendo.

—Ah, ¿sí? Lo dudo mucho, tío.

Dejé un vaso en la mesa del comedor y el otro me lo bebí antes de contestarle.

—Cuando mi padre murió, estuve meses, años, enfadado con él. —Me miró como si le diera igual lo que le estaba contando, pero seguí adelante—. Yo estaba en Barcelona cuando sucedió y él en Haro, habíamos discutido, nos dijimos cosas horribles y aunque estaba furioso y dolido en el fondo no me preocupaba. Ya haría las paces con él cuando volviésemos a vernos; él se pasaría por Barcelona con cualquier excusa o yo iría a Haro para ver a mi hermana y me cruzaría con él por casualidad. Charlaríamos y todo se arreglaría. Teníamos tiempo de sobra, no pasaba nada porque yo aguantase cabreado un poco más. Quizá mi padre pensó lo mismo, tal vez creía que me iría bien no saber de él durante un tiempo. Tiempo. Es ridículo que creamos que es infinito porque en lo que a los humanos respecta no lo es. Mi padre y yo habíamos agotado el nuestro sin saberlo, vaya par de idiotas, y yo no he tenido más remedio que aprender a vivir con eso y con su recuerdo, sus buenos recuerdos. No voy a decirte lo que debes sentir, Michael. Yo estuve furioso con mi padre durante meses por haberse muerto cuando no debía, hasta que me di cuenta de que eso era una estupidez de mi parte y que, haciéndolo, solo conseguía hacerme daño.

—Ya, eso es muy fácil de decir cuando puedes decidir qué haces con tu vida, pero yo... —tragó saliva y vi lo que le costó sincerarse—, yo ni siquiera puedo decidir dónde quiero vivir y con quién.

—Tienes razón. Es una putada, pero ¿qué vas a hacer? ¿Vas a meterte en más peleas como la de hace unas semanas? ¿Vas a escaparte de aquí en plena noche y mudarte a Canadá?

Por el brillo de sus ojos deduje que la idea se le había pasado por la cabeza.

—Tú no sabes nada, no eres nadie.

Asentí, razón tenía.

—Vale, pero te he visto con Jimena y sé que tu hermana te gusta y que prefieres vivir con ella a mudarte a Dallas con ese reverendo que renegó de tu madre, así que contrólate. Mañana es un día importante.

—¡Voy a volverme loco aquí encerrado! No puedo pasarme la tarde jugando a videojuegos como si no pasara nada... ¡y ni se te ocurra decirme que vea la tele o lea algo!

Las tres opciones sonaban absurdas teniendo en cuenta las circunstancias, habría podido decirle que intentase descansar, pero vi a Michael observándome, esperando a que yo le dijera algo y, cuando se me ocurrió, recé para que fuese la respuesta acertada.

—¿Sabes boxear?

—¿Eh?

—Si sabes boxear. Si no recuerdo mal, en ese bar te dieron una buena tunda.

—Estaba cansado, mi madre acababa de morir, imbécil.

—Excusas —le provoqué, intuía que Michael no necesitaba mimos de mi parte—. Si hubieras sabido pelear, tu hermana y yo no te habríamos sacado de la comisaría en ese estado tan lamentable. —Me fulminó con la mirada—. Si quieres, puedo enseñarte. No soy ningún experto, pero no se me da del todo mal. Puedes venir conmigo a mi gimnasio.

Había encontrado uno cerca del trabajo e iba dos o tres veces por semana. Al principio solo lo utilizaba para reforzar las sesiones de rehabilitación que llevaba a cabo en el hospital, pero, cuando me dieron el alta, pregunté si podía hacer ejercicio y boxear allí de vez en cuando. Prefería correr, y más si lo hacía con Jimena como en Haro, pero durante los meses de invierno me había acostumbrado a utilizar las instalaciones del gimnasio. Me sentí como un idiota por no haber invitado antes a Michael.

—¿Boxeas? ¿Tú?

Su incredulidad no me ofendió.

—No muy bien la verdad, se le da mejor a mi hermana Tori. Mis padres nos apuntaron a los dos, nos peleamos mucho de adolescentes. Lo llaman psicología inversa. Bueno, ¿quieres venir o no? Podemos ir un par de horas,

supongo que para entonces estaremos molidos y tu hermana ya habrá vuelto a casa.

Pensé que rechazaría el ofrecimiento.

—Está bien. Voy a por mi ropa de deporte.

El entrenador que encontramos en el gimnasio me machacó y solo por eso hizo muy buenas migas con Michael. Oí reír al chico por primera vez desde que lo conocía; me cogió tan desprevenido que me giré hacia él y el puño de Kit, el entrenador, aterrizó en mi mandíbula. Se disculpó, le aseguré que había sido culpa mía, y Michael se rio aún más. Regresamos a casa exhaustos, pero valió la pena porque durante la caminata de regreso me habló como si hiciera algo más que tolerar mi presencia y porque al abrir la puerta Jimena nos sonrió.

Más tarde, tumbado en la cama con ella, la rodeé con los brazos y la pegué a mí.

—Gracias —susurró.

—¿Por?

—Por lo que has hecho hoy por Michael y por estar aquí.

—Deberías dejar de sonar sorprendida. No quiero estar en ninguna otra parte. Y no tienes que darme las gracias por pasar la tarde con tu hermano, me gusta.

La oí soltar una risa cansada.

—¿Te gusta que te ignoren, te insulten y te peguen?

—Soy un poco masoquista —bromeé.

—Ya veo. —Su espalda estaba pegada a mi torso y yo tenía una mano en su estómago. Jimena la levantó y se la llevó a los labios para besarla. Noté que sonreía—. Pero no me convences. Por lo que yo sé, a ti no se te da nada bien sufrir.

Le aparté el pelo de la nuca y la besé.

—Eso es porque disimulo muy bien, pero puedo demostrártelo.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Metí la mano por la camisa de su pijama—. ¿Cuántas noches crees que hemos dormido juntos, en esta cama, sin hacer el amor? Pues todas esas noches y mañanas, y tardes, y todas las horas de esos días, me los pasaba pensando en lo que quería hacerte. Horas y horas de sueños muy elaborados... Siempre me he obsesionado con los detalles, es un defecto profesional.

Le desabroché los botones y la acaricié.

—¿Y qué imaginabas?

Gemí porque Jimena, que siempre iba un paso por delante de mí, atrapó mi mano y la llevó al interior de sus pantalones.

—De todo.

—Cuéntamelo.

Se me escapó una risa ahogada.

—¿Lo ves? Masoquista, lo que te decía. Está bien, voy a contártelo. —Ella gimió y dejó que empezase a acariciarla entre las piernas—. Me imaginaba que hacíamos el amor despacio, muy lento, con besos y caricias y palabras susurradas al oído. —Jimena giró el rostro y buscó mis labios. Tras el beso, seguí hablando y tocándola—. Otras veces, nos imaginaba follando como posesos, como si no pudiéramos saciarnos jamás el uno del otro y... —me interrumpí porque Jimena se movió y se quitó el pantalón del pijama como pudo y sin dejar que me apartase de ella—, y otras veces estaba tan excitado que... joder, Jimena..., que me imaginaba acercándome a ti, tocándote así como ahora, abrazados justo de esta manera y...

—¿Y qué más hacías?

Volvió a girar la cabeza para besarme y echó una mano hacia atrás para atrapar la cintura de mis calzoncillos y tirar hacia abajo.

—Te levantaba la pierna y entraba en tu cuerpo y los dos...

Sus nalgas desnudas se pegaron a mi erección y, cuando levantó la pierna derecha para hacerme sitio entre ellas, actué sin pensar, siguiendo solo mi instinto y los sonidos de placer que escapaban de sus labios.

—Víctor —suspiró cuando entré en ella y justo después, antes de que yo tuviera tiempo de hacer nada más o de plantearme durar algo más que un adolescente, buscó mis labios con su boca y me convirtió en un manojo de

terminaciones nerviosas que solo la necesitaban a ella y a sus besos.

Minutos más tarde, desnudos y abrazados, Jimena susurró.

—Me gusta que ya no tengas que contenerme, Víctor.

Reí, mi corazón no podía sobrevivir a más asaltos.

—Y a mí.

—Mañana será un día difícil —dijo entonces con otra voz.

—Sí, pero lo superaremos, ya lo verás.

—Está bien, lo que tú digas —bostezó y, antes de quedar completamente dormida, añadió—: Mientras te tenga a ti...

—Me tienes.

La abracé e intenté dormir.

Olga nos había explicado cómo iba a ser el juicio y lo primero que puntualizó fue que ese término no era el correcto para el procedimiento que iba a llevarse a cabo. Se trataba más bien de una audiencia, una vista, en la que el juez escuchaba las dos partes —en ese caso el reverendo y su esposa, de una; y Jimena, de la otra—, permitía que se le presentasen pruebas e incluso podía autorizar que se interrogasen a peritos. Pero ni había jurado ni se condenaba a nadie, simplemente se tomaba una decisión sobre la cuestión presentada. En nuestro caso, la guarda legal de Michael.

Olga nos había asegurado que el juez era un hombre correcto, de reputación íntegra y con un historial favorable a casos como el nuestro y que no era religioso, lo que sin duda nos iba a favor; aunque yo había tenido más de una pesadilla en la que lo veía confabulándose en contra nuestra con el predicador. Esas, y que Christina no había dejado ningún cabo legal suelto, eran las buenas noticias. Las malas... no las sabíamos todavía y eso amenazaba con acabar con nuestros nervios. Olga había planeado su defensa asumiendo que el abogado de los Thompson aduciría que Jimena era demasiado joven para hacerse cargo de un adolescente al que, además, no había conocido hasta pocos meses atrás. Otro punto débil podía ser que Jimena no tenía la nacionalidad estadounidense y estaba sujeta a un permiso de trabajo. Aunque

en ese punto —y gracias a Justin, todo hay que decirlo—, disponíamos ya de varias pruebas para demostrar que Jimena no corría ningún riesgo de perder su trabajo en Estados Unidos. Por no mencionar que Christina había dejado clara cuál era su última voluntad, que Michael quería quedarse a vivir con su hermana, que hasta su reciente aparición nunca había visto a sus sufridos abuelos y que el informe de los servicios sociales, elaborado por la señora Ringer, dejaba claro que el chico estaba perfectamente y donde tenía que estar.

A pesar de todo, un horrible presentimiento no dejaba de retorcerme el estómago. Me obligué a disimular, a apretar la mano de Jimena y a mirar a Michael con una calma que no sentía. Tenía que ser fuerte por ellos y lo logré hasta que llegamos al juzgado y vi a los padres de Christina sentados en su lado de la sala como si fueran los amos del lugar y mirando a Jimena como si ella no fuese nadie, insignificante; tuve que contenerme para no ir a estrangularles o para decirles en la cara exactamente lo que pensaba sobre lo que estaban haciendo.

Nuestra abogada saludó al de la otra parte con cortesía profesional y después hizo lo mismo con el juez y con la taquígrafa que había en la sala, y me tranquilizó ver que en ese entorno Olga parecía convertirse en una versión más alerta y, no sé si sabré explicarlo, más agresiva de sí misma. Me recordó a Molly Weasley y durante un segundo respiré mejor.

La primera hora fue bien, el juez leyó la demanda y repasó los nombres de las partes. Después escuchó el testimonio de la señora Ringer, que también estaba citada a pesar de haber escrito un detallado informe, el de los profesores de Michael, y también el del director del instituto, que además había hablado con Christina sobre el asunto y ratificó que, desde que había conocido la gravedad de su enfermedad, ella quería que Michael quedara a cargo de Jimena.

El reverendo era un hombre atractivo y sin duda sabía sacarse partido, tenía el pelo blanco y lo llevaba peinado hacia atrás como un actor clásico de Hollywood. La señora Thompson, por su parte, daba la típica imagen de una esposa abnegada y, si le hubiesen sacado una fotografía, podrían haberla pegado en un bote de mermelada de manzana y venderla como hecha en casa.

A lo largo de la vista, el tono de piel del reverendo había pasado del blanco al rosado y ahora estaba a punto de estallar. El de su esposa, sin embargo, se acercaba más al gris e intentaba cogerle la mano como si quisiera tranquilizarlo, aunque él la apartaba de un manotazo igual que habría hecho con una mosca molesta. Sin embargo, lo que me heló la sangre fue la sonrisa que vi en el rostro de aquel tipo: podía estar furioso, pero esa sonrisa era la de un hombre que guardaba un as en la manga. Me había topado con unos cuantos como él —Harver era el más reciente— y aunque estaba dispuesto a llegar hasta el final presentía que no íbamos a salir del todo bien parados.

Observé a Olga, ella también se había fijado en esa sonrisa de satisfacción, e intercambiamos una mirada en la que me aseguró que no iba a bajar la guardia. Michael estaba detrás de nosotros, le habíamos ofrecido que nos esperase en casa, a esa primera vista no tenía obligación de asistir, pero desde el principio había querido estar allí. Tanto Jimena como yo habíamos tenido nuestras dudas, por un lado queríamos ahorrarle el mal trago, no sabíamos qué clase de estrategia iban a seguir los Thompson y no queríamos que escuchase barbaridades sobre su madre. Por otro lado, tanto Jimena como yo entendíamos perfectamente que quisiera asistir a la vista; a ese chico le habían sucedido demasiadas cosas que escapaban de su control y ese juicio sí podía controlarlo, al menos en cierto modo. La noche anterior, mientras volvíamos del gimnasio, sacó de nuevo la conversación, tenía el tono de voz serio y decidido, igual que si hubiese estado ensayando, y tras una breve introducción me dijo que iba a ir al juicio, que lo necesitaba. Entonces, añadió que todavía no se lo había dicho a Jimena, que antes había querido contármelo a mí. No sé si pretendió manipularme, la verdad es que creo que no, pero funcionó y en cuanto se percató de que estaba decantándome a su favor me aseguró que no miraría ni una vez a sus abuelos. Lo estaba cumpliendo. Después de lo que le había costado convencer a Jimena, no querría correr el riesgo de meter la pata y de que entonces su hermana le obligase a irse a casa.

Tras la presentación inicial, le tocó el turno a la parte demandante; es decir, a



los Thompson. Nosotros seríamos los últimos.

Cuando se puso en pie el reverendo en lugar del abogado, se me heló la sangre.

Jeremiah pidió la palabra, y soltó un discurso suplicándole —esa fue la palabra que utilizó— al juez que le dejase explicarse, porque él era un hombre de Dios y no de leyes y necesitaba sacarse de dentro el dolor que sentía desde la muerte de su hija, los remordimientos que lo corroían por no haber sido un buen samaritano y no haber sabido perdonarla.

El juez le dio permiso para hablar y Olga se levantó como un resorte para quejarse, tuve ganas de aplaudirla cuando le recordó con mucha elegancia al juez y a la otra parte que ese tribunal no era una iglesia y que Thompson allí era el demandante y no un predicador. Pensé que el tipo estallaría. El juez mantuvo la decisión de darle la palabra, pero añadió que eso no le daba derecho a soltar un discurso moralista y que él mismo podía interrumpirle y pedirle que volviera a sentarse en cualquier momento.

—Les recuerdo a ambas partes que la decisión final me corresponde a mí y que la tomaré basándome en las pruebas que me han sido presentadas y en los testimonios que estime pertinentes, siempre basándome en la ley y no en la fe ni en cualquier otro elemento intangible. ¿Está claro?

Clarísimo.

Thompson soltó su discurso sobre lo mucho que se arrepentía de no haber sabido guiar mejor a su única hija, y se flageló verbalmente por no haber podido salvarla y por haberla llevado a los brazos de un hombre perverso — un hombre que, según él, la había seducido y engañado para convencerla de que cometiese un pecado horrible, el de la bigamia—. Jimena me cogió la mano cuando oyó esa palabra. Thompson siguió, y se presentó a él como protagonista de la historia —yo estaba convencido de que ese sería su peor error, pero aun así no me resultó nada agradable escucharle—. Él había fallado como padre, él no había sabido perdonar a su hija (hija que, por otro lado, nunca había querido pedirle perdón porque no había hecho nada malo), él no había sabido recuperar a su nieto ni devolverle al buen camino (nieto que se negaba a mirarle y con el que nunca hasta entonces había intentado ponerse en contacto)...

Finalizado el discurso volvió a sentarse y, como golpe de efecto, sacó un pañuelo blanco del bolsillo de la americana y se secó una lágrima. Le habría aplaudido si no hubiese tenido tantas ganas de estrangularlo.

Observé al juez, no parecía impresionado por la actuación; aunque supuse que, de haberlo estado, tampoco se le habría notado, porque había mantenido la misma expresión desde que habíamos entrado.

Entonces sucedió lo peor.

El abogado de los Thompson llamó a Jimena a declarar. Olga la había preparado para responder preguntas sobre su relación con Christina, sobre su padre, sobre Michael, sobre los planes que tenía para ellos dos cuando todo eso terminase. La había incluso preparado para responder preguntas sobre mí..., pero no sobre Dennis o sobre lo que había sucedido años atrás en París.

—Dígame, ¿es cierto que mantuvo durante más de un año una relación con

un hombre casado y que no le dejó hasta que él y su esposa interpusieron una orden de alejamiento contra usted?

No hubo ningún preámbulo, ese abogado que hasta entonces me había parecido insípido se transformó ante nuestros ojos en un tiburón sediento de sangre y había herido mortalmente a Jimena.

Intenté incluso levantarme para ir a abrazarla y para decirle que no se dejase hundir, pero Olga me detuvo poniéndome una mano en el hombro. Apoyé las manos en la mesa y clavé los ojos en los de Jimena, suplicándole que me mirase y que viera la verdad en ellos. Nada de lo que decía ese abogado era cierto, nada de lo que intentaba hacerle creer era verdad. No podía permitir que la arrastrase a ese espiral de mentiras sensacionalistas y la alejasen de lo que de verdad importaba; ella estaba capacitada para quedarse con Michael, nadie lo estaba más que ella.

Jimena estuvo aturdida unos minutos, le temblaron las manos y unió la una a la otra para ocultarlo. Respiró, soltó el aliento y, después, tras mirarme un segundo, se enfrentó al abogado de los Thompson con la cabeza bien alta. No se dejó amedrentar, reconoció la relación con Dennis —de nada servía negarlo y ella no era de la clase de persona que cometía un error y después soltaba discursos echando las culpas a otros—. ¡Esa era mi chica! Ella reconocía sus errores y aprendía de ellos. Aclaró lo de la orden de alejamiento y explicó que había sido una treta de Dennis para seguir mintiéndole a su esposa. Al final la habían retirado y el juez había condenado a Dennis a indemnizarla. Si quería, le ofreció, podía facilitarle una copia de todo.

Michael me puso una mano en el hombro y al mirarle vi que sonreía, estaba completamente prendado de su hermana mayor, en el mejor de los sentidos, obviamente.

El abogado, aunque acusó los golpes, no se rindió y prosiguió en su empeño de hundir a Jimena. Atacó su situación laboral, y ella se defendió sin parpadear —y Olga se ofreció a aportar las pruebas necesarias—. Atacó su situación legal como extranjera y aquí el juez le paró los pies. Estados Unidos, a pesar de lo que pudieran creer algunos, seguía siendo un país que recibía a

la gente con los brazos abiertos y Jimena había demostrado sobradamente que se encontraba allí legalmente. Por último, el abogado fue a por nosotros. A por mí, mejor dicho.

Olga reaccionó de nuevo y se opuso claramente a las preguntas formuladas con mala intención e irrelevantes. Aun así, el abogado de los Thompson intentó pintar la relación que manteníamos Jimena y yo en tonos muy desagradables. Le preguntó a Jimena si era cierto que yo le tenía alquilada una habitación, a lo que ella tuvo que responder que sí, y después fue a la yugular y le preguntó si dormíamos juntos. Olga exigió que el juez no tolerase esa clase de interrogatorio, pero el otro abogado adujo que, si Michael iba a vivir con su hermana y estar bajo su tutela, era necesario saber si iba a haber más personas involucradas en su educación (es decir, yo). Jimena respondió de nuevo que sí, que estábamos juntos, y lo hizo mirándome a los ojos e ignorando por completo al imbécil que tenía delante. Después, dicho imbécil —perdón, el abogado contrario— le preguntó con malicia si estaba al corriente de que yo tenía la costumbre de cambiar a menudo de trabajo y de largarme cuando encontraba algo mejor, e insinuó que si Jimena tenía intención de mantener esa clase de relaciones tan pasajeras, no estaba cualificada para hacerse cargo de un menor. Jimena no respondió. Abrió y cerró la boca, yo la miré y sacudí la cabeza. Ese desgraciado quería metérsele en la cabeza y hacerla dudar, y parecía que lo había conseguido, porque ella agachó la vista y el tipo, sintiéndose muy satisfecho consigo mismo, dio por concluido su turno de preguntas. Estaba tan complacido que tuvo la desfachatez de asegurar que había concluido con sus testigos y que no le hacía falta de momento llamar al resto. Todavía hoy no sé por qué no me citó a declarar, me imagino que no quería correr el riesgo de que yo me defendiera y le dejase claro que no pensaba irme a ninguna parte y que no iba a dejar ni a Jimena ni a Michael en la estacada. Estuve a punto de ponerme en pie para abrazar a Jimena o para darle un puñetazo a esa alimaña, pero Olga me pisó disimuladamente por debajo de la mesa y con la mirada me dijo que esa reacción era precisamente lo que buscaban y me detuve.

Llegó nuestro turno. Seguíamos furiosos por el interrogatorio de Jimena,

pero nuestra abogada consiguió tranquilizarnos un poco con su serenidad y sus palabras y en seguida tomó las riendas de la situación y pidió que la señora Ringer volviese a testificar. Después, leyó la carta que Christina le había dejado a Michael; era muy personal y hasta ese momento ni Jimena ni yo la habíamos leído entera; había sido el propio Michael el que se la había entregado a Olga y había insistido en que la leyese en la vista. No os la incluyo aquí porque Michael me pidió que no lo hiciera, quería quedársela solo para él y ya sentía remordimientos por haber tenido que enseñarla en el juicio. Sabía que su madre lo entendería, que incluso le habría animado a que lo hiciera, pero aun así le dolía haber compartido esa parte de Christina que hasta aquel día se había quedado solo para él.

Nuestra abogada decidió no llamarme a declarar, no quería darles el gusto a esos imbéciles y acabó convenciéndome de que era lo mejor para todos. Sin embargo, le preguntó a Jimena si estaba dispuesta a volver a subirse al estrado. Olga estaba convencida de que el juez estaba de nuestro bando y que Jimena le había caído bien mientras que el reverendo le había provocado indigestión. Nos iría bien que volviesen a escuchar a Jimena, escuchar de nuevo su versión. Jimena aceptó. En cuanto ocupó el asiento y repitió el juramento de rigor, Olga le recordó que no estuviera nerviosa y aprovechó para decir en voz muy alta y clara que allí no se estaba juzgando lo que le había sucedido a Jimena años atrás en otro país, sino su capacidad actual para ocuparse de un adolescente que saltaba a la vista que quería estar con ella y cuya difunta madre así lo había especificado. Jimena se creció al oír el nombre de Christina, quizá tardó un par de preguntas en recuperar el tono de voz firme y seguro de antes, pero miró a los Thompson como los energúmenos que eran. Sabía que ese matrimonio le recordaba en cierta manera a sus padres y que no quería que Michael creciera con ellos; ella ya había escapado de tanta frialdad, pero era evidente que todavía le dolía pensar en ello.

Cuando Olga y Jimena volvieron a sentarse en el banco donde yo las estaba esperando, nuestra abogada también dio por concluido su turno.

Entonces, el juez, antes de cerrar la vista y para responder a la petición de los Thompson de que Michael pasase esa noche en una casa de acogida,

declaró que, tras leer los informes de servicios sociales y escuchar sus testimonios, Michael podía quedarse donde estaba hasta que tomase una decisión que nos comunicaría a todos al día siguiente. Tal y como nos había asegurado Olga, esa clase de procedimientos se resolvían con mucha rapidez.

Estábamos agotados. Exceptuando el descanso para almorzar y unas breves pausas para descansar, nos habíamos pasado el día entero en esa sala y queríamos volver a casa, así que nos despedimos rápidamente de Olga en la entrada de los juzgados.

Los Thompson no hicieron ningún esfuerzo por acercarse a conocer a Michael, lo que en mi opinión dejó bastante claro que solo reclamaban su custodia porque se sentían ofendidos o porque querían quedar bien de cara a la galería. De todos modos, si de mí hubiese dependido, dudo mucho que les hubiera dejado hablar con él, la verdad.

Volvimos a casa en taxi. Michael estaba furioso con los Thompson por lo que habían dicho de Jimena y se había convertido en el fan número uno del juez. A mí también me caía bastante bien, francamente, pero Olga nos había dicho que, aunque podíamos ser optimistas, todavía no podíamos cantar victoria. Teníamos que descansar y esperar al día siguiente y después ya veríamos. El vehículo se detuvo frente a nuestro portal y estábamos a punto de entrar cuando alguien me llamó por mi nombre.

—¿Víctor Pastor?

Me giré de inmediato dispuesto a echar de allí al fotógrafo o detective o quien fuera que estuviera allí husmeando, pero me topé con un hombre que parecía un agente secreto y sujetaba un sobre entre las manos.

—¿Quién lo pregunta?

El desconocido no se inmutó y, con movimientos precisos, extrajo una tarjeta de un bolsillo y me la entregó. En ella aparecía solo su nombre y un número de teléfono, nada más. Antes de que pudiera decirle que esa tarjeta y nada eran lo mismo, alargó el sobre hacia mí y volvió a hablar.

—Debo entregarle esto de parte del señor Barver y de la señorita Ríos. También me han pedido que le diga que esperan que el juicio haya ido bien. Si necesita algo más, ya sabe cómo encontrarme. —Señaló la tarjeta y se dio

media vuelta. No negaré que me quedé pasmado observándole hasta que se metió en un coche, también negro, y se fue.

Jimena y Michael habían entrado, más bien diría que yo les había empujado hacia el interior de la casa para que el desconocido no pudiera sacarles una foto o hacerles una pregunta, y me estaban esperando en ascuas.

—¿Quién era ese hombre? ¿Qué quería?

—Entregarme esto de parte de Cande y de Barver. —Levanté el sobre y vi que Jimena arrugaba el ceño—. No tengo ni idea de qué puede ser.

—Ábrelo y así lo sabremos —sugirió Michael.

—Está bien.

Tiré de un extremo del sobre sin más parsimonia y extraje una hoja de papel escrita a mano por una caligrafía que no conocía, así que busqué de inmediato la firma: Salvador Barver. Antes de leerla, vi que la nota protegía un *pendrive*.

—¿Qué es? —preguntó Jimena apoyando una mano en mi brazo y reconozco que solté el aliento. No me había tocado desde que habíamos salido del juicio.

—Es de Barver, el prometido de Cande. —Se apartó muy a mi pesar y me miró confusa. Yo también lo estaba, así que empecé a leer:

«Gracias a mi padre tengo experiencia en tratar con situaciones desagradables.

No dejes que tu orgullo te impida aceptar este regalo, te debo esto y mucho más por lo que hiciste por Candela.

Espero que te sea útil o que nunca llegue a hacerte falta. Pero, si necesitas algo más, llámame o ponte en contacto con el caballero que te ha entregado el sobre, es de mi confianza.

Me alegro de que hayas encontrado a tu Jimena.

Salvador»

Doblé la nota y me la guardé en el bolsillo trasero de los pantalones junto con la tarjeta del tipo que me había entregado el sobre. Solo Dios sabía cómo era posible que esa nota manuscrita hubiese llegado a mis manos en tan poco

tiempo, por no mencionar el *pendrive* que seguía sujetando. Michael me lo robó de los dedos y puso en marcha el portátil que había dejado antes en la mesa del comedor a pesar de que Jimena había insistido en que se lo llevase a la habitación.

—Joder —balbuceó—, esto es..., joder. Mina, ven.

Jimena seguía a mi lado observándome confusa, yo no había tenido tiempo de contarle mi conversación con Cande y evidentemente no entendía a qué venía ni la nota ni nada de todo eso. Bueno, tiempo sí que había tenido y seguro que por eso, además de confusa, me miraba decepcionada. Los tacos de su hermano desviaron su atención de mí hacia el chico y los dos nos dirigimos hacia la mesa. La fotografía que había en la pantalla era tan explícita que Jimena bajó la tapa del ordenador.

—¿Qué era eso?

A pesar de lo rápido que había sido el movimiento, había tenido tiempo de distinguir a los protagonistas de la imagen.

—Eso era el reverendo con dos chicas muy desnudas y con muchos utensilios normalmente empleados para la doma de caballos —le expliqué sin salir de mi asombro.

—¡Vaya con el reverendo! —Michael se puso en pie de un salto—. ¿Hay más fotos? ¡Ahora no podrá decir que tú eres irresponsable o no sé qué tonterías, Mina! —La abrazó sin darse cuenta y Jimena me miró sorprendida y emocionada por encima de los hombros de Michael—. ¡¡Voy a quedarme contigo!!

Observé el instante exacto en que Jimena comprendió lo que el chico le estaba diciendo porque le rodeó con los brazos y le acarició el pelo de la nuca con una mano.

—Pues claro que vas a quedarte conmigo. Jamás habría permitido que te fueras, Michael.

El chico la estrechó aún más y creo que debió de notar que se le humedecían los ojos o que estaba a punto de ponerse demasiado emotivo, porque la soltó de repente y pidió ver el resto de fotografías que pudiera haber en el *pen*.

—¡Ni hablar! —declaró Jimena—, ese señor no deja de ser tu abuelo.



Víctor y yo nos ocuparemos de esto. Tú si quieres puedes ir a tu habitación o al gimnasio o a casa de ese amigo tuyo que está loco por los videojuegos.

Michael refunfuñó, como era de esperar, pero al final dijo que le apetecía mucho más ir a casa de su amigo que no quedarse allí a ver imágenes patéticas de ese vejestorio.

En cuanto nos quedamos solos, Jimena apartó la silla, yo me senté a su lado, y volvimos a poner en marcha el ordenador. El archivo no solo contenía fotografías, que las había y muchas, sino que también incluía los datos de las chicas y chicos que salían en las mismas y comprobantes de todo tipo que demostraban su autenticidad. Con una décima parte de lo que Barver nos había mandado, habríamos podido hundir al reverendo para siempre.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté a Jimena—, ¿quieres que se lo enseñemos a Olga?

Ella apagó el ordenador y se giró despacio hacia mí, mirándome de nuevo a los ojos y sin disimular lo enfadada que estaba.

—No lo sé, dímelo tú, ya que al parecer todo esto es obra tuya.

—¿Obra mía? Yo no sabía nada de...

—Le explicaste a Cande lo que está pasando, ¿verdad? Si no, ¿a santo de qué ella y su todopoderoso novio se habrían inmiscuido en esto, eh? Dímelo. Hablaste con ella de mí, de mi vida y... —Cerró los ojos unos segundos y, aunque me dolía su rabia, que los apartase me dolió más—. No es la primera vez que lo haces. Confías en ella y, en cambio, conmigo... ¿Crees que no me doy cuenta de lo que estás haciendo? ¿De que a pesar de todo sigues manteniendo las distancias?

Ignoré la segunda parte porque se había acercado demasiado a la verdad y no quería confesarle todo lo que me estaba pasando un día como aquel. Los dos estábamos alterados por el juicio y yo debo reconocer que no podía quitarme de la cabeza una frase que había dicho ese maldito abogado: «El señor Pastor es especialista en largarse cuando se le aparece un plan más interesante. ¿De verdad cree que es lo mejor que puede ofrecerle a un adolescente? ¿Un hombre incapaz de quedarse, que se irá en cuanto encuentre algo mejor?». Yo sabía que lo mejor para mí era y sería siempre Jimena, pero

tal vez yo no era lo mejor para nadie. Como un cobarde me oculté tras la primera acusación de Jimena.

—¿Qué quieres decir con que no es la primera vez que lo hago? ¿A qué te refieres?

—Me refiero a cuando fuimos a Marbella, cuando me presentaste a Cande en ese hotel antes de la subasta de pasteles a la que se suponía que me habías acompañado porque eras mi amigo y no porque querías acostarte con ella.

Joder, tenía razón, entonces me había acusado de haber sido sincero con Cande y no con ella y tenía razón. Y ahora volvía a tenerla.

—Lo siento.

—Sí, siempre lo sientes. —Se levantó y me quedó claro que no quería que la siguiera—. Dale las gracias por esto a Barver. No es mi estilo, pero no voy a permitir que esos miserables se lleven a Michael y le conviertan en un desgraciado. No voy a dejar que a otro adolescente le destrocen la vida por querer ser feliz. Voy a llamar a Olga, ella sabrá qué hacer.

El consejo de Olga fue que esperásemos a ver qué decidía el juez. Según ella teníamos muchas probabilidades de que el caso se resolviera a nuestro favor y así, si no utilizábamos ahora esas fotografías —que aún no entendía cómo habíamos conseguido—, podíamos guardárnoslas como seguro. En el caso improbable de que la decisión no fuese favorable, entonces, además de apelar por la vía legal adecuada, podríamos plantearnos la posibilidad de utilizar esa información como medida disuasoria para el reverendo. Le hicimos caso, ninguno de nosotros estaba ansioso por convertirse en un chantajista (aunque yo respiraba mucho más tranquilo desde la aparición de ese *pendrive*, no voy a negarlo).

El juez decidió a favor de Jimena y explicó en voz muy clara y firme los motivos que le habían llevado a alcanzar esa decisión: el matrimonio Thompson había repudiado a Christina y ni siquiera habían intentado visitarla durante su enfermedad. Los Thompson, además, nunca se habían interesado por Michael, a pesar de que su hija Christina nunca les había impedido ejercer

de abuelos. Michael, por su parte, era un joven como cualquier otro. Su breve roce con la justicia no era más grave que el de muchos otros adolescentes que metían la pata una noche y era comprensible que la del fallecimiento de su madre no hubiese reaccionado de la mejor manera. Jimena no tenía la culpa de esa pelea y, desde que ella estaba al cargo del muchacho, no se había ausentado del instituto, estaba bien cuidado y, lo más importante, el chico quería quedarse a vivir con su hermana.

Fue espectacular, habría vitoreado a ese hombre. Jimena no pudo contenerse y corrió a abrazarlo cuando este abandonó la sala. La señora Thompson, que no había abierto la boca en todo el proceso, siguió callada, pero la pillé mirando a Michael con una sonrisa muy triste en el rostro. Cuando se dio cuenta de que yo la estaba mirando, se giró hacia mí y asintió. Sentí lástima por ella, interpreté aquel gesto como que se alegraba de la decisión que había tomado el juez, y me pregunté qué clase de vida llevaba con su esposo pues, cuando intuyó que él podía detectar algo, mudó de rostro y fue como si nada de todo aquello hubiese sucedido. Pensé que era una mujer hecha y derecha y que, si de verdad quería ver a su nieto, podría encontrar la manera. De todos modos, decidí que más adelante, cuando los ánimos estuviesen más tranquilos, buscaría la manera de hablar con Jimena de lo que había visto en la mirada de la señora Thompson y, si Jimena me lo pedía, después la ayudaría a ponerse en contacto con ella. Tal vez podría utilizar los servicios del hombre trajeado que me había entregado el *pendrive* de parte de Barver.

Por su parte, el reverendo seguía soltando veneno y yo seguía intentando ignorarle, pero todos tenemos un límite y el mío lo sobrepasó al llamar *zorra* a Jimena.

Ni siquiera pensé. Yo nunca había hecho algo semejante. Parpadeé y de repente tenía al reverendo sujeto por las solapas de la americana que llevaba y con la espalda contra la pared. Tuve suerte de que estuviéramos ya en el pasillo y de que ningún oficial del juzgado me viera.

—Escúcheme bien, reverendo —le dije en voz baja y firme—, sé que le gusta jugar al mozo de cuadra, a los médicos y al chico de los recados. Tengo fotografías y vídeos. —La cara de pánico del hombre habría sido graciosa en

otras circunstancias—. Veo que me entiende. No van a ir a ninguna parte si desaparecen de nuestra vida, le doy mi palabra. Pero, si vuelve a acercarse a Michael, todo el país sabrá quién es usted de verdad. ¿Está claro?

—¡Víctor! —Jimena y Olga se acercaron, ellas se habían quedado hablando en la sala mientras yo estaba fuera.

—¿Está claro, reverendo?

—Sí, sí.

Le solté y él se apartó con la cara tan roja que creí que iba a tener un infarto allí mismo. No me habría importado.

—El Señor no dejará esto así, él...

—Lárguese de aquí —le interrumpí—, el Señor nunca ha tenido nada que ver con esto. Deje a mi familia en paz.

Aún no sé qué vio en mis ojos, pero el muy cretino se santiguó y se fue prácticamente corriendo de allí. Y la señora Thompson me sonrió otra vez.

# 15

## Julio

Nunca he vivido un terremoto, pero Jimena y yo nos comportábamos como si nuestra relación fuese un edificio después de haber sobrevivido a uno de nivel siete de la escala Richter. Nuestros cimientos, si creíamos que los teníamos, temblaban y ninguno de los dos nos atrevíamos a dar un paso en un sentido u otro por temor a derrumbarlo todo. No podíamos seguir así, yo iba a volverme loco de lo mucho que la echaba de menos a pesar de que seguíamos durmiendo juntos cada noche y de que nos despertábamos abrazados. Incluso habíamos hecho el amor una mañana y había sido increíble porque los dos habíamos empezado medio dormidos, como si nuestros cuerpos estuvieran intentando decirnos que dejáramos de comportarnos como unos idiotas, y pronto perdimos el control —nada como el buen sexo para eliminar las tensiones, y nosotros las teníamos en abundancia después del juicio—. Pero al terminar, cuando yo aún no había recuperado del todo la conciencia tras correrme de esa manera, Jimena se tensó y la oí farfullar.

—Mierda.

Tardé unos segundos en entender lo que había dicho, no era precisamente la palabra que esperaba oír, e intenté abrazarla cuando noté que iba a apartarse y salir de la cama.

—¿Mierda?

—Lo siento —añadió, y tal vez la habría creído si me hubiese mirado—. Creía que estaba soñando.

Solté el aliento, eso no era del todo malo, ¿no?

—¿Y ha sido un buen sueño?

Joder, era un idiota. ¿Por qué no le pregunté entonces qué le pasaba? Habría

sido todo mucho mejor si hubiéramos discutido, tal vez nos habríamos dicho de una vez por todas la verdad.

—Sí, hasta que me he despertado —susurró antes de encerrarse en el baño y dejarme allí tumbado hecho, esta vez sí, una mierda.

Que el trabajo no acabase de gustarme tampoco ayudaba. Finalmente me había hecho con las riendas de la sede de Nueva York, me había quitado de encima la mala reputación dejada por mis predecesores y el laboratorio apuntaba maneras de llegar a ser tan eficiente como el de San Francisco —que seguía yendo viento en popa, a pesar de que Owen se quejara de que era un caos—. Las investigaciones que llevábamos a cabo eran igual de complejas o de sencillas que las que realizaba con mi anterior equipo, así que tampoco podía echarle las culpas a eso, ni tan solo a proyectos como el de Nykia, que implicaban tener a Harver llamando constantemente. Me sentía como un cretino, tenía un muy buen trabajo, estaba reconocido profesional y económicamente y aun así no me bastaba. ¿Qué coño me pasaba? Tenía una sensación perenne en la boca del estómago, era peor que el hambre y, por más que comiera, nunca se saciaba. Los únicos momentos en que creía tenerlo todo controlado y podía respirar en paz eran cuando Jimena estaba a mi lado, y desde la aparición de la nota de Barver eso también lo había perdido.

Iba a volverme loco. Me pasaba los días dándole vueltas, obligándome a prestar atención a lo que sucedía en el laboratorio por si algo lograba encender esa chispa dentro de mí y me involucraba en algún proyecto de una vez por todas. Seguía yendo al gimnasio con Michael (él se había aficionado al boxeo y se había inscrito a unas clases con chicos de su edad). También salía a correr, últimamente solo porque Jimena o no coincidía conmigo o no le apetecía. Y hablaba con Tori a menudo. Al final no había ido a verlos en abril, pero pronto iba a poner remedio a esa situación. Sobre el papel todo me iba bien —muy bien, en realidad—, entonces, joder, ¿por qué no se aflojaba el nudo que me oprimía el pecho?

Era viernes y Michael estaba invitado a la fiesta de cumpleaños de uno de los chicos que boxeaban con él. Era el hijo del entrenador y este me aseguró que se los llevaría a cenar unas pizzas, después los dejaría solos en la bolera

para que tuviesen un poco de cancha y más tarde lo acompañaría de regreso a casa. O podía quedarse a dormir con ellos si Jimena y yo le dábamos permiso. Se me hacía raro que me hablasen así de Michael; la responsabilidad que suponía era abrumadora y, en la mayoría de esas conversaciones, se me trababa la lengua en las primeras frases. Yo no tenía ni idea de cómo educar a un adolescente y no sabía hasta qué punto Jimena quería que me involucrase en ello... El caso es que quedamos con Michael que le mandaría un mensaje a Jimena según fuera la tarde y ya decidiríamos; los padres del otro chico nos aseguraron que podíamos improvisar. Aunque a mí no me lo había dicho, desde la muerte de su madre solía tener pesadillas nocturnas y le daba apuro pasar la noche fuera de casa.

Esos días Michael había actuado de amortiguador entre nosotros sin saberlo y, al perder esa protección, tardé unos minutos en conseguir que el corazón me latiese a una velocidad normal. Era ridículo que estuviera nervioso porque estaba a solas con Jimena, pero esa era la verdad. Aproveché que ella estaba arriba, había ido a asegurarse de que Michael no se había dejado nada, para respirar profundamente y ordenar en mi mente lo que quería decirle.

Lo tenía todo pensado. Empezaría explicándole cómo había surgido exactamente la conversación con Cande. Yo solo la había llamado porque tenía el presentimiento de que alguien estaba hurgando en mi pasado; presentimiento que resultó ser cierto y gracias al cual, en cierto modo, teníamos ahora ese *pendrive* en nuestro poder. No le había contado a Cande sus secretos... Está bien, sí lo había hecho, pero esa conversación me había reafirmado una vez más que Cande y yo siempre habíamos estado destinados a ser solo amigos. Aunque a esas alturas, obviamente, ya no me hacía falta ninguna prueba más de ello. Seguro que Jimena iba a entenderlo. Tenía que entenderlo, pensé con algo de pánico. Era verano, podíamos ir juntos a España, asistir a la boda de Cande y Barver —así vería con sus propios ojos que no estaba mintiendo— y después podíamos tomarnos unas vacaciones, pasar unos días en Haro y donde ella quisiera.

Bajó la escalera haciéndose la coleta y me quedé embobado mirándola.

—Eres preciosa. —Me olvidé del discurso.

Jimena se sonrojó (no como antes, pero lo interpreté como una buena señal) y caminó hasta donde yo seguía plantado.

—Me alegro de que Michael no esté —dijo al detenerse frente a mí—, quiero decirte algo.

Me puso las manos en el pecho y obviamente me costó reaccionar, lo máximo que conseguí fue levantar una ceja.

—Yo también quiero decirte algo. Quiero disculparme por lo de Cande, tenías razón. Le hablé de ti, pero... Escúchame, por favor, Jimena, lo hice porque no pude evitarlo, eres... Tú eres... —Le acaricié la mejilla—. Pienso en ti todo el día.

—A mí no me dijiste que habías hablado con ella. Ahí está la diferencia, Víctor. —Se apartó y se abrazó a sí misma por la cintura como si estuviera protegiéndose, ¿de mí? ¿De lo que estaba pasando entre nosotros?

—¿Qué querías decirme, Jimena?

Caminó hasta el sofá y se sentó justo donde tantas noches nos habíamos acurrucado el uno junto al otro, aprovechando la excusa más tonta, a ver la tele. Durante unos segundos recordé la de veces que había fingido que tenía que rascarme la espalda o que buscaba el móvil perdido por entre los cojines para cambiar de postura y poder abrazarla un poco más. Jimena debió acordarse de algo parecido porque, de repente, se levantó, ahuecó un almohadón y, esquivando el cojín rojo que le había regalado, cambió de sitio y ocupó la butaca.

—Han sucedido muchas cosas en muy poco tiempo. —Empezó sin mirarme, con la vista fija en el hueco que formaban sus muslos al estar sentada como una india—. Seguro que, cuando decidiste quedarte aquí, seguir alquilándome tu habitación, no te imaginaste nada de esto.

No me gustó nada adivinar hacia dónde se dirigía esa conversación, pero intenté no precipitarme.

—No, ya te lo he dicho en alguna ocasión, pero no lo cambiaría por nada del mundo —le aseguré—. ¿Y tú?

Levantó y bajó un hombro. Tampoco era la reacción que esperaba.

—Creo que aún necesito asimilarlo. Esta mañana Justin me ha ofrecido algo,



eso es lo que quería contarte.

¿Justin? ¿Justin le había ofrecido algo?

—¿De qué se trata?

—Abre un hotel en Nueva Orleans. Lo compró hace años y el mes pasado terminaron las reformas. El equipo que ha contratado para el restaurante es impecable y la chef encargada de los postres ha trabajado en varios restaurantes con estrellas Michelin, es fantástica.

—Me alegro. —¿Se suponía que tenía que decir algo más?

—Justin me ha dicho que nos invitaba a pasar unos días allí. Podríamos pasar una semana en Nueva Orleans y después... después podríamos volar a México y quedarnos en una playa, en uno de esos hoteles con pulserita donde no tienes que hacer nada. Creo que a Michael le gustaría y tú y yo... tú y yo podríamos estar solos, reservaríamos dos habitaciones y...

—¿Justin ha organizado mis vacaciones? ¡¿Nuestras vacaciones?!—Hacía tiempo que Justin había dejado de caerme mal, lo prometo, pero de aquí a que se entrometiera en nuestra relación...

—No. —Jimena levantó la vista y me miró, quedó claro que no le gustó lo que vio. Perfecto, así los dos estábamos en igualdad de condiciones—. Justin ha tenido la generosidad de invitarnos a Nueva Orleans porque hace tiempo le hablé de esa chef y ha pensado que me haría ilusión conocerla y que tanto Michael como tú y yo podríamos pasar allí unos días. Lo de México ha sido idea mía, aunque ya veo que no te hace ninguna gracia.

—Lo que no me hace gracia es que Justin se entrometa entre nosotros, Jimena.

—¡¿En serio vas a salirme con esas?! Justin no se mete entre nosotros. Es mi jefe y por encima de eso un buen amigo, pero nada más. Lo sabes perfectamente. Tú nunca has tenido que oírme decir que estoy enamorada de él —añadió en voz más baja e igual de furiosa.

Joder. Era verdad eso que decían que el pasado siempre vuelve para morderte en el culo. Supongo que habría sido demasiado pedir que Jimena no recordase esa conversación, esa discusión dos octubres atrás, cuando le dije que estaba enamorado de Cande.

Qué estúpido había sido. Aunque no me gustase, tenía que reconocer que le había dicho tal cosa a Jimena porque entonces la había creído. ¿Cómo diablos iba a saber lo que significaba estar enamorado si nunca lo había estado? Nunca hasta entonces, claro. Nunca había imaginado que se pudiese sentir lo que sentía por Jimena y, si alguien me hubiera avisado, tal vez lo habría evitado, porque dudaba mucho de que pudiera seguir adelante de esa manera. Yo no estaba preparado para vivir así, con ese constante peso en el pecho por miedo a perderla, con esa constante necesidad de estar con ella y de hacerla feliz. Era como una enfermedad y, si no podía dejar de verlo así, quizá sería mejor para todos, para ella, que me alejase durante un tiempo.

Además, Jimena no me había dicho en ningún momento que me quisiera o que se estuviese enamorando de mí ni nada parecido. Lo único que había dicho era que habían sucedido muchas cosas demasiado deprisa y que aún necesitaba tiempo para asimilarlo. Tal vez tiempo era lo que los dos necesitábamos.

—¿Cuándo quieres ir a Nueva Orleans?

Jimena sonrió incrédula, cualquiera diría que ella ya había imaginado aquella conversación en su mente y había decidido que yo iba a decepcionarla.

—El próximo fin de semana. Michael está de vacaciones, así que en ese sentido no tenemos que esperarnos, y en el restaurante estará todo bajo control, podrán apañárselas sin mí. Llevan tiempo diciéndome que necesito unas vacaciones.

Sí, y seguro que Justin se había encargado de dejarles claro que nadie iba a ponerle ningún problema.

—De acuerdo entonces, pero el jueves o el viernes siguiente tendríamos que coger un vuelo a España. Ese sábado es la boda de Cande y Barver y estamos invitados. Me gustaría ir —afirmé— y después podríamos pasar unos días en Haro. Sé que no tomaremos tanto el sol como en tu propuesta de México, pero...

—¿La boda de Cande? ¿Desde cuándo sabes que se casa?

—Desde finales del año pasado —contesté confuso.

—¿Lo sabías en Las Vegas? ¿Y cuando te instalaste aquí?

—Sí, claro.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Al principio no tenía intención de ir y después... —Me froté la frustración del rostro, aquello iba de mal en peor—. Joder, no lo sé, Cande... Mierda, joder, quiero decir, Jimena.

Siguió mirándome (¿por qué no apartaba los ojos ahora que le brillaban?), hasta que parpadeó y sacudió la cabeza.

—Hace mucho calor, la humedad de estos días apenas me ha dejado dormir. Creo que iré a acostarme.

—No me hagas esto, Jimena, no me dejes así. Terminemos esta conversación. —La habría tocado si hubiera creído que ella no iba a apartarse.

—Claro, porque tú eres siempre tan sincero... ¿Crees que no me doy cuenta de que estás preocupado o de que siguen sin gustarte esta ciudad y tu trabajo? Crees que no me doy cuenta o que no me importa, que me basta con lo que tenemos y... no es así.

—Lo que tenemos es lo mejor que he tenido nunca, Jimena.

—Tal vez. O tal vez lo que sucede es que no ves que podrías tener mucho más. Tal vez estás tan obcecado en hacer lo correcto, en ayudarme con Michael, en ser el mejor hombre del mundo que no te enteras de nada, Víctor.

¿Era malo que quisiera hacer lo correcto? No entendía nada y lo peor era que podía sentir físicamente que Jimena se estaba alejando de mí. Intenté recuperar la conversación de antes a ver si así salía de aquel embrollo y se me aflojaba el nudo que tenía en el estómago.

—¿Qué te parece lo de volver a casa por vacaciones?

—A casa... Sí, supongo que tú lo ves así. —Le sonó el teléfono, era un mensaje de Michael diciendo que se quedaba a pasar la noche en casa de su amigo—. No sé si quiero ir a la boda de Cande, Víctor, deja que me lo piense.

—Claro, piénsatelo. Siento no habértelo dicho antes.

Asintió y caminó hasta la puerta de nuestro dormitorio.

—Una cosa más, esa mujer de la inmobiliaria me llamó y dice que tiene varias personas interesadas en la casa.

Noté una sacudida.

—¿En esta casa? ¿Desde cuándo está en venta?

—No lo está, oficialmente. Pero ya sabes cómo es esa mujer, supongo que no ha podido evitarlo. Le he dicho que la llamaré después de las vacaciones.

—¿Por qué?

—Esta casa la compró mi padre y, después de conocer a Christina y de hablar con Michael sobre él, estoy convencida de que la compró para apaciguar su sentimiento de culpa. —Me miró—. No quiero vivir rodeada de la culpabilidad de nadie, es asfixiante, y creo que a mi hermano y a mí nos iría bien empezar de cero en otra parte. De momento no tengo nada decidido y no voy a precipitarme, ya sabes cómo soy, pero he pensado que debías saberlo.

¿Por qué? ¿Por qué voy a tener que buscarme otro lugar donde vivir? Joder, tendría que haberle dicho entonces que yo también quería formar parte de esa decisión, pero que no me hubiese incluido desde el principio me dolió y el orgullo me impidió mostrarle el daño que acababa de hacerme.

—Gracias por decírmelo.

Entró en el dormitorio y yo me quedé allí, en el comedor, repasando una y otra vez esa conversación en busca de la clave que me permitiera entenderla. No lo logré e intuí que, si seguía dándole vueltas, me volvería loco. Además, sabía que me resultaría imposible concentrarme mientras tuviera la imagen de Jimena decepcionada conmigo fija en la mente. Apagué las luces y, sin hacer ruido, fui a acostarme.

Llevaba un rato tumbado mirando el techo a oscuras, preguntándome si tendría tiempo de repintarlo antes de que Jimena vendiera la casa. Entendía lo que me había dicho, pero lamentaba desprenderme de ese lugar en el que estaba dejando una parte de mí mismo y estaba seguro de que ella había hecho lo mismo. Claro que, en el caso de Jimena, quizá se trataba de un lastre del que necesitaba desprenderse para seguir adelante.

Sentí el instante exacto en que abrió los ojos a pesar de que no podía verlos. Se había tumbado hacia mí hacía un rato y, aunque no la había tocado,

probablemente mi tensión había acabado despertándola. Imité su postura y me tumbé de lado hacia ella. La luz estaba apagada, pero la cortina no había quedado bien puesta y la ciudad se colaba un poco por ella. Levanté una mano y le acaricié la mejilla, al oírla suspirar se me encogió el corazón.

—No confío en mí —susurré con la esperanza de que me entendiera y de que me permitiese llegar al final de lo que quería decirle—. Llevo meses que no sé qué me pasa y que... Joder, Jimena, casi no puedo respirar.

Ella alargó una mano y la colocó en mi pecho aflojando de golpe la tensión y haciendo que entrase el aire.

—¿Por qué no confías en ti?

Intenté sonreír a pesar de la seriedad de la conversación.

—¿Por dónde quieres que empiece? Es una lista muy larga.

—Por donde quieras. —Se acercó un poco más y con la otra mano me acarició la barba.

Tuve que tragar saliva dos o tres veces antes de continuar.

—Antes has acertado de pleno, sigo sin involucrarme al cien por cien en mi trabajo y no sé qué hacer. No es que no sea interesante, lo es, y tengo un buen equipo, pero no me llena y me siento como un cretino diciéndolo. Me siento como un cretino por pensar así.

—¿En San Francisco te gustaba?

—Eso es lo peor de todo, creo que allí ya me sentía así, pero que no me había dado cuenta. Es como si nada estuviera bien, como si unos alienígenas me hubiesen abducido y me hubiesen lanzado en medio de una vida que no es la mía y, por más que lo intento, no logro encajar.

—Oh, vaya, lo siento.

Intentó apartar la mano de mi pecho y la retuve por la muñeca.

—Excepto tú, Jimena. Excepto cuando estoy contigo. Tienes que creerme. No sé qué hacer, nada tiene sentido.

Volvió a apoyar la palma y sentí la tristeza que intentaba ocultarme.

—Creo que te entiendo, Víctor. Yo me sentí así una vez, hace tiempo, cuando decidí irme de Francia e instalarme en Haro. Era como si nada encajase conmigo, como si, por mucho que lo intentase, nada pudiese hacerme sentir

que pertenecía a ese lugar. Supongo que por eso me vine a Nueva York cuando me enteré de la doble vida de mi padre, fue como si el destino me diese una coartada para dejar de intentarlo.

—Sí, exacto. —Suspiré aliviado. Si Jimena me entendía, quizá también podría ayudarme.

Volvió a acariciarme la barba y me dio un beso y después otro. Nos desnudamos y, cuando su piel tocó la mía, perdí la cabeza, me tumbé encima de ella y, sujetándole los brazos por encima de la cabeza, entré en ella. No me atreví a decirle con palabras lo que estaba sintiendo.

El día que aterrizamos en Nueva Orleans, Jimena todavía no me había dicho si iban a acompañarme a la boda de Cande. En pleno alarde de optimismo, yo había confirmado nuestra asistencia y había comprado los billetes, pero — como no quería presionarla— había decidido darle un poco más de tiempo.

El hotel era precioso, de lo contrario no formaría parte de la prestigiosa cadena de Justin, y nos habían instalado en dos habitaciones contiguas con unas vistas preciosas del barrio francés. Jimena pasó una mañana entera metida en la cocina hablando con esa chef y compartiendo experiencias, y Michael y yo aprovechamos para pasear por nuestra cuenta.

Jimena estaba muy feliz y confieso que, al verla tan radiante, tuve algo de celos de no haber sido yo el causante de tal cambio, pero me los quité de encima. Ella era lo más importante y, si ahora por fin estaba recuperando la alegría de antes, no iba a interponerme en su camino. Todo lo contrario, haría lo posible para que estuviera así siempre.

Hicimos turismo, comimos en restaurantes preciosos y en casas antiguas y modestas donde nos sirvieron un *gumbo* delicioso, sonaba jazz por todas partes y de noche nos devorábamos el uno al otro. El sexo con Jimena había sido increíble desde el principio, pero allí, en Nueva Orleans, estuvo a punto de matarme.

Estábamos desayunando en nuestra habitación, Michael había bajado al gimnasio del hotel —Justin le había conseguido un entrenador de boxeo—, y yo me sentía inmensamente feliz y satisfecho gracias a la mujer que tenía delante que ni siquiera me importó que don perfecto hubiese vuelto a entrometerse en nuestra vida.

—Tenemos que volver aquí —dije acariciando la pierna de Jimena que descansaba sobre la mía—. Como mínimo una vez al año.

—No estaría mal, pero ¡aún nos quedan unos días! Michael aún va a tardar dos horas en volver y se me ha ocurrido una idea... Una vez leí que si... —Se sonrojó y mi cuerpo reaccionó acorde, excitándose en cuestión de segundos—. ¿Me dejarías probar una cosa?

—No hay nada que no te dejaría probar conmigo, Jimena. —Carraspeé—. Pero antes, ¿has pensado ya lo de la boda de Cande? Es dentro de tres días y...

—No voy a ir, no puedo.

Levanté las cejas.

—¿No puedes? ¿Ha sucedido algo?

Se levantó, me insulté por haber sacado el tema, y caminó hasta el balcón. Llevaba el albornoz del hotel y la melena suelta y aún húmeda por la ducha. Nunca me acostumbraría a mirarla ni tampoco a la sacudida que me daba el corazón siempre que estábamos juntos. Todavía no se lo había dicho, pero era imposible que no lo supiera, que no lo notase.

—¿Sabes qué fue lo peor de pillar a Dennis ese día paseando con su esposa?

—No. —Me levanté y me acerqué. No iba a dejar que Jimena se enfrentase sola a esos recuerdos. Quería que supiera que me tenía allí con ella. Me coloqué detrás de ella y la rodeé por la cintura. Ella apoyó la cabeza en mi hombro antes de seguir hablando.

—Lo peor fue ver cómo la miraba. Creo que, si los hubiera visto de espaldas, habría seguido creyéndome que Dennis no la quería y que iba a dejarla por mí.

—Ojalá pudiera estrangular a ese desgraciado por lo que te hizo. —Se rio un poco—. Lo digo en serio, daría lo que fuera porque nadie te hubiese hecho daño.

—A ti también te lo han hecho, Víctor.

—No es lo mismo. Yo puedo soportarlo.

—¿Y crees que yo no? —se burló.

—No es eso, sé que tú puedes con todo. Eres la mujer más increíble que conozco. Lo que pasa es que yo no puedo soportar la idea de que nadie te haga



daño. Para mí, eres lo más importante. —Agaché la cabeza y le besé el cuello. Metí una mano por la abertura del albornoz y acaricié su piel desnuda—. Joder, voy a peor, creía que algún día se me pasaría, pero voy a peor. Cuanto más te tengo, más te necesito.

—Y yo a ti. —Dejó caer la cabeza y bajé la mano hasta su entrepierna para acariciarla. Al descubrir lo excitada que estaba, me fallaron las rodillas—. Por eso... —gimió y perdió el aliento.

Eché una mano hacia atrás y buscó mi erección. Yo también iba en albornoz, así que no le costó demasiado. Noté que separaba las piernas y que apartaba la mano para sujetarse con las dos en la barandilla del balcón. Nadie podía vernos y estar así, con ella, allí fuera, a plena luz, sentirla a mi alrededor... Me nubló la mente.

—¿Estás segura? —conseguí preguntarle mientras me aflojaba el nudo del albornoz y levantaba el suyo como podía—. Dime que estás segura.

—Ahora, Víctor. Te necesito.

Entré en ella, tuve que hundir el rostro en su hombro y morderla para no gritar y que nos viera alguien desde la calle. Apoyé las manos también en la barandilla, al lado de las de Jimena, pero ella las levantó y las colocó encima de las mías para entrelazar los dedos. Fue y será siempre la unión más animal y más física que he tenido nunca con nadie y al terminar, cuando mi corazón seguía atrapado en la garganta, con el sabor de su piel en mis labios y convencido de que iba a morirme sin ella, me aniquiló. Y esa vez fue de verdad.

—No voy a acompañarte a la boda de Cande y no voy a pedirte que no vayas. Entiendo que quieras ir, de verdad que sí. —Le brillaron los ojos y una lágrima le resbaló por la mejilla. Se la secó antes de que yo pudiera acercarme a hacerlo—. Pero no me pidas que vea cómo la miras, no lo soportaría.

Me puse furioso. ¿Cómo podía decir eso? ¿Cómo podía insinuar aquella atrocidad cuando mi cuerpo acababa de salir del suyo, cuando acababa de entregarle el alba en todos esos besos?

—¿Qué?! —Parpadeé y sacudí la cabeza, tal vez no la había entendido bien

—. ¿Estás diciéndome que no vas a venir a la boda de Cande porque crees que la miraré como si estuviera enamorado de ella?

—Sé que no quieres creerlo, Víctor, pero...

—¡Por supuesto que no quiero creerlo porque es mentira! Joder, Jimena. Además, tú lo supiste antes que yo, ¿acaso te has olvidado de la cantidad de veces que me dijiste que me estaba comportando como un idiota con Cande? Me dejaste bien claro que saltaba a la vista lo confuso y equivocado que estaba. ¡Me lo gritaste en Nueva York! ¿Por qué me dices esto ahora? No estoy enamorado de Cande, nunca lo he estado. Hace mucho tiempo que lo sé. Estoy enamorado de ti, Jimena. —Busqué sus manos y suspiré aliviado cuando me dejó sujetarlas—. ¿Acaso no lo ves, no lo sientes?

Le resbaló otra lágrima.

—No quiero sentirme así, Víctor. Odio sentirme insegura, yo no soy así. Pero no puedo ir a esa boda, no puedo.

La abracé, y le deseé la peor de las muertes a Dennis.

—Tienes que confiar en mí, en nosotros. Yo también tengo miedo, joder, Jimena, estoy aterrorizado, pero sé que vale la pena correr el riesgo. Nunca me había sentido así. Nunca. Tienes que creerme —le supliqué.

—Y te creo. Creo que cuando estás conmigo no piensas en ella, pero ¿qué pasará si la ves? ¿Qué pasará cuando la veas y recuerdes lo que pasó con ella?

—No pasará nada y, si recuerdo algo, solo servirá para que me sienta como un idiota por no haberme dado cuenta antes de la verdad.

—Tú dices que quieres volver a casa y yo no siento lo mismo. Yo creo que empiezo a sentir que mi casa está en otro lugar, no en España...

—O sea que esto no es solo por la boda de Cande. ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Supongo que por el mismo motivo por el que tú no hablas nunca de tu trabajo, porque tenía miedo de tener esta conversación, de hablar contigo y de que te des cuenta de que lo mejor que puedes hacer es irte.

—No quiero irme a ninguna parte.

—No quieres porque no te atreves a planteártelo, pero tarde o temprano

tendrás que hacerlo, Víctor. No puedes seguir así, trabajando en algo que te da igual en una ciudad que no te gusta.

—Y das por hecho que cuando me atreva a planteármelo llegaré a la conclusión de que tengo que dejarte. Joder, Jimena.

—Quiero creer que estás enamorado de mí, que a pesar de que has tardado mucho tiempo en aclarar tus ideas sientes que esto es lo que quieres de verdad. Quiero creer que lo que ha sucedido entre los dos no tiene nada que ver con que te atropellase aquel taxi o con que estuvieras a mi lado durante la muerte de Christina o con lo que hiciste por nosotros cuando los Thompson intentaron llevarse a Michael. Quiero creer que tú y yo estaríamos aquí, aunque nada de eso hubiera sucedido.

—Pero no puedes —adiviné furioso.

—Lo siento.

—Crees que estoy contigo porque soy demasiado bueno, porque hago lo correcto o no sé qué otra estupidez. Y crees que, si veo a Cande, perderé la cabeza y le pediré que vuelva conmigo. No es cierto, joder, nada de eso es cierto. Podría haberte ayudado de otra manera. Aunque solo hubiéramos sido amigos, te habría ayudado durante el juicio. Y el taxi me atropelló porque pensé que iba a atropellarte a ti y me puse delante. —Me miró confusa—. Sí, por fin te lo he dicho, entonces ya me volvías loco. Me puse delante de un coche en marcha porque creí que iba a hacerte daño.

—No puedo ir a la boda, no me lo pidas, por favor.

—Está bien. No lo haré. Aunque una parte de mí insiste en que debería convencerte para que así vieras con tus propios ojos lo equivocada que estás, no lo haré. Ya encontraré otra manera de demostrártelo.

—¿No estás enfadado?

—Estoy furioso. Me gustaría matar con mis propias manos a Dennis por haberte hecho sentir tan insegura y por haberte hecho tanto daño que ahora no te atreves a confiar en el amor. Y después de ocuparme de Dennis hablaría con tus padres y también les diría cuatro cosas.

—¿Y qué vamos a hacer?

—De momento vamos a ducharnos, Michael no tardará en volver, y después

iremos a pasear por Nueva Orleans. Y esta noche puedes probar eso que antes no has acabado de contarme.

—¿Y después?

—Después yo iré a esa boda y tú irás a México con tu hermano y me torturarás mandándome fotos en bikini. Y, cuando vuelva, verás que no tenías nada de qué preocuparte, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

La boda de Cande y Barver se celebraba en lo alto de una montaña, cerca de un precipicio. Confieso que no entendí a qué se debía la elección hasta que Pablo, el hermano del novio, me dijo que era un lugar especial para ellos. Al parecer allí había sucedido algo importante para los dos y el propio Barver lo confesó al pronunciar sus votos.

—Estaba aquí el día que me di cuenta de que me había enamorado de ti, Candela. Tú estabas en la cama, era la mañana de Reyes, y tuve que salir a escalar porque... Tú sabes por qué —le dijo a Cande pasándole un dedo por la mejilla. Aunque estaban rodeados por los invitados, un grupo de ochenta personas, era como si estuvieran solos, pues no podían dejar de mirarse. Les odié un poco y eché mucho de menos a Jimena—. Creo que nunca había tenido tanto miedo y eso que entonces yo ya había estado a punto de morir. Tuve miedo de que no sintieras lo mismo por mí o de, si por algún milagro lo sentías, no saber estar a la altura. Candela, mi vida, tú sabes que soy un jodido desastre, pero te quiero, te quiero tanto que... —A Barver le brillaron los ojos y que ni siquiera intentase ocultar que iba a llorar hizo que le respetase mucho más de lo que al parecer ya lo hacía—. Te quiero. Es lo único que quiero hacer bien en esta vida, quererte.

—Ya lo haces, Salvador. —Candela le acarició también el rostro y se puso de puntillas para darle un beso en los labios—. Te quiero —le susurró al apartarse, y entonces Barver reaccionó y la sujetó por la cintura para besarla con todas sus fuerzas.

No fue apropiado, fue perfecto. Y me sentí honrado de poder presenciar

aquel momento.

En cuestión de minutos estuvieron casados y todos les aplaudimos emocionados. Había algo en su historia de amor que era contagioso. Entre los invitados vi a todos los chicos del calendario, hablé con unos cuantos, y con quien estuve más rato fue con Jorge y con Javier, que habían acudido con sus respectivas parejas, y también tuve una conversación muy agradable con Ben (aunque esa fue también dolorosa porque obviamente me preguntó por Jimena y volví a echarla de menos). Ben es el pastelero que coincidió con Jimena en esa subasta benéfica de pasteles en Marbella, él sí iba acompañado y me presentó a su chica. Al parecer Cande, además de recorrer el país en busca del hombre perfecto —que sin duda no era yo a pesar del resultado del concurso—, también había ejercido de terapeuta e incluso de Celestina en algunos casos.

Estaba bebiendo champán y hablando otra vez con Pablo cuando Cande y Barver se unieron a nosotros.

—Felicidades —les dije—, me alegro mucho por vosotros.

Estreché la mano de Barver primero y también le di las gracias por lo que me había mandado semanas atrás.

—Ni lo menciones, gracias por estar aquí, Pastor. —Me miró y sonrió y después se dirigió a su hermano y le pidió que lo acompañase a saludar a unos familiares.

—Lo ha hecho para dejarnos solos —me explicó Cande.

—Me he dado cuenta. Se te ve muy feliz, me alegro mucho por vosotros, Cande. Lo digo sinceramente.

—Lo sé, te creo. —Se rio y me abrazó—. No sabes cuánto me alegro de que estés aquí. Es una pena que Jimena y su hermano no hayan podido acompañarte, aunque con todo lo que ha sucedido es comprensible.

—Yo también me alegro mucho de haber venido —omití mencionar a Jimena y a Michael y seguro que Cande se dio cuenta, pero no dijo nada más antes de soltarme. Se quedó frente a mí y seguí hablando—: Siento no haber contestado a tus correos y no haberte llamado antes de... antes de aquel día.

—No importa.

—Sí que importa. Al parecer lo he hecho mal en todos los sentidos. Jimena cree que nunca te menciono porque aún estoy colgado de ti y tú crees que soy el peor amigo del mundo. Así que lo siento, siento no haber reaccionado antes y haberme comportado como un cretino.

—Tú no podrías comportarte como un cretino aunque quisieras, Víctor.

—Y para que conste, no estoy colgado de ti. Es patético que lo reconozca tan tarde, pero la verdad es que nunca lo he estado.

Cande volvió a abrazarme.

—Los dos metimos la pata —dice al soltarme—, yo no tendría que haber estado contigo cuando sentía todo lo que sentía por Salvador. No estuvo bien.

—Y yo tendría que haberme dado cuenta y no haber confundido las cosas.

—¿Puedo decir algo sin que me digas que es una tontería sentimental?

—Claro, últimamente he cambiado y te sorprendería la de tonterías sentimentales que me digo a diario. Dispara.

—Ah, ¿sí? Cuenta, cuenta.

—No te distraigas, ¿qué querías decirme?

—Creo que a los dos, tanto a ti como a mí, nos hacía falta conocernos para después poder encontrar a Salvador y a Jimena. Creo que necesitábamos esa experiencia. Pase lo que pase, jamás me arrepentiré de haberte conocido, Víctor, y a tu manera me ayudaste a comprender muchas cosas sobre mí y sobre el amor, así que, gracias.

—Lo mismo digo.

Brindamos con champán y, al terminar de beber, Cande fue engullida por los brazos de su mejor amiga Abril. Yo me quedé donde estaba, preguntándome si sería de muy mala educación sacarme el móvil del bolsillo y llamar a Jimena.

—Veo que te han dejado solo, ¿te apetece beber algo que no tenga burbujas?  
—Barver le pidió dos whiskys a un camarero.

Lo observé, estaba tan feliz que daban ganas de sacudirlo o de abrazarlo, o tal vez las dos cosas.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal, Salva?

Levantó una ceja sorprendido, tal vez porque utilizase su nombre y no su apellido como de costumbre.

—Claro.

—¿Cuándo dejaste de tener miedo? Antes, en la ceremonia has dicho que...

—Nunca he dejado de tenerlo, en realidad sigo aterrorizado. Mírala — desvió los ojos hacia Cande por encima del borde del vaso antes de beber—, esa mujer lo es todo para mí. Así que aún tengo miedo, pero tener miedo está bien, significa que estoy vivo y que por fin me he atrevido a vivir porque tengo a Candela. Antes de ella todo me daba igual, lo único que me hacía sentir algo era estar colgado de un precipicio, jugarme la vida. Supongo que esa es la cuestión, prefieres estar solo y no arriesgarte o seguir acojonado con esa persona a tu lado.

—¿Así de fácil? —Intenté bromear, me parecía lo más difícil del mundo, y él lo entendió.

—Supongo, Víctor, que tienes que hacerte la siguiente pregunta: ¿vas a dejar de querer a esa chica? —Sacudí la cabeza y él siguió—. Dado que la respuesta es no, ¿no crees que es mucho mejor pasar miedo a su lado que lejos de ella?

—Jimena tiene aún más miedo que yo, y no sé cómo convencerla de que nos dé una oportunidad.

—Encontrarás la manera. Yo le hice pasar un infierno a Candela, lo sabes mejor que nadie, y mira, se ha casado conmigo —repitió aún incrédulo.

—A Jimena alguien le hizo daño en el pasado y ahora...

—A todos nos han hecho daño, pero por la persona adecuada aprendemos a superarlo. Antes te he visto cómo mirabas a Candela, siempre me fijé en tus ojos, incluso... antes, hace dos años. Tú nunca la mirabas como yo. Supongo que por eso me dije que tenía una oportunidad con ella.

—¿A qué te refieres?

—Nunca miraste a Candela como si fueras a perder lo mejor de ti si ella se alejaba. Ni antes ni ahora. Nunca la has mirado como la miro yo.

—Ni ella a mí —me obligué a añadir.

—Cierto. Recuerdo a Jimena —dijo Salva—, recuerdo que pensé que había algo extraño entre vosotros, como cuando interrumpes una conversación a medias.

—Ya, tendría que haberme dado cuenta antes. —Di un trago, no me sentía orgulloso de mi ceguera emocional ni de mi estupidez y me incomodaba que incluso otra persona, *Salva*, hubiese detectado aquella chispa antes que yo—. ¿No te parece muy raro que estemos hablando de esto?

—Rarísimo. —Barver se rio—. Pero Candela siempre ha insistido en que tú y yo estamos destinados a ser buenos amigos y, aunque no me guste reconocerlo, en esa clase de cosas suele tener razón, así que, ¿qué me dices?

—Inclinó el vaso hacia mí—. ¿Amigos?

Lo choqué con el mío.

—Amigos.

—Y ahora lárgate y ve a llamar a esa chica, yo voy a por mi esposa.

Habría hecho alguna broma si no hubiese estado tan impaciente por escuchar la voz de Jimena.



# 17

## Agosto

Decidí que no me bastaba con eso e hice algo más que llamarla.

Había ido a Puigcerdá en coche, un todoterreno que había alquilado en el aeropuerto de Barcelona, y esa misma noche me despedí de Cande, Salva y los demás y me fui a Haro. A mi hermana Tori no le hizo ninguna gracia que redujese mi estancia de una semana a media mañana y se pasó media hora gritándome por haber conducido de noche. Eran casi seis horas y yo las había hecho después de asistir a una boda y de vete a saber cuántas horas de avión, decía. Yo sabía perfectamente cuántas horas de avión separaban Nueva Orleans de España, me las había pasado pensando en Jimena y preguntándome si había cometido un error al irme, pero no interrumpí el sermón de Tori. La dejé hablar y, cuando terminó, la abracé y le dije que tenía que volver a Estados Unidos porque necesitaba decirle a Jimena que la quería.

Mi hermana es una romántica, pero la muy bruta me pegó. Yo que le había hecho esa confesión creyendo que me abrazaría y me daría ánimos, que me rebelaría algún secreto mágico sobre las mujeres, y me pegó.

—Yo podría habértelo dicho hace tiempo, idiota, y ahora *tú* podrías aquí unos cuantos días y *yo* podría sobornar a Jimena para que me hiciera uno de sus cruasanes.

Solo conseguí que me dejara irme tras prometerle que le mandaría la receta de esos cruasanes y que iríamos los dos —los tres, porque Tori enseguida incluyó a Michael en la familia— a pasar unos días con ellos en Haro o donde fuera.

Primero volé a Atlanta, esa fue la parte fácil del viaje, después las cosas se complicaron un poco. Cruzar casi medio mundo sin reservas previas y con

prisas no es moco de pavo.

Jimena y Michael estaban en Zihuatanejo, así que tenía que llegar a Acapulco y desde allí subirme a un taxi o alquilar un coche. Lo que estaba haciendo era una locura y más en alguien como yo, famoso por planificarlo todo y calcular hasta el último detalle. Pero aquel viaje era el ejemplo más claro de cómo había cambiado esos meses; aunque empezaba a darme cuenta de que más que cambiar había evolucionado, había aprendido que hay cosas que son incontrollables, como lo que yo sentía por Jimena y la necesidad que tenía por verla y por estar con ella. Podría haberle dicho que iba hacia allí, pedirle que me esperase y buscar un itinerario de vuelos más razonable tanto para mi estado físico como mental, pero no, mis entrañas insistían en que no podía detenerme y que era importante que lo hiciera de esa manera, que Jimena se merecía que alguien, yo, cometiera locuras por estar con ella.

Tanto en los distintos vuelos como en los aeropuertos donde tuve que esperarme, las horas pasaron demasiado despacio y, cuando por fin bajé del taxi delante del hotel de Zihuatanejo, no recordaba la última vez que me había duchado o que había dormido en una cama, pero tampoco la última vez que me había sentido tan impaciente y ansioso por alguien. Eso último no lo recordaba porque no me había ocurrido nunca, solo lo había sentido por Jimena.

Eran las cuatro de la madrugada, tenía ese detalle a favor. Tras registrarme en la recepción, fui a mi habitación, que había reservado con la esperanza de que a partir de mi llegada la ocupase Michael, y me duché. No podía sorprender a Jimena en ese estado tan lamentable. No es que mejorase mucho después de la ducha, pero al menos no apestaba a aeropuerto y a nervios. Me temblaban las manos cuando mandé un mensaje al móvil de Michael — compartía habitación con su hermana— y crucé los dedos para que Jimena no se enterase. Diez minutos más tarde, le entregaba la llave de plástico a un perplejo adolescente.

—Tío, estás fatal —me dijo al verme.

—Lo sé. Gracias. ¿Estás seguro de que tu hermana no se ha despertado?

—Segurísimo. Toma, esta es nuestra llave. Voy a dormir un rato más. Buscadme en la piscina cuando... —puso cara de asco—, no quiero ni

pensarlo. Estaré por allí.

Esperé a que Michael cerrase la puerta (estaba tan dormido que dejó que le mesase el pelo sin quejarse) y apenas un par de minutos después estaba delante de la habitación de Jimena. Deslicé la tarjeta por el visor y abrí con cuidado. La habitación estaba a oscuras, pero empezaba a amanecer y el sol anaranjado bastaba para que viese la silueta y el rostro de Jimena en la cama. Estaba dormida, acurrucada a un lado, y el otro estaba completamente plano. Inspeccioné como pude el entorno, no quería tropezarme con nada, y vi que era una habitación espaciosa, lo bastante para que cupiese otra cama, de la que sin duda yo había sacado a Michael, y un gran ventanal al fondo. Del respaldo de una silla colgaba un bikini, Jimena me había torturado mandándome una fotografía, y en una mesilla había un montón de conchas y un libro de bolsillo.

Dejé las chanclas a un lado y me quité la camiseta y los pantalones cortos para quedarme en calzoncillos. De puntillas llegué a la cama y me metí dentro. No pude resistir la tentación de abrazarla y, en cuanto la tuve cerca de mí y la oí suspirar, supe que todo había valido la pena.

—¿Víctor? —preguntó dormida.

—Sí, soy yo. Estoy aquí, te echaba de menos.

—Yo a ti también, por eso sueño contigo. —Hundió la nariz en mi pecho y respiró profundamente. Entonces cayó en la cuenta de que algo no encajaba y se apartó asustada y confusa. Alargó una mano en busca del interruptor de la luz—. ¿Víctor? ¡Víctor!

En cuanto parpadeó y distinguió claramente mi rostro, saltó a mis brazos y no me soltó.

—¡Oh, Dios mío! No puedo creer que estés aquí.

—Pues claro que estoy aquí. Te echaba mucho de menos. No tendría que...

—No tendría que haberme negado a acompañarte a la boda. —No me dejó terminar—. Fue una tontería.

La miré y le acaricié el pelo. Había echado mucho de menos no poder hacerlo esos días.

—No, no lo fue. Creo que por fin he entendido por qué no querías venir conmigo y en cierto modo me alegro de haber ido solo. Te lo contaré todo

después, ahora... —Me incliné a besarla. Ella se apartó sobresaltada.

—¿Dónde está mi hermano?

Tuve que sonreír.

—En mi habitación. Quería darte una sorpresa, así que ayer o antes de ayer, o hoy, ya no lo sé, reservé una habitación a mi nombre. Cuando he llegado, me he duchado y después le he mandado un mensaje a Michael para pedirle que me dejase entrar. Se ha quedado durmiendo allí, le he dicho que nos encontraremos en la piscina.

—Ah, de acuerdo. —Me miró y se humedeció los labios—. Tienes que estar muy cansado, será mejor que duermas un poco.

—Puedo estar un poco más sin dormir, pero no puedo seguir ni un segundo más sin ti.

—Me alegro. —Sonrió—. Porque yo tampoco.

Puse una mano en su cadera y deslicé el dedo por la cinturilla del pantalón corto que llevaba para dormir, con camisa a juego, como de costumbre. Un camión de lencería no me causaría el mismo efecto. De hecho, desde que se los he visto a Jimena, creo que los pijamas antiguos son lo más erótico que he visto en mi vida, desabrochar cada botón es... Empecé a hacer exactamente eso, un botón tras otro hasta que dejamos de echarnos de menos.

Me desperté casi doce horas más tarde y encontré a Jimena leyendo en una hamaca que había en el balcón de la habitación. Sonreí al ver qué libro era.

—¿Estás leyendo *El hobbit*?

—Sí, me dijiste que era tu libro preferido. —Dobló la esquina de una página y lo cerró.

Lo era, pero no recordaba esa conversación.

—¿Cuándo te lo dije?

—Un día mientras corríamos en Haro.

—¿Y te acuerdas? Pero si fue hace años. Además, creía que no me escuchabas cuando salíamos a correr, que solo lo utilizabas como técnica para que me cansase antes que tú.

—Bueno, supongo que parte de eso había, pero te escuchaba.

Noté que se sonrojaba a pesar de que estaba más bronceada que de costumbre.

—¿Qué pasa? —Me senté a su lado en la hamaca.

—Digamos que, cuando te conocí, me gustaste un poco y me fijaba en todo lo que decías, ¿vale? Bueno, algo más que un poco. Ya está, ya lo he confesado. Todavía me muero de la vergüenza cuando pienso que te conté que me había masturbado pensando en ti. No sé qué me pasó ese día por la cabeza.

—Es uno de mis mejores recuerdos.

—No me cabe ninguna duda. —Se sonrojó y cambió de tema—¿Qué te apetece hacer esta noche? Te has pasado el día durmiendo. Michael quería despertarte lanzándote un cubo de agua, pero me he negado.

—Pero dejando a un lado lo de esa inesperada y maravillosa confesión de tu masturbación...

—¿Tienes que recordármelo?

—Dejando a un lado que me utilizabas como objeto erótico —Me golpeó riéndose, pero seguí hablando—, explícame eso de que te gustaba. Siempre me mirabas como si quisieras matarme muy lentamente, descuartizándome.

—¿Tú te has visto?

La miré confuso y sin poder dejar de sonreír.

—Te gustaba. ¡Te gustaba!

—¿Cuántos años tienes, Víctor?

—Te gustaba —repetí rodeándola con los brazos para que no pudiese escapar—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Cuándo? ¿Cuando te comportabas como un científico chiflado que odiaba a la Humanidad o cuando decidiste salir de tu cueva para encapricharte de una periodista dicharachera?

—Au, eso ha dolido.

—Pues te lo tienes bien merecido. Además, nunca pensé que yo fuera a gustarte a ti. —Enarqué una ceja—. Como tanto te gusta recordarme, *yo* te utilicé a *ti* para masturbarme, no tenía ni idea de si tú te habías fijado en mí. Por lo que yo sabía, era probable que solo salieras a correr conmigo por

aburrimiento. No es que no me sienta segura de mí misma, sé que soy lista y divertida y físicamente no estoy mal.

—¿Lista y divertida? ¿Y que no estás mal? Eres la persona más inteligente y valiente que conozco y... eres lo más bonito, hermoso, sensual y erótico que he visto nunca. ¿Sabes por qué corrías siempre más tú que yo? Porque me quedaba embobado mirándote las piernas y la coleta. En serio, estoy seguro de que soy el primer hombre que se ha puesto cachondo mirando el vaivén de una coleta. Lo mío contigo es muy grave.

—Conque grave, ¿eh?

—Gravísimo. Ahora solo me falta que me creas.

—Empiezo a creerte. —Apartó la mirada y no insistí. Había echado de menos esas conversaciones entre nosotros, que me tomase el pelo y, además, había reconocido que yo le gustaba y en aquel instante me sentí como si pudiera dominar el mundo—. ¿Qué quieres hacer? Michael ha salido a pasear con unos amigos, los conoció el primer día en la piscina, pero apenas ha podido quedar con ellos, ha insistido en hacerme de canguro, decía que parecía un alma en pena. Es probable que él se haya alegrado casi tanto como yo de que hayas venido.

—¿Así que casi tanto como tú?

—Vale, seguro que yo me he alegrado mucho más, pero te aseguro que ha dado un salto de alegría cuando le he dicho que podía pasar el día sin nosotros, así que ¿qué te apetece hacer?

—¿Puedo elegir yo?

—Claro, pero no olvides que un gran poder conlleva una gran responsabilidad.

—¿Acabas de citarme una frase de *Spiderman*? —Ladeé la cabeza sonriendo—. ¿En esas estamos? ¿Sacando la artillería pesada? Tú misma.

—¿Yo? No sé por qué lo dices. —Juntó las piernas y se lamió el labio.

—Tú lo has querido. —La levanté en brazos y me la puse en el hombro como un saco de patatas sin apartar una mano de sus nalgas—. Quiero tumbarte en esa cama. —La tumbé—. Desnudarte. —Procedí a hacerlo—. Y descubrir cuántas horas puedo pasarme con la cabeza entre tus piernas,

lamiéndote y sin que te corras. —Oí que le falló el aliento—. ¿Qué te parece?

—No hace falta que te pongas así. —Sonreía y apoyó los antebrazos en la cama para echarse hacia atrás. Le sujeté un tobillo y al acariciarlo ella suspiró—. ¿Horas?

—Horas. —Le separé las piernas y puse las manos en sus rodillas. La miré, noté que el corazón se me descontrolaba y, cuando sus ojos me recorrieron hambrientos, me excité tanto que...—. Cambio de planes. —Le besé el interior de los muslos y ella me pasó los dedos por el pelo—. Vamos a ver cuántas veces soy capaz de hacer que te corras antes de hacerte el amor.

Esa semana fue una de las mejores de mi vida. Si hubiese sido un cuadro, lo habría enmarcado y colgado en el comedor para pasarme horas mirándolo a diario.

Volvimos a Nueva York. A mí me quedaban unos días de vacaciones —tampoco es que tuviera ninguna prisa por regresar al trabajo— y a Jimena también, así que nos dedicamos a terminar de restaurar las habitaciones que faltaban de la casa, y lo hicimos con la ayuda de Michael y sus nuevos amigos, un grupo que se había formado en el gimnasio y que había conseguido que su hermana respirase más aliviada (los días en que el chaval se había dejado llevar por esos aprendices de delincuentes de su colegio parecían haber quedado atrás). Lo único negativo era que en el grupo nuevo había una chica, Estela, de la que Michael se había enamorado perdida y trágicamente —como ocurre a los quince casi dieciséis años— y ella en cambio se había fijado en Colt, un chico de dieciocho. El tema era tabú en casa, pero eso no evitaba que lo sacásemos y estoy convencido de que Michael, en el fondo —aunque nos mirase como si estuviéramos zumbados—, agradecía esas conversaciones donde le tomábamos el pelo e intentábamos aconsejarlo, explicarle que eso, aunque no nos creyera, no era amor, que era solo un entrenamiento para cuando el de verdad llegase.

Jimena estaba resplandeciente, no podía dejar de mirarla, no exagero. Ni de tocarla. Seguía un poco preocupado por ella —aún arrastraba el cansancio de

los meses anteriores y en México había comido un cóctel de gambas en mal estado antes de que yo llegara y se había pasado dos días vomitando—. No me lo había contado en su momento porque no quería que me preocupase, pero a finales de agosto ya se había recuperado del todo y parecía poseer una fuente inagotable de energía, que principalmente destinaba a torturarme y a robarme un pedazo de corazón tras otro. Ella aún no me había dicho que me quería, ni siquiera que se estuviese enamorando de mí (podéis comprobarlo, creedme si os digo que a esas alturas había repasado mentalmente cada conversación que habíamos tenido a ver si se me había pasado por alto), pero por el modo que me miraba, me besaba y me tocaba sabía —o eso me decía a mí mismo— que debía de estar haciéndolo, que era imposible que no sintiera lo mismo por mí.

De noche me recordaba que tenía que ser paciente, el pasado de Jimena le daba derecho a ser cauta —joder, tendría derecho a serlo incluso sin ese pasado—. Yo tenía que esperar y seguir queriéndola como hasta ahora. No creáis que no me di cuenta de la ironía: yo, que me había pasado meses decidido a no volver a arriesgarme con nadie, convencido de que el amor era una mierda y de que enamorarme estaba completamente fuera de mis planes, no solo estaba enamorado, sino que ahora tenía que esperar. Me estaba bien merecido por haber estado tan ciego con Cande y por no haber visto antes a Jimena a pesar de tenerla literalmente delante de mis narices.

—Deja de pensar —se quejó Jimena—, no me dejas dormir.

Estábamos a oscuras, ella tenía la cabeza recostada en mi pecho y yo la rodeaba por la cintura. Con la otra mano le acaricié el pelo.

—¿Mis pensamientos no te dejan dormir?

—Los oigo desde aquí —bostezó.

—Vale, pues dejo de pensar. —Le di un beso en la frente—. Este verano ha sido el mejor de mi vida.

—Y el mío. Yo también he estado pensando, ¿sabes?

—Ah, ¿sí? ¿En qué?

Suspiró adormilada.

—En que creo que ya sé cuál es tu fantasía. Deja de pensar y duérmete.

El corazón se me aceleró al recordar esa conversación. Estábamos cenando



en México, era nuestra última noche allí y Michael había convencido a su hermana de que lo dejase salir con sus amigos del hotel, así que estábamos ella y yo solos. Bebimos más margaritas de la cuenta —esos cócteles los carga el diablo— y Jimena me preguntó cuál era mi fantasía sexual. Me atraganté, lo confieso, y le respondí honestamente que no creía tener ninguna o que, si las tenía, las estaba haciendo realidad con ella. Se sonrojó y aproveché para preguntarle cuál era la suya. Me miró a los ojos al contestarme, recuerdo que ver cómo se le dilataban las pupilas de deseo al explicarme lo que quería hacer conmigo consiguió que casi estuviera a punto de correrme.

—Quiero que nos besemos y toquemos, que nos llevemos al límite en un sitio público, pero que no nos vea nadie. —Se lamió el labio y arrugué la servilleta—. En un ascensor, por ejemplo. No quiero que nos vea nadie, pero siempre he fantaseado con estar tan... —se le había acelerado la respiración—, tan abrumada por el deseo que me diese igual que me pillasen.

Saqué unos billetes del bolsillo, probablemente más de los necesarios, para pagar la cuenta, la cogí de la mano y tiré de ella hacia el ascensor del hotel. En cuanto se cerró la puerta, apreté el botón del piso más elevado y me lancé sobre ella.

No nos pillaron y, si lo hubieran hecho, no nos habría importado. No solo nos llevamos al límite, nos perdimos en él. Le levanté el vestido, aparté la ropa interior y entré en ella apoyándola en la pared del cubículo. Se corrió al instante. Los besos frenéticos resguardaron nuestros gemidos y yo también terminé. Fue tan intenso que creo que incluso perdí el conocimiento unos segundos. Cuando abrí los ojos, Jimena me estaba acariciando la mejilla y sonreía.

Dejé de pensar, solo tenía que esperar y confiar en Jimena; y con ella en mis brazos era fácil hacerlo.

OTOÑO

# 18

## Septiembre

Los descubrimientos suceden cuando menos te lo esperas y en el trabajo hice uno que, además de sorprenderme, consiguió despertar mi curiosidad. No os imagináis el alivio que sentí al comprobar que no había perdido completamente la pasión por mi profesión. Curiosamente fue gracias al proyecto Nykia de Harver.

A grandes rasgos, porque en realidad era un proceso mucho más complicado, nos dimos cuenta de que la clase de células con las que estábamos trabajando para los productos rejuvenecedores de Nykia poseían una serie de cualidades que las hacían perfectas para trasplantes de piel y para la recuperación de quemados. Seguimos investigando las dos posibilidades, la del rejuvenecimiento y la médica —cuantos más datos tuviese a mi alcance, más fácil me sería convencer al consejo directivo de que debíamos abandonar la investigación estética, al menos para esas células, y centrarnos en la médica—. Ir a trabajar volvía a ser un reto, aún estaba lejos de sentir la satisfacción que había sentido cuando había empezado en esto o de la que había sentido en Haro durante la época que estuve investigando la cepa de uva de mi padre (antes de morir, mi padre estaba buscando una cepa que pudiese crecer y dar buen vino casi en cualquier parte), pero había dado un gran paso hacia delante.

Me esperaban en San Francisco, en la sede de Medical, al cabo de unos días y mi intención era llevar tantas pruebas como me fuera posible para demostrarles que, si observábamos la rentabilidad a largo plazo, salía mucho más rentable invertir en la regeneración de tejidos para fines médicos que en estética. Y moralmente resultaba mucho más satisfactorio, al menos para mí. Además, si conseguíamos dar con el diseño de una célula capaz de conseguir

ambos usos y la patentábamos, Medical tendría el futuro mucho más asegurado de lo que ya lo tenía.

Abrí la puerta de casa y el olor a chocolate y a vainilla me hizo la boca agua. No era habitual que Jimena utilizase nuestra cocina para hacer postres, pero desde que habíamos vuelto de vacaciones estaba inspirada, como decía ella, y estaba probando recetas nuevas para un pastel. Michael era el catador oficial. Las cosas habían cambiado mucho durante el verano y ahora cenábamos juntos siempre que podíamos y nos contábamos cómo habíamos sobrevivido ese día.

—¡Hola! —Me quité la chaqueta y fui directo a la cocina, donde rodeé a Jimena por la espalda y le di un beso en el cuello—. ¿Qué estás haciendo?

—Otro pastel. —Llevaba la coleta y un pañuelo anudado en lo alto de la cabeza, estaba acalorada y con esa camisa a cuadros rojos y blancos parecía sacada de una película de los cincuenta—. Michael dijo que el de ayer era pegajoso..., aunque vete a saber qué significa eso. ¿Quieres probarlo?

Me ofreció una cuchara.

—Claro.

Esquivé la cuchara y la besé en los labios.

—Delicioso.

Se rio. Vivía para hacerla reír.

—Eres un cursi.

—Es culpa tuya, así que sé valiente y aguántalo con resignación. ¿Te ayudo con la cena o cenamos pastel?

—Ya os gustaría a ti y a Michael. No, cenamos sushi, Michael ha dicho que lo recogería al salir del gimnasio.

—Genial.

Removió de nuevo el cazo.

—¿Cómo llevas la presentación?

—Bien. Hemos recopilado mucha información y las proyecciones que hemos hecho son sólidas. Invertir en regeneración médica es la opción más rentable a largo plazo, y la más correcta.

—Pero las cremas antiarrugas dan mucho dinero —señaló.

—Lo sé, lo sé. —Me froté la frente—. Por eso me va a costar un poco convencerlos.

—Lo harás, estoy segura.

—¿De verdad no puedes acompañarme? —Jugué con el extremo de su coleta—. Si estuvieras conmigo, todo me iría mucho mejor. Eres mi amuleto de la suerte.

Apoyó la cabeza en mi torso.

—No puedo, este año Justin ha sido más que comprensivo conmigo. Entre los días que me tomé cuando murió Christina y después con el juicio, creo que incluso le debo días de trabajo. Además, dijimos que intentaríamos ir a Haro muy pronto, ¿no?

Olía tan bien que mientras hablaba agaché la cabeza para lamerle el cuello.

—Tienes razón.

—¿Y qué es eso de que soy tu amuleto de la suerte? Ni que yo fuera uno de esos gnomos que te metes en el bolsillo o un trébol de plástico. Y deja de hacer eso. —Se rio y se apartó—. Me desconcentras y... —Enarqué una ceja al ver que se quedaba embobada mirándome los labios—. Oh, largo de aquí, ya eres lo bastante engreído como para que ahora creas que pierdo el norte solo mirándote.

—Lo que tú digas, Campanilla. —Fue el único nombre de duende o gnomo que se me ocurrió (ahora sé que es un hada) y Jimena me lanzó un puñado de harina antes de que pudiera abandonar la cocina.

Fue extraño volver a San Francisco con una vida completamente distinta a la que tenía cuando me había ido. Una vida mejor. Intenté imaginarme qué habría sucedido si el diciembre anterior no hubiese tenido esa discusión con Harver en Las Vegas o si hubiese dimitido del trabajo en vez de aceptar el traslado a Nueva York. Lo que vi me dejó con un nudo en el cuello. Habría sido tan fácil que no volviese ver a Jimena que me pasé el trayecto en taxi hasta la sede de Medical buscando un hueco en nuestra historia que me demostrase que nos habríamos encontrado y enamorado de todos modos. Aunque me resultó casi

imposible, intenté diseccionar mi vida desde que Jimena apareció en ella hasta ahora.

Recordé exactamente el día que la vi por primera vez: yo había salido a correr y vi una silueta en medio de un prado. Entonces era una desconocida, pero yo, que según mi hermana soy famoso por mi nula capacidad de prestar atención a lo que no me interesa (y los desconocidos que salen a correr de madrugada sin duda entran en esa categoría), me quedé embobado mirándola. Miré su coleta moviéndose impaciente detrás de ella como si le exigiera que fuera más rápido; miré lo rápido que corría, como si estuviera escapando de algo...

Recordé la mañana que Tori me comunicó a grito pelado que había encontrado los mejores cruasanes del mundo y que sacrificaría a su familiar más querido —segundos más tarde especificó que el elegido sería yo, porque a su marido le quería de otra manera— a cambio de tener garantizado un suministro de por vida.

Recordé que, al día siguiente, los cruasanes, que se merecían los elogios de mi hermana y mucho más, aparecieron en la cocina instalando allí su olor y un perfume que me intrigó durante mucho tiempo..., hasta que descubrí que era el que utilizaba Jimena.

Recordé también el primer día que hablé con ella, el mal humor que me hizo quedar como un prepotente idiota, el sudor de mis manos y lo impaciente que estuve por alejarme de ella para que no se diese cuenta de lo que me estaba pasando.

Recordé el alba que coincidimos corriendo por primera vez y que sin mediar palabra decidimos correr juntos.

Había sido un completo idiota.

Recordé cuando estaba con Cande y me encontré con Jimena, el modo en que me miró y lo furioso que me puse por su presencia, porque, si la veía a ella, me alteraba. Jimena no se había mordido la lengua a la hora de decirme lo que opinaba de mi intervención en *Los chicos del calendario* y de mi relación con Cande. Ella me había obligado a plantearme cosas que entonces no estaba dispuesto a analizar y lo más curioso (y estúpido de mi parte) es que

después, con el paso de los meses, más pensaba en ella y más me enfurecía que ella opinase mal de mí, que no me entendiera. Porque se suponía que ella tenía que entenderme.

Y más que nada recordé la angustia que se apoderó de mí cuando se fue de Haro sin dejar rastro. Tendría que haberme dado cuenta entonces de que me había dolido más que Jimena se hubiese ido sin despedirse y sin decirme adónde se mudaba, que no que Cande me dejase definitivamente por Salva.

Tenía que creer que, aunque no la hubiese oído reírse en Las Vegas, la habría encontrado. Otra opción era inconcebible. No podía decir que hubiese pensado en Jimena a diario durante los meses que no la había visto, pero sí que nunca había dejado de hacerlo. Y después de verla fue, perdonadme la comparación, como si una chispa prendiese fuego a mi interior. Al principio el calor había bastado para hacerme reaccionar y, poco a poco al principio —y después mucho más rápido—, mi corazón y mi cerebro habían acabado por ponerse al día con lo que mi instinto había reconocido siempre: Jimena era la única mujer que iba a querer jamás.

Así que podía afirmar que, aunque no la hubiese encontrado en Las Vegas ni visto en Nueva York, habríamos acabado juntos. Y llegar a esa conclusión me tranquilizó un poco y me hizo echarla más de menos. Teníamos que hablar de eso, de todo. Callar nuestras dudas con besos y sesiones maratónicas de sexo podía estar bien, muy bien, pero aun así tenía que dejarle claro que lo que sentía por ella no era fruto de la casualidad ni de la conveniencia. Yo le había hablado de mis sentimientos, pero, joder, Jimena podía pasarse horas dándole vueltas a una cuchara de madera en un cazo en busca de la textura perfecta, ella no iba a correr ningún riesgo hasta estar completamente segura. Mi chica tenía mucha paciencia y en el pasado le habían hecho demasiado daño, se merecía mis palabras y que le confesase con todas las letras cómo la quería y todo lo que esperaba que pudiésemos hacer juntos. Solo tenía miedo de que ni siquiera eso fuera a ser suficiente para convencerla de que merecía la pena que se arriesgase conmigo.

Quizá, pensé al bajar del taxi, podía esperar a que estuviésemos en Haro y hablarle allí del futuro o tal vez no, tal vez se lo diría en cuanto terminase la

reunión y la llamase por teléfono...

La reunión fue un desastre, un completo desastre. Tuve parte de culpa y lo único que puedo decir en mi defensa es que Harver es un ser despreciable y que, en medio de un cruce de preguntas sobre los resultados de las pruebas de Nykia, hizo una insinuación sobre el juicio por la guarda legal de Michael que solo era posible que supiera si había hablado o colaborado con los Thompson. En cuanto la oí, me detuve a media explicación, lo miré y el muy imbécil sonrió satisfecho. Supongo que no pudo contenerse, que sintió la necesidad de restregarme por las narices que había sido él quien había facilitado toda esa información absurda sobre mí.

Perdí el control y lo cierto es que me sentó bien. Llevaba demasiados meses guardándome dentro esa mierda. Si no salía de ese lugar, jamás me quitaría de encima a Harver, ese hombre era un ave carroñera que, por el motivo que fuera, se había obsesionado conmigo. No sé qué habría hecho años atrás, quizá habría luchado por mantener mi trabajo o quizá incluso habría denunciado a Harver por mala praxis, no me habría resultado difícil —por no mencionar que siempre podía contarle a su esposa o a Teller con quién le había pillado en Las Vegas—, pero yo no era así, nunca lo había sido en realidad, y no quería perder ni un segundo más de mi tiempo con ese desgraciado ni en esa empresa.

—¿Saben una cosa? —Desvié la mirada de Harver al resto de miembros del consejo de Medical que me habían estado escuchando hasta entonces. La gran mayoría de rostros mostraban una mueca de confusión, excepto el de Harver, que parecía el gato que se ha comido al canario, y Teller, que observaba furioso a su cuñado—. Dimíto. Les mandaré a todos una copia completa de mi informe sobre los resultados de Nykia y me aseguraré de informar debidamente a mi equipo de Nueva York.

Abandoné la sala de reuniones tan rápido que ninguno de los presentes tuvo tiempo de levantarse ni de reaccionar. Estaba en el pasillo cuando oí murmullos de asombro y el ruido de las sillas, y pocos segundos después, mi



nombre.

—¡Pastor! ¡Víctor, espere!

Me detuve porque era Teller el que me llamaba. Me giré y metí las manos en los bolsillos. Me sentía como si me hubieran quitado un peso de encima y estaba impaciente por irme de allí. Si me daba prisa, podía coger un vuelo esa misma noche.

—¿Qué ha pasado allí dentro? —me preguntó al detenerse—. No va a decirme que eso ha ido en serio, que ha dimitido, ¿verdad?

—Sí, eso he hecho.

—Pe... pero ¿por qué? Tiene un futuro brillante, Pastor. Si es por lo de Nykia, le aseguro que tengo intención de hacerle caso y de priorizar la línea médica a la estética. —Me vio sacudir la cabeza y añadió—: Y si es por Nueva York, puede volver aquí cuando quiera.

—No, no es por nada de eso —reconocí—, aunque le agradezco que me lo ofrezca. La verdad es que llevo meses sintiendo que no encajo. Con todos mis respetos, señor, admiro mucho lo que ha conseguido aquí, pero no es lo que quiero para mí.

—¿Y qué es lo que quiere? Podemos subirle...

—Quiero a Jimena, quiero tener una vida con ella y con Michael; es su hermano, tiene quince años, casi dieciséis. Y quiero todo lo que sea que venga después.

El hombre me miró más confuso que antes, vi que giraba las manecillas del cerebro en busca de algo que ofrecerme.

—Tiene completa libertad de horarios y...

—Se lo agradezco —repetí—, pero esto no soy yo. Ahora lo sé.

Asintió y me miró a los ojos unos largos segundos.

—Entonces, solo me queda desearle buena suerte. —Me tendió la mano.

—Gracias, señor.

—Creo que entiendo a qué se refiere.

—No me cabe ninguna duda. Ha sido muy interesante trabajar con usted.

—Lo mismo digo. Antes, allí dentro, Harver ha hecho un comentario sobre un juicio, ¿le ha causado algún problema?

—Lo causó, pero ya está solucionado.

—Mi cuñado no es un hombre que juegue limpio y le gusta demasiado ganar.

—En mi opinión, le gusta demasiado salirse con la suya. Cuídese y no se fie de él.

Levantó una ceja.

—No lo hago.

—Y si algún día vuelve a Las Vegas y visita el mismo hotel donde celebramos la cena de Navidad el diciembre pasado, hable con los empleados del servicio de taxis y aparcacoches. Pregúnteles si se acuerdan de una pelea que hubo allí el día que nos fuimos.

—¿Qué está intentado decirme, Pastor?

—Buena suerte, Teller. —Me despedí y entré en el ascensor.

# 19

—No sabía que habías pasado esa noche en el calabozo —me recriminó Jimena cuando le conté lo que había sucedido en la reunión y lo de Las Vegas—. Tendría que haberte pedido que vinieras conmigo, así te lo habrías ahorrado. Claro que ahora no serías un exconvicto. —Me guiñó un ojo.

—Realmente te has quedado con lo que has querido de mi historia. No soy un exconvicto, no pasé la noche entera en la cárcel. Pegué a Harver y él se ocupó de que no apareciera la policía, el encargado de los taxis del hotel los estaba llamando y seguro que los dos habríamos acabado en el cuartelillo. Pero tienes razón, tendrías que haberme pedido que me fuera contigo. Nos habríamos ahorrado muchos dolores de cabeza y habríamos podido estar haciendo esto mucho antes.

Era de noche y estábamos en la cama, hacía una semana que había regresado de San Francisco y era el primer día que no había hablado con nadie de mi antiguo trabajo. Había cumplido mi palabra y me había pasado los últimos cinco días en la sede de Nueva York resolviendo todos mis asuntos pendientes y despidiéndome de la gente. Teller me había llamado dos veces a lo largo de esos días: la primera, al principio, para volver a preguntarme si de verdad no podía hacer nada para que yo cambiase de opinión, y la segunda, esa mañana, para despedirse y darme las gracias, y para asegurarme de que podía contar con él. No llegó a contarme si había averiguado la verdad sobre su cuñado y yo tampoco se lo pregunté, me imaginé que eran asuntos de familia y no de mi incumbencia.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Creía que Jimena se había quedado dormida y la pregunta me sorprendió, pero aún me sorprendió más lo poco que me inquietaba la respuesta.

—No lo sé. —Yo estaba jugando con un mechón de su pelo y Jimena se

incorporó un poco para mirarme. No dijo nada, esperó a que continuase—. No lo sé, pero sé que lo averiguaré. —Ella enarcó una ceja y a mí se me escapó una risa entrecortada—. Cuando mi padre murió, yo estaba trabajando en Barcelona, en un centro de investigación. No estaba en casa cuando sucedió y cuando llegué ya no había nada que hacer.

—Lo sé, me acuerdo. Todo el pueblo hablaba de ti, eras el misterioso y taciturno soltero de oro de la localidad. Seguro que ahora cuentan historias increíbles sobre ti, deben de decir que has seducido a medio Hollywood. —Dejó un beso encima de mi corazón y noté que traspasaba la piel. Quise decirle que esperaba que estuviesen hablando de los dos, que el chisme que quería que circulase fuese que yo por fin había entrado en razón y éramos pareja, pero me dio otro beso y me olvidé. Minutos más tarde, Jimena recuperaba la conversación con la cabeza apoyada en mi pecho.

—¿Por eso estabas siempre encerrado en tu laboratorio de Haro? Porque te sentías culpable por no haber estado con tu padre cuando murió.

Asentí.

—Me obsesioné buscando la vid que mi padre quería, monté un laboratorio en casa y... ¡No puedo creer que no te lo haya enseñado nunca!

—Ya, bueno, digamos que casi nunca me dejabas pasar de la cocina.

Lo dijo en broma, aun así, algo se me retorció dentro y le acaricié el pelo y la mejilla. Se me hizo un nudo en la garganta al intentar hablar y tuve que tragar para lograrlo.

—Eso tengo que solucionarlo. —Me incliné hacia delante para darle un beso en los labios. Se apartó demasiado rápido y susurró:

—Sigue contándome.

Solté el aliento, le acaricié la piel del hombro y del brazo que ella mantenía apoyado en mi pecho.

—Está bien. Tori no se tomó muy bien que yo apareciera allí en plan salvador, mi hermana es perfectamente capaz de hacerse cargo de las bodegas ella sola y se aseguró de dejármelo bien claro. Supongo que buscaba algo que me absorbiera, que me distrajera, que me impidiese pensar en lo que había sucedido o en nada, en realidad. Buscar una vid genéticamente perfecta no era

mal plan y me permitía pasarme tanto tiempo como quisiera encerrado en el laboratorio.

—Y entonces llegó Cande y sus «chicos del calendario».

Agachó la cabeza, descansó el lado derecho del rostro en mi pectoral izquierdo y una mano en la cintura de mis calzoncillos. Quise decirle que podía mirarme a los ojos, exigirle que lo hiciera, porque no encontraría en ellos nada parecido a lo que se estaba imaginando, pero al mismo tiempo me puse furioso porque evitase hacerlo. ¿Acaso no era capaz de ver la diferencia? ¿Qué creía que estaba pasando entre nosotros? Respiré profundamente y solté el aire despacio. Me recordé que tenía que ser paciente y que Jimena me demostraba continuamente lo que sentía por mí, aunque no me lo dijera. La conversación que estábamos manteniendo era ejemplo de ello.

—Fue una distracción más, la mejor de todas, supongo, porque me permitió huir del laboratorio y de todo lo que me recordaba a mi padre y a la decepción que creía que se había llevado conmigo. Tori no me necesitaba para llevar la bodega, la cepa era una excusa y Cande me alejó de todo y permitió que me sintiera útil y...

—Lo que te pasa, Víctor, es que te encanta que te necesiten y cuidar de los demás —me interrumpió. Pensé que estaba enfadada, pero no era ese el tono que detectaba en su voz, así que esperé-. Tienes complejo de Príncipe Valiente. Adoras que te necesiten, estoy convencida de que te gusta tanto porque crees que así esa persona te quiere, pero... —Sacudió la cabeza y se incorporó un poco para mirarme—. Cierra los ojos.

Obedecí, oí que se movía y noté que apartaba la sábana y se sentaba entre mis piernas. No negaré que me gustó el cambio de rumbo que dio nuestra noche, aunque algo me decía que Jimena no iba a hacer lo que yo estaba pensando.

—¿Qué estás tramando?

—He adivinado cuál es tu fantasía.

—¿Mi fantasía? —Se me erizó la piel cuando me acarició una mejilla y me costó tragar. Tosí—. Te dije que no tenía ninguna.

—Recuerdo lo que me dijiste, pero es mentira.

—Yo no...

—Oh, cállate, no te hagas el ofendido. —Me pasó despacio los dedos por el pelo y me pregunté desde cuándo me resultaba tan erótico que me peinasen—. Sé que no me mentiste, estoy segura de que estás convencido de que me dijiste la verdad. Pero no lo es y voy a demostrártelo, señor científico.

Se había acercado a mí. Mientras me acariciaba muy lentamente y como si estuviese hecho de cristal, repartía besos suaves por todas partes. Eran besos de pocos segundos, lentos y que se detenían en mi cuerpo lo necesario para hacerme enloquecer y anticipar el siguiente punto de impacto. Al parecer, Jimena había decidido volverme loco a base de ternura y, joder, estaba funcionando.

Me quitó los calzoncillos y oí que se desnudaba un poco antes de notar su piel en la mía. Por más que le supliqué, y lo hice, que me besara «como Dios manda» —añadiendo un «joder» o un «vas a matarme» de vez en cuando—, ella lo único que hacía era seguir con su tortura y reírse.

Tuve que sujetar la sábana con los dedos para no tocar a Jimena —otro de los requisitos que me impuso fue que no la tocase— y apenas podía hilvanar dos palabras seguidas. Solté un improperio, debió de ser muy grosero o debí de sonar muy desesperado, porque Jimena sonrió, se apartó del muslo que me estaba besando y se acercó por fin a mis labios para darme un beso como era debido. Me cogió tan desprevenido, estaba tan excitado que si ella no hubiese rodeado mi erección con su mano me habría corrido en ese mismo instante. La noté sonreír dentro del beso y separé los labios para profundizar ese encuentro, para suplicarle con la lengua lo que necesitaba en el resto de mi cuerpo.

La muy sádica siguió adelante con su particular método. Puso punto final al beso, me acarició de nuevo la mejilla y la barba, y yo abrí los ojos como si hubiese tocado un resorte.

—Deja que sea yo quien cuide de ti, Víctor.

Gemí, sí, gemí. Habría hecho cualquier cosa con tal de que Jimena siguiera adelante y me dejé caer sobre la almohada. Ella siguió besándome despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo, y mi corazón no estuviese al borde

del infarto. No dejó de tocarme, gracias a Dios, pero se detenía si yo levantaba las caderas de la cama, así que dejé de hacerlo y opté por intentar planear todo lo que le haría yo a ella si sobrevivía a aquello.

Entonces pasó la lengua por mi erección y perdí la capacidad de hacer cualquier cosa excepto temblar y suplicarle que no se detuviera, que me... Se me paró el corazón cuando su boca envolvió mi sexo. No era la primera vez que lo hacía, digamos que a lo largo de esos meses habíamos sido muy creativos, pero después de todos los besos y caricias de antes, fue como si lo fuera. Como si fuera la primera vez en toda la vida.

—Joder, Jimena, no pares, por favor, cariño —balbuceé sin ninguna coherencia.

No paró, pero encontró la manera de que yo fuese más allá y no tuviese más remedio que reconocer que ella tenía razón y que siempre había fantaseado con algo así. Con una mano buscó una de las mías y aflojó los dedos hasta que solté la sábana, entonces la movió y la colocó en su pelo, dándome permiso para que marcara otro ritmo si lo necesitaba. No lo hice, me había convertido en un ser que solo quería lo que ella fuese a darme, pero sí que enredé los dedos entre sus mechones para ver si así Jimena podía retenerme en el planeta Tierra, porque intuía que, cuando me corriese, iría a parar a otro universo. Podía sentir el orgasmo subiéndome por las plantas de los pies hasta la parte baja de la columna, extendiéndose por el resto del cuerpo, sin llegar a estallar. Hasta que Jimena sumó su otra mano a lo que me estaba haciendo con los labios, tocó partes de mí que nadie había tocado antes —partes que desde esa noche solo le pertenecerían a ella— y mi mente cesó de existir. Solo estaba el placer que Jimena arrancaba de mi cuerpo y de mi corazón, porque, joder, había practicado el sexo suficientes veces en mi vida para saber que eso que me estaba haciendo ella no lo era. Jimena estaba quedándose con todo lo que me definía, conmigo por dentro y por fuera.

No dejó de besarme y tocarme hasta que dejé de temblar y de pronunciar su nombre. Después se apartó también despacio y subió depositando un beso tras otro en mi estómago, costillas, clavícula y cuello. Se detuvo en mi rostro, lo acarició y, con una sonrisa, me dio un último beso en los labios.

—¿Lo ves?

Si no fuese porque me había fundido el cerebro y porque tenía toda la razón del mundo, le habría dicho que era de mala educación regodearse de alguien o quizá habría intentado encontrar alguna respuesta provocadora. Lo que salió de mi boca fue, sin embargo:

—Prométeme que volverás a hacerme esto otro día. —Al ver cómo se le iluminó el rostro, continué—: Como mínimo una vez al mes. O a la semana.

Volvió a besarme.

—Buenas noches, Víctor.

Decidí que me tomaría un tiempo para pensar qué quería hacer respecto a mi carrera profesional. Tenía dinero ahorrado, siempre me había administrado bien, y tenía una buena lista de contactos a los que podía llamar para preguntarles si tenían algún trabajo para mí, pero no lo había hecho. No podía quitarme de encima la sensación de que tenía que volver a mis raíces, por así decirlo, y que no tenía que precipitarme. De siempre, lo que más me había gustado de la química había sido la investigación y, a pesar de que años atrás probablemente se me había ido la mano con lo de la cepa de mi padre, la idea de reabrir mi laboratorio y seguir investigando ese u otros proyectos era la que más me tentaba.

Solo tenía un problema, mi laboratorio estaba en Haro y Jimena y Michael, en Nueva York, y ella parecía empeñada en no hablar de ese tema. Lo rehuía con una maestría envidiable. Unos días atrás, sin ir más lejos, Medical había rescindido el contrato de alquiler que tenía con Jimena (evidentemente no iban a hacerse cargo de mis gastos de alojamiento si yo ya no era su empleado); intenté hablar con ella, le dije que podíamos formalizar otro contrato si así lo prefería y que yo iba a pagar lo mismo, por supuesto.

—No digas tonterías —me aseguró sin mirarme, pasando las hojas del cuaderno donde anotaba la evolución de las recetas en las que estaba trabajando—. Además, he recibido otra oferta por la casa. Tarde o temprano tendré que pensar qué hago, así que no vale la pena.



—No puedo no pagar nada, Jimena, vivo aquí.

—Pero si prácticamente siempre pagas tú la comida y también te haces cargo del gimnasio de Michael.

De eso tampoco habíamos hablado. De hecho, esa fue la primera vez que ella sacaba el tema. Busqué otro enfoque.

—¿De verdad quieres vender esta casa?

Por una parte, podía entenderlo (su padre la había comprado para sentirse menos culpable); pero, por otra, nosotros habíamos pasado allí mucho tiempo y habíamos invertido horas y horas en arreglarla y decorarla. Nuestra historia estaba allí dentro.

—Aún no lo sé, pero es lo que tiene más sentido, ¿no crees? Mi trabajo puede llevarme a cualquier parte, Michael siempre dice que le encantaría mudarse y tú... tú tal vez...

—Yo tal vez, ¿qué? —Me crucé de brazos—. ¿Por qué tengo la sensación de que no me incluyes en tus planes como haces con Michael?

—Michael es mi hermano.

Tuve un escalofrío.

—Y yo soy... —dejé la frase sin terminar a la espera de que lo hiciera ella.

—Tú eres un científico brillante que pronto encontrará el trabajo de sus sueños en alguna parte.

—No es eso lo que te estaba preguntando y lo sabes. —Solté el aliento—. Llevamos casi nueve meses juntos, Jimena.

—Di mejor que hace casi nueve meses que te secuestré y que...

—¡Ya estoy en casa!

Apareció Michael y yo me había quedado tan estupefacto con la última respuesta de Jimena que tardé unos cuantos segundos en reaccionar. Ella, obviamente, aprovechó para dar el tema por zanjado y esa noche, cuando intenté retomararlo, me besó y... sí, soy débil, fue lamentable lo poco que le costó distraerme. En mi defensa diré que me ató las manos a la cama y eso me despistó bastante. Mucho. Por la mañana me vengué, recuperé las cintas del suelo (eran los cinturones de nuestros albornoces) y, tras besarla, le hice lo mismo que me había hecho ella a mí la noche anterior. No estoy seguro de que

tuviera el mismo efecto, porque volví a ser yo el que acabó perdiendo el control.

Cuando Jimena se fue al restaurante y me quedé solo en casa, intenté recordar por qué meses atrás había jurado que jamás volvería a enamorarme de nadie. Me quedé dándole vueltas a la idea hasta que caí en la cuenta de que ese juramento partía de una presunción errónea: para *volver* a enamorarme tendría que haberme enamorado como mínimo una vez y eso nunca me había sucedido... Estaba muy mal si ya filosofaba sobre el amor, pensé, pero me dio igual y seguí con mi análisis: «Jamás volvería a enamorarme de nadie» era una presunción acertada si la teníamos en cuenta a partir de Jimena. Sin embargo, era una presunción falsa si tomábamos a Cande como punto de partida. Allí residía el quid de la cuestión, en el momento que eligiéramos como inicial. Había sido un idiota al no darme cuenta antes y más aún por haberme planteado al principio que estaba en mi mano hacer algo para evitar enamorarme, habría sido como intentar tapar el sol con un dedo. El sol siendo Jimena, por supuesto.

Había llegado el momento de hablar de nosotros, del futuro que esperaba que pudiéramos tener juntos. Tenía que arriesgarme a que me rechazara, reconocí, pero no podíamos seguir adelante con medias tintas ni utilizar el sexo como distracción para no enfrentarnos a esos temas.

# Tercera entrevista

(Sí, como las dos anteriores, esa entrevista también la grabamos más tarde pero la ponemos aquí porque queda mejor.)

Grabadas en el teléfono móvil de Cande Ríos cuando volvimos a vernos más tarde. Ella ha insistido en que tienen que aparecer así, intercaladas con mi historia, y la verdad es que al final me ha convencido o agotado. Elegid vosotros. La cuestión es que cuando lleguéis a los últimos capítulos veréis que tiene sentido..., aunque me niego a reconocer que Cande siempre tiene razón.)

—Fue entonces cuando me llamaste para quedar.

—No.

—Tiene que haber sido entonces. Aceptaste que escribiera el libro sobre ti por Jimena, ya verás cuando se lo confirme a Salvador.

—¿Qué quieres que te diga, Cande? Esos días estaba hecho un desastre, no sé dónde tenía la cabeza. Habría sido incapaz de desarrollar la fórmula del agua.

—¿Puedo poner eso en el libro?

—No.

—¿No?

—¿Por qué no me escuchas cuando hablo?

—Te escucho, Víctor. Te estoy grabando.

—Perdona, no pretendía ser sarcástico. Es que —se oye carraspear— hablar de esto, de lo que pasó esos días, es complicado.

—Lo entiendo, créeme, solo pretendía aligerar un poco la tensión. Parece que estés a punto de tener un infarto o que estés buscando cualquier excusa para arrancarle la cabeza a alguien; y dado que soy la única que está aquí...

—Lo siento. Joder. ¿Cómo pudiste escribir cinco libros sobre tu vida? Yo solo llevo unas cuantas entrevistas y ya me estoy arrepintiéndome. Esto de

sincerarse no es nada fácil.

—No, no lo es. Supongo que mentir sería mucho más sencillo o incluso cambiar un poco la verdad hasta que nos sintiéramos cómodos, pero tú y yo no somos así. A ti y a mí nos van las cosas difíciles, ¿no te parece?

—¿Lo dices por Salva o por Jimena?

—Por los dos.

—Sí, supongo que tienes razón.

—¿Estás listo para continuar?

—Sí, creo que sí. ¿Por dónde íbamos?

—Te he preguntado si fue por eso por lo que me llamaste, porque querías que Jimena no vendiera la casa de Nueva York o se mudara sin ti.

—Ah, sí. No, no te llamé por eso. Fue por algo distinto.

—Pero tiene que ver con Jimena, ¿no?

—Por supuesto que tiene que ver con Jimena.

—Mierda.

—¿Disculpa? ¿Mierda?

—Sí, no sabes cómo se pone Salvador cuando tiene razón y lleva días diciéndome que, si has aceptado que escriba sobre ti, es por Jimena. Incluso nos hemos apostado algo.

—¿El qué?

—No puedo decírtelo.

—Oh, no, Cande Ríos, ni hablar. Si yo tengo que desnudarme ante ti, figurativamente hablando, tú vas a hacer lo mismo.

—Pero es que...

—Ni es que ni nada. Nos hemos visto desnudos, así que nada de tener vergüenza conmigo.

—No me lo recuerdes.

—Mira, si no fuera porque entiendo perfectamente a qué te refieres, me ofendería. Vamos, desembucha. ¿Qué os habéis apostado Salva y tú?

(Susurros incomprensibles.)

—Vaya, vaya. Pues dile a Salva que cuando quiera puede llamarme para darme las gracias.

—Idiota.

—Eh, no pegues a tu entrevistado.

(Risas.)

# 20

## Octubre

A estas alturas ya sabéis que no creo en la autenticidad de las frases hechas, pues bien, hay una que sí puedo confirmar que es acertada y es la siguiente: «Las desgracias nunca llegan solas».

Era una mañana de principios de octubre, estaba solo en casa, había acabado de cambiar los grifos del baño de nuestro dormitorio y me disponía a seguir trabajando con los planos de mi proyecto secreto. En realidad, no era ningún secreto, pero Jimena los había bautizado así, porque yo me había negado a enseñárselos hasta que estuvieran terminados. Estaba dándole la vuelta a varias ideas. Una, mi preferida, consistía en comprar un terreno en algún lugar de Estados Unidos y abrir una especie de delegación de bodegas Pastor. Allí yo tendría un nuevo laboratorio —lo que haría en él aún estaba por ver— y podríamos construir también una casa para nosotros. Como bien había dicho Jimena días atrás, ella podía trabajar en cualquier lugar y su reputación como pastelera había crecido tanto desde que trabajaba con Justin que cualquier otro restaurante estaría encantado de contratarla, o siempre existía la posibilidad de que abriese una pastelería como había hecho en Haro.

Estaba yo metido en mi mundo, haciendo números e intentando entender las leyes americanas para abrir una bodega o como mínimo empezar a construirla, cuando sonó el timbre de la puerta. Aquello me sorprendió, no solíamos recibir visitas y menos a esas horas; los únicos que solían venir eran los amigos de Michael y estaba en el colegio. Pensé que sería alguien que se había perdido o que pretendía venderme algo y me planteé no abrir, pero entonces recordé esas semanas en las que las citaciones judiciales formaban parte de nuestro pan de cada día y caminé decidido hacia la puerta. Si el reverendo

Thompson había osado reaparecer, los periódicos no tardarían en recibir esas fotos suyas.

Pero no me encontré con un empleado del juzgado ni con un tipo indeseable, sino con la encargada de la inmobiliaria.

—Ah, hola, menos mal que está aquí. Creía que iba a tener que volver.

No recordaba su nombre, pero sí que tenía la costumbre de empezar a hablar como si estuviese en medio de una conversación que solo conocía ella.

—¿Puedo hacer algo por usted? —le pregunté.

—He traído los contratos. Habría que firmarlos cuanto antes.

—¿Los contratos?

—Sí, tome. —Me golpeó el pecho con un sobre pesado—. Lo siento, pero tengo que irme. Me esperan en... —Le sonó el teléfono y contestó—. Sí, lo sé, ya estoy en el taxi. —Me miró dejando los ojos en blanco—. En seguida estoy allí. —Tapó el micrófono y se dirigió a mí—: Llámenme cuando los tengan listos.

No tuve tiempo de preguntarle nada más, apareció un taxi y se metió en él.

Entré en casa y dejé el sobre encima de la mesa del comedor. Si solo hubiese tenido escrito el nombre de Jimena, no lo habría abierto (quiero —necesito— creer que no lo habría abierto), pero también llevaba el mío, así que, tras un par de segundos, procedí a romperlo por un extremo y a sacar los papeles.

Era un contrato de compraventa de la casa. De nuestra casa. No, sacudí la cabeza, de la casa de Jimena. ¿Por qué diablos había escrito esa mujer mi nombre? ¿Qué clase de sádico sentido del humor tenía el destino? El contrato establecía que Jimena vendía la casa por una cantidad más que importante de dinero, el suficiente para empezar de cero en cualquier parte y no tener que preocuparse por nada durante un tiempo. No era de extrañar, la casa estaba ahora en perfecto estado, la decoración, aunque podían cambiarla, era impecable y el barrio del Meatpacking no dejaba de aumentar de popularidad. Lo que me extrañó es que Jimena hubiese llegado a ese punto de la negociación sin decírmelo. No, no me extrañó, me dolió, más bien, y me puso furioso. ¿Cuándo pensaba contármelo, el día que viniesen los de la mudanza?

¿Y Michael? ¿Él también lo sabía y me lo había ocultado?

¿Acaso yo no era nada para ninguno de los dos?

Si hubiesen estado allí, les habría gritado esas preguntas y no habría parado hasta que me contestasen. No podía estarme quieto. Caminé de un lado a otro del comedor en busca de claves que pudiesen darme alguna pista sobre lo que estaba pasando. ¿Tan idiota y ciego estaba que no me había dado cuenta de nada? Si Jimena estaba ya a punto de firmar ese dichoso contrato, tenía que haber algo, tenía que haber insinuado algo.

Solo con pensar en lo que me había sucedido con Cande se me retorcía el estómago. Las cosas habían terminado bien y podía decirse que éramos amigos, pero yo no podía negar que durante meses había creído estar enamorado de ella. No importaba que ahora supiera la verdad, eso era solo una prueba más de lo estúpido e inepto que era para distinguir mis sentimientos y los de los demás. ¿Y si había vuelto a cometer ese mismo error con Jimena? ¿Y si ella no sentía nada por mí excepto deseo y tal vez amistad? ¿Y si mientras yo trazaba planes de futuro ella ya había dado por concluida esta etapa? No, era imposible, volví a sentarme. No me había equivocado con Jimena. Todo eso tenía una explicación, estaba seguro. Tal vez la mujer de la inmobiliaria se había precipitado o había malinterpretado a Jimena. Y seguro que Jimena tenía pensado contármelo. Los turnos de Jimena habían enloquecido un poco esos últimos días y apenas habíamos coincidido. Y cuando coincidíamos estábamos para otras cosas. Era imposible que hubiésemos hecho el amor la noche anterior de esa manera y que ella fuese a vender la casa sin decírmelo antes.

Sí, tenía que haber una explicación.

Volví a meter los papeles en el sobre, me sentí un poco absurdo por haberme precipitado de esa manera. Una persona como yo, que se preciaba de seguir siempre los hechos y los razonamientos lógicos, no debería prejuzgar ninguna situación de esa manera. Intenté volver a centrarme en lo que estaba haciendo, leer un libro sobre la calidad del suelo de Napa Valley, y casi lo logré.

Hasta que me sonó el móvil.



Había visto cientos de películas y de series con una escena como esa, en la que el protagonista recibe una llamada de un hospital, y lo había vivido con mi padre, pero nada de eso, nada, podría haberme preparado para lo que sentí cuando me dijeron que Jimena había sido ingresada de urgencia. Fue como si me metieran la cabeza bajo el agua y no me dejaran salir a respirar. No entendía lo que me decían ni qué diablos le había pasado, solo fui capaz de comprender el nombre de un centro hospitalario y salí corriendo hacia allí. Me había llamado una compañera del trabajo de Jimena, una chica a la que probablemente conocía de las veces que me había pasado por allí y cuya voz había sido incapaz de reconocer. Lo único que había podido oír era que a Jimena se la habían llevado en ambulancia al hospital.

Nadie se inmutó al ver entrar a un desquiciado en urgencias y, por suerte para mí, la mujer que me atendió en la recepción no me pidió que le demostrase que efectivamente era el marido de Jimena cuando le pregunté por ella al borde del infarto.

—Está en la segunda planta, allí le informarán de cómo ha ido la intervención.

No me detuve a preguntarle de qué intervención hablaba, ni siquiera busqué un ascensor. Había tanta gente deambulando por allí que subí por la escalera tan rápido como pude y volví a presentarme en ese segundo mostrador.

—Esperé allí, el doctor saldrá a buscarlo. No se preocupe.

Nadie me decía nada y los distintos escenarios que se formaron en mi mente durante esos segundos fueron horribles y me helaron la sangre. No podía ser cuestión de vida o muerte, si se hubiese tratado de algo tan grave no me habrían hecho esperar y me habrían llevado corriendo adonde fuera que estuviese Jimena. Aun así, no me tranquilicé, sino todo lo contrario. De repente vi venir por el pasillo a Justin con un vaso de porexpan blanco en la mano. Él aceleró el paso al verme.

—Menos mal que estás aquí, Víctor. Le dije a Simona que te llamase y me vine con la ambulancia, espero que no te importe.

—No, por supuesto que no. —Apreté la mano que me había tendido—. Muchas gracias. ¿Qué ha pasado?

—Los de la ambulancia dijeron que era una apendicitis, pero no sé nada más desde que se la llevaron al quirófano. Seguro que no será grave, ya lo verás.

Debía de tener un aspecto lamentable, porque Justin me dio una ligera palmada en la espalda.

—Lleva meses muy cansada —me descubrí contándole— y ha perdido peso. Joder, tendría que haberla cuidado mejor, tendría que...

—¡Eh, para! No eres Dios, Víctor. Las apendicitis pasan y, por lo que yo sé, estás cuidando muy bien de Jimena. Nunca la había visto tan feliz.

Podría haberme incomodado que precisamente Justin dijera eso, pero fue todo lo contrario. En su voz solo detecté el cariño sincero de un amigo y me prometí que, cuando Jimena saliese del hospital y yo recuperase la cordura, haría un verdadero esfuerzo para conocerlo mejor.

—Gracias —farfullé.

Puso el vaso que olía a café malo en mi mano.

—Toma, lo necesitas más que yo. Si me lo permites, voy a llamar a Avery un segundo, la he dejado plantada en mitad de una reunión.

—Claro.

Me senté en una silla de plástico y, sin beberme el café, hice rodar el vaso entre los dedos. Justin se alejó y se metió en el rellano de la escalera para hacer su llamada. Cada vez que oía pasos se me aceleraba el corazón y, cuando por fin una mujer con bata verde y una mascarilla de quirófano colgándole del cuello se detuvo ante mí, pensé que iba a darme algo.

—¿Es usted el marido de la señorita Ji...

No la dejé terminar.

—Sí, soy yo. ¿Cómo está? ¿Qué ha pasado? ¿Cuándo puedo verla?

—Su esposa está bien y el bebé también.

Tuve que sentarme. Unas gotas de café helado me salpicaron los dedos y dejé el vaso en el suelo con movimientos mecánicos. La doctora lo interpretó como una reacción al estrés, me imagino, y se sentó a mi lado.

—Su esposa tuvo un ataque severo de apendicitis en el trabajo y tuvo suerte de que sus compañeros reaccionasen tan rápido y de que este hospital esté tan cerca. Si hubiésemos tardado un poco más, las cosas habrían sido mucho más

complicadas.

—Ella... El bebé.

Dios mío, no podía ni pensarlo.

—Ha sido una intervención delicada, pero ha ido muy bien. Apenas está de dos meses, así que aún es pronto para hacer conjeturas y los riesgos son evidentes, los mismos que tiene cualquier otra embarazada, pero le aseguro que, si su esposa se lo toma con calma, no tiene por qué tener un embarazo fuera de lo normal.

Asentí, me sentía como si un camión de varias toneladas hubiese chocado contra mi pecho. No podía respirar y no podía reaccionar.

—¿Puedo verla?

—Por supuesto, acompáñeme. —Los dos nos pusimos en pie—. Estará algo dormida, pero puede sentarse con ella. Una enfermera vendrá más tarde a comprobar cómo está y, si todo va bien, en un par de días podrán irse a casa, tal vez antes. Yo pasaré a verlos esta noche, ¿de acuerdo?

Abrió la puerta de una habitación y me tendió la mano. Se la estreché, seguro que notó la mía helada y temblando, pero tuvo la gentileza de no decirme nada y cerró la puerta tras de mí al irse.

Jimena estaba en la cama, de un brazo salía una vía que colgaba de un suero que tenía al lado. Supe que estaba despierta porque sentí sus ojos fijos en mí, esperando a ver qué hacía. Y entonces comprendí que para ella lo del embarazo no había sido ninguna sorpresa, que lo sabía y que por eso estaba tan tensa, tan asustada. Joder, ¿por qué estaba asustada? Y, lo más importante, ¿por qué no me lo había dicho?

Estaba furioso y al mismo tiempo jamás había sentido tal alivio al comprobar que Jimena estaba bien. Y en cuanto al bebé, confieso que mi cerebro aún no se había hecho a la idea, pero en mi corazón sabía que era algo maravilloso y solo con imaginarnos a Jimena y a mí con un niño se me quitaba el aliento. Eso era la felicidad, pensé durante un maravilloso segundo, justo antes de recordar el contrato de compraventa que había llegado esa misma mañana. ¿Qué estaba pasando? ¿Jimena había hecho esos trámites sabiendo que estaba embarazada?

Tuve que respirar hondo varias veces para calmarme y seguía sin dar un paso, sin acercarme a ella, que en ningún momento había dejado de mirarme.

—Víctor, cariño —balbuceó y se puso a llorar desconsolada.

Reaccioné sin más, era la primera vez que la veía llorar de esa manera y algo dentro de mí se rompió. Si dependiera de mí, Jimena nunca tendría lágrimas en los ojos. Corrí a su lado y me senté en la cama para sentarla en mi regazo con cuidado y poder abrazarla.

—Estoy aquí, estoy aquí —susurré cuando ella hundió el rostro en mi jersey y arrugó la prenda entre los dedos—. Tranquila, ya ha pasado todo.

Repetí una frase sin sentido tras otra sin dejar de besarle la frente y las mejillas o de acariciarle el pelo. No sé cuánto rato estuvimos así, ella llorando y yo abrazándola, pero no la solté hasta que dejó de llorar.

—Lo siento —me dijo.

Solté el aliento.

—¿Qué es lo que sientes?

—Todo.

Sonaba tan triste, tan abatida, que se me encogió el corazón antes de empezar a partirse en pedazos.

—¿Sientes estar embarazada?

Jimena sacudió la cabeza con energía y tensó la espalda ofendida; el gesto me produjo tal alivio que solté el aliento y respiré por primera vez desde que había entrado en esa habitación.

—¿Entonces?

—No es por el bebé.

—¿Te encuentras bien? ¿Desde cuándo lo sabes?

No sabía cómo hablar con ella, teníamos tantos temas sin resolver entre los dos que tenía miedo de empezar por el equivocado y que el delicado castillo de naipes en que se había convertido nuestra relación se derrumbase.

—Sí, me encuentro bien. Lo del apéndice ha sido mala suerte, la doctora me ha explicado que no tiene nada que ver con el embarazo—. Intentó apartarse y, al ver que yo no aflojaba los brazos, añadió—: Me han hecho una ecografía, ¿quieres verla?

La solté de inmediato y ella alargó un brazo hacia la mesilla que tenía al lado, abrió el cajón y del interior sacó un pedazo de papel. Cuando me lo tendió se me humedecieron los ojos. No era nada espectacular, era una imagen casi toda negra con unas líneas blancas y un garbanzo pequeño en medio, pero nunca había visto ni sentido nada igual.

—Es... —Abandoné la idea de hablar y me incliné a besarla en los labios. Jimena me devolvió el beso y, cuando noté que estaba llorando, me aparté alarmado—. ¿Qué sucede? ¿Te he hecho daño?

—No, no es eso.

Nada me habría gustado más que volver a besarla y abrazarla, dejar que se durmiera en mis brazos y fingir que no existía ningún problema entre los dos, pero no podíamos seguir así. Ya no.

—Entonces, dime qué te pasa, Jimena. Por favor.

—Yo...

—¿Qué pasa, Jimena? —Le acaricié el pelo y la miré a los ojos antes de obligarme a seguir adelante—. No me quieres, ¿es eso? Dímelo, te aseguro que puedo... —Carraspeé antes de mentir y cambié la frase—. Pase lo que pase puedes contar conmigo. Estaré a tu lado decidas lo que decidas.

Supuse que tenía que plantearme la posibilidad de que Jimena no solo no me quisiera a mí, sino que tampoco quisiera seguir adelante con el embarazo, era decisión suya, pero por el modo en que había acariciado la ecografía antes de dármela me imaginé que esa posibilidad ya la había descartado.

—Yo...

Parecía necesitar ayuda. Yo también la necesitaba, pero, como de los dos yo era el único al que no habían sometido a una intervención quirúrgica, decidí empezar.

—Esta mañana ha venido la señora de la inmobiliaria, me ha dado unos contratos. Dice que si se los devuelves firmados todo seguirá adelante. ¿Vas a vender la casa, Jimena? ¿Quieres irte a vivir a otra parte? —Intenté sonar paciente y tranquilo, aunque todavía hoy dudo que lo consiguiera, tenía demasiado en juego—. Dime qué es lo que quieres. Por favor. Creo que los dos necesitamos saberlo.

Le resbaló una lágrima por la mejilla y se la secó con la mano donde no tenía la vía.

—Tengo miedo de haberte atrapado.

—¿A mí? ¿Cómo, dónde? No se puede atrapar a alguien que está desesperado por quedarse, Jimena.

—Siempre has sido demasiado noble. Es tu peor mejor defecto. Eres demasiado bueno, Víctor, y tienes un complejo de héroe que es muy sexi y romántico, pero que te juega malas pasadas.

No me gustaba nada lo que estaba insinuando.

—¿Qué quieres decir?

—En enero te atropellaron por mi culpa.

—Fue un accidente y deja que te recuerde que después me ayudaste a recuperarme. Si uno de los dos es demasiado bueno, eres probablemente tú, Jimena.

—Te ayudé porque... —Vio que yo levantaba una ceja y siguió—. Está bien, te ayudé porque me sentía culpable y porque no quería correr el riesgo de no volver a encontrarte. Esta ciudad es muy grande y después de lo de Las Vegas dudaba de que tú volvieres a llamarme o de que volviese a coincidir contigo en alguna parte. Sé que podría haberte llamado yo, pero tenía miedo. No razono especialmente bien cuando estoy cerca de ti.

Bueno, al menos eso era bueno, ¿no?

—Tenía tu teléfono, te habría llamado. O nos habríamos encontrado de nuevo, te lo aseguro. No habría permitido que volvieres a desaparecer de mi vida.

—Pero después sucedió lo de Christina —siguió como si no me hubiese escuchado—, y después tuve que quedarme con Michael. Y no nos olvidemos de lo del juicio.

—Han sido unos meses interesantes, eso lo reconozco —intenté bromear—, pero no tienen nada que ver con lo que ha sucedido entre tú y yo, Jimena.

—Pues claro que tienen que ver —insistió algo enfadada—. Tienen mucho que ver. Tú nunca me habrías dejado en la estacada, nunca te habrías ido en medio de uno de esos follones.

—Follones —repetí—. ¿Crees que me he quedado contigo por unos follones? Joder, Jimena, te quiero. Métetelo en la cabeza, te quiero.

Le sujeté el rostro y la besé con todo el amor y la rabia que sentía en esos momentos.

—Y ahora el embarazo.

El cosquilleo que me había dejado el beso se convirtió en un calambre que me estrujó el corazón y el estómago.

—¿Qué pasa con el embarazo?

—Que parece otra trampa, otro...

—Te juro que si dices *follón*, perderé la poca calma que me queda, Jimena.

Tragó saliva y tuvo la decencia de sonrojarse y de apartar la mirada.

—Supongo que las pastillas fallaron en México. Leí el prospecto días después y decía que podían fallar si se tenía mucha fiebre o si se sufrían graves diarreas o vómitos, que fue mi caso. Pero te juro que yo no... —Le tapé la boca con una mano.

—Sé que no lo hiciste adrede, no nos insultes a los dos diciéndolo en voz alta. Lo único que lamento del embarazo es no haberlo sabido antes, no haber estado a tu lado el día que lo descubriste. Me habría gustado.

Aparté la mano.

—Entonces, ¿te alegras, estás contento?

Asentí y volví a acercarme para besarla.

—Tenemos mucho de qué hablar, los dos hemos sido unos idiotas al esperar tanto, pero tienes que saber desde ahora mismo que nunca había sido tan feliz como en estos meses. No me había imaginado ser padre ahora, suponía que íbamos a esperarnos un poco, pero mentiría si te dijera que la idea no se me había pasado por la cabeza unas cuantas veces. Si tú estás contenta y estás dispuesta a seguir adelante, a mí nada me haría más feliz que tener este hijo o hija contigo, cariño.

—Oh, Víctor. —Volvió a llorar—. ¿Lo ves?

—¿Qué he hecho mal ahora?!

—Nada, eres perfecto. Ya lo dicen, ¿no? Eres el chico del calendario.

Entrecerré los ojos, no, esta vez sí que no me gustaba nada el giro que

acababa de dar esa conversación.

—No menciones ese concurso entre nosotros.

—¿Por qué? Gracias a él puedo demostrarte que no estoy equivocada. Es imposible que te hubieras ido.

—En eso tienes razón, pero no por los motivos que crees. Acabo de decirte que te quiero, Jimena, me he pasado todos estos meses a tu lado y quiero pasarme muchos más si me dejas, porque te quiero no porque me sienta responsable o porque sea un jodido mártir.

—Lo eres.

—Mira, entiendo que después de lo de hoy estés alterada, pero piensa en todo lo que ha sucedido estos meses. Podría haberme ido, podría haberme mudado a otra parte y haberte ayudado igualmente. Lo hablamos, Jimena. Me quedé y sigo aquí porque te quiero. Joder, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? ¿Qué tengo que hacer para demostrártelo?

—Yo... —Yo había subido el tono sin darme cuenta y ella volvía a llorar—. No lo sé, Víctor. No lo sé. No te estoy pidiendo nada ni te estoy poniendo a prueba. Es solo que... lo de la casa, por ejemplo, o tu trabajo. ¿Qué vas a hacer? ¿Dónde quieres vivir? No puedo quitarme de encima la sensación de que te retengo, de que soy como un cepo que te ha atrapado por una pata y que no te deja escapar.

—Joder, Jimena, te quiero. No quiero escapar. No me siento atrapado.

—¿Y si cambias de opinión? ¿Y si nada de esto es cierto? —Giró la cabeza y dijo lo que de verdad pensaba—. Hace dos años, cuando te vi en aquel bar de la ciudad, me gritaste bajo la lluvia que estabas enamorado de Cande y ahora afirmas que estabas equivocado. ¿Y si dentro de unos meses descubres que también te has equivocado conmigo?

Mierda. Joder. Solté todos esos insultos y muchos más en mi cabeza.

—Dijimos que no nos juzgaríamos por nuestras relaciones pasadas, Jimena. Tú no eres Cande. No lo eres y tendría que bastarte con mirarme a los ojos para saberlo. Tendría que bastarte porque, joder, lo que siento por ti está en todas partes, no puedo contenerlo y tú... tú te empeñas en negarlo.

Alguien golpeó la puerta y la cabeza de Justin apareció después de que



Jimena le diese permiso para entrar. Él se acercó a la cama y tras darle un breve y cuidadoso abrazo se apartó.

Miré la hora, tenía que salir de allí y pensar. A pesar de todo lo que había sucedido y de todo lo que habíamos hablado, Jimena seguía sin haber dicho nada sobre sus sentimientos. Necesitaba respirar y solo podría hacerlo si me alejaba un poco.

Me puse en pie y los dos me miraron entre alarmados y sorprendidos.

—Iré a buscar a Michael. No sabe nada y no quiero que se asuste al llegar a casa —les dije—. ¿Puedes quedarte hasta que vuelva? —le pregunté a Justin.

—Claro.

—Puedo quedarme sola.

—Gracias —respondí dándole la mano a él e ignorando la afirmación de Jimena—. No tardaré.

—Tranquilo.

Me acerqué entonces a Jimena y me observó como si ella fuese un ciervo herido y yo un león salvaje. No podía tenérselo en cuenta, me dije, pero me dolió de todos modos. Me agaché y le di un beso largo en los labios sin importarme que no estuviésemos a solas.

—Intenta descansar, ¿de acuerdo?

—¿Volverás?

Allí estaba el gran miedo de Jimena, que yo no volviese, que no la eligiese a ella y que desapareciera como todos los hombres anteriores de su vida, empezando por su padre y terminando por el imbécil de París.

—Claro. Siempre.

## 21

Jimena solo estuvo un día más en el hospital y no pudimos hablar porque Michael insistió en quedarse a pasar la noche con ella y, como una cobarde, se aferró a ello con uñas y dientes. Christina nunca le había dejado quedarse, no quería que su hijo se quedase con ciertas imágenes de ella, Jimena sabía que yo estaba al corriente de eso y lo utilizó para convencerme de que era lo más acertado, así Michael podía quitarse esa espina imaginaria.

—Es mi hermano, es bonito que quiera cuidarme —me dijo cuando vio que a mí no me gustaba la idea—. Y le has obligado a jurar por su vida que te llamará si sucede algo. Nos irá bien estar los dos juntos, Michael cree que así me compensa por lo que me hizo cuando no me conocía y no quería tener una hermanastra.

—Está bien —acepté resignado porque, ¿qué otra cosa podía hacer?—. Vendré mañana a buscaros a los dos. A los tres —añadí y, por primera vez desde que sabía que estaba embarazada, le toqué suavemente la cintura en un gesto cargado de un nuevo significado—. Portaos bien —bromeé con la voz torpe—, no quiero que las enfermeras me llamen para quejarse de vosotros.

Jimena me dio un beso y apretó los dedos de mi mano antes de que me alejase y Michael me sorprendió dándome un abrazo. Después del susto inicial, le había alegrado mucho descubrir que iba a ser tío.

Fue una de las noches más largas de mi vida, no voy a negarlo. Para consolarme o, mejor dicho, torturarme, llamé a Tori y los gritos que pegó mi hermana cuando le dije lo del embarazo estuvieron a punto de destrozarme el tímpano.

—Valeria estará muy contenta de tener un primo o una prima, hermanito. Oh, te odio por habérmelo dicho así, no sabes lo que me gustaría abrazarte ahora mismo.

—Y a mí —carraspeé y me atreví a ser completamente sincero. Si no lo era con Tori, no podía serlo con nadie—. Tengo miedo, ¿es normal que esté tan asustado?

—Normalísimo, pero ya verás que todo va a salir bien. Lo sé. Estoy segura.

Tanto yo como ella sabíamos que no podía estarlo, nadie podía, y que lo decía porque sabía que eso era exactamente lo que yo necesitaba oír. Tori no estaba nada mal como hermana en momentos como aquel. Me tomó el pelo unos minutos más, creo que no dejó de hacerlo hasta que creyó que yo sonaba menos tenso, menos al borde de un ataque de nervios, y después guió la conversación hacia otros temas. Hablamos de la boda de Cande —Tori había tenido que perdérsela—, de las aventuras de Valeria, de cómo estaban las viñas en Haro...

—¿Y qué vas a hacer con tu trabajo?

—Aún no lo sé. Ahora lo más importante es Jimena, lo demás puede esperar. Además, yo puedo trabajar en cualquier parte.

—No creo que sea del todo cierto, pero vale. Me refería a qué quieres hacer. ¿Lo has pensado?

—La verdad es que sí —le dije de repente—, tenía un par de ideas rondándome por la cabeza y, cuando hoy me he enterado de lo del embarazo, lo he visto claro. Quiero hacer algo mío, nuestro. No quiero seguir investigando para los demás.

—Entonces, ¿vas a volver a Haro? —lo preguntó sin ninguna presión, dispuesta a escuchar cualquier locura que yo quisiera plantearle.

—De momento no. Dame algo más de tiempo y te prometo que te contaré lo que tengo en mente.

—Claro, tómate todo el que te haga falta, Víctor. La única condición es que cuentas conmigo para seguir adelante.

—Por supuesto. Creo que a papá le gustaría lo que estoy pensando, Tori.

—Estoy segura, pero lo más importante es que te guste a ti.

Cuando llegamos a casa del hospital, Michael y yo instalamos a Jimena en el

sofá y la amenazamos con quemar la cocina si se levantaba e intentaba hacer algo. Ella refunfuñó, nos recordó que solo estaba embarazada y no paralítica y que la operación había sido todo un éxito, tal como habían dicho tanto la doctora como las enfermeras. Y Michael y yo, al unísono, reiteramos nuestra amenaza y le pedimos que por favor nos concediera al menos ese día y que descansase.

Lo hizo, me imagino que vio que íbamos en serio.

Unos días más tarde, aún tenía la sensación de estar caminando por la cuerda floja. Jimena había vuelto al trabajo y yo seguía con mis indagaciones en busca de nuestro futuro. Ella se había recuperado muy bien de la operación y no teníamos hora con el ginecólogo hasta al cabo de una semana. La idea de que iba a convertirme en padre al cabo de unos meses aún no se había asentado en mi interior y cada vez que me asaltaba me daba un vuelco el corazón y me ponía a sonreír como un idiota.

Creía que, a pesar de la fragilidad de nuestra tregua, todo iba viento en popa, que Jimena y yo solo necesitábamos tiempo para asentarnos y que acabaríamos encontrando la manera de hablar de nuestras dificultades y resolverlas. Estaba equivocado, otra vez, y el castillo de naipes o de sueños que había construido en mi cabeza se desmoronó.

Aquella noche, Michael ya se había acostado y Jimena estaba en el baño preparándose para hacer lo mismo. Yo me había quedado en la cocina recogiendo y fue entonces cuando vi el sobre que la de la inmobiliaria me había entregado días antes. Los papeles sobresalían por el extremo abierto y distinguí claramente la firma de Jimena. Fue un golpe seco, el mundo se me vino abajo y con el sobre entre los dedos caminé decidido hasta el dormitorio.

—Has firmado. —Lancé el paquete sobre la cama donde ella ya estaba sentada con *El hobbit* en el regazo—. Has firmado y no me has dicho nada. ¿Cuándo pensabas hacerlo?

—Es una reserva, no es exactamente una compraventa.

—¿Cuándo ibas a decírmelo?

—Iba a hacerlo. El contrato no se hará efectivo hasta dentro de un año, así que tenemos tiempo.

—¿Tiempo para qué? —Justo entonces apartó la mirada y por fin lo entendí todo—. Tiempo para ver si sigo aquí, ¿es eso? —No lo negó—. Joder, Jimena. ¿Cuándo vas a creer que te quiero? ¿Cuándo empezarás a confiar en nosotros? ¿Qué pasará cuando llegue el momento de vender la casa y tengamos que mudarnos a otro sitio o cuando nazca nuestro hijo, *nuestro hijo*, y veas que sigo aquí? ¿Me creerás entonces?

—Yo no he dicho nada de eso.

—No, eso es cierto. No has dicho nada de nada. —Caminé hasta el armario y busqué mi bolsa de viaje. La abrí encima de la cama y empecé a meter cosas sin fijarme demasiado.

—¿Te vas?

—Eso es lo que llevas meses esperando, ¿no?

La miré y creí ver algo en sus ojos, pensé que me gritaría y que por fin discutiríamos de verdad y me pediría que me quedase. Pero fuera lo que fuese lo que había brillado en ellos se apagó y mi humor empeoró. Fui al baño a por mi cepillo de dientes. Si Jimena no era capaz de detenerme en esas circunstancias, tal vez lo mejor sería que me fuera de verdad.

—¿Me dejas?

Salí del baño y me planté delante de ella. Me agaché y la besé furioso.

—No. Me voy unos días, iba a hacerlo la semana que viene. —Eso era más o menos verdad, aunque me lo había imaginado de otra manera: quería sacar el tema y pedirle a Jimena que me acompañase—. Pero he cambiado de planes. No voy a dejarte. Te dije que te quería y es verdad. Te quiero, no dejaré de hacerlo porque discutamos o porque se te haya metido entre ceja y ceja que no puedes confiar en nosotros.

—¿Adónde vas? ¿Cuándo volverás?

—Me voy a Napa y después quizá a Nueva Orleans. Te mandaré un mensaje con el itinerario por si me necesitas. Llámame si quieres hablar conmigo y si decides dejar de ser una cobarde.

—¿Una cobarde? ¡Yo no soy cobarde!

—Sí que lo eres, pero lo entiendo y confío en ti. —Volví a sujetarle el rostro mientras seguía estupefacta por mi comportamiento y la besé otra vez—. Te

quiero. Y a ti también. —Me agaché y la besé en el estómago, donde aún no se le notaba nada. Al apartarme vi que Jimena tenía una mano en alto como si hubiera estado a punto de tocarme el pelo o de sujetarme, pero al final no lo había hecho.

—No sé por qué te pones así, es solo una reserva. No se hará efectiva hasta dentro de un año e iba a contártelo.

—Tú sabes que no es verdad, que todo esto no es más que otra prueba que me pones para ver si me transformo en un cretino como ese francés al que odio con todas mis fuerzas o en tu padre. Ojalá pudiera viajar en el tiempo y decirles unas cuantas cosas a los dos o como mínimo evitar que te hicieran daño, pero no puedo. Igual que tú tampoco puedes ir al pasado y ayudarme a superar la muerte de mi padre. Nuestro pasado nos ha llevado hasta aquí, pero no tiene por qué definirnos. Tú y yo podemos vivir un presente maravilloso y dentro de ti ya crece nuestro futuro. Piénsalo. Llámame.

Le di un último beso y salí de la habitación y de esa casa rumbo al aeropuerto.

Jimena no vino ni a Napa, donde me quedé una semana, ni a Nueva Orleans, donde me quedé el mismo tiempo. Yo le escribía mensajes cada día, le preguntaba cómo estaba y le contaba lo que estaba haciendo. Había ido a visitar unas cuantas fincas que estaban en venta para ver si alguna se ajustaba a lo que estaba buscando. No hablamos en todo ese tiempo. Yo intercalaba los mensajes de texto con otros de voz y ella siempre me los contestaba por escrito. Echaba de menos oírle, sentirla a mi lado, todo, pero estaba convencido de que no podíamos seguir de esa manera y que, si Jimena no reaccionaba y nos daba de verdad una oportunidad, los dos acabaríamos haciéndonos mucho daño.

Michael sí me llamó, lo que me sorprendió gratamente, y me dijo que su hermana me echaba mucho de menos, que parecía un alma en pena, pero que estaba bien, que había ganado algo de peso y que no se cansaba demasiado. Me prometió que cuidaría de ella por mí, hasta que yo regresara, fueron sus

palabras exactas y deseé con todas mis fuerzas que fuera verdad.

Antes de la noche en que todo se fue a la mierda no había tenido oportunidad de contarle a Jimena qué era exactamente lo que estaba buscando. Quería decírselo un día especial, quizá tras una cena romántica, quería decirle que por fin sabía qué quería hacer con mi vida profesional: quería empezar de cero con ella a mi lado. Tenía la vid de mi padre y el permiso y la bendición de Tori para utilizarla allí en Estados Unidos o donde quisiera. Lo único que tenía que hacer Jimena era elegir el lugar donde quería vivir y yo me buscaría la vida con el resto. Todavía faltaba mucho para que esa vid pudiera crecer en cualquier parte, pero lo que sí podía hacer yo era construir mi pequeño laboratorio donde quisiera, y los terrenos que había ido a visitar eran solo una excusa para alejarme de Nueva York y darnos a los dos tiempo y espacio para pensar. No me había ido mal, en ese sentido, varias de esas fincas poseían mucha calidad y estaban en lugares preciosos en los que no me importaría formar una familia con Jimena y Michael y el bebé que estaba en camino. Pero mi plan había fallado, Jimena no había aparecido corriendo tras de mí ni me había llamado para pedirme que volviera a su lado. No, sus mensajes eran amables, alguno era incluso cariñoso, pero podía imaginármela borrando una frase cientos de veces antes de mandarlo, sintiéndose insegura de mí y de nosotros, y aquello me estaba matando. No sabía qué hacer y que un hombre como yo reconociera que estaba tan perdido me asustaba.

Tal vez no podía hacer nada.

Tal vez iba a tener que asumir que Jimena no cambiaría y que jamás nos daría esa oportunidad que yo necesitaba con tanta desesperación. Y entonces no me quedaría más remedio que irme de verdad. No podía obligarla a aceptarme a su lado y yo, si no cambiaban las cosas, no podía seguir al suyo queriéndola como la quería sin que ella sintiera lo mismo. Haría lo que fuera por nuestro hijo y estaba seguro de que ella me lo permitiría, pero eso no sería suficiente. No para mí.

Llegó el último día de mi viaje. Estaba en Nueva Orleans, en un hotel distinto al que habíamos estado juntos, porque mi nivel de masoquismo no era tan alto, y estaba comprobando los datos del vuelo. Iba a llegar a Nueva York

a media mañana, quizá podía pasar a buscar a Jimena al trabajo y almorzar con ella. Entonces recibí un mensaje de voz, lo abrí sin pensar y era el sonido de un corazón latiendo.

Me tembló el móvil en la mano, era el corazón del bebé. De nuestro bebé. Había ido a la visita sin mí. Intenté no enfadarme, a pesar de que le había pedido que cambiase la cita; lo intenté y no lo conseguí. Tras el mensaje de voz, llegó otro, esta vez de texto, donde me decía que todo estaba bien y me preguntaba cuándo volvía. Nada más, ninguna muestra de que me hubiese echado de menos o de que me necesitase a su lado para nada.

Contesté:

«Voy a Haro. Necesito estar en casa unos días. Te llamaré desde allí».



# Cuarta entrevista

(Grabadas en el teléfono móvil de Cande Ríos cuando volvimos a vernos más tarde. Ella ha insistido en que tienen que aparecer así, intercaladas con mi historia, y la verdad es que al final me ha convencido o agotado. Elegid vosotros. La cuestión es que cuando lleguéis a los últimos capítulos veréis que tiene sentido..., aunque me niego a reconocer que Cande siempre tiene razón.)

—Y entonces fue cuando me llamaste y me dijiste que querías hablar conmigo y que te estabas planteando ayudarme con el libro.

—Sí, entonces fue cuando te llamé. Creo que hoy no puedo seguir, ¿te importa que lo dejemos para otro momento?

—Por supuesto que no, Víctor.

—Gracias. Tengo que... tengo que irme.

## 22

# Noviembre

Lo primero que hice en cuanto el avión aterrizó en Madrid fue poner en marcha el móvil. No sé qué esperaba encontrar, pero no encontré nada, nada en absoluto. Jimena había visto el mensaje, los dos tics azules lo gritaban a cualquiera que quisiera comprobarlo, y había decidido no contestarme. ¿Ni siquiera eso la iba a hacer reaccionar? ¿Había cometido un error al irme de esa manera?

Busqué su nombre con la intención de llamarla, teníamos que hablar y resolver eso de una vez por todas, pero me detuve antes de hacerlo. ¿De qué serviría? Además, yo estaba demasiado cansado para razonar y tenía ganas de ver a mi hermana y a mi sobrina, incluso a mi cuñado, ellos al menos harían que el día mejorase un poco. Victoria había insistido en venir a buscarme, yo le había dicho que no hacía falta, podía alquilar un coche, ir en taxi o buscarme la vida en tren, pero ella insistió, me dijo que así podía dejar a la niña sola con su padre y que a los dos les iría bien pasar esas horas juntos. «Así se forman los vínculos más importantes, cuando se tienen que pasar dificultades juntos», dijo. Y, cuando se trataba de Valeria, las dificultades consistían en que la pequeña siempre quería salirse con la suya e intentaba tomarle el pelo al adulto que la estuviera cuidando. A Carlos le iría bien lidiar a solas con Valeria, le fortalecería el carácter.

Llevaba poco equipaje, el día que me había ido de casa de Jimena en Nueva York, no tenía previsto pasarme tanto tiempo fuera; de todos modos, esas últimas dos semanas había comprado un par de cosas y el día anterior en el aeropuerto de Atlanta había ido a la caza y captura de regalos para Valeria. De mi hombro colgaba la bolsa que esa noche había sacado furioso del armario y

la maleta nueva (repleta de peluches, cuentos infantiles, mi neceser, un par de libros míos y poco más) no tardó en aparecer por la cinta de equipajes.

Tori estaba fuera y, cuando me abrazó, me costó no llorar. No me había dado cuenta hasta entonces de lo mucho que había necesitado un abrazo durante esos últimos días.

—Hola, Víctor.

—Hola, Victoria.

Lo bueno de estar con alguien que te conoce desde tu nacimiento, técnicamente desde antes, en nuestro caso, es que lo sabe todo de ti. Y eso es también lo peor, porque no puedes ocultarle nada. Tori no fingió que no se daba cuenta de que yo estaba hecho una mierda y fue directa al grano.

—¿Has sabido algo de Jimena?

—No, le dije que venía aquí y ni siquiera me ha contestado. Supongo que no le importa o que incluso agradece que le dé más tiempo para pensar.

Caminamos hasta el aparcamiento, reconocí el coche de mi hermana al salir del ascensor en la segunda planta.

—¿Estás seguro de que es eso lo que sucede? Quizá está dolida porque te has ido y no has vuelto. Tal vez cree que la has dejado y que ahora no te atreves a volver a por tus cosas.

—Le dije que no la dejaba, que solo me iba para pensar y para que ella también ordenase sus ideas. Le dije que la quería, Tori. Eso no se lo había dicho nunca a nadie.

—Quizá a Jimena tampoco se lo había dicho nunca nadie y por eso no sabe qué hacer al respecto.

—¿Tú a favor de quién vas?

—Tuyo, ya lo sabes. Por eso no quiero que cometas un error del que después te arrepientas. No conozco toda la historia de Jimena, pero este año tiene que haber sido complicado para ella. Ha descubierto que tiene un hermano del que ahora tiene que hacerse cargo como si de repente tuviese un hijo adolescente y se ha quedado embarazada. Por no mencionar lo del juicio y todas esas cosas que me contaste. Tiene que ser complicado enfrentarse a todo eso sola.

—No está sola, me tiene a mí. Joder.

—Tal vez no sepa que te tiene.

—Se lo he dicho.

El coche estaba en marcha y durante unos minutos no dijimos nada. Mi hermana era un peligro al volante y no quería provocarla.

—Mira, Víctor, estoy de tu parte. Solo digo que a veces nos cuesta reconocer la verdad y que, cuando lo hacemos, da miedo. Fíjate en ti, por ejemplo, hace un par de años clamabas a los cuatro vientos que estabas enamorado de Cande...

—¡Por última vez, no estaba ni estoy enamorado de Cande!

—Eh, tranquilo, lo sé. Te lo dije entonces, ¿te acuerdas? Fuiste tú el que se puso en plan, yo sé qué estoy sintiendo y bla, bla, bla. Lo que quiero decir es que te equivocaste y que ahora eres capaz de reconocer la diferencia. Tal vez Jimena aún no lo ve, tal vez tienes que darle un poco más de tiempo.

—¿Y si no llega a verlo nunca?

—No lo sé, Víctor. No lo sé, pero por ahora confía en ella, ¿no te parece?

—No sé si puedo. Mira, escucha esto. —Le puse la grabación de los latidos—. Fue al médico sin mí y me mandó esta grabación sin más. Sin decirme nada. No sé si puedo seguir confiando en ella o en nosotros.

—Si la quieres, vas a tener que hacerlo porque la otra opción es dejarla y empezar a olvidarla.

Nos detuvimos en la carretera a mitad de camino para poner gasolina y para que yo pudiera tomarme un café. Tori aprovechó para llamar a casa y comprobar que tanto Carlos como Valeria seguían con las extremidades intactas. Una hora y media más tarde, llegábamos a Haro y, aunque una parte de mí se alegró de ver esas tierras y se sintió como si estas lo abrazasen, otra se preguntó qué diablos estaba haciendo allí tan lejos de Jimena.

Joder, si Tori tenía razón (y no se lo digáis, pero en estos temas suele tenerla), había metido la pata hasta el fondo y había hecho que Jimena se sintiera aún más insegura de mí, cuando en realidad mi objetivo era justo lo contrario. Tenía que llamarla y aclarar las cosas, pero la diferencia horaria y mi cobardía (y por qué no decirlo, mi orgullo herido) me impidieron hacerlo.

Jugué un rato con Valeria, me instalé en mi antiguo dormitorio que, gracias a Dios, seguía sin tener unicornios o princesas en la pared y cené con Tori y Carlos. Más que cenar, bebí y les conté nuestra historia desde el principio, no me callé ni un detalle; bueno, alguno sí, pero por lo general afirmarí que fui muy sincero, porque Tori escupió vino un par de veces y ella nunca desperdicia ni una gota y mi cuñado Carlos se puso del color del tomate otras tantas. Insistieron tanto en que fuera a acostarme y en que mañana sería otro día que decidí hacerles caso. Cualquier otro día sería mejor al anterior si me acercaba un poco más a resolver mis problemas con Jimena.

El día siguiente, sin embargo, no me trajo ninguna solución y sí mucha resaca. Tras la ducha y dos cafés bien cargados, busqué el móvil y llevé a cabo la inspección diaria rutinaria: nada, nada en absoluto. No había señales de vida de Jimena. Eran las once de la mañana y, aunque Tori se esforzaba en distraerme y yo de verdad estaba interesado en ver todos los cambios que estaba implementando en las bodegas y en las viñas, las horas se sucedían con tal extrema lentitud que iba a volverme loco.

—Tengo que hacer algo, no puedo quedarme de brazos cruzados —anuncié a la hora del almuerzo.

—¿Por fin has entrado en razón y vas a llamar a Jimena?

—No. Ella a mí tampoco me ha llamado —me defendí ante mi hermana—. Haré otra cosa, le demostraré que se equivoca con lo de Cande.

—Ay, Dios mío, ¿por qué los hombres os empeñáis en complicaros tanto la vida cuando lo único que queremos las mujeres es que habléis con nosotras y nos digáis la verdad?

Ignoré a Tori y busqué la complicidad de Carlos.

—Cande lleva meses pidiéndome que le cuente qué me ha pasado desde que terminó el concurso de *Los chicos del calendario*. Quiere escribir un libro sobre mí. Si se lo cuento todo, Jimena entenderá por fin lo que siento por ella.

—Sí, claro, claro, clarísimo —siguió refunfuñando mi hermana—. Porque lo de la sinceridad y la honestidad está sobrevalorado y lo de que un tío corra el riesgo de desnudarse emocionalmente delante de nosotras no funciona ni nos gusta, no, qué va. Mira que sois idiotas. Vuelvo a las bodegas. Yo esto no

quiero verlo, me siento como si estuviera viendo uno de esos vídeos domésticos en los que a un iluminado medio borracho se le ocurre subir la bicicleta al tejado y hacer el pino con ella. Con la diferencia de que lo que pretendes hacer tú, Víctor, es mucho más peligroso.

—Tengo que hacer algo.

—Habla. Con. Ella.

—Pero si ella no me...

—Vuelve a intentarlo.

—No ha servido de nada y estoy desesperado, Tori. Lo del libro la hará recapacitar.

—Me rindo. Haz lo que quieras. Y tú, Carlos, bien podrías ayudarme. Es el único cuñado que tienes y, si esto no le sale bien, se quedará a vivir con nosotros hasta que se muera.

—Tienes que hablar con Jimena, cuñado. Llámala ahora mismo. —Me pasó el móvil.

—¿Os han dicho alguna vez que deberíais formar un dúo cómico? Porque os han engañado, no tenéis gracia. Ninguna. —Le arranqué el móvil de los dedos y marqué un número—. Voy a llamar a Cande ahora mismo y, si le va bien, hoy mismo me iré a Barcelona.

—Genial, si te das prisa, en menos de un día y medio habrás logrado estropearle la vida entera. Me voy a trabajar, ven a decirme adiós si te marchas.

Apenas una hora más tarde, le pedía el coche prestado y me despedía de ellos para conducir rumbo a Barcelona. Me pasé las cinco horas que duraba el trayecto repasando en mi cabeza los mensajes que Jimena y yo nos habíamos intercambiado esos días en busca de alguna pista que me indicase lo que ella sentía por mí y no la encontré. No quería dejarme vencer por el pesimismo, así que intenté sin éxito pensar en algo que no tuviese nada que ver con Jimena.

Había reservado una habitación en un hotel de la ciudad. Cande, después de recuperarse de la impresión de la llamada y de asimilar que yo estaba en Haro decidido a ir a verla, insistió en que podía quedarme en la habitación de invitados que Salva y ella tenían en casa. Me negué, una cosa era que tras la

boda Barver y yo hiciéramos un esfuerzo por intentar ser amigos y otra muy distinta que me quedase a pasar unos días con ellos. Mi vida ya era lo bastante miserable como para tener que empeorarla. Gracias.

El hotel era uno de esos que parecen todos iguales en cualquier parte, me registré y fui a mi dormitorio a descansar un poco antes del encuentro. Necesitaba estar más o menos en posesión de mis facultades cuando hablase con Cande y le contase lo que quería de ella. Nuestra primera entrevista, o como quiera que se llamase lo que habíamos hecho, fue un completo desastre, no sabía por dónde empezar ni hasta qué punto me sentía cómodo hablando de Jimena y de mis sentimientos de esa manera, así que al final no dije nada de provecho y me largué de allí antes de tiempo.

—Mira, no seré yo quien te diga que las declaraciones de amor épicas no funcionan. Funcionan —adivinó Cande deteniéndome en la puerta—, pero ¿no crees que antes de hablar conmigo deberías intentar hablar con ella? Quizá todo esto se solucione con una llamada telefónica o con que vayas al aeropuerto y compres un billete para el primer vuelo que salga hacia Estados Unidos.

—Lo dudo mucho, pero gracias por el consejo —contesté sarcástico. Cande se dio cuenta y se apartó de la puerta sin decir nada más. Seguro que la muy bruja adivinó que acabaría volviendo tal y como hice al día siguiente.

Caminé por la playa de la ciudad, algo que no había hecho nunca, y en el puerto una voz inesperada me llamó por mi nombre. Primero no me giré a buscarla, hasta que oí que además me llamaba por el apellido y reaccioné. Ví a Salva con dos niñas a su lado, no las conocía, pero saltaba a la vista que eran parientes de Cande, porque tenían su misma mueca de sabelotodo en los ojos.

—¿Qué estás haciendo por aquí, Víctor? —Salva me tendió la mano—. ¿Te has perdido?

—No, me he acercado a ver si el mar me ayudaba a pensar.

—Ah, te entiendo, ¿quieres conocer a mis grumetes?

Me invitó a subir al barco y me presentó a las dos sobrinas de Cande, que, al parecer, le estaban ayudando a acabar de restaurar aquel velero (que yo,

aunque no era un experto, veía en perfecto estado). No sé cómo sucedieron las cosas exactamente, pero, antes de que pudiera reaccionar, tenía una lija en la mano y estaba puliendo una madera destinada a remplazar otra que estaba en el suelo.

—No sé qué hacer. —También sin darme cuenta le había contado a Salva y a esas dos niñas mis peripecias de esos últimos días.

—¿Has intentado hablar con ella?

Agaché la cabeza y seguí lijando con más fuerza.

—¿Por qué todo el mundo da por hecho que no? Por supuesto que he intentado hablar con ella y, créeme, no ha funcionado. De lo contrario no estaría aquí.

—¿Puedo pedirte algo?

Enarqué una ceja y me arriesgué.

—Claro.

—Déjame escuchar la grabación que dices que te mandó.

Sí, a Salva también le había contado eso, ese detalle que había logrado ocultar a los demás, exceptuando a mi hermana, se me había escapado precisamente con él. Mi única defensa era que necesitaba desahogarme y que el barniz se me había subido a la cabeza. Busqué el móvil y le puse el mensaje. Después, volví a guardarlo y nos quedamos en silencio.

—Si yo algún día recibiera algo así, no me daría por vencido hasta convencer a Candela de que me escuchase. A veces, más que hablar, lo que nos cuesta es escuchar y creernos lo que nos dicen. Hablar lo hacen las cacatúas si lo piensas. En cambio, escuchar..., eso es lo verdaderamente difícil. Te has olvidado de lijar esa escuadra.

Me quedé en Barcelona cuatro días, volví a reunirme con Cande para hablar del libro y, antes de regresar a Haro, cené con ella, Salva y el hermano de este, Pablo. A pesar de que seguía sin saber nada de Jimena, yo sí había continuado mandándole mensajes, una o dos líneas diciéndole donde estaba por si necesitaba localizarme y otra preguntándole cómo estaba y pidiéndole que se cuidara y me dijera algo. Había terminado esos mensajes asegurándole que volvería pronto y era cierto.



No había resuelto nada, pero la echaba tanto de menos que esa añoranza se había convertido en un dolor físico y ahora, que casi me había acostumbrado al impacto de haber oído el corazón de nuestro hijo, podía pensar con mayor claridad y reconocer que mi reacción había sido desmesurada. Ella no me había seguido, cierto, pero yo me había largado como un cobarde o como si lo nuestro no importase y no me produjera ningún reparo dejarla plantada.

Me despedí de Cande y de los demás con la promesa de que no tardaría tantos meses en reaparecer por allí y cuando me preguntaron si lo haría acompañado les respondí sinceramente que esperaba hacerlo. Estaba demostrado que huir no servía de nada y que corrías el riesgo de perder la oportunidad de hacer cosas o de conocer a gente realmente interesante.

—Ten cuidado, leñador. —Cande me abrazó—. Me alegro tanto de verte feliz...

—¿Feliz? ¿Te has vuelto loca? Estoy convencido de que nunca había sido tan desgraciado como ahora.

—Y tampoco tan feliz. Estoy segura. Vamos, un tipo como tú no va a dejar que su chica se le escurra por entre los dedos. Además, tú eres un experto en negarse a reconocer los propios sentimientos, seguro que se te ocurre la manera de hacerla reaccionar.

—Eso espero, Cande, eso espero. Gracias por escucharme estos días y por borrar eso que te pedí de la grabación.

—¿Borrar? —Sonrió—. ¿Quién te dice que he borrado nada?

Salva me estrujó entonces entre sus brazos y, tras darme un par de palmadas y de asegurarme que estaba seguro de que recuperaría a mi chica, prácticamente me metió en el coche y me fui de allí.

Conduje de noche y me detuve solo un par de veces a tomarme un café y a estirar las piernas. Mi único objetivo era llegar a Haro, dormir un poco (lo justo para recuperar la movilidad de la columna vertebral y de los brazos) y después hacer otra vez el equipaje y volver a Estados Unidos. A Tori no le haría ninguna gracia, pero volvería a verlos pronto, en Navidad. Y, si mi plan funcionaba, esa vez lo haría acompañado. Lo llamé «plan» porque llamarlo «voy a ponerme de rodillas y a suplicar que Jimena me escuche» era

demasiado largo.

Llegué a casa de madrugada, había un coche que no logré identificar aparcado en el garaje y me metí en la cama. Al día siguiente les daría una sorpresa.

## 23

La sorpresa me la dieron a mí.

Me levanté con el cuerpo dolorido de tanto conducir y, apoyando la espalda en la pared, intenté, sin demasiado éxito, soltar los músculos. El agua caliente de la ducha tampoco funcionó y, cuando logré vestirme y abrigarme porque hacía un frío de mil demonios y bajé a desayunar, no quedaba café.

—No hay café —anuncié a una cocina vacía. ¿Dónde se habían metido todos? Normalmente esa parte de la casa estaba más concurrida que Times Square.

Oí la risa de Valeria procedente del jardín y fui a su encuentro, seguro de que si mi sobrina me abrazaba me sentiría un poco menos desecho humano. Me puse el abrigo, salí y me quedé paralizado porque, junto a Valeria, haciéndola saltar por los aires, en realidad, estaba un chico que era idéntico a Michael y eso, claro estaba, era imposible.

—¡Más, más! —exigía Valeria entre risas y Michael, porque ese era Michael, también se reía.

Seguro que seguía durmiendo y de un momento a otro abriría los ojos y descubriría que aún estaba en la cama. Pero entonces alguien me golpeó en el hombro, me empujó y volvió a golpearme sin ninguna delicadeza.

—¿Cómo que necesitas estar *en casa*? ¡¿En casa?! ¡¿En casa?!

Otro golpe en el hombro y por fin reaccioné y la sujeté por la muñeca. Fue tocarla y que volviese a latirme el corazón.

—Jimena. —Solo pude decir su nombre.

—Ni Jimena... ni nada —Le brillaban los ojos e intentaba soltarse para volver a pegarme—. Se supone que esta ya no es tu casa.

Tiré de ella hacia mí, hasta que su cuerpo quedó justo delante del mío y aun así seguía demasiado lejos.

—¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has llegado? —No podía creerme que estuviera allí y de repente se me anudó el corazón—: ¿Estás bien? ¿Ha sucedido algo?

—No le ha sucedido nada al bebé, si es eso lo que preguntas. Pero no, no estoy bien, ¿cómo voy a estar bien?

Le acaricié la mejilla, no podía dejar de mirarla. Jimena dejó de hablar, de moverse, casi de respirar y me miró. Entonces me di cuenta de lo mucho que había echado de menos sus ojos y nos quedamos así en silencio hasta que solo fuimos de nuevo ella y yo, y lo demás se desvaneció.

—Dijiste que tenías que volver a casa —dijo en voz muy baja—. «A casa» y te referías a esto, a Haro, y no a mí.

—Jimena...

Sacudió la cabeza para detenerme y siguió hablando.

—Primero me enfadé, acababa de mandarte el audio con los latidos y estaba mirando el móvil, pensando qué decirte, qué escribirte para que me perdonases y volvieras a casa. Quería llamarte, había estado a punto de hacerlo tantas veces, pero al final no me había atrevido. Pero ese día, al salir del médico, me dije que no podía seguir así; te echaba demasiado menos y sabía que me había comportado como una cobarde, que mis dudas e inseguridades te habían hecho daño.

—Tendría que haberme quedado y haber seguido hablando contigo —tuve que interrumpirla—, no tendría que haberme ido de esa manera.

Volvió a sacudir la cabeza.

—Yo tendría que haber sido valiente y haberte pedido que te quedaras y que siguiéramos hablando. Tendría que haber discutido contigo o haberte dicho la verdad o lo que fuera, tendría que haber hecho algo y no haber permitido que te fueras sin más de casa, de nuestra casa. —Me sujetaba por el jersey con ambas manos como si fueran las solapas de un abrigo y me sacudió un poco—. Tenías razón, desde el principio te he hecho pagar por lo que me hizo Dennis, no he sido justa contigo ni conmigo.

—¿Y por eso estás aquí? ¿Para decirme que tenía razón?

—Fui al médico, me pediste que cambiase la hora y yo ni siquiera lo intenté,

por qué iba a hacerlo si tarde o temprano tú desaparecerías para siempre, lo mejor sería que me acostumbrase a hacer las cosas sola.

No la interrumpí, pero enlacé los dedos en la parte baja de su espalda y la acerqué a mí tanto como pude. Hasta que, al agacharme, pude apoyar la frente en su cabeza. Iba a esperar el tiempo que hiciera falta, a Jimena no le había resultado fácil llegar hasta allí y los dos necesitábamos que siguiera hablando.

—Michael me riñó, ese chico no sabe lo que es la solidaridad entre hermanos, me dijo que era una idiota por estar hecha un alma en pena cuando había sido yo prácticamente la que te había echado. Sé que tengo que contártelo todo y quiero hacerlo, Víctor, pero ¿no crees que antes podrías decirme si me perdonas y si estás dispuesto a volver conmigo?

La miré confuso, ¿cómo podía plantearse la posibilidad de que volviese a alejarme voluntariamente de ella? Tardé demasiado y ella se tensó y se movió para soltarse, así que hice lo único que se me ocurrió y bajé la cabeza en busca de sus labios para besarla.

El suspiro que se escurrió por los de Jimena antes de separarse se coló en mi cuerpo y lo recorrió entero. La besé con tantas ganas, todas las que llevaba semanas guardándome, que la levanté del suelo sin importarme dónde estábamos. Ella me rodeó por la cintura con las piernas y, al oírla reír, el peso que me oprimía el pecho desde que había cerrado la puerta de nuestra casa en Nueva York desapareció. Jimena me sujetó entonces el rostro con ambas manos y empezó a repartir besos por mis mejillas, párpados, nariz y barba. Su alegría y su pasión lograron que me olvidase de las horas que me había pasado en vela temiendo que nunca volviera a tenerla en mis brazos.

Oí que Michael gritaba mi nombre y, muy a mi pesar, recordé que nos encontrábamos en medio del jardín de las bodegas de Haro y con nuestra familia alrededor. Tuve que soltarla, aunque en cuanto sus pies tocaron el suelo nuestras manos se entrelazaron (yo no me veía capaz de alejarme de ella durante mucho tiempo), y caminamos juntos hasta donde Tori nos estaba esperando con una sonrisa de oreja a oreja. Deduje que mi hermana había hablado con Jimena anoche, que el coche desconocido de afuera probablemente lo había alquilado ella y que se había pasado la mañana en

ascuas esperando a que yo me despertase. No sabía qué decirle exactamente, ellas dos ya se conocían y no quería meter la pata y contarle algo que incomodase a Jimena.

No tuve tiempo de seguir preocupándome, Tori lanzó un brazo alrededor del cuello de Jimena y otro alrededor del mío y nos convertimos en un abrazo a tres bandas.

—Estoy tan contenta —nos dijo—, ya empezaba a estar preocupada —añadió mirándome solo a mí.

—Eh, no dudes de mí, esta mañana iba a decirte que tenía que volver a Nueva York.

Tori sonrió como cuando éramos pequeños y yo accedía a ser su prisionero en el barco pirata que improvisábamos en nuestro dormitorio.

—¿Ibas a volver? —me preguntó Jimena y lo mejor fue cuando al mirarla vi que no dudaba de mí. Había esperado mucho tiempo para ver esa clase de confianza en sus ojos.

Teníamos tanto que decirnos que estaba ansioso por empezar cuanto antes, pero, al observar a mi alrededor, comprendí que iba a tener que esperar. Nuestra familia nos rodeaba y ellos también formaban parte de ese instante. Dejé que Tori se llevase a Jimena hacia Carlos y que hablasen un rato mientras yo me acercaba a Michael. Esperé a que él hablase primero, a pesar de lo que me había dicho Jimena unos minutos antes no quería dar nada por hecho, y Michael debió de deducirlo porque el muy sádico se cruzó de brazos y me observó como si fuera el padre de la novia y yo el joven que la ha llevado de vuelta a casa. Sonreí, tarde o temprano intercambiaríamos los papeles y yo sí que le haría pasar un infierno cuando trajese su chica por primera vez a casa.

—Así que ibas a volver a Nueva York.

—Sí, eso he dicho. Iba a comprar el billete esta misma mañana.

—Ha sido culpa mía.

La afirmación me sorprendió e inquietó tanto que aparqué la actitud bromista.

—¿A qué te refieres? ¿Qué ha sido culpa tuya? No me fui por ti, Michael.

—No, eso ya lo sé. Bueno —agachó la cabeza y jugó con unas piedras con

la punta del zapato—, al principio lo pensé, pero Jimena me explicó la discusión que habíais tenido y me obligó a hacer una lista de todas las cosas que habías hecho por mí.

—¿Una lista? —Volví a sonreír.

—Sí. —Se sonrojó—. Está colgada en la puerta de la nevera con un imán. Dice que así la veo cada día y no se me olvida.

—Ah, vale.

—Cuando vuelvas a casa, la tiraré.

—De acuerdo. —Ni loco iba a dejar que la tirase antes de que yo pudiera verla.

—Es culpa mía que hayamos tardado tantos días en llegar a España porque no tenía pasaporte, no lo había necesitado nunca, y Jimena tuvo que hacer un montón de trámites para conseguirlo. La señora Ringer nos echó un cable, creo, si no aún estaríamos en Nueva York. Pero no le digas a Jimena que te lo he contado, me parece que quería explicártelo ella más tarde.

—No se lo diré, tranquilo.

Asintió y caminó hacia mí igual que un soldado dispuesto a enfrentarse a un pelotón de fusilamiento.

—No vuelvas a irte sin despedirte de mí, ¿vale?

Joder, me sentí como un verdadero idiota.

—Vale.

—Vale —repitió Michael con los ojos brillantes muy a su pesar, seguramente—. Mi padre solía desaparecer sin más. Aparecía y se iba siempre sin avisar. Hasta que un día ya no volvió porque se había muerto. A él se le daba muy mal eso de ser padre, nunca me había acompañado a ningún lado y nunca... —Se secó furioso una lágrima—. A ti no se te da tan mal, así que despídete, si llega el...

Lo abracé y lo estrujé tanto como él me dejó.

—No me iré a ninguna parte, ¿de acuerdo?

Noté que Michael, tras pasarse unos segundos inmóvil y aguantando la respiración, soltaba el aliento y me abrazaba.

—De acuerdo.

Improvizamos un almuerzo en la cocina, Valeria estaba fascinada con Michael, con su pelo para ser exactos, y parecía empeñada en escalar al chaval hasta poder tirar de uno o dos mechones. Lo más interesante era que él se dejaba. Tori y Carlos acogieron a Jimena con el mismo calor que siempre recibían a sus amigos, pero ofreciéndole al mismo tiempo algo más. No la agobiaron a preguntas, esperaron a que ella eligiese qué quería contarles y poco a poco se añadieron al relato. El día que descubrí en ese hospital que Jimena estaba embarazada, sentí una gran emoción, pero creo que fue en esa cocina cuando empecé a comprender de verdad que lo que estábamos haciendo era formar una familia. Se me encogió el estómago y, en cambio, el corazón me creció hasta que temí que no fuera a caberme en el pecho. Era aterrador y maravilloso y estoy convencido de que la imagen de aquel día se quedará siempre conmigo.

Después de comer y de que Tori le arrancase a Jimena la promesa de que le daría la receta de sus famosos cruasanes, Michael se ofreció a quedarse con Valeria un rato y Tori dijo que tenía que ocuparse de algo muy importante —se lo inventó— en la nave donde teníamos las cubas y que Carlos tenía que ayudarla. Nada me habría gustado más, obviamente, que encerrarme en una habitación con Jimena. Solo necesitaba que se pudiera cerrar con llave, ni siquiera me hacía falta una cama, me las apañaría con una mesa, el suelo o una pared cualquiera. Pero también quería esperar. Vi a Jimena sonreír y sabía que todavía teníamos que hablar.

—Tengo una idea —le dije—. En seguida vuelvo.

Desaparecí el tiempo necesario para poner en marcha mi plan y volví minutos más tarde cargado con una manta, el abrigo de Jimena, que estaba en la habitación donde había pasado la noche sin que yo supiera que la tenía tan cerca, y mi vieja mochila.

—¿Vamos? —Le tendí una mano y ella la aceptó ensanchando la sonrisa.

—¿Adónde?

—Ponte el abrigo. Quiero enseñarte algo. —Esperé a que se lo pusiera, y



también los guantes y la bufanda, y después me colgué la mochila y volví a cogerla de la mano—. ¿Te acuerdas de cuando salíamos a correr juntos?

—Claro que me acuerdo.

Íbamos andando por ese mismo camino. Frente a nosotros estaban los árboles que nos habían visto hablar y enamorarnos, a pesar de que yo lo hubiese hecho sin darme cuenta.

—¿Te conté alguna vez que mi padre nos construyó a Tori y a mí una casa secreta?

—Sí, aunque dijiste que no habías vuelto desde que tu padre te pilló allí dentro fumando cuando eras un adolescente. No te pega nada, dicho sea de paso.

—¿El qué?

—Fumar.

—Lo sé, lo hice para impresionar a una chica. La chica equivocada, claro está. Nunca se fijó en mí, ni siquiera me acuerdo de su nombre, pero jamás se me olvidará la bronca de mi padre ni la conversación que tuvimos después. Fue el último verano antes de ir a la Universidad.

—Ah, entiendo, tuvisteis una de esas conversaciones de hombre a hombre —bromeó y yo me reí.

—No, qué va, mi padre era más de improvisar. Me dijo algo como que a la chica de mi vida no iba a tener que impresionarla con mentiras y que esa chica sacaría lo mejor de mí mismo, no lo peor. Y añadió que mal por mal era mucho mejor que bebiera y no que fumara, se lo debía a la familia. Y entonces sacó una botella de vino, un sacacorchos y dos vasos, son mucho más fáciles de transportar que las copas.

—Parece que fue un hombre muy especial, como tú.

Levanté nuestras manos enlazadas y le besé la palma a pesar del guante.

—Ya hemos llegado.

Vi la casa de madera, no estaba en lo alto de un árbol (ni mi padre ni mi madre se fiaban de las habilidades de Tori como escaladora, ni de las mías, supongo), pero era una casa perfecta. La habíamos construido entre todos durante un verano, antes de que mi madre muriera. Era más sólida que muchas

construcciones de hoy en día y estaba en el lugar perfecto: lo bastante cerca de un roble para quedar protegida y lo bastante lejos como parecer que tenía su propio mundo.

—Es preciosa. ¿Cómo es posible que haya aguantado tanto tiempo?

—Mi padre siempre se aseguró de repararla y me imagino que Tori o Carlos hacen lo mismo. Yo es la primera vez que vuelvo desde que me fui a la Universidad.

Abrí la puerta, tuvimos que agacharnos para entrar, y sonreí al ver que efectivamente seguía igual que antes, más vieja, pero en perfecto estado. Extendí la manta que me había llevado de casa en el suelo y le indiqué a Jimena que se sentase. No podíamos quedarnos de pie, el techo era demasiado bajito. Una vez estuvo sentada, hice lo mismo a su lado y la miré.

—¿Quieres ver algo increíble?

Ella enarcó una ceja.

—No seas malpensada. Túmbate.

Empecé a hacerlo yo para que me imitase, aunque antes coloqué también en el suelo los cojines que había metido en la mochila. Una vez estuvimos tumbados, alargué el brazo izquierdo hacia atrás en busca de un cordel que, si no me fallaba la memoria, tenía que estar por allí. Sonreí al tocarlo con los dedos y tiré de él con la misma emoción que cuando tenía diez años.

La trampilla del techo cedió y apareció el cielo.

—De noche es espectacular, solíamos venir a pescar estrellas. Lo llamaba así cuando era pequeño.

Nos quedamos así un rato, sin decir nada. La casa era tan pequeña que yo tenía que doblar las rodillas hacia arriba porque, de lo contrario, los pies me saldrían por la puerta y nuestros hombros casi ocupaban de un extremo al otro de la construcción de madera. Aun así, era perfecta.

—Me sentí como una idiota cuando descubrí que Dennis seguía felizmente casado. Lo peor de todo fue cuando un día, semanas después de haberlo pillado, se presentó en mi apartamento convencido de que iba a perdonarlo y de que le dejaría volver conmigo. Me dijo: «No cambiará nada, Jimena, todo seguirá igual que antes». —No me miraba, tenía la vista fija en el cielo, pero

me cogió la mano y yo la estreché con fuerza—. Entonces lo entendí, él nunca había hecho ningún esfuerzo por disimular, todo iba a seguir como siempre. Le eché, sentí náuseas al verlo, pero en cuanto cerré la puerta empecé a buscar esos detalles que se me habían escapado, esas pistas que me habrían ayudado a deducir que era un cerdo mentiroso y que me estaba engañando a mí y a su esposa. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Creo que lo que encontré siguió sin parecerme sospechoso, porque era lo que le había visto hacer a mi padre toda la vida. Cuando mis amigas hablaban de lo que hacían sus padres me daba cuenta de que los míos hacían cosas distintas, pero no sabía que esas diferencias implicasen necesariamente tener otra familia en otro continente. Creía que mi padre sencillamente viajaba más que los de las demás y que mi madre y él simplemente eran más fríos que el resto, menos cariñosos. A mí nunca me hicieron una casa donde pescar estrellas.

Me costó respirar.

—Puedes quedarte con la mía, a Tori seguro que tampoco le importará.

Noté que se movía y giré el rostro hacia ella. Levantó la mano que tenía libre y, con los dientes, tiró del guante hasta quitárselo, la mano desnuda descansó en mi rostro y pasó los dedos por la barba.

—Te quiero, Víctor. Me...

Quería escuchar el resto de lo que iba a decirme, pero antes necesitaba besarla.

# 24

## Diciembre

—Todavía no sé cómo me has convencido para que esté hoy aquí.

—¿Quieres que te recuerde todo lo que te hice esa noche en la cama? ¿Y esa mañana en la ducha? Porque, si quieres, a mí no me importa. Tengo muy buena memoria, puedo incluso volver a llevarlo a la práctica.

Jimena se sonrojó al escucharme y me dio la espalda.

—Tampoco sé cómo pensé que iba a caberme este vestido.

¿Caberle? Estaba espectacular, tuve que recoger la mandíbula del suelo al ver las curvas que le marcaba y la piel de la espalda al descubierto. Claro que esa reacción no era nada nueva en mí en lo que a ella se refería. Me bastaba con estar cerca de Jimena para que mi mente se fundiera y mi cuerpo empezase a buscar maneras de tenerla. Caminé hasta ella prácticamente hipnotizado y me froté las manos antes de tocarla, porque las tenía heladas por culpa de los nervios.

—Estás preciosa —conseguí decirle mientras le subía la cremallera, y me agaché para besarle el cuello—. Y hueles muy bien.

No me aparté hasta que la oí sonreír.

—Tú sí que estás guapo. —Se dio media vuelta y me sujetó por la corbata—. Quiero arrancarte la ropa, es lamentable lo que me pasa contigo. No tengo ningún control y es todo culpa tuya. Tendrías que hacer algo para evitarlo.

Sonreí.

—Ni hablar y, además, es completamente mutuo. A estas alturas ya deberías saberlo —añadí y, para demostrárselo, la besé posesivamente.

Antes de Jimena no entendía las reacciones de esta clase. Si en alguna serie de televisión o en alguna película aparecían un hombre o una mujer

comportándose de este modo, me entraba la risa o lo observaba igual que si estuviese viendo a un extraterrestre comiéndose un plato de caracoles: me parecía absurdo. Y si alguna vez me había encontrado con alguien exhibiendo esta clase de comportamiento en la vida real, como por ejemplo Salva y Cande o Jorge, el chico de febrero, con su chica mi reacción había sido la de dejar los ojos en blanco y pensar, no sin poca condescendencia, que ya se les pasaría y regresarían al planeta Tierra.

Ahora no solo me negaba a volver a nuestro planeta, sino que, si a la reacción que me provocaba ella le sumábamos la que me causaba saber que estaba embarazada y poder ver cómo su cuerpo estaba cambiando por el bebé, me convertía en un ser que lo único que necesitaba era a Jimena. Si os soy sincero, y visto está que lo estoy siendo porque estáis sujetando mi historia en vuestras manos, me daba igual. Me parecía bien dedicar el resto de mi vida a estar con ella y a buscar maneras de hacerla feliz. No se me ocurría nada más satisfactorio.

Jimena separó más los labios, aumentó dramáticamente la intensidad del beso y poniéndose de puntillas entrelazó los dedos en mi nuca. Yo empecé a tirar de la cremallera que acababa de abrochar, me olvidé de todo lo que nos rodeaba, de los motivos por los que estábamos allí, y lo único que quedó en mi mente fue aquel fuego que me quemaba por dentro cuando nos besábamos y nos tocábamos y que solo conseguía apagar —momentáneamente— si nos desnudábamos y hacíamos el amor. La cremallera cedió, Jimena gimió y el sonido bajó por mi garganta hasta golpearme en el estómago.

Alguien llamó a la puerta.

—Víctor —suspiró Jimena lamiéndose el labio antes de morder el mío—, tenemos que parar.

—Lo sé. —Apreté los dedos en su cintura—. Lo sé.

Volvieron a llamar.

—Mierda —dije resignado, dando un paso hacia atrás—. ¿Estás bien? —Le acaricié el rostro, el pintalabios había desaparecido, pero sus ojos brillaban más que antes.

—Perfectamente —me sonrió—. ¿Vas a abrir?

—Iré después de asegurarme de que de verdad estás bien. Hace un momento parecías nerviosa. Si no quieres que sigamos adelante, podemos irnos, Jimena.

Ella se puso de nuevo de puntillas, las medias que cubrían sus piernas soltaron una chispa al rozar mi pantalón, aunque quizá fuimos nosotros.

—Ve a abrir, estoy bien. Te lo prometo.

Tuve que dirigirme a la puerta, si hubiera seguido mirándola un segundo más, habría vuelto a besarla y esta vez no habría parado hasta estar dentro de ella. Abrí y me encontré con Michael, que ya estaba sacándose el móvil del bolsillo probablemente para llamarme a mí o a su hermana.

—Ah, ahora iba a llamaros. ¿Qué estabais haciendo? Da igual, no me contestes. Ya está todo listo. Valeria, Tori y Carlos están esperándonos y Justin también acaba de llegar. Solo faltas tú, Víctor, y podrán empezar.

Le tendí la mano y, cuando Michael la aceptó, lo acerqué a mí para abrazarlo.

—Gracias por todo esto, Michael.

A él empezaba a dársele mejor esto de aceptar y devolver las muestras de afecto y me abrazó.

—Gracias a ti, pero ¿de verdad era necesario que os casarais en Las Vegas?

—Muy necesario, créeme. No iba a esperar a que tu hermana cambiase de opinión. —Me aparté y lo miré a los ojos—. Estaré abajo esperando, no tardéis. —Elevé un poco la voz para que pudiese oírme Jimena, que seguía en la habitación poniéndose los zapatos—. Nos vemos abajo, cariño.

Bajé en el ascensor y durante el trayecto pensé en todo lo que me había sucedido aquel año. Estábamos en Las Vegas, Jimena había llegado a la ciudad dos días antes que yo porque sus amigas, las mismas que la habían acompañado el diciembre anterior, habían insistido en que ella también debía celebrar una despedida de soltera. Las fotos son de lo más divertidas y me he guardado dos o tres para chantajear a Jimena cuando la situación lo requiera. Aunque estoy seguro de que ella se ha vengado más que de sobra con esa en la que está sentada en el regazo de uno de los *strippers* del Excalibur y él la mira como si quisiera comérsela entera. Entiendo al pobre tipo, pero Jimena es mía y, si alguien quiere llamarme neandertal por ello, adelante. Desde la primera

página he dejado claro que mi comportamiento, en lo que a este tema se refiere, no es nada lógico.

Las amigas de Jimena no iban a asistir a la boda; habíamos decidido que ese acto sería solo para la familia y Justin era la única excepción, por todo lo que le había sucedido a él esas últimas semanas (algo que no me corresponde a mí contaros). Habíamos decidido que, después del nacimiento del bebé, haríamos una celebración con todos nuestros amigos, pero lo de Las Vegas era solo para nosotros.

Y, francamente, no necesitaba nada ni a nadie más.

Después de que Jimena apareciera en Haro y me dijera al fin que me quería y que confiaba en nuestra relación, quise hacer algo que señalase el momento. Entonces, la idea de casarnos en Las Vegas se me pasó por la mente y ya no fui capaz de abandonarla. Allí nos habíamos reencontrado y allí había empezado de verdad nuestra historia porque ahora sabía sin lugar a duda que después de entonces habría hecho lo que fuera para volver a verla y averiguar por qué desde el primer día en Haro de un modo u otro no había dejado de pensar en ella.

Crucé el vestíbulo del hotel. La capilla estaba en el jardín, en un pequeño edificio aparte donde había varias salas de distintos tamaños. Nosotros habíamos elegido el más pequeño, éramos pocos, y Tori había insistido en ocuparse de decorarlo. Aunque había llegado apenas dos días antes de la boda, lo había dejado magnífico, todo lleno de flores (no sé de qué tipo y, de haberlo conocido, lo más probable es que en ese instante hubiese sido incapaz de recordarlo). Hiciéramos lo que hiciésemos después en España, aunque viniese el mundo entero a esa celebración, para mí aquel día en Las Vegas será siempre el día de nuestra boda. No necesitaba nada ni a nadie más. Caminé con una sonrisa y sin disimular lo emocionado que estaba hasta donde mi hermana me estaba esperando y la abracé para darle las gracias.

Valeria se lanzó a mis brazos y, tras saludar y abrazar también a Carlos con la niña entre los dos, me acerqué a Justin. Este también me abrazó y me

felicité sinceramente y, sí, meses atrás había sentido celos de ese hombre y había envidiado la relación que mantenía con Jimena y la confianza que existía entre los dos. Pero, ahora, después de todo lo que habíamos pasado, no podía sino alegrarme y dar gracias de que Jimena tuviera un amigo como él y esperaba que con el tiempo yo también pudiera llamarlo así.

Todavía no había decidido qué hacer con mi trabajo, aún me quedaban unos meses para pensármelo y tenía intención de aprovecharlos para averiguar cuál de las opciones que teníamos era la mejor para nosotros. Jimena quería vender la casa de Nueva York y, a pesar de que yo siempre le tendría cariño por lo que había representado para nosotros, podía entender que ella siempre la relacionaría con su padre y con las mentiras de este. Ella y Michael se merecían un lugar donde pudieran empezar de cero, sin el lastre de esos recuerdos, y yo, si ellos eran felices, podía vivir en cualquier parte. A Michael aún le quedaban unos cuantos meses para terminar el curso y entonces podríamos mudarnos a cualquier parte si era eso lo que al final decidíamos. En principio, nos quedaríamos en Estados Unidos. Michael, aunque entendía perfectamente el español y lo hablaba con soltura, había pasado por muchos cambios en los últimos años y necesitaba un poco de estabilidad. Era lo mejor para él y tanto a Jimena como a mí nos parecía bien pasar unos cuantos años viviendo allí. Lo que sí que teníamos claro era que viajaríamos a menudo a España y que nos aseguraríamos de ver tanto como pudiéramos a Tori y también al resto de nuestros amigos.

Sonaron las notas de una canción que con toda seguridad conocía de sobra, pero que no pude reconocer porque, cuando vi entrar a Jimena, dejé de pensar. Estaba preciosa. La había visto unos minutos antes, conocía de sobra el vestido y sabía que no iba a tardar en aparecer, y aun así no estaba preparado para el impacto que me provocó verla.

La ceremonia fue breve y anárquica, Valeria se paseó entre Jimena y yo varias veces y Michael dio el discurso más peculiar que había escuchado nunca, pues empezó diciendo que el día que se había enterado de que tenía una hermana la había odiado con todas sus fuerzas, hasta que la conoció y empezó a quererla. Para ser un adolescente problemático —al menos según su horrible



abuelo, que todos habíamos decidido fingir que no existía—, era muy listo y dijo que el amor no sigue ninguna regla ni pide explicaciones y que, cuando era de verdad como el nuestro, acababa encontrando la manera de seguir adelante y ser para siempre sin hacer daño a nadie.

Me sentí muy orgulloso de él y no me importó abrazarlo allí en medio. Era mi boda y podía hacer lo que quisiera. Después, Jimena también lo abrazó y le pidió que se quedase sentado junto a nosotros el resto de la ceremonia.

Cuando nos declararon marido y mujer, ya había besado a Jimena varias veces, pero ese beso me lo guardé muy adentro para recuperarlo si algún día llega a hacerme falta (aunque sé que no me la hará, porque tengo intención de esforzarme como un condenado para que ella y las personas que me acompañaron en aquel instante estén siempre a mi lado).

Después de la ceremonia, habíamos reservado una mesa en uno de los restaurantes del hotel y durante la comida reímos, nos sacamos fotografías que no compartimos con nadie que no estuviera allí, y brindamos por todo lo que haríamos juntos a partir de entonces. Esa noche, Justin se despidió temprano, Michael se quedó con Valeria para que sus padres pudieran salir o pasar un noche juntos sin la pequeña, y nosotros, Jimena y yo, nos quedamos bailando.

—Creo que es la primera vez que bailamos juntos —me dijo balanceándose contra mi cuerpo.

—Eso es imposible.

—Imposible o no, es la primera vez que bailamos, créeme, me acordaría.

Agaché la cabeza para besarla.

—Fui un idiota. Tendría que haberme dado cuenta antes y haberte pedido que bailaras conmigo en Marbella o en cualquier otra parte.

Habíamos desaprovechado demasiado tiempo y todavía me costaba asumir que eso sí que nunca podríamos recuperarlo.

—Estamos bailando ahora y es perfecto. Yo no cambiaría nuestra historia por nada —me adivinó el pensamiento y no por primera vez.

Ella me acarició la nuca y apoyó la mejilla en mi torso. Bailábamos despacio y poco a poco el baile se convirtió en mucho más. Cada roce, cada suspiro, cada beso que intercalábamos aumentaba la intensidad de lo que

estaba pasando hasta hacerla insoportable.

—Te necesito, Jimena. Necesito hacer el amor contigo ahora mismo.

Ella me besó, me separó los labios con la lengua y después me dio la mano y me guio hasta el ascensor. Los ojos le brillaron traviosos al abrir la puerta de nuestra habitación y supe que iba a volverme loco. Últimamente esa era su misión en la vida.

Yo insistía en tocarla despacio, en acariciarla con ternura y en besarla suavemente (hasta perder el aliento, eso sí). El médico me había asegurado que ella estaba perfectamente y que podíamos mantener relaciones sexuales con total normalidad, pero yo no podía dejar de ver a Jimena en esa cama de hospital y no me avergüenza decir que no podía quitarme de encima aquel miedo, miedo de que pudiera sucederle algo malo por mi culpa, pero Jimena llevaba días —y noches— intentando hacerme enloquecer, acelerar mis movimientos y básicamente que perdiese el control por completo.

Esa noche lo consiguió y lo único que tuvo que hacer fue susurrarme al oído:

—Te quiero, Víctor.

Nunca controlaré del todo el efecto que me produce escuchar esas palabras, el sentimiento que detecto en cada sílaba cuando Jimena las dice, y la verdad es que no quiero hacerlo.

La levanté del suelo y la apoyé contra la puerta de la habitación sin ninguna delicadeza, fue una reacción muy primitiva, lo único que sabía mi cuerpo era que necesitaba estar dentro del ella. En aquel momento. Ni un segundo más tarde.

Mis movimientos fueron bruscos y frenéticos, rompí varias piezas de ropa mientras Jimena me desabrochaba los pantalones y, cuando por fin guio mi erección hacia su interior, tuve que detenerme.

—Dilo otra vez —dije apretando los dientes para contenerme.

Acarició mi rostro y me besó con una ternura que contradecía la brutalidad de nuestra unión.

—Te quiero.

La calma que más o menos había conseguido mantener hasta entonces desapareció, sería más exacto describirlo como que se pulverizó, se derrumbó

hecha cenizas, y lo único que pude hacer fue moverme y empujar las caderas hasta que no hubiese ningún espacio libre entre los dos. Besarla, morderla, sujetarla para que nadie pudiese jamás separarnos. Cuando se apretó a mi alrededor al alcanzar el orgasmo, el mío me sacudió de la cabeza a los pies y la apreté contra la puerta mientras mi cuerpo se estremecía.

—Joder, Jimena, lo siento. Quería que la primera vez fuese romántica —me quejé sin aliento.

Ella se rio y me besó el pelo.

—Lo ha sido, ha sido perfecta.

—Te he follado contra la puerta sin apenas desnudarnos —señalé ofendido conmigo mismo a pesar de que aún temblaba de placer de lo intenso que había sido.

—Sí, eso hemos hecho, y espero que lo repitas muy a menudo.

—Dame dos minutos.

—¿Dos?

—Uno si no dejas de moverte.

—Te quiero.

—Joder, eso es hacer trampas, Jimena. Vas a matarme. —La llevé en brazos hasta la cama y volví a besarla—. Yo también te quiero y ahora no me desconcentres, quiero hacerte el amor.

—Claro.

Me pasó las uñas por los botones de la camisa y me miró de una manera que sentí la caricia a través de la ropa.

—Lo digo en serio. Ahora vamos a hacer el amor y después, si quieres, volvemos a echar un polvo salvaje.

—¿Solo uno?

Me reí.

—Todos los que quieras.

—Mejor así. Ven aquí.

Tiró de mi corbata y volvió a besarme.

Iría a su lado siempre que me lo pidiera.

# Quinta entrevista

Grabadas en el teléfono móvil de Cande Ríos cuando volvimos a vernos después de su boda. Esta la recuerdo con más cariño que las anteriores

—¿De verdad vas a dejarme que cuente todo esto?

—Bueno, tal vez todo no. Si no me falla la memoria, me juraste por la salud de todos tus futuros hijos que podría leer el manuscrito antes de que lo entregases a la imprenta.

—Sí, por supuesto. Quiero que estés contento con el libro, es tu historia.

—La mía y la de Jimena. Y supongo que también es algo tuya y de Salva. Sales bastante, Cande, y no siempre favorablemente.

—Así es como pasó, ¿no? Nadie que sea auténtico queda bien siempre, los humanos más o menos decentes como nosotros también la cagamos, ¿no crees? Y tal vez esos errores nos convierten de verdad en lo que somos.

—Sí, supongo que tienes razón.

—¿Sigues arrepintiéndote de haber participado en *Los chicos del calendario*? Hace un par de años, cuando terminó el concurso, me lo dijiste.

—No, y siento habértelo dicho. No estaba en mi mejor momento. Joder, me comporté como un idiota.

—No lo hiciste tan mal, al fin y al cabo, ganaste el concurso. Y no solo eso, ganaste todas las encuestas y según el país entero eres el chico del calendario; el único hombre que vale la pena.

—*Era*, ya no.

—Está bien, si tú lo dices... ¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a ser feliz con Jimena y con todo lo que está a punto de sucedernos.

—No puedo creerme que todavía te niegues a decirme si vais a tener un niño o una niña.

—Creo que por una vez en nuestra relación me toca a mí darte una sorpresa,

¿no crees?

—Está bien. Tal vez tengas razón en eso.

—Y tú, ¿qué vas a hacer?

—De momento escribir tu historia, en cuanto a lo demás..., quizá yo también tenga algún as escondido en la manga.

—Eres incorregible, Cande. Pero, para que conste, me encantaría que mi sorpresa jugase con la tuya algún día.

—Lo sé, pero de momento aún no. Dejaré que vosotros hagáis prácticas antes. ¿Nos vemos esta noche los cuatro para cenar? Salvador tiene ganas de veros y yo aprovecharé para interrogar a Jimena, seguro que a ella sí lograré sonsacarle información.

—Tú misma, puedes intentarlo, pero no creo que lo consigas.

—A ti te he convencido para que me dejaras escribir tu libro, ¿no?

—Digamos que al final no fuiste tú la que me convenció.

—Pues claro que no, aceptaste por Jimena, aunque tienes que reconocer que tarde o temprano lo habría logrado. Ya te estabas decantando a mi favor.

—Ni hablar. Como mucho me estaba planteando la posibilidad de llamarte y hablar contigo, pero ¿el libro? Jamás. Acepté porque quería que Jimena supiera toda la verdad sobre mí, que se metiera en mi cabeza y viera el año que nos enamoramos a través de mis ojos.

—Guau, siempre supe que algún día aparecería tu lado romántico y aniquilaría al científico. Esta frase sale en el libro seguro, te aviso, leñador.

—Como quieras, es la verdad, como has dicho tú antes. Además, mi lado romántico, como tú lo llamas, le gusta a Jimena.

—Oh, estoy segura de que le gusta. Un leñador romántico es, citando a Abril, un fundebragas de primera. No me mires así, te has sentido halagado. Vamos, largo, ahora que te he dicho esto, se te nota a la legua que estás impaciente por comprobar si es cierto. Si no fuera porque te entiendo, me reiría de ti.

—Y hablando de tu problema para evitar la combustión de tu ropa interior, ¿dónde está Salva?

—No lo sé, ha dicho que estaba preparándose una sorpresa. Al parecer hoy

los dos estáis misteriosos y decididos a hacerme perder la paciencia.

—Ah, ¿pero has tenido alguna vez?

—Mira, vete de aquí. Nos vemos esta noche para cenar los cuatro, no te distraigas.

—No me distraeré, solo estaré muy ocupado antes.

—No hacía falta que me lo restregaras por las narices.

—Lo siento, no he podido evitarlo. ¿Qué vas a hacer cuando termines mi libro?

—Un cambio de tema algo brusco, pero lo prefiero a imaginaros en la cama mientras yo estoy aquí tomando notas y con Salvador vete a saber dónde. ¿Qué haré cuando acabe tu libro? Convencer a Pablo para que me cuente su historia y escribir otro. Deséame suerte.

—Suerte, vas a necesitarla.

# EPÍLOGO

## La boda de Salvador y Candela, es decir, mi boda.

Salvador estaba sentado en una de las sillas que habían ocupado los invitados durante la ceremonia mirando las estrellas. Si de él hubiese dependido, hacía más de dos horas que habría echado de ahí a todo el mundo, pero se había comportado y, aunque seguro que más tarde intentaría negarlo, sabía que se lo había pasado bien; le había visto sonreír más de una vez. Me despedí de mis suegros, la palabra todavía sonaba extraña en mi mente, y también de Pablo, los tres habían insistido en que Salvador y yo nos quedásemos solos en la casa de Puigcerdá, y se fueron juntos a un hotel precioso que había cerca. No querían correr el riesgo de conducir de noche. Además, habíamos quedado que nos veríamos al día siguiente antes de que nos fuésemos de viaje. Salvador y yo íbamos a pasar unos días lejos de allí, en una isla muy remota, según él, de la que yo no sabía ni el nombre porque al parecer mi novio arisco y hermético sabía ser romántico cuando quería y se había encargado de todo.

Lo de llamar a Salvador mi marido me producía tal impresión que aún no me atrevía a hacerlo. No es que me pareciera increíble que nos hubiéramos casado, que un poco sí que me lo parecía, la verdad, sino que cuando me daba cuenta de que lo habíamos hecho tenía ganas de ponerme a cantar y a saltar en plan princesa Disney poseída y esa noche ya me dolían los pies de tanto bailar. Además, estaba impaciente por reunirme con él bajo las estrellas y un número musical me retrasaría demasiado.

—¿Puedo sentarme aquí? —Con una sonrisa en los labios señalé la silla vacía que había al lado de la que ocupaba él.

—No.

—¿No?

Mantuvo el rostro impassible y sin apartar los ojos de los míos apartó la silla en cuestión con la punta del pie.

—Está demasiado lejos. —Tiró de mí antes de que comprendiera que iba a hacerlo y me sentó en su regazo—. Aquí estarás mucho mejor.

Me besó y tardé unos segundos en recordar lo que había ido a decirle. Le acaricié la mejilla, había empezado a salirle la barba, y él sonrió bajo mis dedos.

—Te quiero mucho, chico de las estrellas.

—Y yo a ti. —Volvimos a besarnos—. Nunca he entendido por qué me pusiste ese apodo. Estoy seguro de que soy el hombre menos astral, por decirlo de alguna manera, que conoces.

—¿Astral? ¿En serio? —Le tomé el pelo—. A ver, ¿cómo te habría gustado que te hubiese llamado? ¿El temerario que escala montañas a lo loco? ¿O tal vez el adicto a los monosílabos que apenas me habla y siempre tiene cara de pocos amigos?

—Ya, al principio no fui demasiado simpático.

—¿Al principio? ¿Te ha dicho alguien que ahora lo eres? Porque, cariño, te ha mentido.

—Vale, me porté como un capullo durante meses. —Tenía las manos en mi cintura y me pegó a su torso para susurrarme al oído—. Y no me digas que aún lo soy.

Me besó el cuello.

—Está bien, no lo haré, si sigues besándome.

—Dalo por hecho. Ese ha sido mi plan desde el principio.

Noté que una de sus manos se deslizaba por debajo del vestido y empezaba a subirme por el muslo. Tuve que detenerlo, no quería que descubriera mi sorpresa.

—Espera un momento. —Abrió los ojos y me miró entre intrigado y preocupado, y no sé por qué me sonrojé—. Antes de... vamos dentro, quiero enseñarte algo.



Me levanté y le cogí de la mano para tirar de él hacia el interior de la casa. La empresa que había organizado nuestra pequeña boda se había encargado de dejarlo todo en perfecto estado, pero los ramos de flores que habían utilizado de decoración seguían ahí, y también algunas velas, lo que le daba un aspecto mágico. Caminamos hasta nuestra habitación, Salvador, al igual que su hermano, tenía una zona de la casa solo para él, lo que nos garantizaba intimidad siempre que íbamos a visitar a sus padres.

Al entrar vi que alguien, probablemente su madre, se había asegurado de que allí también hubiera flores e incluso una botella de champán, y no pude evitar sonreír. Le solté la mano a Salvador y me giré a mirarlo.

—Espera aquí. No te muevas.

Yo temblaba y estaba nerviosa, los botones del vestido se me escurrieron por entre los dedos dos o tres veces antes de que pudiese soltarlos.

—Candela... yo... Quieres que me dé un infarto, es eso, ¿no?

Le miré y descubrí sus ojos fijos en la piel de mi escote. Salvador tenía la respiración entrecortada y cerraba los puños con fuerza como si tuviera que contenerse para no tocarme.

—Tal vez te parecerá una tontería —farfullé al llegar a la venda. Me había costado mucho ocultársela ese último par de días—, pero quería...

Él se movió tan rápido que no tuve tiempo de reaccionar. Pasé de estar sola a un metro de Salvador a tenerlo arrodillado delante y con sus manos sujetándome las caderas.

—¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado? ¿Te has hecho daño? ¿Cuándo?

Podía sentir lo preocupado que estaba y le pasé los dedos por el pelo mientras le susurraba.

—Estoy bien, no es nada malo. Te lo prometo. —Él seguía con la mirada fija en el vendaje, así que seguí hablando, supuse que en cuanto supiera la verdad volvería a mirarme a los ojos. Quizá tendría que habérselo contado antes—. Tú siempre dices que no eres romántico y que me lo hiciste pasar muy mal durante meses, pero lo cierto es que yo también tengo tela y que si hemos llegado hasta aquí ha sido gracias a los dos. Porque nos queremos. Yo te quiero más que...

—Joder, Candela. —Me abrazó, pegó su rostro a mi abdomen, noté la mejilla áspera en la piel y el aliento haciéndome cosquillas en la cadera y el muslo—. Dime de una vez qué te pasa porque yo no solo te quiero, eres mi mundo.

Acerqué unos dedos al esparadrapo que sujetaba la parte superior y empecé a tirar sin preocuparme demasiado de si me hacía daño. Quería enseñárselo a Salvador y demostrarle de otra manera lo feliz que estaba por haberme casado con él.

—Es un tatuaje —le dije—, fui al mismo lugar que vas tú y le conté quién era. —Salvador pasó fascinado el dedo índice y el anular por encima de los números—. Son...

—Unas coordenadas y algo más —añadió confuso justo antes de depositar los labios sobre la tinta y besarme.

Suspiré antes de explicárselo.

—Son las coordenadas del Everest.

Él apartó la cabeza y buscó mi mirada.

—Tú me explicaste que habías empezado a escalar para sentirte vivo, para huir del miedo que te provocaba la muerte. Para sentir que eras amo de tu destino. Recuerdo aquel día como si fuera hoy, Salvador, creo que fue cuando me di cuenta que me estaba enamorando de ti. Pero también me asusté, lo reconozco, porque pensé que nadie podía competir con eso. ¿Qué soy yo al lado del Everest?

—Candela, amor, tú... Mierda, vas a hacer que me ponga a llorar y que vuelva a comportarme como un idiota. Tú lo eres todo para mí. Todo.

—Lo sé. Por fin lo sé y espero que sepas que tú eres exactamente lo mismo para mí. Por eso elegí tatuarme estas coordenadas.

Volvió a besarme el tatuaje.

—¿Y el resto? ¿Es japonés?

—Oh, eso, bueno, tal vez te parecerá una tontería, pero ¿te acuerdas de mi gato de la suerte?

—Mi gato de la suerte, querrás decir. Creo recordar que me lo regalaste.

—Sí, bueno, es que hace unos meses leí su historia. ¿Te puedes creer que

nunca lo había hecho? —Seguía nerviosa y divagaba, me obligué a centrarme —. La cuestión es que descubrí que trata sobre un monje y un templo muy pobre y una gata mágica a la que el monje le salva la vida y pensé... —me emocioné y opté por arrodillarme delante de Salvador antes de seguir adelante —. Tú dices que yo te salvé la vida, que antes de conocerme no te importaba si vivías o morías, que de hecho casi te tentaba más la idea de morir que la de seguir viviendo.

—Es la verdad.

Lo besé, tuve que hacerlo.

—Odio que creas eso, odio que lo creas porque no soporto la idea de que pudiera existir un mundo en el que tú no estuvieras. Y lo odio porque sé que crees que yo te salvé la vida a ti y que, por eso, en algún rincón de tu mente hace meses estabas convencido de que no me merecías y tenías que dejarme.

—No pienso dejarte nunca, aunque sigo creyendo que no te merezco.

—Tú también me salvaste la vida a mí, idiota. Y cada vez que dices una de esas tonterías, como que no me mereces siento que tal vez soy yo la que no te merece a ti. Me pareció que tatuarme el símbolo de nuestro gato, porque es de los dos, nos ayudaría a recordar a ambos que nos merecemos el uno al otro, que nos queremos. Y que nos hemos salvado la vida el uno al otro.

Esperé, él se quedó mirándome y no ocultó que le brillaban los ojos ni que le temblaban las manos. A Salvador seguía costándole mostrarse vulnerable, pero en aquel instante no tuvo ningún reparo. En realidad, fue como si se sintiera muy orgulloso de ello. Iba a decirle algo más, no recuerdo qué porque de repente él me sujetó el rostro con las manos y empezó a besarme frenético.

Hicimos el amor allí mismo, en la alfombra de esa habitación en la que habíamos tenido nuestra primera conversación sincera un enero de años atrás.

Fue increíble.

Y después volvió a serlo.